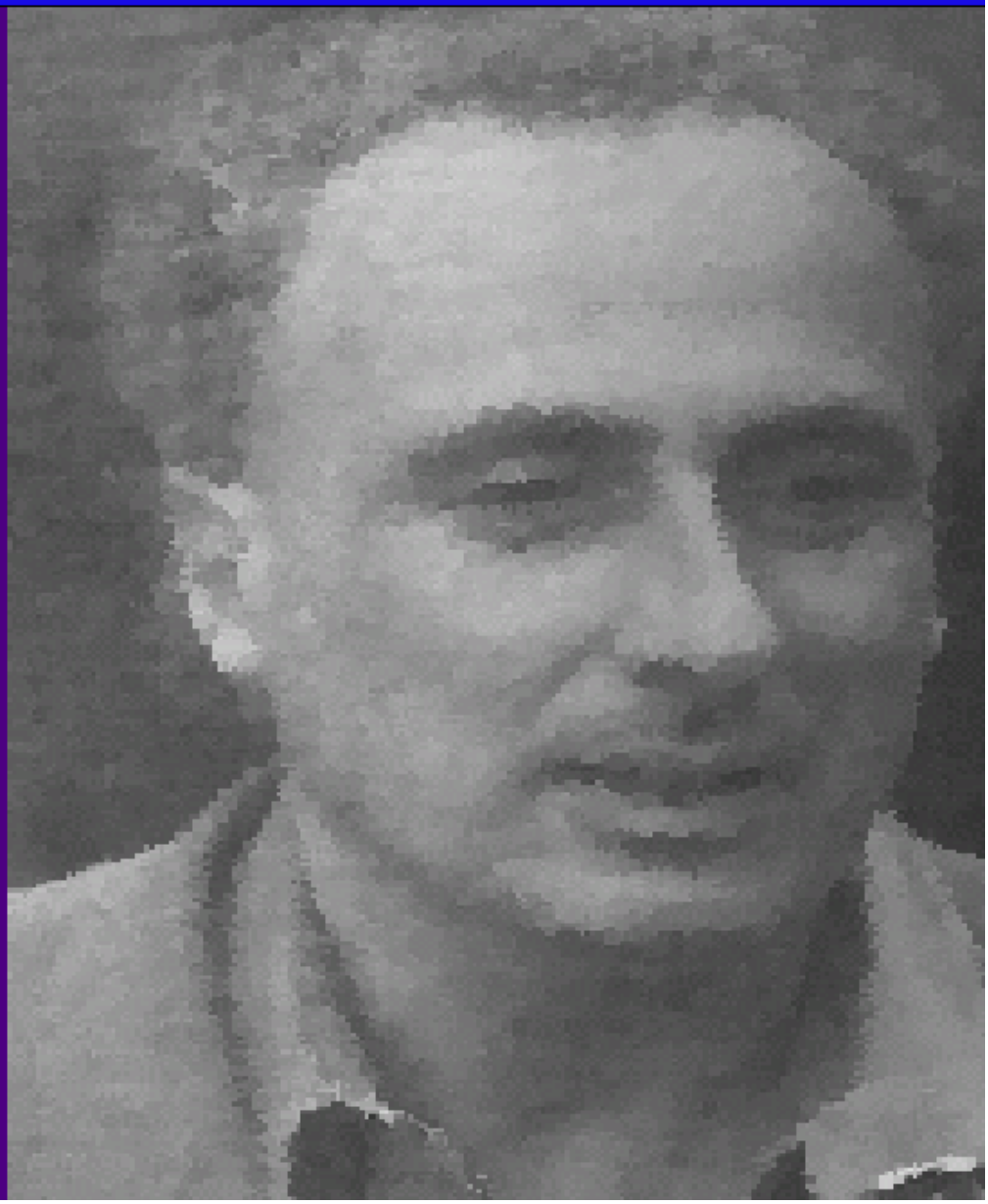
*¡TIERRA!*
*Stefano Benni*

# ¡TIERRA!

STEFANO BENNI



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

***Los Personajes***

PHILDYS PLASSEY, General y Primer Ministro de la Federación sineuropea.
PYK, ministro de la Federación y gran manipulador.
LEONARDUS KOOK, científico en crisis.
CU CHUI.AIN, piloto espacial de dudosa moralidad.
MEI HO LI fascinante telépata.
CARUSO RAJMONDI, mecánico de la astronave sineuropea Proteo Tien.
SARA, ayudante de Caruso.
LEOPORELLO ATARI, llamado LEO, intrépido bípedo.
FANG, un viejo chino sueltasentencias.
FRANK EINSTEIN, niño prodigio.
GENIUS 5, el ordenador más inteligente del mundo.
REY AKRAB, el Gran Escorpión, rey del imperio arameruso, que reúne jeques árabes, americanos y rusos.
ALYA, viscoso consejero real.
DABIH, adivino del rey.
COYLLAR, líder del grupo musical «las Dzunum».
ALICE, LORINA, EDITH, las Dzunum.
JOHN VASSILIBOYD e IGOR DYLANIEV, pilotos espaciales de la astronave Calalbakrab.
SMITSKY, ZUKOV, SHAULA, jeques.
SAITO, tecnogeneral del imperio militar sam (samurai) formado por militares de todo el mundo.
HITACHI, ayudante de Saito.
YAMAMOTO, general sam, capitán de la astronave Zuikaku.
HARADA, vice de Yamamoto.
PlGRECO, jefe espiritual de los soldados grises.
VAN CRAM EL VIKINGO, explorador espacial.
PlNTECABORU, el gigante de Mellonta, el planeta olvidado.
CALINA PERCOVAIA, hechicera astronauta.
COYA, joven india.
HUATAC, el viejo misterioso de Kouzok.
CATUILLA, AUCAYOC, NANKI, indios.
Y además: DEGGU N'GOMBO, el rey de los videojuegos; PAUL MACCARTNEY y MlKE JAGGER, industriales; el capitán QUIJOTE, cazador de meteoritos; GARCÍA, el tiburón; GEBER, periodista espacial; CHAROS, médico de la Ciudad Blanca; BOB BORGES, el notice jockey; PADRE MAPPLE, el misionero espacial; SAGGIENTARRUBIA, hombre fenicóptero; GIENAR, jefe de los guardias del Escorpión; MUNKAL y NAKIR, torturadores; una robotita sexy; el gran jefe MUSLO DE ÁGUILA; algunos científicos cerdos; los hijos de Laika; un cocodrilo fanático del rock; el millonario tejano IBN HUNT; marcianos, incas, y unas cuantas astronaves.

***Prólogo***

La noche del 30 de agosto de 2039 una excepcional ola de calor sofocaba los Estados Unidos. En Nueva York el termómetro marcó los cuarenta y dos grados; a medianoche todas las duchas de la ciudad emitieron un aullido de agonía, y el estertor de las cañerías anunció que el suministro de agua quedaba suspendido hasta las ocho de la mañana. La mitad de los habitantes invadió las carreteras hacia el mar buscando alivio. Aquella noche, la Coca-Cola vendió cuarenta millones de litros, un lago negro y azucarado que habría podido albergar a toda la flota de los EE.UU. Los cubitos de hielo valían más que los diamantes, y se cuenta de familias que se bebieron la piscina de casa.

En el corazón del desierto californiano, dentro de un bunker de cemento llamado Mothell (el hotel del infierno) en clave, estaba situado el centro operativo secreto del Pentágono. De guardia ante el tablero de intervención nuclear mundial, había dos técnicos, además del general Kingwen, hombre de confianza del Presidente. Exactamente veinte minutos después de medianoche la instalación de aire acondicionado del bunker saltó: algo había obstruido los conductos externos. Una hora después los ciento y tantos hombres encerrados en la fortaleza estaban abatidos por el calor, con las camisas pegadas a las espaldas; las latas de cerveza restallaban como en un bombardeo.

A la 1,30 el general Kingwen tomó la decisión de abrir las ventanillas blindadas exteriores para que entrara un poco de aire. La luz de la luna del desierto penetró en las blancas paredes del bunker y contempló su imagen electrónica reproducida en los monitores de la defensa antimisil.

A las 2,02 todo se había normalizado. El general Kingwen, después de haber bebido un cuba libre y bromeado con los soldados sobre los resultados de la liga estival de fútbol, se fue a dormir. El desierto estaba absolutamente silencioso; hasta los coyotes parecían haber renunciado a su serenata nocturna.

A las 3,10 el técnico encargado del teclado secreto oyó un leve rumor procedente de la ventanilla que tenía sobre su cabeza. Llamó inmediatamente a un centinela, que conectó los focos exteriores: no vieron a nadie. El bunker estaba situado en el centro de 140 $km^2$ de zona minada, cercada y vigilada por 60.000 hombres. ¿Quién hubiera podido acercarse? Mientras tanto, los hombres del equipo que estaba reparando la instalación de aire acondicionado comunicaron que los conductos estaban llenos de ratones misteriosamente amontonados allí para morir, como si huyeran de algún peligro. Se precisaban dos horas para repararlo todo.

A las 3,30 en Nueva York, en el centro de Manhattan, millares de personas escuchaban un concierto de rock al aire libre. Bandas de jóvenes músicos negros improvisaban espectáculos en las esquinas de las calles y sobre los techos de los coches. «¡Sudad y bailad!» gritaban. Las televisiones enviaron sus operadores al lugar. A las 3,32 el disc-jockey de radio California Uber Alies, una emisora de radio del desierto, pinchó Woom, el último éxito de los War Héroes, el grupo del momento. Los guardias del bunker Mothell, todos con su radio dentro del casco, comenzaron a marcar el ritmo con el fusil. La luna llena estaba velada a causa del bochorno.

A las 4,38, por la ventanilla de la sala secreta del bunker asomó la puntiaguda cabecita de un ratón. El animal intentó deslizarse dentro a lo largo de la pared, pero resbaló y su cuerpecillo chocó con la tecla 15, alarma roja, que hacía salir los misiles de los depósitos subterráneos. En el desierto iluminado por los primeros reflejos de la aurora asomaron de repente decenas de misiles blancos Coyote 104, extendiendo sus sombras junto a las de los cactus. El técnico se dio cuenta inmediatamente de lo ocurrido y lanzó un grito de alarma, intentando apretar rápidamente la tecla AD, Anulación Decisión. Pero el ratón, asustado, se le adelantó, saltando de la tecla 15 a la tecla 12. La tecla 12 era la tecla irreversible del ataque directo a la Unión Soviética. El técnico aún no había tenido tiempo de llegar a la puerta para dar la alarma, cuando los primeros misiles ya enfilaban el cielo del desierto. A las 4,40 el Presidente de los Estados Unidos fue despertado por la línea especial de su casa de montaña.

Descolgó el teléfono y dijo: «Espero que tengan una buena razón para llamarme a esta hora.» A las 4,41 los radares soviéticos captaron la llegada de los misiles americanos y automáticamente se puso en marcha el primer contraataque con noventa misiles SMS 2030. A las 4,43, en la Quinta Avenida de Nueva York millares de personas estaban dando palmadas al ritmo del concierto nocturno, cuando oyeron un extraño y profundo estruendo, y se vieron vibrar y caer unos cuantos cristales de las ventanas de los rascacielos. El cantante del escenario gritó: «Okey colegas, no temáis nada, tenemos algunos problemas con los micrófonos.» Pero mientras tanto el ruido aumentaba de intensidad. Alguien gritó. En el estudio de Radio California Uber Alies el discjockey dijo: «Y ahora, amigos, después del último éxito de los War Héroes, otro disco para vosotros, ¡un disco que os hará saltar a todos por los aires!»

Eran las 4,45. El disco no tuvo gran éxito de audiencia. El misil ruso cayó sobre California exactamente con la primera frase del bajo.

Así comenzó la Tercera Guerra Mundial, y luego hubo otras tres.

### *Cien (Y Más) Años Después*

El monstruoso ser blanco avanzaba por la superficie de hielo. Por lo que se podía entrever en la tormenta de nieve, era un gigantesco gusano peludo de unos veinte metros de longitud, que se arrastraba sobre muchas patas. Tenía cuatro ojos rojos y protuberancias en el lomo. Se paró, alzó un instante su minúscula cabeza y cambió de dirección. Sólo cuando estuvo más cerca, se pudo ver claramente de qué se trataba. Eran cuatro osos blancos, uno detrás del otro, enjaezados con riendas. Cada uno de ellos llevaba en la cabeza una luz roja de posición, y sobre el lomo dos hombres: un sherpa vestido con el mono amarillo de los thalarctotaxistas, y un pasajero. El oso guía, que llevaba la sigla Hawaii 8, se detuvo de nuevo y olisqueó el aire nerviosamente.

-Adelante, Baiard -gritó el sherpa-; ¡casi hemos llegado!

En efecto, al cabo de escasos metros, el oso descubrió con el hocico una columnita roja, semisepultada en la nieve. La aplastó con todo el peso de su pata. En la capa blanca se produjo un pequeño terremoto; se abrió una trampa, chirriando ruidosamente, y apareció un túnel subterráneo.

En la entrada del túnel se leía la inscripción: París Metro.

Los cuatro osos, frenando con las garras para descender, desaparecieron dentro del túnel. La trampa se cerró, y todo volvió a ser blanco e inmóvil.

París: Una Increíble Aventura Que Comienza Con El Frío

El día 29 de julio del año 2157 la temperatura exterior de París era de once grados bajo cero. Durante un mes y seis días no había parado de nevar, y casi todos los edificios de la antigua ciudad estaban sepultados. Sin embargo, la vida proseguía regularmente en las profundidades de los metros, de las cloacas, de los jardines botánicos y de los foros a una temperatura permanente de ocho grados. Desde el último piso de la inmensa pirámide cubierta por el hielo un hombre aterido contemplaba la superficie helada y desnuda que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros, interrumpida únicamente por las luces de algún trineo. En el recinto ciudadano pocas construcciones desafiaban los treinta metros de nieve. El gran cilindro del espaciopuerto Mitterrand dibujaba, con sus pasillos de vuelo de luz láser, un complicado videojuego coloreado en medio del cielo gris. Desde las alturas de Fort Montmartre, sede de la policía, la torre de control exterior movía como un pulpo en el aire los hilos de las telecámaras volantes. Algo más lejos, la Torre Eiffel, cubierta por una funda transparente, como un viejo souvenir. Y encima de ella, el prisma del Centro de Espectáculos,

con las paredes-pantalla que proyectaban ininterrumpidamente publicidad, viejos documentales de la Costa Azul y homicidios en directo desde el metro.

El hombre se había quitado el abrigo, un viejo chaquetón de piel de ratón, e intentaba remendar una manga. Probó a enhebrar el hilo en la aguja, pero un escalofrío se lo impidió. En aquel momento, en los pasillos deslizantes de entrada de la pirámide, ciento cincuenta pisos más abajo, vio avanzar cuatro puntitos rojos. No cabía duda; era el color de los monos de vuelo astronáutico.

Abandonó aguja e hilo y apretó la tecla del videófono. Apareció el rostro de una secretaria con gafas, con un solitario mechón pelirrojo en el cráneo.

-Oh, señorita Minnie -dijo el hombre-, enhorabuena por su nuevo peinado. ¡Bonito corte! ¿A qué peluquero va?

-Mi nuevo peluquero son las radiaciones -murmuró la muchacha-, ¿desea algo?

-Sí. En primer lugar una aguja más grande. Y también querría saber si los bípedos de la entrada son los que estoy esperando.

-Sí, señor Primer Ministro -contestó la muchacha-, es su misión secreta.

Los cuatro bípedos caminaban con la cabeza hacia arriba contemplando la enorme construcción que les dominaba, erizada de pináculos de hielo. Con sus quinientos doce metros, y su forma de triple pirámide, la sede de la Federación sineuropea era el edificio más alto del mundo después de los casi ochocientos metros de la torre Atari, del imperio militar japonés, y los mil treinta de la Montaña del Orden, sede de los siete jeques aramerusos.

Estos edificios altísimos habían sido construidos inmediatamente después de la sexta Guerra Mundial, cuando resultó dramáticamente evidente que la Gran Nube que había arrebatado el sol a la Tierra no desaparecería durante muchos años. Millares de gigatones de polvo, gases y escorias radiactivas provocados por las explosiones bélicas, habían encaminado a la Tierra hacia una glaciación irreversible, y provocado una crisis energética mundial. Para mayor felicidad de todos, los mares estaban helados y envenenados, la radioactividad externa era elevadísima, y cada día caían sobre la Tierra los «hobos», fragmentos de algunos de los tres mil satélites y misiles lanzados al espacio durante las guerras, que erraban ahora sin control. Algunos de ellos, como los cohetes autónomos, seguían estando programados para atacar ciudades ya destruidas, y vagaban alrededor del mundo buscando todavía un enemigo que ya no existía.

La entrada de la Federación estaba custodiada por dos coraceros inmóviles, más por congelación que por disciplina. A sus pies dormitaban dos ictaluros, peces gatos de un quintal de peso, con amenazadores bigotes. Salidos de los ríos congelados cincuenta años atrás, se habían adaptado a vivir en la Tierra. Eran muy torpes, se movían a coletazos, pero su mordedura era tremenda.

Los bípedos pasaron delante de los peces guardianes con cierta aprensión y recorrieron el amplio pasillo de entrada. Al fondo brillaba una lápida de mármol enteramente cubierta de postales de colores: el monumento a las ciudades desaparecidas. Los bípedos desfilaron delante de la larga lista de nombres que comenzaba con el texto: «Amsterdam, aunque herida en un dique y cercada por abrumadoras fuerzas enemigas, resistía heroicamente hasta ser arrasada el 24 de julio de 2130...»

Al fondo del pasillo, detrás de un cristal azul, les esperaba una pareja de Guardias Espumosos. Eran dos enormes distribuidores de bebidas con fichas, dotados de pies con ruedas. (En la penúltima guerra, casi todas las máquinas habían sido militarizadas y robotizadas.) El primer guardia, un distribuidor de bebidas calientes provisto de ojo fotoeléctrico y cañoncito disparatapones, se desplazó obstruyendo el paso y ordenó:

-¡Alto o disparo!

-Gracias -dijo uno de los bípedos-, para mí un disparo de café con mucho azúcar.

La máquina dio un paso adelante.

-No se hagan los graciosos, señores. Pasen uno por uno y digan algo para el control de filiación y de huellas vocales.

Avanzó el bípedo que había hablado, un negro corpulento, con la cara decorada por cicatrices. Llevaba en el mono el tigre alado, distintivo de los pilotos espaciales.

-Me llamo Boza Cu Chulain -dijo-, he nacido en la estación espacial de Nueva África, mi madre era africana. Como padre puedo darle una lista de trescientos candidatos...

-Ya basta -interrumpió el guardia-, que pase otro...

Un hombre delgado y barbudo se detuvo frente al ojo fotoeléctrico.

-Mi nombre es Leonardus Cristoforus Kook, tengo cuarenta años, soy científico y trabajo en una cápsula alrededor del sol, aquí hace un frío espantoso y me gustaría saber por qué conservan este mausoleo si no tienen energía para calentarlo.

-Motivos de decoro político, doctor Kook -contestó diligente el guardia-. Adelante el siguiente, por favor.

Se presentó un extraño bípedo que seguía llevando el casco de vuelo. Era redondo, y no medía más de un metro.

-Me llamo Leporello Tenzo E-Atari, y no puedo decirle dónde he nacido, porque...

-Ya lo veo -le interrumpió el guardia-, que pase el último.

El último bípedo, un viejo chino, se inclinó y dijo:

-Mi nombre es Fang, he nacido en un país montañoso donde el sol hace brillar los tejados de las casas, como...

Le interrumpió un estrépito de chatarra. Un guardia había estornudado perdiendo dos o tres latas de bebidas.

-Discúlpenle -dijo la otra máquina-, de vez en cuando sus circuitos se bloquean por el frío y sufre... retornos a las viejas misiones.

-Salud, entonces -dijo el chino-. Hoy nieva, pero estoy seguro de que el señor Kook encontrará el modo de capturar de nuevo el sol en aquel lugar tan alejado, y de traernos su calor a la Tierra.

-Ojalá, señor Fang -dijo el guardia-; pasen. Los ascensores están al fondo del pasillo cuatro. Les aconsejo que se arremanguen los pantalones. La alfombra verde que encontrarán no es moqueta, sino moho.

-Vaya con el decoro -murmuró Chulain poniéndose en marcha, mientras algunos rechonchos ratones le corrían por las piernas.

-La Federación hace lo que puede -suspiró Kook-, en estos tiempos no se puede pedir más.

Llegaron a los ascensores, y un robot de un modelo algo anticuado, completamente decorado con fórmulas trigonométricas, fue a su encuentro inclinándose graciosamente.

-Fíjense -dijo Kook-, todo está un poco gastado, pero funciona perfectamente, como este cortés robotlift.

-Incluso demasiado cortés -puntualizó Chulam-, todavía sigue doblado en dos.

-Les ruego que me disculpen -dijo el robot con voz débil-, pero me temo que se me ha atascado la articulación de la espalda. ¿Serían tan amables de devolverme a la posición erecta?

Los cuatro ayudaron a erguirse al robot, cuya juntura dorsal emitió un preocupante chirrido metálico. Kook y el negro se lanzaron una mirada de perplejidad.

-Si ahora quieren seguirme, señores -dijo el robot-, aquí está el ascensor: lo mueve un viejo motor fuera borda de dos caballos, y la subida requerirá unos cuatro minutos. Mientras tanto yo les ofreceré una serie de útiles informaciones sobre la ciudad. Para empezar, allí, por ejemplo, donde les indico...

-¿Dónde es allí? -preguntó Kook.

-Perdonen -dijo el robot-, había olvidado que me falta el trozo de brazo derecho con el que se suele señalar... Una reparación sencilla... hum, bien, si son tan amables de mirar a la derecha, verán asomar entre la nieve las ruinas de la Défense. Más arriba vemos el dirigible del Folies Bergére, y el refugio Montparnasse. Se entra por lo que tiempo atrás era el último piso del rascacielos. Desde allí, a través de rampas interiores, se puede llegar con ayuda de los esquíes hasta el centro del París nuevo. ¿Alguna pregunta?

-Sí -dijo el negro-, ¿cuándo llegamos? ¡Aquí dentro hace un frío espantoso!

-Sólo estamos a sesenta pisos del objetivo, señor -dijo un poco molesto el robot-, y la temperatura está dentro de los límites de la soportabilidad.

-¡Ah! -dijo el negro-, claro, para ustedes es soportable. Los robots no padecen frío.

-Te equivocas, Chulain -intervino el bípedo enano-, un bloqueo térmico en el circuito de las siliconas con congelación de las neuroterminales, o una corriente de aire en las puertas lógicas, son sensaciones desagradables, que no dudaría en comparar a lo que vosotros llamáis bronconeumonía.

-¿El señor se interesa por la robótica? -preguntó el robotlift.

-Sí -dijo el pequeño bípedo levantando el casco y mostrando una cabeza metálica con pico de papagayo-, amo a mis semejantes.

-¡Oh! -dijo el robot-, discúlpame, hermano. -Los dos se dieron un puñetazo de hierro en la cabeza según el saludo amistoso robótico-. En cualquier caso, señores, los problemas energéticos no son sólo nuestros. Los aramerusos y los japoneses han reducido a la mitad los viajes interplanetarios.

-Lo sé perfectamente -suspiró Kook-, ¡realmente ya no se puede viajar por el espacio! Vean, hace cinco días me llega la orden de presentarme aquí, hoy mismo. Estaba a millares de leguas en mi laboratorio en órbita en torno al sol. Justo el tiempo de ponerme el mono y ya vienen a recogerme con una nave minera. Dieciséis horas de viaje para alcanzar el empalme con la astronave

de Júpiter: tres días más de vuelo y descubro que por culpa de una huelga no llegaba a la Tierra, sino únicamente al astropuerto de Clavius, en la Luna. Allí, naturalmente, una cola de dos kilómetros para un taxi Shuttle. Al final encuentro a un loco, un inconsciente que se cuela en el pasillo de las grandes astronaves y comienza a adelantar a tres mil por hora cantando: «En la vida somos meteoros.» Yo me agarro al asiento y no sé si me hace sufrir más su manera de conducir o los chistes que me cuenta: todo un muestrario de los fósiles humorísticos del sistema solar. El loco me saca mil doscientos lingotes y me deja plantado en el espaciopuerto de New Yorkgrado, a las cinco de la madrugada. Tomo por los pelos el único vuelo, un dirigible Air Albania. Un desastre: de almuerzo algas viejas, de cena timbal de algas, la película El hijo de E. T. n.° 3, corrientes de aire por todas partes, y como azafatas unos viejos robots Univac medio estropeados que abofeteaban a los pasajeros que rechazaban el café. Después de no sé cuántas horas de vuelo y setenta cafés, llego al París Mitterrand y me cuentan que los gatos de las nieves estarán bloqueados, sólo quedan esos gatazos algo mayores, y el hedor de los osos consigue lo que no habían conseguido las astronaves, provocarme una gran vomitona. Y pese a todo aquí estoy, milagrosamente puntual después de cinco días de viaje casi sin dormir. ¡Me gustaría saber qué puede ocurrirme todavía!

La luz del ascensor se apagó de repente. Por el balanceo, Kook descubrió que estaban parados.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Me temo, señor -dijo el robot-, que se trate del habitual blackout. No se preocupe: no durará más de unas diez horas. ¡Lástima! Sólo faltaban dos pisos.

## LA PIRÁMIDE SINEUROPEA

Al cabo de seis horas bastante monótonas volvió la energía, el ascensor recorrió triunfalmente los dos pisos que faltaban y la puerta se abrió frente a una sala gigantesca, dividida por cristaleras azules. Un hombre, con el abrigo de piel de ratón y el grado de general de la Federación Sineuropea, les esperaba con una sonrisa ceremoniosa. Era el Primer Ministro Carlos Phildys Plassey, cuya mano mecánica y paso inseguro denotaban una intensa participación en la quinta y sexta guerras mundiales. Junto a él se hallaba un robot carabinero, con un brazo articulado, que movió hacia adelante y hacia atrás, a modo de bendición para los recién llegados.

-Bienvenidos, amigos -dijo Phildys-, les ruego que no se molesten por los controles, es un período en que los sam están muy activos con sus diabluras mecánicas. Justamente ayer descubrimos que todos los botones del ascensor habían sido sustituidos por micrófonos... No nos gustaría que ya les hubieran pegado algo encima.

El robot-carabinero emitió un mugido tranquilizador con el que quería decir que los bípedos no llevaban nada.

-Síganme -dijo Phildys-, les pido disculpas por el parón forzoso en el ascensor. Últimamente tenemos algún desequilibrio energético. Pero dime, Kook, ¿cómo siguen las investigaciones científicas en tu cápsula solar? Bien, a juzgar por el bronceado.

-No van mal -contestó Kook-, estoy estudiando si las explosiones solares y los flasar pueden acelerar el crecimiento de algunas plantas...

-Lo sé todo, todo, sobre la operación «jungla de albahaca» -dijo Phildys con una sonrisa ambigua-; aunque no nos hayamos visto desde la última guerra, he seguido toda tu... transformación, Kook.

Kook no hizo ningún comentario y el grupo recorrió la inmensa sala hasta llegar a un sector decorado únicamente con una decena de butacas de avión.

-Siéntense, abróchense bien los cinturones -explicó Phildys-, y tengan paciencia si se marean un poco.

Inmediatamente después la sala piramidal se invirtió, giró sobre un ángulo y se enderezó de nuevo. Nuestros amigos ya no vieron a su derecha una pared, sino otra vasta sala, en la que un grupo de técnicos con bata blanca trabajaba delante de una pared de ordenadores.

-Ésta es una sala muy reservada, el módulo 26 -dijo Phildys-; hemos llegado a ella girando nuestro módulo sobre sus «junturas», si es que podemos llamarlas así. Todo el edificio es un Pyraminx, una pirámide hecha de pequeñas pirámides que pueden girar, desplazarse y acoplarse en muchísimas combinaciones. Un juguete que permite muchas posibilidades. Desabróchense los cinturones. Naturalmente, hay algún pequeño inconveniente. Hace dos días se estropeó el mecanismo y la reunión del consejo de ministros terminó en los lavabos. También hay problemas cuando vuelan los papeles y las mesas de escritorio, y para tranquilizar a los empleados hemos tenido que darles un plus de rotación. Ahora entraremos en el módulo de investigaciones espaciales, y les presentaré a su jefe. ¡Les advierto que no se dejen engañar por su aspecto!

Phildys se dirigió hacia un chiquillo con gafas que, echado debajo de un ordenador, leía una revista titulada *Juegos Perversos de Saturno*. Phildys tosió discretamente.

-Ejem... doctor Einstein, la misión T 2 está aquí.

El chiquillo hizo desaparecer apresuradamente la publicación, visiblemente sonrojado.

-Un momento -dijo-, si me permite resuelvo una confusión de datos en el ordenador y... vuelvo inmediatamente.

-Es un poco insociable pero es un auténtico genio -murmuró Phildys-, tiene doce años, nació en probeta en el Centro Genético de Científicos de Berlín. A los nueve años ya era jefe de la sección minera; luego perdió un año por culpa de las paperas y ahora es jefe de investigación energética. ¡Todo un cerebro! Pero sigue siendo un chiquillo.

-Entiendo -dijo Kook-, yo también tenía una confusión de datos a su edad.

Mientras tanto el chiquillo había vuelto y ostentaba una corbata de pajarita fluorescente, que era el emblema de los altos cargos de la Federación. A su lado había un hombre con un bisoñe deslumbrante y antenas vibrátiles de plástico.

-Doctor Frank Einstein -se presentó el chiquillo tranquilamente-, encantado de conocerles, y éste es el doctor Pyk Showspotshow, conocido ex-presentador de televisión, además de ministro del interior y del espectáculo.

-Llámenme Pyk -dijo el hombre de las antenas-, ¿saben aquel del piloto alemán de astronave que llega al planeta de los hebreos?

-Ministro -le interrumpió Phildys-, ya habrá tiempo para los chistes, ahora hagamos las presentaciones. Bien, el doctor Leonardo Kook, experto en civilizaciones preglaciales. El honorable

señor Fang, Maestro de Ciencias y Filosofía de la Academia Sínica y telépata décimo dan. El capitán Chulain, piloto espacial. El bípedo Leporello, modelo «A», Terzo E-Atari, llamado LeO, robot para todo especializado en matemáticas y gastronomía.

-Entonces podemos empezar -dijo Einstein-, ¡máximo secreto!

A una orden del muchacho, se cerraron todas las puertas. En las paredes se oscureció la visión del nevado mundo exterior y el cristal se puso negro e impenetrable. Tan pronto como todos se sentaron, apareció una diapositiva en una pantalla. Era un tubo de metal, de la altura de un hombre, hundido en el hielo.

-Este objeto es la razón de que les hayamos hecho venir aquí -comenzó Phildys-, se llama MY-TRP, vector de reivindicación de propiedad. Fue hallado hace unos días en una montaña sudamericana, en la zona habitada por los indios mestengos y por los esquimales. La zona se llama Kouzok, y corresponde, en el mapa preglacial, a la ciudad de Cuzco, en el Perú. Lo descubrieron unos técnicos mineros que están efectuando excavaciones. Para quien no lo sepa, el TRP es un vector con retorno a la Tierra que llevan los pilotos sabuesos espaciales del Cinturón Mineral y los cazadores de sol... los exploradores, en fin.

-¿Exploradores? -protestó Chulain-, ¡criminales que buscan planetas con Uranio 235 y se liquidan entre sí como animales!

-Me parece que exagera -dijo imperturbable el chiquillo-, son pilotos a los que la Federación, a cambio del cincuenta por cien de hallazgos, concede carburante y permisos para sus búsquedas en los planetas más alejados y peligrosos.

-¡Antiguos rebeldes! ¡Vendidos! -gruñó con desprecio Chulain- ¡Conozco el género!

-Lo sabemos, usted tiene un pasado... muy aventurero por esas rutas -dijo Einstein-, y precisamente por esta razón le eligió el ordenador...

-Tienen que saber -intervino oportunamente Phildys- que cuando estos... exploradores encuentran en un planeta algún mineral aprovechable, envían a la Tierra este vector, el cual es atraído a la Tierra por un impulso del tipo Lassie del central de Kouzok. De ese modo, en una cinta grabada los sabuesos nos comunican la posición espacial del hallazgo, de manera que, como ya ha ocurrido en el pasado, nadie que llegue después pueda robarlo.

-¿Y qué ha encontrado este explorador? -preguntó Kook.

-Algo... extraño -dijo Phildys con una expresión pensativa-. Ahora les haré oír el primer mensaje contenido en el vector MYTRP en cuestión. Les ruego que no se escandalicen por el lenguaje: el piloto en cuestión es un viejo lobo de mar del espacio.

En la sala resonó la grabación de un vozarrón metálico.

Van Cram El Vikingo

-Queridísimos culoplanos gubernativos. Hoy, 4 de julio de 2157, yo, el capitán Eric Van Cram el vikingo, comandante de la nave espacial Langrebort, reivindico el descubrimiento de un planeta natural. Sin embargo, no soy capaz de comunicarles la posición de esta trufaza dado que ninguno de mis jodidos ordenadores de a bordo funciona. Mi robot aplastateclas dice que nunca ha visto nada semejante. Es como si alguien les hubiera inyectado ron a los instrumentos, las agujas bailan, las lucecitas parpadean y el ordenador central imita a un papagayo y sólo grazna «datos absurdos stop». De todos modos, reivindico el descubrimiento reservándome comunicar los datos lo antes posible, como está prescrito por la ley buroculoplana. Mi permiso de investigación extrasistema es el 43677, mi sigla ERG VCR 211 VKG, y calzo el cuarenta y nueve. No les comunico la ruta de llegada porque, al no ser todavía legal mi adquisición, no me gustaría que a algún listo gubernativo se le ocurriera la idea de birlármela. Como cantamos los espaciales:

*«Si Saturno sigue teniendo el anillo externo*

*es porque aún no ha llegado nadie del gobierno.»*

Cierro mensaje, buena congelación a todos.

La voz cesó, y en la pantalla apareció la cara de un hombretón rubio, con una venda en el ojo.

-¿Éste es Vam Cram el vikingo? -preguntó Kook.

-Sí -dijo Einstein-, un explorador muy capaz. Ya ha descubierto dos satélites de Agenor ricos en osmio.

-No consigo llegar a entender qué pintamos nosotros -dijo Chulain algo nervioso.

-Calma, calma -prosiguió el general Phildys-, esto sólo es la primera parte del mensaje. En estos vectores hay un compartimento secreto que llamamos «el confesionario». En él se puede dejar un mensaje para los servicios secretos, siempre que el hallazgo sea especialmente importante. El «confesionario» de Van Cram llevaba grabado esto.

-Mensaje de tipo S, repito de tipo S -comenzó de nuevo el vozarrón-, llevo aquí dos días. Muchachos, ese planetita que he descubierto es del tipo N 1, natural absoluto. Es habitable sin ningún tipo de casco o bioadaptación. Está lleno de montañas, verdor, agua, flores e insectos ávidos de mis carnes. No hay ni polvillo ni radiaciones, y tiene incluso una estrella que nos ilumina y nos calienta, y se pasea abajo y arriba exactamente como nuestro antiguo sol. Esta gran estrella pone en escena unas auroras color ropa interior y unos crepúsculos con salsa tales que mi tripulación, que está formada por unos jovencitos en comparación con los cuales un gorila es una bailarina clásica, se echa sobre el prado y derrama lagrimones. Y confieso que yo también siento un nudo en la garganta, porque este planeta es una copia perfecta de cómo he visto en los documentales a nuestra vieja Tierra, antes de que las bombas la metieran en un frigorífico.

Hubo una breve pausa. Todos los rostros de la sala de la Federación estaban emocionados.

-Muchachos -prosiguió el vozarrón-, en mis viajes por el espacio he visto cantidad de cosas extraordinarias. He visto Dyurnus, el planeta con pétalos que se cierran de noche, y Pollices, el planeta magnético autoestopista que se pega a la órbita de los planetas mayores. He visto volar a Myron, el Estadio de un millón de plazas donde se celebraron las últimas olimpiadas espaciales. Me he bañado en el mar de Arutas, donde se ve el fondo a siete mil metros de profundidad, y he visto nadar a las ballenas transparentes de corazón luminoso. He cruzado la jungla de los cigarros gigantes de Reemstma y su humo pestilente, he visto duelos de cometas y matrimonios de arándanos gigantes. He visto a las pornosetas de Transplutón acoplarse de cuarenta maneras diferentes, y he capturado y enjaulado cuatro pequeños arco iris de Tramuntium. He bebido las nubes de cuatro gustos del cielo de Freshko y he fumado la marihuana del satélite Aptenodyctes en compañía de doce pingüinos, o por lo menos así me pareció después. Pero nunca, repito, nunca, he visto un lugar tan hermoso. En este planeta hay todo lo que me contaba mi abuelo Burz en las largas veladas de invierno mientras esperábamos atracar a algún transeúnte. Hay flores de todos los modelos y cilindradas, árboles altísimos con cantidad de pajarracos negros con alas de por lo menos veinte metros, y plantas con frutos de oro, y mariposas con lunares y monocolores y con camuflaje. Les juro que no estoy borracho, todo es verdad, esto es un paraíso. Y mis robots perforan por todas partes, y dicen que el subsuelo está abarrotado de minerales raros. ¡Si llegara a entender dónde coño estamos! A ver si vosotros conseguís calcularlo. Salí de Meskorska el 2 de junio. Al dejar atrás el satélite Ariel desaté los caballos de la vieja Langrebort y encontré un punto de entrada en el Mar Universal, que aparecía en un antiguo mapa de los hermanos Boojum, los que desaparecieron en enero. Al cabo de tres días, el instrumental de a bordo pilla repentinamente la borrachera descrita. Caemos en una nube de plasma rarefacto como el de Saturno, y algo hace girar la nave en una órbita de cúspide elíptica, o de pato borracho, después la temperatura sube a setenta mil grados Kelvin y, justo cuando creemos que estamos a punto de asarnos, he aquí que nos encontramos en la atracción gravitacional de un planeta natural. Hemos aterrizado en una montaña muy alta. Confirmo: ninguno de nuestros instrumentos funciona, ordenador incluido. ¿Quién lo entiende? Nuestra última posición,

antes de la nube, era T-466-Aldebarán. Cierro mensaje. De nuevo buena congelación, queridos.

-Bien -dijo Phildys, mientras la luz volvía a la sala-, aquí termina el segundo mensaje. Basta para entender por qué les hemos llamado y por qué estamos dispuestos a gastar una tercera parte de la energía que nos queda en esta misión. Hacía años que buscábamos un planeta así. ¿Se dan cuenta de lo que puede significar?

-Vuelos Charters -dijo Pyk con los ojos brillantes-, ¡grandes cruceros! ¡Hoteles gigantescos!

-¡Oxígeno, sol, mar! -dijo el general.

-¡Sí! ¡Mar! ¡Olas! ¡Windsurf! -gritó Pyk-. ¡Cascadas! ¡Postales de las cascadas! ¡Restaurantes panorámicos! ¡Sol! ¡Cremas bronceadoras! ¡Nuestros niños podrán jugar y perseguir caracoles y cervatillos! ¡Correr, saltar, sudar! ¡Comprar bebidas frescas! ¡Enfermar! ¡Aspirinas! ¡Termómetros!

-Ministro Pyk -dijo impaciente Einstein-, entre una bebida y un cervatillo, ¡también podrían buscarse tonterías como uranio y energía solar, mejorar el déficit energético, curar las enfermedades de la subterraneidad!

-¡Es verdad! -admitió Pyk-, ¡grandes clínicas! ¡Estaciones termales! Ya tengo el eslogan: «Venid al otro mundo, si no queréis acabar en el otro mundo.»

-Pero, aparte de estos proyectos... un poco prematuros -dijo Phildys-, ¿entienden por qué nuestra misión es tan secreta?

-¿Tan secreta como para hacernos espiar por un telépata? -preguntó con una sonrisa Fang.

-Una simple precaución, para ver si entre ustedes había algún hipnocontrolado -dijo Phildys-; sabíamos que se daría cuenta inmediatamente. Señorita Mei, puede entrar.

Por una puerta lateral apareció una joven oriental de largos cabellos negros, e hizo una reverencia.

-Les pido disculpas por haberme visto obligada a mirar en sus honorables mentes. Me llamo Mei Ho Li, y seré su compañera en la expedición. Tengo veintidós años y no soy la amante de nadie del gobierno, señor Chulain.

-Sólo era curiosidad -murmuró embarazado el negro.

-Ahora que ya saben lo que irán a buscar a ese lejano cuadrante -dijo Einstein-, creo que ya es hora de hablar de la tercera parte del mensaje y...

-Un momento -interrumpió LeO-, me pican los oídos.

-Es una noticia conmovedora -dijo Einstein-, pero le ruego que dé preferencia a nuestras pequeñas cuestiones de importancia mundial.

Mientras tanto, Chulain se había puesto en pie de un salto y miraba a su alrededor.

-Voy a contarte una cosa, niño: si a LeO le pican los oídos, o sea el grupo radio-receptor, es porque hay una interferencia próxima. Es decir, un micrófono espía.

-¡No es posible! Ayer lo comprobamos todo -dijo Phildys, levantándose a su vez-, ¡no veo qué podría espiarnos!

-Yo sí -dijo Fang-, su cenicero está huyendo.

Phildys lanzó un grito. El cenicero de metal que estaba sobre la mesa había comenzado a girar sobre sí mismo y se había arrojado contra la cristalera del salón, chocando como un murciélago enloquecido.

-¡Alarma! ¡Limpiadores! ¡Cójanlo! ¡Malditos, se han burlado otra vez de nosotros! -gritó Einstein.

Entraron corriendo cuatro hombres con largas escobas metálicas y derribaron el cenicero con golpes precisos. Uno lo examinó un instante y dijo:

-Un receptor sam, modelo mimético Haiashi.

-Llévenlo al laboratorio e interróguenlo -gritó furibundo Pyk.

-No conseguiréis nada -dijo Phildys-, y además ahora los árabes y los japoneses ya lo han captado todo. De todos modos, antes o después se habrían enterado. Pero no pueden encontrar la ruta sin nuestros códigos. Y existe una tercera parte del mensaje que ha sido comunicada

telepáticamente a Fang por la señorita Mei, la cual volará con ustedes recogiendo eventuales datos nuevos de Tierra.

-¿Una conexión mental espacial? -preguntó sorprendido Kook-, ¿...a esa distancia? ¿Tan veloz es el pensamiento?

Mei le miró sonriente:

-¿A usted le lleva mucho tiempo pensar en una estrella?

-Saldrán mañana por la tarde -le interrumpió Einstein, levantándose-. Los ordenadores nos aconsejan la máxima rapidez. ¿Más preguntas, señores?

-Sólo una, sencillísima -dijo Kook-. Entiendo que se intente este salto al espacio tras un explorador loco. Pero, en el supuesto de que consigamos encontrar ese planeta, ¿dónde hallaremos la energía para llevar a él otras astronaves, colonizarlo y explotarlo?

-También hemos pensado en ello, doctor -le contestó Einstein con aire molesto-, aunque no sea éste el momento de hablar. Gracias a los ordenadores, rara vez cometemos errores en nuestros proyectos. Pero cuando los cometemos, no son tan banales. Y ahora discúlpenme, tengo que ir a preparar los planes de vuelo. Hasta la vista, señores.

El niño salió altivamente, balanceándose sobre unas grandes botas antirratón.

-Un hombrecito decidido -comentó Kook.

-Me ha hecho recordar -dijo Pyk- el chiste del niño que encuentra a su madre en la cama con un marciano y...

-¿Quieren venir a comer con nosotros? -le interrumpió Phildys-, la cantina sineuropea ya no ofrece las comidas de antes de la guerra, pero si se contentan con un mouseburger y con un buen bistec bactérico a la celulosa...

-No, gracias -dijo Kook-, vamos a la ciudad nocturna. Chulain tiene que saludar a un amigo.

-Buena idea. Hay un localito, en el Forum, que les aconsejo. Se llama «Venus». Se puede encontrar cualquier cosa...

-¿Incluso un sexy-show entre dos postes de gasolina? -preguntó LeO.

Los Jeques

En la cubierta del yate los dos árabes, el americano y el ruso jugaban a las cartas. La cálida brisa marina agitaba los caftanes blancos. La nave se mecía suavemente navegando cerca de una isla llena de palmeras tropicales, desde la cual los indígenas saludaban con gritos y risas a las beldades en bikini alineadas en diferentes tonalidades de bronceamiento en el borde de la piscina. Un camarero francés rubio e irreprochable (eran los preferidos de las ricas familias árabes) se acercó y reclamó su atención con una discreta tosecilla.

-Excelencia...

-¿Qué ocurre, Alain? -dijo el árabe más gordo y más lleno de diamantes.

-El capitán pregunta si quiere que ponga rumbo a Hawai o si esta noche prefiere pasarla en un puerto de Cerdeña.

El obeso árabe dejó caer las cartas.

-Dile al capitán que haga lo que quiera, a la mayor gloria de Allah, en cualquier caso siempre es el mismo aburrimiento.

-No hables así, Alya -dijo el otro árabe-, ¡este crucero está muy bien organizado! Es un prodigio de tecnología.

-Será un prodigio, Feishal -le contestó Alya-, pero, con tu permiso, yo no consigo olvidar que la tibia brisa está hecha con ventiladores, la hermosa isla que vemos es una película de holograma, los olores los produce una máquina japonesa, el sol son veintiséis lámparas de cuarzo, y la nave se mece y vibra en una piscina debajo de un globo de plástico. Y en el exterior hace un mes que nieva.

-No hay modo de contentarte, Alya -dijo el americano-, ¿preferirías estar fuera, excavando en las minas con lejiación bactérica, a veintiséis grados bajo cero?

-¡Cállate, Smitsky! -exclamó enfadado Alya-. Tú te conformarías pescando peces de chocolate, o con cien metros de playa de silicio artificial, y cangrejos con pilas. ¡Yo no! Ya no me divierto. Es inútil que estemos aquí jugando con fichas de un millón si luego en este mundo no hay nada que comprar que no sea falso o sintético.

-Las chicas no son falsas -dijo el ruso, saludándolas con una risita.

-Falsas no, Zukov. Pero en el Harem School del Cairo no enseñan a hablar. Su visión del placer es puramente acrobática -murmuró Alya.

-Realmente no hay nada que te satisfaga -protestó Smitsky-, puedes vivir en Petrominsk, la ciudad subterránea más bella del mundo, con sólo dieciséis mil habitantes, todos darían saltos mortales por estar aquí. ¡Y tú ni caso!

-¡Alya tiene razón! -dijo una voz profunda a sus espaldas-. Hay que aspirar a más.

Un árabe alto y con la barba roja, vestido con un manto negro, se había acercado a la mesa.

Alya palideció.

-Majestad... rey Akrab... yo... sólo era un desahogo personal.

-¡No! No te disculpes. ¡Tienes razón Alya! ¿De qué sirve poseer las mayores reservas de carburante de la tierra, y doscientas astronaves para volar, una ciudad con temperaturas de veintiséis grados, piscina doble en cada casa, si un kafir cualquiera, un miserable infiel de hace doscientos años, se lo pasaba mejor que cualquiera de nosotros? Pero es posible, señores -dijo el rey, sentándose a la mesa-, que exista una novedad. Es posible que exista en el espacio un lugar donde Alya y todos nosotros podamos por fin vivir una vida digna de nuestro poder. Y también tú, amigo ruso del pacto de agosto, y también vosotros, americanos, que escapasteis de vuestro país congelado e invadido por los esquimales, para compartir con los rusos una nueva patria, apuesto a que soñáis vivir en un lugar mejor que las estepas de San Franciscograd.

-Oh Sabio de los Sabios, oh Gran Perla de la Finanza -dijo Alya-, desgraciadamente un lugar así no existe. Casi hemos agotado las reservas de carbodeuterio en exploraciones espaciales; la nube no se disuelve, el frío sigue en aumento y sólo hemos encontrado planetas tan fríos como el lecho de una doncella abandonada la víspera de su boda.

-Así es, jefe -dijo Smitsky-, el centro de investigaciones de New Moscow lo ha dicho taxativamente: no hay nada que hacer; una vez perdida aquella porquería de Tierra que teníamos, sólo nos queda este glaciar.

-Oh, mis doctos y desgraciados amigos -dijo Akrab-, buscar es fatigoso, pero un viejo proverbio nuestro dice: el diamante más hermoso es el más oculto. Ahora tengo que daros una noticia muy interesante.

Los Samurais

El despacho del tecnogeneral Saito, ministro de las Conquistas espaciales, en el último piso del edificio Atari Mitsubishi, era uno de los más grandes y lujosos del Japón: casi cuatro metros cuadrados. El tecnogeneral Saito estaba tecleando velozmente datos en su ordenador de pulsera cuando la puerta se abrió de golpe, y su canto golpeó la cabeza del general, pero él no dejó de teclear, porque llevaba casco.

-Siéntese, Hitachi -dijo Saito sin alzar la mirada.

-¿Dónde? -preguntó Hitachi, un joven con el cráneo marcialmente afeitado.

-Hay un taburete en la pared, detrás de usted -dijo Saito-, si aprieta ese botón lo hará salir.

Hitachi apretó un botón y lanzó un grito. Un chorro de líquido hirviendo había caído sobre su cabeza.

-¡Vaya con cuidado, Hitachi! -gritó Saito-. ¡Ha apretado el botón del té! Salga inmediatamente de ahí.

-¿Por qué, general? -dijo Hitachi, mientras le llegaba de arriba una lluvia de azúcar.

-¡Demasiado tarde! Ya ha sido azucarado -dijo Saito-; vamos, no me haga perder más tiempo. Dígame, ¿los jeques ya lo saben todo?

-Sí, han comprado la información hace exactamente veintiún minutos. Ya están preparando una supernave espacial de su Kriegmarine.

-¿El Nabilia? ¿La Espada de las Estrellas? ¿La Calalbakrab?

-Muy probablemente la tercera.

-¿Cuántos espías tenemos en esa nave?

-Tres camareros, dos robots, dieciséis electrognomos disfrazados de batidoras, tenedores-micrófono, telecámaras en las duchas...

-Bien, muy bien... ¿cree que conviene sabotearles?

-No. Creo que si impedimos su partida nada les impedirá comprar todos los pilotos japoneses de astronave durante las próximas veinticuatro horas.

-Estoy de acuerdo con usted, Hitachi. ¿Y nosotros qué astronave haremos salir?

-La Akai Mazinga Zuikaku. Sólo mide cuatro metros, pero puede contener dos hombres y sesenta soldados grises. En caso de que sea necesario puede alargarse hasta los nueve metros.

-¿Cuánto recorre con un litro de carbodeuterio?

-Alrededor de una dieciochoava parte de cuadrante.

-¡Demasiado! Dejen en casa todo tipo de peso. Miniaturicen los retretes. ¡Agujereen el robot, resuelvan el problema!

-General, no podemos seguir reduciendo el confort. ¡Será un viaje largo e incómodo!

-¡Tonterías! ¡Que aguanten, como hacemos nosotros! En la escuela militar nuestras literas estaban tan pegadas entre sí que cuando dormíamos parecíamos un montón de tostadas. ¿Y sabe qué medía nuestra zona de recreo? ¡Diez metros! Vamos, reduzca, no hay excusas. Y ahora, dígame, ¿quiénes son los de la misión sineuropea?

-Puede leer los datos en mi gorra, general. Este moreno y barbudo es Leonardus Cristoforus Kook, un gran experto en energía. En el último conflicto mundial, fue uno de los primeros científicos que previeron el desastre de la nube y de la lluvia de chatarra espacial. Fue acusado de ecomarxismo y tuvo que abandonar el ejército. Ahora vive en el espacio en una cápsula solar de más de veintiséis metros cuadrados, se broncea y hace experimentos con las plantas.

-En pocas palabras, le han jubilado.

-Más o menos. Luego está un robot que es un ex-satélite espía, lanzado por los rusos, que también se dedicó al doble juego con nosotros. Al comienzo del conflicto escapó de su órbita, regresó a la atmósfera y pidió asilo político. Fue reestructurado, dotado de pies y ahora tiene misiones gastronómico-matemáticas. Y éste es Fang el mono, aquel que...

-Lo sé todo -murmuró Saito-, todo sobre ese maldito borracho pacifista. Yo estaba al mando de la misión «fuego sobre Londres», y vi cómo nuestro general Saki retrocedía hipnotizado, cantando «pescando en el río Wei», sin haber arrojado una sola bomba.

-Un maldito chun-tzu, un intelectualoide -dijo Hitachi-, pero hay más. Durante la guerra mantuvo con el nombre en código de Vega una conexión espacial telepática con una tal Atair. Ahora lo repetirá, con una tal Mei Ho Li, una joven telépata muy hábil. De ese modo piensan intercambiarse datos sin ser interceptados.

-Demasiado poco para asustarnos. ¿Y los demás quiénes son?

-Hay un piloto, Cu Chulain, ex rebelde, condenado una decena de veces por peleas, contrabando de árboles, violencias a ordenadores, sexualidad abusiva e infracciones de los límites de la velocidad espacial. Le han elegido porque es el único que ha estado en el Mar Universal, el cuadrante prohibido. También habrá un técnico mecánico, un tal Caruso, y, de momento, nadie más... es extraño, ¿no? ¡Ni un solo robot-guerrero!

-¿Y quién dirigirá la misión desde tierra?

-La parte política corresponde aparentemente al general Phildys. Pero en realidad ya están discutiendo entre sí. Al mando de la misión hay uno nuevo, un tal Einstein, un chiquillo de laboratorio: tiene un coeficiente intelectual de ciento cuarenta y seis, pero sólo tiene doce años, considerables alteraciones sexuales y está intoxicado con helados drogados.

-¿Y su situación energética?

-Pésima. Menos de dos millones de gigavov. Hacer volar una astronave hasta allí les costará un tercio de su reserva. Significa que les quedará energía para seguir calentándose durante dos años y luego no tendrán ni para iluminar una lamparilla sobre sus tumbas.

-No entiendo -dijo Saito-, ¿cómo pueden pensar en derrotarnos en una carrera espacial?

-Están excavando como topos en todo el continente americano -dijo Hitachi-, Confían en encontrar algo utilizable con bajo gasto energético. ¡Están llegando al final, general, los tenemos en un puño!

-¡Sí! -dijo Saito-. Seguiremos a su astronave. Cuando nos haya conducido a Tierra dos, la eliminaremos. Después de lo cual estrujaremos por completo la energía de ese planeta y tendremos un relanzamiento tal de potencia tecnológica que barreremos a los siete jeques y sus palacios de quincallería, y después...

-¿Y después? -preguntó Hitachi.

-Y después -dijo Saito, con una mirada soñadora-, el espacio será nuestro... el inmenso vacío cósmico. ¿Sabe, Hitachi, que el espacio cósmico es rarefacto? Hay un único átomo de hidrógeno, uno solo, en un centímetro cúbico de espacio cósmico. Allí en lo alto la densidad es 0,17"26..., ¿entiende, Hitachi?

-Creo que sí. Pero, ¿por qué lo dice llorando, general?

-¿Le parece justo, Hitachi -dijo Saito-, que un átomo de hidrógeno tenga tanto espacio, y yo me vea obligado a vivir en una casa con ocho mil personas?

París La Nuit

*La más bella de París*
*dejó perfumes y espejo;*
*con diez negros desapareció bajo tierra*
*buscando una boutique*
*de armas de guerra*
*y el metro, como un dragón inmenso,*
*asomó al aire libre gritando:*
*«ya no soporto los ruidos*
*que hacen los huesos de los viajeros*
*al chocar entre sí!»*
*Y fue la primera señal*
*de todos los horrores.*
*Enloquecidos, los gatos de París*
*devoraron una tras otra*
*a las mejores ancianitas*
*y los gritos de Notre Dame se desplomaron*
*cada uno de ellos sobre la cabeza de un japonés*
*las cámaras fotográficas hicieron crac*
*como un cráneo roto*
*y cada cadáver fue fotografiado*
*por un japonés ileso.*
*Oh cielos, en una sola noche*
*fueron exterminados millones de bocatas*
*griegos cubanos y tunecinos*
*y la sangre rellenaba los crepés.*
*«Oh, no», dijeron los enemigos, «no podemos*
*ver morir así París,*
*tal vez consigamos*
*hacerla sufrir un poco menos.»*
*Y, apuntando exactamente a los Champs Elysées*

*como a una pista de aterrizaje,*
*llegó un misil silencioso*
*con la inscripción: regalo a París*
*de parte de un admirador...*

De *LA destrucción de París*, de los «Machiniques»,
primera en el hit parade-rock de mayo de 2156 en Francia.

Kook, Chulam y LeO bajaban por los pasillos deslizadores del Forum Central de París. Al ritmo de la música rocksky, que llenaba todas las esquinas las veinticuatro horas del día, desfilaba toda la fauna nocturna de la ciudad, vestida «lightpump», la última moda francesa hecha de figuras luminosas y textos de cristales de firetrón en todo el cuerpo. Algunos llevaban grandes tortugas coloreadas atadas con una cuerda, otros caretas antigás con lentejuelas. La serpiente fluorescente de la multitud corría a lo largo de los pasillos dejándose absorber en los diferentes niveles subterráneos. En los tres primeros niveles, los niveles rosa, bajaban los turistas. Allí se hallaban los restos del antiguo París, encerrados en escaparates térmicos. Estaba la totalidad del bulevar Saint Germam, reconstruido casa por casa y bar por bar, absolutamente idéntico, salvo que la mitad de los parisinos sentados ante las mesas estaban embalsamados. En el segundo nivel había restaurantes de lujo y tiendas, además de una reconstrucción del Pont Neuf con doscientos metros de Sena recalentado antisuicidio. El palacio del Louvre había sido restaurado después del bombardeo de 2016 y, aunque el museo había sido destruido, en sus salas había ahora el mayor snack-bar de Europa, el «Monna Lisa», con todas las camareras vestidas de Gioconda y los camareros vestidos como «el hombre del guante» de Tiziano. Entre el cuarto y el sexto nivel se hallaban los barrios típicos, Montmartre, Pigalle, Montelimar, rué Mouff, plazas enteras desmontadas y reconstruidas pieza por pieza. Chulain quiso sentarse en la plaza de la Contrescarpe. A LeO le gustó muchísimo Beaubourg, dijo que se parecía muchísimo a un tío suyo. Kook se quedó ensimismado dando de comer a las palomas mecánicas, pero Chulain le cogió del brazo y le arrastró.

-Vamos, muchachos -les animó-, ¡esto es para turistas! ¡Seguidme, os llevaré donde uno se divierte de veras!

-De acuerdo, Cu -dijo Kook-, pero no por debajo del duodécimo nivel: no quiero perder la piel...

-Ni yo las siliconas -di|o LeO.

-Hasta el décimo, se trataba de niveles musicales: discotecas con todos los géneros del mundo. Aquel día era sábado, y alrededor de medio millón de tías y tíos se introducían en las salas y bailaban hasta el lunes por la mañana. Siguieron bajando: el nivel once era el de los cines, el doce el de los videojuegos. Después comenzaban los niveles negros: el trece y el catorce, juegos de azar, el quince, primer nivel porno. Allí vieron las primeras pandillas de noctámbulos.

Unos cincuenta Chui, jóvenes africanos semidesnudos con chisteras de piel de leopardo, y un grupo de Ton Ton, todos ellos obesos, por encima de los ciento treinta kilos, vestidos con papel de caramelos y muy temidos por sus panzadas mortales. Y vieron a los Jazuka tatuados y a los Esputadores, pandilla de setentones agresivos, y a los Clowns, que, pese a su aspecto alegre y sus pequeñas bicicletas de una sola rueda, eran capaces de bromas mortales. Y a pandillas retro como los Alpinos italianos, con botas, coros y picos de época, a los elegantísimos Bowies y a los Guardias Rojos chinos.

Culain había conseguido convencer a los demás de bajar al nivel dieciocho, diciendo que tenía allí un amigo que podía saber mucho acerca de Van Cram. Con cierta cautela bajaron hasta el nivel dieciséis, segundo nivel porno. Las escaleras automáticas se pararon. El nivel estaba iluminado por las luces roías de los pornopasillos, y por los grandes ojos suspicaces de

los robot-lobo que enfocaban a la gente buscando rastros de armas. A partir de allí, la policía ya no controlaba los niveles, y quien siguiera lo hacía por su cuenta y riesgo.

Nuestros amigos tomaron los pasillos exteriores. Amontonados cerca de las paredes, vieron grupos de mendigos, todos ellos con la tarjeta obligatoria de control higiénico colgada del cuello: en su mayoría eran víctimas de las radiaciones bélicas. También había una veintena de robots oxidados que chirriaban penosamente e intentaban improvisar grotescos espectáculos de acrobacia, cayendo y rodando con gran fragor.

-Hermano -dijo uno de ellos acercándose a LeO-, por favor: un poco de electricidad. Sólo una sacudida.

-Vete a trabajar, ve -replicó enfadado LeO-, eres un modelo del 2022: ¡tienes buenos brazos!

El robot-mendigo insistió un poco más y luego le gritó a LeO:

-¡Ojalá se te meta un gigantón de herrumbre en los circuitos! -y se alejó.

Los tres amigos prosiguieron hacia un pasillo oscuro, con el rótulo: «Descuentos para grupos». La entrada obstruida por cuatro niños ciegos con el cuerpo cubierto por completo por una especie de cola negra y espesa.

-Tar-babies -dijo Chulain-, niños de alquitrán, ve con cuidado. Son mendigos no autorizados. Se te echan encima y ya no te libras de ellos. Debes dejarles la ropa, o la bolsa. Dejadme a mí.

Chulain cogió dos o tres monedas musicales y las arrojó lejos; cuando sonaron, los tar-babies se abalanzaron a recogerlas, en una pelea filamentosa.

-Pobrecillos -dijo Kook-, ¿son un regalo de las guerras fotónicas?

-Sí -dijo Chulain-, las bombas de alquitrán 404. Es imposible quitárselo de encima.

Mientras tanto habían llegado a una zona en la que aparecían los carteles: «Porno 12. Se recuerda que no se puede acceder a las habitaciones sin la correspondiente tarjeta de sexualidad.»

-¿Y esto qué es? -preguntó asombrado LeO.

En el pasillo oscuro que se abría ante ellos podían verse, flotando en la oscuridad, decenas de bocas. Bocas sensuales, rojas, rosas, violetas, apenas iluminadas internamente por un reflejo azul.

-Creo que lo llaman el pasillo de las luciérnagas -dijo Kook-. Son hombres y mujeres que trabajan en las piezas laterales. Mascan caramelos y chicles. El nitrógeno gaseoso del azúcar produce la turboluminiscencia, que luego es ampliada por lápices de labio reflectores.

-No está mal -dijo Chulain, pasando ante una boca rosa que le saludó, mostrando la lengua. Consiguió ver con dificultad el rostro de una muchacha de largas pestañas.

-¿Y por qué no se dejan ver? -preguntó LeO.

-Casi todos tienen otro trabajo. Están aquí para redondear el sueldo: yo tengo dos amigos, marido y mujer, profesores de dibujo, que llevan años trabajando aquí.

-Hola, boca verde -dijo Chulain-, ¡a juzgar por la altura a la que tienes la boca debes ser una bonita espingarda!

-Es evidente -contestó la boca-, a no ser que esté encaramada en una bonita silla.

Salieron del pasillo. Repentinamente se encontraron ante la puerta de acero que daba a las escaleras del nivel dieciocho. Dos gigantescos «voluntarios del orden», armados con espadas de kendo y metralletas Fiat, les dieron el alto.

-¿Dónde vais, apuestos jóvenes? -preguntó el más alto, un negro bigotudo y melenudo.

-Vamos al dieciocho, hermano -dijo Chulain.

-¿A la «Espada»? ¿Al nivel deportes violentos? No te lo aconsejo. Esta noche hay un partido de fight-hockey entre mexicanos y pequineses. Está plagado de hinchas.

-Bajo sólo un momento para ver a un amigo, hermano -dijo Chulain-. Deggu N'Gombo, aquel que tiene la sala de peligrojuegos en el sector electrónico. Subiremos en seguida.

-Hum -dijo el voluntario, examinándoles-. ¿Lleváis armas? ¿Conocéis técnicas de lucha? ¿Algún arte marcial? ¿Escupitajos venenosos?

-Todo lo que permite el código de supervivencia, jefe -dijo Chulain.

-Bien, haced lo que os parezca. Pero, si queréis un consejo, deteneos en el dieciocho. Del diecinueve y del veinte, esta semana no han vuelto ni la mitad. Y vuestro amigo robot se queda aquí.

-¿Qué dices? -protestó LeO-. ¿Y por qué?

-Es el reglamento. No podemos controlar si llevas rayos, o disparas sacudidas o tienes alguna diablura de arma en toda esa chatarra. Durante toda la semana los niveles negros están cerrados a los no humanos.

-Eh -gritó LeO-, no llevo armas. ¡Regístreme! ¡No, no y no!

-LeO -dijo Chulain-, ¿sabes que en este nivel hay tres pasillos de muñecas mecánicas?

-Nos vemos a la salida, chicos -dijo LeO.

Chulain y Kook vieron cómo el robot se mezclaba velozmente con la marea de noctámbulos. El voluntario abrió la puerta verde, y la cerró a sus espaldas. Se hallaron ante una larga escalinata de caracol. Las paredes laterales estaban completamente recubiertas de pintadas, graffitis y murales de colores violentos. Sonrisas de antiguos anuncios aparecían irónicas entre las manchas de podredumbre. Un hedor a moho y ozono se estancaba bajo una luz espectral. Bajaron, hasta que vieron un cartel:

*Sector 17 - «La nube». Drogas duras. A partir de este punto ya no están en vigor las leyes de la Federación, ni existe vigilancia a cargo de la policía. Se ruega al público que se atengan a las normas del código de supervivencia nocturna. Se aconseja la careta antigás. Que se diviertan y suerte. La necesitarán.*

Jardín Des Plantes

En la oscuridad de la habitación, Fang estaba en la posición del loto. Ni el ruido de los ratones, que corrían por las paredes del edificio, ni los chillidos de los murciélagos gigantes, que los perseguían, podían interrumpir su viaje. Voló lentamente fuera de la habitación y penetró en un jardín. Era uno de los jardines botánicos de París, tal como lo había visto años antes en una película. Vio un gran melocotonero. Debajo de él, estaba sentada Mei, que le saludó con una sonrisa: se la veía un poco desenfocada, señal de que no había conseguido desprenderse del todo del cuerpo real.

-¿No consigues verme, Mei? -preguntó Fang.

-En mi cuerpo real hay muchos pensamientos -dijo la muchacha.

-Muchas gotas de agua forman la lluvia -dijo Fang-, pero la lluvia no es una gota de agua. Muchos pensamientos son tu pensamiento, pero tu pensamiento no es ninguno de estos pensamientos. Bórralos y ven.

Mei apareció con mayor claridad, pero su rostro seguía triste.

-No me siento tranquila, Fang -dijo-. Pronto tendremos que decir a la misión Tierra dos que Van Cram, en realidad, ha muerto, desaparecido en ese cuadrante lejano, y que todos podríamos tener el mismo final. ¿No es arriesgado? ¿No deberíamos sentir miedo?

-Las cosas suceden -contestó Fang- tanto si tienes miedo como si no lo tienes. Pero, dime, ¿deseas encontrar ese planeta?

-No lo sé, Fang. ¿Y si no lo utilizáramos bien? ¿Y si también en ese planeta lejano volviéramos a cometer los mismos errores? ¿Es posible que esto se repita?

-Es posible, Mei.

-Fang, tú sabes lo que dice el tercer mensaje. Los datos para alcanzar ese punto son insensatos. ¿Crees que lo conseguiremos?

-Si está escrito que dos peces deben encontrarse en el mar, de nada le servirá al mar ser cien veces mayor. Tú sientes miedo porque emprendes un largo viaje; pero el viaje más largo hecho por el hombre en el universo dura menos de un soplo. Tu corazón late, y la tierra gira unos treinta kilómetros en torno al sol. La hormiga viaja en el universo del jardín. Debe llegar

a aquel rosal del fondo, para llevar alimentos a sus compañeras. Carece de instrumentos para conocer el camino pero avanza, porque es algo que está en su naturaleza. ¿Qué puerta debe abrir?

-Ya ha llegado -dijo Mei.

-Sí, Mei -sonrió Fang-. Y ahora cuéntame tu sueño.

-Creo que todo comenzó cuando vi las diapositivas de aquella mina -dijo Mei-. Aquella noche soñé con unas montañas altísimas y un hombre vestido con un manto de plumas de colores bellísimos, y con la cara pintada. Me tendía las manos, como para llamarme. Hablaba una lengua extraña, que se parecía en algo al chino. Mientras hablaba, hacía unos nudos en un bramante. ¿Es verdad lo que pienso?

-Sí -dijo Fang-, lo que viste era un pueblo muy antiguo. Un pueblo que desapareció hace setecientos años.

Los Niveles Negros

Chulain y Kook recorrían ahora el pasillo del nivel 17, entre nubes de opio y juegos de luces. Caminaban deprisa, rozando las paredes, pero no pudieron escapar a dos camellos estatales de droga, que, armados hasta los dientes, empujaban un carrito atestado de mercancía.

-¡Eh, chicos -dijo el primero-, no llevaréis tanta prisa como para no poder probar alguna de nuestras especialidades!

Kook se disponía a responder duramente, pero Chulain le detuvo apretándole el brazo.

-Buena idea -dijo-, pero no perdamos tiempo, tenemos una cita. ¿Qué tenéis que sea rápido?

-Si tenéis prisa -dijo el segundo, que era un rubio completamente vestido de piel de pitón- hay veinte tipos de speed en pildoras, aerosol, tubito, jeringuilla, como queráis. Pero yo os aconsejo esta cimrococa. La ampolla lleva una punta de aguja, os la metéis en la oreja y os coloca durante seis horas. Si queréis algo más duro tenemos estas de Júpiter, recién llegadas. Basta con esnifarlas, ¡y entenderéis inmediatamente de relatividad! Vale, si no, tenemos caballo, anfetas, skydone, lumpiridos, hierba sanguinaria, characo, visionex, chicha, kuvoodo, terreiro, napolitana, jamaicana, mystical, paté de payóte, lobotoprazenex, yogurt de amanita, bocatas con mantequilla de valium, coca, mescal bayer y yope.

-¡No podemos colocarnos demasiado! Danos dos caballocola.

-Digamos cuatro -dijo el pitoncito.

-Vale -dijo Chulain-, hecho.

-Oye -dijo Kook, mientras se alejaban-, ¿por qué le hemos dado dinero a esa gente?

-Querido -dijo Chulain-, es mejor comprar en plan amistoso que con un cuchillo en la garganta. Hazme caso, que he frecuentado todos los niveles bajos de la Tierra y de la Galaxia. Estamos en una zona estatal, no se pasa si no se compra. Y ahora lleva la botellita a la vista y sigue hacia abajo.

-Está oscuro y no se ve nada.

-Donde no se ve nada, nadie te ve -dijo Chulain-, chitón y adelante.

Siguieron bajando a ciegas, notando bajo los pies un barrillo fétido.

-Mayonesa de rata -aclaró alegremente Chulain-, acaban de hacer la desratización semanal con el ácido.

Kook sintió un nudo en el estómago. Después de un prolongado y nauseabundo descenso, vieron una rendija iluminada. Kook estaba a punto de irrumpir en el pasillo cuando sonaron disparos y gritos. Chulain aproximó el ojo a la rendija. Vieron una pelea furibunda entre una veintena de locos armados con mazas de hierro y pistolas.

-Son los hinchas del partido de esta noche -dijo Chulain-, los que llevan el sombrero negro con la estrella son de la banda cangaco. Son mexicanos. Los otros, los que van tatuados hasta en la nariz, son los Tong chinos. ¡Se están dando fuerte! ¡Se odian!

-¿Por qué? -dijo Kook.

-Lo ha contado el policía. Han venido a un partido de fight-hockey, ese que se juega con los patines de púas y palos-mazos. En el partido de ida, los chinos decapitaron a mazazos a Calvez, el ídolo mexicano. Según el arbitro todo era legal, según otras personas no lo era porque el partido había terminado tres horas antes.

Esperaron a que el fragor de la pelea se alejara y luego salieron cautamente. Motos negras de vigilantes zumbaban arriba y abajo por los pasillos.

-Ánimo, Kook, ya hemos llegado -dijo Chulain-, tengo un amigo, aquí en el 17, que podrá contarnos algo acerca de nuestro Van Cram. O, por lo menos, eso espero. ¡Sigúeme!

Entraron en un pasillo a cuyos lados se veían salas de lucha libre y de boxeo con puños desnudos. Al fondo, se oía el estruendo de un círculo infernal absolutamente atestado. Pero los aullidos de los condenados y los gritos de los diablos eran los ruidos electrónicos de una sala de videojuegos.

Deggu N'gombo Y El Rock Del Cocodrilo

*Mató tres mil*
*astronaves espaciales*
*luego murió*
*bajo una lambretta en las calles*
(epitafio para un gran jugador de videojuegos)

-No lo paso mal, Chulain -dijo N'Gombo, una vez hubieron agotado los «viejo pirata» y las coreografías de recíprocos manotazos.

Era un negro flaquísimo y calvo, con piernas artificiales. Vivía en una silla de ruedas con una barra de bar incorporada y una estatua de sirena tallada en cada brazo.

-Tengo un centenar de videojuegos que rinden bastante -continuó N'Gombo-, puedo pagarme dos guardaespaldas y mis relaciones con los jefes del nivel son buenas. Me dan incluso los recibos de su protección. En fin, que soy un honrado comerciante...

-Pero no es como en las estrellas, ¿verdad, Deggu? -sonrió Chulain.

-¡No! Pero ahora soy viejo. Sabes, treinta años de hipervelocidad se sienten todos de golpe, especialmente si has dejado las piernas paseando solas por el espacio. Así que me conformo con guiar las astronaves de estos artefactos electrónicos. Son perfectos, ¿sabes? Con el pulsador y la cañonera láser, exactamente igual que nuestras naves piratas. Pero a veces me aburro un poco. Aquí siempre ocurre lo mismo...

Una ráfaga de disparos interrumpió el discurso. Un videojuego próximo estaba disparando una lluvia de proyectiles sobre el jugador, que estaba aprisionado en el taburete, mientras en el aire resonaba una marcha fúnebre electrónica.

-¡Eh! -gritó Kook-. ¡Está disparando de veras! ¡Parémoslo! ¡Lo está matando!

-Sí -dijo tranquilamente N'Gombo-. Se trata de un hologame de riesgo total. Si consigues 6.00 puntos, bien. Si no, dejas la piel. Está escrito con toda claridad en las instrucciones del juego.

-Caramba -dijo Chulain-, ¿y la policía lo permite?

-Bueno, según la ley no se debería eliminar al jugador, sólo herirlo -admitió N'Gombo-, pero a la gente le gusta correr un riesgo real, de modo que la policía hace la vista gorda, a menos que se trate de un caso escandaloso. El pasado mes tenía un juego que se llamaba «Martian Revenge», venganza marciana. En la pantalla, el jugador perseguía a un marciano por la jungla. Si no le alcanzabas en tres minutos, al videojuego le salían brazos y piernas articulados y él era el que te perseguía a ti. Pero a mí me habían vendido un videojuego defectuoso, que no se limitó a eliminar al jugador, sino que eliminó a diecinueve personas más y lo detuvieron a martillazos, mientras se disponía a entrar en una discoteca del octavo. ¡Una historia graciosa! Pero, ¿por qué no jugáis? Tengo dos modelos nuevos. Uno se llama

«Medical»: hay que descubrir y eliminar doscientos bacilos en diez minutos. Si no lo consigues, te contagia. O bien aquel otro, es extraordinario: se llama «Stone crash», simula un recorrido espacial entre bancos de meteoritos.

-¿Y qué es aquella enorme ducha que hay sobre el asiento?

-El toque realista -dijo N'Gombo-. Si pierdes, te llueven pedruscos de un quintal.

Chulain y Kook se miraron, mientras ante sus ojos los guardias se llevaban a un jugador chamuscado.

-Me gustaría pelearme con uno de tus juegos, Deggu -dijo el negro-, pero tengo mucha prisa. Busco una información importante, y sólo tú puedes dármela. No te asombres si te pongo este trasto bajo la nariz, es un perturbador CCS para interceptaciones.

-Así que ahora trabajas a lo grande, ¿eh, Chulain? -comentó N'Gombo-. ¿Qué quieres saber?

-Tú has viajado con los pilotos sabuesos, ¿verdad?

-Claro. Cuatro años, a escondidas de la Federación. Cuando éramos contrabandistas. Ya sabes, hemos descubierto muchas cosas interesantes. Los guiábamos a los sitios y nos daban el veinte, o incluso el treinta del hallazgo. Cuando no nos mataban, claro.

-¿Llegaste a volar con un tal Van Cram el vikingo?

-Van Cram... espera, es un tipo rubio y tuerto, ¿verdad? No, nunca volé con él. Era uno de los más locos. Ha volado en todos los cuadrantes de los planetas perdidos. No tenía miedo de nada.

-¿No sabes qué zona recorría últimamente? ¿Dónde podría encontrar a alguno de los que volaban con él?

-Sólo puedo darte muchas direcciones de viudas de gente que volaba con Van Cram. Pero quizás alguien pueda ayudarte. Es un tal Geber, un periodista. Le acompañó en sus últimas misiones, sabes, es uno de aquellos enviados que escriben: «Estamos aquí, en el fragor de las bombas», en la bañera del hotel, a un año luz del frente. Ahora escribe en el diario de Meskorska, el planeta artificial, cerca de Urano.

-Muy interesante -dijo Chulain-, ¿puedo hacerte otra pregunta?

-Por supuesto -dijo N'Gombo.

-¿Aquel animal forma parte de tu sala de juegos o es un intruso?

Chulain señaló la entrada de la sala, donde había aparecido un cocodrilo de por lo menos diez metros de longitud. Sostenía glotonamente en la boca a un guardia, como si fuera un huesecito, y movía su enorme cola al ritmo de la música, casi podía decirse que bailaba, con un cierto monstruoso sentido del ritmo.

-¡El superkokko de la noche del sábado! -gritó N'Gombo-. ¡Muchachos, ocultaos detrás de aquella pared!

La bestia avanzó por la sala coleteando a ritmo del rock-sky, al tiempo que asestaba tremendos coletazos a los videojuegos, que ahora parecían realmente aullar de terror.

-¡Eh, animal! -gritó N'Gombo-. ¡Cada máquina me cuesta dos mil lingotes! ¡Lárgate! ¡Aquí sólo hay cosas mecánicas, vete a desayunar fuera!

Pero el kokko estaba ocupadísimo royendo «Jungle Jim», un videojuego que silbaba y estallaba en su boca como una palomita de maíz. Al ver esa tropelía, N'Gombo olvidó toda precaución, puso en marcha la silla de ruedas y cargó contra el kokko, disparando enloquecidamente las metralletas adosadas a los brazos, Al principio, el kokko pareció simplemente molesto por la lluvia de confettis, pero cuando un par de ellos se le metieron en el ojo se enfadó de veras. Giró en redondo, puso la cola en posición y contempló la silla de N'Gombo con la concentración de un jugador de golf. Coleteó y la bolita, o sea N'Gombo, emprendió un vuelo de cincuenta metros, contra el muro.

-¡Deggu! -gritó Chulain, sobre los restos de su amigo-, ¡contesta, Deggu! ¡En cuanto a ti, pedazo de mierda acorazada, si tuviera un arma conmigo te haría dejar de bailar!

El superkokko, que era muy susceptible, no toleró el insulto y se dirigió ondulante hacia Chulain, para ponerle también en órbita. Chulain gritó, el cocodrilo levantó la vengativa cola,

pero de un videojuego que estaba a sus espaldas partió un fulminante rayo láser que dio al animal, y lo partió en dos, con gran derroche de humo y cristales. Un agradable olor a kokko asado llenó la sala,

mientras Kook y Chulain intentaban recomponer los trozos de N'Gombo y de la silla de ruedas.

-¿Por qué, hermano? -se quejaba Chulain-. ¿Para salvar esos juguetes electrónicos?

-Sólo me quedaban dos plazos por pagar -suspiró N'Gombo.

Kook examinó el juego que había disparado.

-¡Es un videojuego japonés! También aquí nos estaban espiando. ¡Pero por qué no ha intervenido antes! Podía salvar a N'Gombo.

En la pantalla del videojuego apareció el texto: «Lo siento. He tenido que pedir órdenes al ordenador central.»

-Peor para vosotros, sam -dijo Chulain-, ya no podréis interrogarle, N'Gombo ha muerto. Malditas bestias.

-Salen la noche del sábado -dijo un cliente de la sala, contemplando el corpachón del kokko- porque saben que hay más gente. Son un centenar, viven en las cloacas radiactivas y cada día son más grandes y más feroces. El otro sábado vi uno de dieciséis metros.

-¿Puedo quedarme con un pedazo de recuerdo? -preguntó educadamente un niño a Chulain.

-Quédate con todo. ¡Oh, mierda! ¿Y qué son ahora estas sirenas?

-¡Las viudas negras, las motos de los vigilantes! ¡Rápido! -gritaron los clientes.

Hubo un éxodo masivo, mientras las grandes motos-araña entraban zumbando en la sala.

-¡Corre! -dijo Chulain a Kook-, si nos detienen nos harán cantidad de preguntas, y tendremos problemas. Está prohibido disparar contra los cocodrilos. Son una raza protegida.

-¿Y a nosotros quién nos protege aquí? -exclamó Kook.

Corrieron a lo largo de los pasillos exteriores y se mezclaron con la multitud del partido. El sonido de las sirenas se alejó.

Robot Love

-¿Y tú en qué trabajas, cariño? -preguntó la pornorobot a LeO, que después de la actividad erótica estaba sacando humo en la cama. No fumaba un cigarrillo, sino que echaba humo de la cabeza, ya que la excitación le había quemado un par de fusibles.

-Pues -dijo LeO-, de momento soy un robot de astronave. Pero antes... era un satélite-espía.

-Oh -dijo la pornorobotita-, ¡la de cosas que habrás visto!

Era un bellísimo modelo Mitsubushi «Jardín de Cerezo» con profundos ojos plurisegmentados, que iluminaba con fascinantes combinaciones de colores.

-Sí -admitió LeO con desenvoltura-, en fin, en veinte años de órbita, algo se ve. Además, yo tenía un telescopio con el que podía leer el diario del agregado de embajada americano, desde trescientos kilómetros de altura... lo que... podría contar sobre los embajadores... cositas picantes.

»-Aquello no era vida -suspiró el robot-, demasiada competencia, no quedaba ni una órbita libre. Y además, lanzaban nuevos satélites, armados con bombas nucleares, cuernos, dientes... demasiado militarismo. De modo que deserté... sabes, desde arriba la Tierra es muy pequeña... te da un poco de risa la idea de que tengan que devorarse entre sí, cuando lo ves desde arriba... Es como... ¡ver unos peces que se comen en un acuario!

-Te comprendo -dijo Jardín de Cerezo-, yo también soy una reestructurada. Hace años era un robot de matriz masculina, trabajaba en la sección de discos de los almacenes Fnac. Una vez vi cómo una chica robaba un disco y no le disparé inmediatamente, como estaba previsto por el reglamento.

-¿No te habían programado bien?

-No. Como tenía que trabajar en la sección de libros, me habían añadido una programación cultural suplementaria. Aquella semana había leído tres mil libros sobre la violencia, y tenía los circuitos atascados. Fui castigado y reestructurado. Me cambiaron el sexo y me enviaron a este nivel. Pero no lo paso mal. Los robots son más buscados que los hombres. Sólo de vez en cuando llegan estos robotsgrúas del sector de excavaciones que son unos auténticos brutos: ¡si no estás atenta, te desatornillan!

-¿Puedo saber tu nombre? -preguntó tímidamente LeO.

-Lo siento. El reglamento no lo permite. Pero, si vuelves a verme, quizás...

-Ya, pero, sabes -dijo LeO-, yo nunca estoy quieto, hoy aquí, mañana quién sabe dónde. En mi astronave, se puede decir prácticamente que mando yo... me consideran mucho...

-¿Ha entrado aquí una especie de cotorra de aluminio con dos bracitos tísicos y un fanal en la cabeza, si es que puede llamarse cabeza? -dijo una voz fuera de la habitación.

-Creo -suspiró LeO- que mis amigos me han encontrado.

¿Qué Hay Debajo De Los Hielos De Cuzco?

Cuando Kook entró en la sala de control de la misión notó la excitación frenética que precede a cualquier vuelo. Algunos técnicos jugaban a las cartas, otro dormía, y un tercero dibujaba oseznos con el ordenador gráfico.

Kook se presentó ante los ojos fotoeléctricos de la sección secreta; la puerta se abrió y le mostró el rostro excitado de Pyk.

-¿Querido Leonardo! -dijo el ministro-, ¡ya me han contado sus magníficas aventuras! ¿Qué opina de los niveles nocturnos?

-Divertidos, pero tal vez consumen demasiada energía. He leído que con la corriente gastada en los videojuegos se podrían calentar tres mil habitaciones...

-En estos tiempos asquerosos -dijo Pyk-, ay de ti si le quitas a la gente un poco de diversión. Sin unas cuantas fiestas y golosinas, es imposible hacerla trabajar. ¡Pueden llegar a comer moho de amoníaco, pero cuidado con quitarles el concierto del sábado! ¡Sería como quitarle las revistuchas a Einstein!

-Mis revistuchas, comparadas con los textos de sus espectáculos, son clásicos griegos -dijo furibundo Einstein-, y por si lo quiere saber...

-Señores, señores -intervino como siempre Phildys-. Nos queda poco tiempo. ¡Es mejor que discutamos los últimos detalles! Préstenme atención. La misión saldrá mañana por la noche. Tenemos la seguridad de que ni los sam ni los jeques les molestarán, por lo menos hasta Meskorska. Después, será su deber actuar en consecuencia...

-O sea salvar la piel -dijo Chulain.

-Ahora les comunicaré los restantes datos -prosiguió Phildys-, y no todos agradables. Primero: Van Cram. Cuando su vector llegó a tierra, que curiosamente fue detectado con retraso por el ordenador, consultamos el registro de los vuelos espaciales. Bien, descubrimos que hacía un mes que Van Cram había sido considerado desintegrado. Salió de Meskorska hacia el Mar Universal el 2 de junio, su última conexión es del día 20. Y después desapareció. Todas las pesquisas con radar por esa zona han sido infructuosas.

-No me sorprende -dijo Chulain-; el tiempo en esos cuadrantes no es de los mejores... tormentas, desgarrones magnéticos, agujeros negros... he visto cómo los barómetros se hacían el harakiri con las agujas, se lo juro.

-Sí -dijo Phildys-, veintiséis astronaves perdidas en los últimos dos años. Ni rastro de ellas.

-¿Y cuáles son los últimos datos de posición en clave que comunicó Van Cram? -preguntó Kook.

-Otra buena noticia, Kook: esos datos son absurdos. Los hemos hecho comprobar, y no tienen referencias reales. El ordenador de la nave de Van Cram ya estaba estropeado cuando los transmitió. Así que deben encontrar la ruta por su cuenta. Y éste no es el único misterio de esta historia. Hoy, Kook, me has preguntado dónde pensábamos encontrar la energía para

colonizar Tierra dos. Ahora te lo explico. ¡Apaguen la luz de la sala, por favor! Miren estas diapositivas: se trata de la estación minera de Kouzok, donde ha sido hallado el vector. Llevamos dos años excavando en este punto, porque de vez en cuando el controlador señala unos gigantescos flujos de energía subterránea, breves explosiones que después desaparecen misteriosamente. El vector ha sido descubierto ahí, hundido en el hielo: y a cien metros hemos encontrado esto.

En la pantalla apareció un bloque de piedra tallada, de una dimensión como de diez hombres.

-¡Caramba! -dijo Chulain-. ¿Qué es? ¿Un pedazo de fortificación adrónica?

-No -dijo Phildys-, esta piedra, que parece tallada con el láser, no es de nuestros tiempos. Los expertos han determinado que pertenece a una civilización que los modernos llamaban «inca»: esa piedra tiene dos mil años.

-¡Los incas! -dijo emocionado Kook-, ¡habéis encontrado los restos de la ciudad inca!

-Exactamente. Los controladores muestran que debajo de ese hielo están los restos de la ciudad de Cuzco, después del bombardeo de la quinta guerra. La parte antigua ha resistido mucho más que la moderna. Y a medida que proseguían las excavaciones, todos los instrumentos parecían enloquecer: último misterio, hemos hecho examinar el vector de Van Cram por el que dirige las excavaciones. Queríamos saber de dónde procedía el vector. La respuesta del ordenador ha sido: M.R.

-¿M.R.? ¿Me Rindo? -preguntó estupefacto Kook-, ¿el ordenador se ha rendido?

-Así es -admitió Einstein-, y es algo realmente inexplicable para un superordenador autocorrectivo modelo Tubing Megaf lop Paralaplace. Hemos vuelto a controlar todos los datos, y reformulado la pregunta millares de veces. El ordenador no nos contesta. Por lo que sin duda nos hallamos ante una borrachera.

Kook le dirigió una mirada interrogativa.

-En términos no técnicos -precisó Einstein-, los expertos llamamos borrachera a algo que afecta a los circuitos de los ordenadores sofisticados, privándoles de lo que llamaríamos lucidez. Hemos comprobado que esta «borrachera» se producía cada vez que los ordenadores se hallaban en presencia de un flujo de energía enorme, por ejemplo, un flujo de elementos transuránicos, o explosiones nucleares.

-¿Qué quiere decir «se producía»? -preguntó Kook.

-Porque en estos tiempos de crisis energética ya no existen flujos tan fuertes -dijo Einstein-; la última borrachera registrada ha sido la de Pekín. Cuando los americanos bombardearon China con bombas bacteriológicas, los famosos siete sabios, los siete ordenadores centrales chinos, se emborracharon y a la pregunta: «¿Cuál es la respuesta militar prioritaria que debemos dar?», contestaron: «Comprad un millón y medio de aspirinas.»

-En pocas palabras -dijo Chulam-, ¿qué significa esta historia?

-Un ordenador sofisticado como Genius 5 sólo puede emborracharse cerca de una fuente de energía superior a un millón de gigavov. Debajo de esos hielos, en la parte antigua de Cuzco, creemos que existe algo que posee una energía monstruosa. Y si la encontramos, ¡pronto os enviaremos refuerzos, muchachos!

## LA ÚLTIMA NOCHE EN TIERRA

Era medianoche. Una tormenta de viento y nieve azotaba el palacio de la Federación. Relámpagos violeta de una tempestad eléctrica iluminaban la superficie helada de París. Desde su habitación en el piso sesenta, Chulain oía los aullidos atemorizados de los osos blancos taxistas. El negro estaba entregado a una extraña tarea. Había llenado una botella de pez, y estaba introduciendo en ella una mecha. Cerró después la botella con un tapón agujereado. La luz de la llama despertó a LeO, que dormía con un ligero ronquido gatuno. LeO contempló con curiosidad cómo Chulain se inclinaba ante la botella, y murmuraba una

letanía. Luego el negro cogió un tubo lanzamensajes, de los que utilizan las astronaves para las señales, y abrió la ventana. Un viento glacial llenó la habitación.

-Eh, Chulain -gritó el robot-, ¿estás loco? ¿Qué haces?

El negro no contestó. Abrió el tubo, metió en su interior la botella y luego la lanzó hacia el cielo. A continuación, se inclinó una vez más y dijo:

-Esto es para ti, Deggu N'Gombo.

LeO hizo vibrar interrogativamente la antena central.

-¿A quién haces señales, Chulain? ¿A tu amante lunar? ¿A los japoneses?

-Nada de eso, LeO -dijo el negro, encendiendo la pipa-, esto es algo que hacemos nosotros, los pilotos del Mar espacial, cuando muere un compañero.

-¿Y por qué? -preguntó LeO.

-Es una vieja historia, LeO. ¿Quieres oírla?

La Historia Del Capitán Quijote Patchwork

*Me casé con una sirena esbelta*
*como una dorada ¡ay de mí,*
*cómo ha cambiado ahora es*
*medio ballena!*
(De... la canción del ballenero cortés)

El año 2136 fue un año especial para la caza de la Cabezadehierro. Aquel año las ballenas Cabezadehierro (así eran denominados los grandes meteoritos que surcaban el Cuadrante Espacial del Mar Universal) comenzaron a aparecer muy pronto. Estaba claro que sería un año excepcional. Nunca se habían visto Cabezasdehierro tan enormes, lo juro por mi pipa. Ya corrían los primeros rumores: la nave Town-ho había encontrado e intentado capturar un meteorito que medía por lo menos doscientos metros. La Cabezadehierro había arrancado todos los arpones-imán y desprendido la parte anterior de la nave, dejándola al ventestate. ¡Habían vuelto a tierra con un buen resfriado los muchachos de la Town-ho!

Yo era entonces un joven lleno de esperanzas, con unos grandes deseos de navegar por el espacio. No tenía ninguna experiencia de la caza de Cabezasdehierro, pero era bien plantado y valeroso: por consiguiente, me dirigía esperanzado a la fonda «Maritornes», un lugar de mala fama de la estación espacial de Nanturanucket, donde se reunían todos los «cazadores de piedras» más famosos. ¡Bueno, vaya fauna había en aquella taberna, muchachos! Seguro que no habríais podido encontrar ningún extra para un anuncio de un baño de espuma. Pero yo me armé de valor, me aproximé a la barra y me senté en medio de dos tipos siniestros con el casco tatuado.

-Busco un embarque -dije repentinamente-, ¿saben a quién puedo dirigirme?

Cascorrojo me miró. Era un radiactivo, con la cara señalada por las quemaduras.

-Negrito -me dijo-, ¿de veras buscas un embarque?

-Por supuesto -contesté, algo preocupado por su manaza con guante de hierro que ya me rodeaba la espalda.

-Puede que lo hayas encontrado -dijo Cascorrojo dirigiéndose a Cascoazul-. ¿A ti qué te parece, Veré?

-Digo que me parece un muchachote robusto, Amasa -dijo el otro sin mirarme-. Pero tal vez sea un poco cobardica.

-No, señores -dije resentido-, me sobra valor para dar y vender.

-¿Ah, sí? -dijo Veré, y me miró riendo.

Entendí que me estaba preparando una broma pesada. Introdujo una mano en el anorak, sacó una gran bomba de percusión, y dio dos o tres pasos atrás. En la taberna se hizo el silencio. Con una gran carcajada, Veré arrojó la bomba por el aire, justo hacia mí. Yo conseguí atraparla al vuelo. Con sudores fríos, la deposité en la barra.

-No has estado mal, jovencito -me dijo Amasa, con un amable guiño.

-Ves, eso sólo era una bomba: pero si pierdes la cabeza por una bomba tan pequeña, ¿qué harás cuando veas que se te viene encima una Cabezadehierro, diez mil veces mayor, que corre contra ti en el espacio silbando y soltando gas?

Al día siguiente de aquel insólito examen, los dos me acompañaron a la nave de la cual eran oficiales, la Grampus. Era una astronave tosca y remendada, que llevaba como mascarón de proa un bisonte. La mandaba un misterioso capitán Quijote Patchwork. Digo misterioso, porque todos aquellos a quienes había preguntado si le conocían me habían contestado: «¡Sí que le conocemos! ¡Y también tú le conocerás! ¡En todas sus partes!»

Entendí estas respuestas cuando me hallé frente al capitán, la mañana brumosa en que embarqué. Quijote era el hombre más recompuesto, reparado y restaurado que nunca había visto. Creo que sólo su cabeza era original, y tampoco del todo, porque tenía un ojo de cristal y una placa de hierro en el cráneo. El resto era un auténtico triunfo de la fantasía biomecánica. Tenía una pierna completamente de cobre, decorada con pulpos y delfines, que lucía fuera de los pantalones cortos. La otra, de la rodilla hacia abajo, terminaba en una punta aguzada de hierro. Me dijeron que, cuando había tormenta, el capitán la hundía en el puente de la nave y allí permanecía, clavado, girando como un compás, sin dejar de contemplar el mar en busca de presa. Tenía además un brazo de goma extensible, y el otro terminaba en una mano de marfil muy refinada, ganada a un capitán chino en un pulso.

En cuanto a los órganos internos, habían sido machacados y triturados tantas veces por los encuentros con las Cabezasdehierro, que podía ser considerado un catálogo de anatomía sintética. Tráquea de latón con soplo cavernoso bemol, corazón de caucho, estómago a cargo de la división plástica de la Bayer, dieciséis metros de buen intestino de polivinilo, terminados en un ano sintético, con un timbre para los pedos, y en lugar del bazo y del páncreas, una centralita química subcutánea.

Se había visto a su hígado huir y arrojarse al mar una noche, después de haber soportado el sexto litro de ron hirviente. La columna vertebral había sido reforzada con bambú, las costillas eran láminas de aluminio con una abertura central en forma de muelle, lo que ahorraba mucho tiempo a los cirujanos cuando tenían que cambiar las piezas. ¡Ah, sí!, tenía un solo pulmón, pero auténtico: sentía mucho cariño por él. «El viejo Paul (el pulmón)», decía, «siempre va conmigo, y no me ha abandonado nunca.» Y para premiar a su Paul, fumaba ininterrumpidamente. Inhalaba profundamente la pipa y decía: «No está mal este tabaco, ¿verdad, Paul?» Y después de cada acceso de tos repetía: «Hoy te he dado en el centro, ¿verdad, viejo amigo?» Bien, os preguntaréis por qué Quijote Patchwork estaba en ese estado. Fácil: porque era el más loco y temerario cazador de piedras del espacio. Afrontaba Cabezasdehierro diez veces mayores que su nave y en cada ocasión dejaba en la refriega algún hueso o algún músculo. Pero nunca se rendía: «Un día daré un golpe grande. ¡Atraparé una Cabezadehierro que me hará pasar a la historia! ¡Aunque aquel pedrusco tenga que convertirse en mi lápida!»

Y si el capitán estaba loco, no menos lo estaba la tripulación. En las últimas temporadas de caza, Quijote nunca había vuelto con más de la mitad de los marineros con que había partido. Mala

suerte, decía. Pero, en realidad, sólo la chusma estaba dispuesta ahora a embarcar con él. Eso lo entendí cuando ya estaba a bordo, y no podía volverme atrás. Y una vez fuera, el viento de la aventura disipó los miedos.

Aquel año partieron hacia la zona de caza las astronaves más legendarias: la Queen Mab, la Penguin, la Pequod, la Beagle, la Peng, la Pinta, la Ulysses, el Conejo de las Estrellas, el Hipogrifo, la Shamaral, la Amadís, la Tupac Amaru, la Platir, la Urganda, la Excalibur, la Bala de Cañón, la Pertega Salutis, el Nautilus, la Fogg, la Molly Aida, la Typee, la Essex, la Atalante, la Meeres Stille, el Potemkin, la Macarrau, la Espalda del Diablo, la Ruppert Mundy y tantas otras. Nuestra tripulación era la chusma de las chusmas galácticas: japoneses desertores, astronautas rusos medio locos por los años de soledad espacial, americanos en

apuros, contrabandistas de Merskorska, chinos fugitivos de los arrozales marcianos, expolicías espaciales, científicos escapados de los laboratorios, mineros de Mercurio, hombres-lobo lunares, deprimidos saturnianos y maníacos venusianos. Y los oficiales, Veré y Amasa, dos brutos que se expresaban fundamentalmente con la fusta.

Yo tuve la suerte de disfrutar rápidamente de los favores del capitán, y el motivo era muy sencillo: mi habilidad tallando pipas de madera. Podía confeccionar una en una sola noche, mientras estaba de guardia en el timón. Precisamente una de esas noches Quijote pasó cerca de mí, y me vio manipular con mi navajita.

-¡Marinero! -gritó con su vozarrón metálico-, ¿qué estás haciendo?

-Una pipa, capitán -dije, mostrándosela-, pero se lo juro, no estaba distraído. Sigo atento al rumbo.

Me arrancó la pipa de la mano con un gesto brusco, la contempló: era una pequeña pipa en forma de delfín. Inmediatamente se calmó.

-Es una bonita pipa, marinero -dijo, poniéndosela en la boca-, ¡una pipa muy bonita!

-La he hecho... para usted -mentí con descarada rapidez-, sé que usted es un apasionado fumador...

El capitán me miró con curiosidad. Luego me indicó que le siguiera, y me llevó a su camarote. Allí, dentro de un gran armario de pared, me mostró su increíble colección. Había pipas de todos tipos, medidas y materiales. Las más sorprendentes eran las talladas por los marineros durante las largas horas de navegación: era como si todos los sueños y las pesadillas del mar estuvieran recogidas en aquel armario. Pipas en forma de dragón, de delfín y de asteroide, de cometa, sirena y calamar gigante.

-¡Qué maravilla! -dije yo admirado, mientras la colección pasaba por mis manos-. ¡Qué fantasía!

-¡No hables así! Todo lo que se ve en el mar -me reprochó severamente Quijote-, en la niebla de la noche, en el reflejo del sol, no es fantasía, es real. Las sirenas son verdaderas, de la misma manera que lo son los monstruos más horribles, los peces lobo, los pulpos con cabeza de niño. ¿Y los meteoritos? ¿Acaso son metal, grumos de minerales y piedras? ¡No, cuando los veas lo entenderás! ¡Las Cabezasdehierro están vivas! ¡Piensan, luchan! ¡Son las ballenas del espacio!

Y me golpeaba en la espalda con sus criminales manazas ebúrneas. Me mostró pipas todavía más extrañas: una, por ejemplo, cuya cazoleta era una luna perfecta, cráter por cráter. En otra, hecha por encargo, estaban tallados el rostro de su mujer y de sus seis hijos con la inscripción: «No corras, piensa en nosotros.»

Aquella noche nació, por consiguiente, una fuerte simpatía entre nosotros dos, que no dejó de suscitar los comentarios irónicos de mis compañeros.

-¿Le has hecho la pipa al capitán, Chulain? -oía susurrar de vez en cuando a mis espaldas.

Tuve que distribuir algún coscorrón gratis para que se callaran.

Al cabo de diez días de navegación, habíamos llegado a la Trampa, el punto de caza del cuadrante. Allí los meteoritos de mineral precioso pasaban a toda velocidad. La habilidad de los capitanes residía en prever su rumbo entre las corrientes magnéticas, y cruzarlas a su paso. Entonces se arriaban las chalupas, atadas a la nave con cables. Si el meteorito pasaba lejos, el arpón-imán no lo alcanzaba. Si pasaba demasiado cerca, desmenuzaba chalupas y nave como si fueran galletas. Pero si la distancia era correcta, y el arpón-imán daba en el blanco, inmediatamente los motores de la astronave efectuaban un «frenazo» que reducía gradualmente la velocidad de la Cabezadehierro.

Era una caza peligrosísima, de la que Quijote era considerado uno de los ases; y lo demostró inmediatamente. El primer día arponeó dos Cabezasdehierro de trescientas toneladas: una «roja» con un gran contenido de cobre, y una «vanidosa», así llamada por los cristales luminosos que la hacían brillar.

En los días consecutivos, la caza fue buena para todas las naves: los hornos transformaban los meteoritos, y las estibas se llenaban de preciosos lingotes. De noche, nos comunicábamos

por radio y se hacían grandes coros espaciales y concursos de chistes. Todos estaban satisfechos, todos, menos, naturalmente, el capitán Quijote. El seguía en el puente, girando sobre su pierna de hierro, fumando y contemplando las estrellas.

-No somos nada, Chulain -me decía-, el universo se ríe de nosotros. Vemos la luz de estrellas muertas hace millares de años, y llamamos grandes a estos guijarros. Pero yo lo sé: en el centro de la corriente existen verdaderas Cabezasdehierro, de dos mil, tres mil toneladas. ¡Eso sí que son piedras!

Entendí lo que estaba maquinando. En efecto, al día siguiente dio orden de avanzar hacia el centro del cuadrante. Amasa se opuso inmediatamente.

-¡Capitán -protestó delante de todos-, ese punto es peligroso! Pasan meteoritos demasiado grandes y veloces. Una nave noruega no hizo más que acercarse, y el pedazo más grande que han encontrado de ella es una muela del mayordomo. ¡Es una locura ir allí!

-¡Aquí mando yo! -dijo bruscamente Quijote-. ¡Rumbo hacia el Bowling!

Así era llamado, con cierto humor, el pasillo central del cuadrante. Y, en efecto, el capitán llevaba razón. Los primeros dos meteoritos que capturamos al entrar en aquella zona superaban con creces a los precedentes. Uno pesaba cuatrocientas ochenta toneladas, y estaba relleno de uranio, el otro poco menos de seiscientas, en forma de zapato. Una vez transformado, dio ocho mil lingotes de minerales preciosos.

-¡Si encontramos el otro zapato -le dije al capitán- casi podemos volver a casa!

-Yo -dijo Quijote, guiñándome el ojo- preferiría encontrar al propietario del zapato.

Aquella noche dormí poco. Oía a lo lejos unos tétricos silbidos, que hacían vibrar la nave. Me levanté y vi al capitán despierto; consultaba febrilmente el telescopio de a bordo y calculaba rumbos.

A la mañana siguiente hacía mal tiempo. Las ondas magnéticas hacían girar y balancearse la nave. Vimos aparecer en lontananza a Plutón, un mal presagio. Un marinero mexicano recordó un antiguo proverbio espacial: Si ves Pintón, ya es tarde para, pedir ayuda,

Nubes de chatarra y desechos nos hicieron entender que habíamos llegado exactamente al Bowling, el pasillo de los Grandes Meteoros. Había un gran silencio en la nave: sólo se oía el chirrido de las junturas metálicas del capitán. Quijote estaba con la mirada fija en el radar. Esperaba algo. Al cabo de unos pocos minutos, repentinamente, le vimos ponerse rígido.

-¡Ya llega! -dijo.

Se había encendido un punto en el radar. En poco rato se hizo tan grande que hasta nosotros, desde la zona baja de la sala de chalupas, lo vimos brillar en el monitor.

-¡Calcula la masa, Amasa! -ordenó Quijote.

Amasa hizo un cálculo rápido y palideció.

-¡Capitán -dijo-, vayámonos inmediatamente!

Nosotros, que ya estábamos en los ojos de buey, comenzamos a notar una vibración, y después un lejano rumor, como de un millar de gigantes en marcha. Toda la astronave temblaba. El punto en el espacio y en el radar se dilataba. Hasta que todos vimos lo que el capitán esperaba.

Era un meteorito blanco, radiactivo, el más preciado. Por lo menos seis veces mayor que ningún meteorito jamás visto, y veinte veces mayor que nuestra astronave. Aquella piedra gigantesca avanzaba hacia nosotros a una velocidad de veintiocho mil kilómetros por hora. Amasa gritó de nuevo.

-¡Capitán, pesa casi cuatro mil toneladas, y dentro de un minuto se nos echará encima! ¡Viremos!

-Jamás! ¡Nos hallamos en perfecto rumbo de captura -incitó Quijote-, a las chalupas!

-¡Usted está loco! -gritó Veré-. ¡Nuestros motores no lo frenarán nunca! ¡Nos arrastrará con él al espacio!

-¡Es tarde para retroceder! -gritó Quijote-. ¡A las chalupas! ¡Adelante, marineros! ¡Hoy pasamos a la historia!

Hasta yo, al mismo tiempo atemorizado y excitado, salté a una chalupa, y me encontré en el espacio. El ruido era ensordecedor, la chalupa bailaba como una condenada. Vimos acercarse la gran masa blanca: estaba completamente rodeada de humo y de gas, y tenía dos cortes en la parte delantera. Los cortes parecían OJOS, ¡OJOS amenazadores! La sombra blanca cayó sobre nosotros con un fragor indescriptible: sentí una oleada de calor, luego el disparo del cañón de a bordo, y comenzamos a volar a una velocidad espantosa, cabeza abajo. Mis compañeros gritaban de terror. Nuestra chalupa y la del capitán Quijote habían enganchado el meteorito, que ahora nos llevaba consigo, en su carrera, y arrastraba también la astronave. La velocidad no disminuía y algún tripulante ya se había desvanecido.

-¡No lo consigo -decía la voz desesperada del motorista por la radio de a bordo-, no puedo frenarlo! ¡Soltadlo! ¡Nos destruirá a todos!

-¡Lo hemos atrapado y no lo soltamos! -gritó Quijote en respuesta-. ¡El maldito antes o después reducirá la velocidad! ¡Aguantad!

Pero las estructuras de la chalupa ya comenzaban a chirriar.

-¡Soltad u os desintegraréis! -nos dijeron desde la astronave.

Nuestro jefe de chalupa cortó entonces de un tajo el cable del arpón, y fuimos catapultados al espacio.

-¡Bellacos -gritó el capitán-, me habéis dejado solo!

Conseguí ver la terrible escena final. El meteorito que arrastraba la chalupa, la chalupa que arrastraba la astronave. Y luego, desde la radio de a bordo, la voz de Amasa:

-¡Vete al infierno, viejo loco! ¡No nos jugamos la piel por ti!

Pocos segundos después, desde la astronave cortaron el cable. La chalupa se encabritó, enloquecida, y luego se aplastó contra el meteorito. El capitán había encontrado, de forma un poco demasiado brusca, la Cabezadehierro mayor de la historia galáctica.

Aquella noche nadie hablaba en el Grampus. Todos bebían como esponjas para intentar olvidar lo que había sucedido. Cada vez que chirriaba un listón de la nave, nos estremecíamos: nos parecía oír el rumor de las junturas del capitán, y el jadeo de su respiración.

Aquella noche hubo de nuevo tormenta. Nos quedamos cuatro de guardia, contemplando el cielo negro y amenazador. Estábamos muy juntos para protegernos del frío de la noche galáctica, cuando un marinero, repentinamente, palideció de terror.

-¡Allí! -balbuceó, señalando hacia arriba-, ¡allí... es él...!

En el puente, iluminado por la luz infernal del faro rojo de proa, estaba el fantasma del capitán Quijote. Oímos su respiración jadeante. Nos señaló con la mano y dijo:

-¡Fuego! ¡Fuego!

Escapamos aterrorizados, dando la alarma. Pero cuando regresamos al puente de mando, el capitán había desaparecido: todo el instrumental, sin embargo, estaba ardiendo: Quijote había hecho saltar una chispa, haciendo contacto con los hilos.

La nave se sumió en el terror. Los oficiales intentaron convencernos de que no fuéramos víctimas de la superstición. Dijeron que estábamos alterados por lo que habíamos visto aquel día, y

que tal vez habíamos sufrido una alucinación. El incendio podía haber sido ocasionado por un banal contacto. Pero Gaspar, un viejo marinero mexicano, dijo inmediatamente:

-¡No! Nosotros le hemos matado, y él ha vuelto. Su alma, el pixan, no tendrá paz, y vagará por el mitlan infernal, hasta que sea vengada. Volverá y quemará nuestra nave. ¡Fuego! ¡Eso es lo que quiere para nosotros!

El día siguiente transcurrió en un estado de gran tensión. De noche hicimos guardia hasta la una, las dos. La vigilancia, sin embargo, comenzaba a relajarse, y no faltaba quien intentaba incluso

bromear. Pero a eso de las tres resonó un rumor en las cocinas. Bajamos precipitadamente: allí estaba el capitán, sosteniendo en la mano una antorcha encendida. Apenas nos vio, la soltó

y desapareció en la nada. Pero mientras tanto había prendido fuego a todo el local. Hicieron falta varias horas para sofocar el incendio.

Al día siguiente nos reunimos para tomar una decisión. Hubo quien propuso abandonar la nave. Otros ahorcar a Veré y Amasa, los principales responsables de la muerte de Quijote. Y no faltaron quienes propusieron disparar contra el fantasma. Gaspar, por el contrario, dijo:

-¡Nada se puede hacer contra la fuerza del mitlan! Sólo podemos intentar aplacar su ira. Que uno de nosotros, el que era más amigo del capitán, se enfrente a él y le pregunte qué sacrificio quiere a cambio de nuestra salvación. Ya sabéis a quién me refiero. ¡Al marinero Chulain!

Todos estuvieron de acuerdo, menos uno, adivinad quién. Por consiguiente, pasé esa noche en cubierta, y esperé temblando al fantasma del capitán Quijote. Y cuando la estrella de Orion alcanzó su apogeo, escuché el jadeo de su único pulmón y sus pasos cojitrancos. Al fin se me apareció, envuelto en un sudario blanco. ¡Sus ojos alucinados eran la cosa más espantosa que jamás había visto!

-¡Capitán -dije con voz temblorosa-, perdónenos! ¡Haremos lo que sea! ¡Pero, por favor, no incendie la nave!

-¡Fuego! ¡Fuego! -gritó el capitán, mirándome con sus ojos tremendos.

-¡No, capitán, por favor -imploré-, no queme la nave! ¡Moriremos todos! Era su nave. Por favor, no...

La voz se me rompió en la garganta: el capitán me había empujado contra el muro con su fría mano de marfil.

-¡Fuego! -gritó alteradísimo-. ¡Imbécil! ¡Fuego para encender mi pipa! ¡Llevo tres días sin fumar!

No sé cómo, pero entre temblores conseguí encender la pipa con mi encendedor. Quijote aspiró unas cuantas bocanadas frenéticas, y la terrible expresión desapareció por completo de su rostro. Se sentó y me contó su historia.

Después de muerto, se había encontrado en el fondo del mar espacial de los capitanes cazadores. No era mal lugar, decía, había mucha gente conocida, muerta hacía tiempo, se contaban historias de pesca, se largaban cantidad de mentiras, se nadaba arriba y abajo del brazo de alguien.

-¡Pero POR DIOS! -dijo el capitán-, si allí abajo hubiera algún modo de encender la pipa. ¡Tres días sin fumar, creía volverme loco! La primera noche intenté encenderla con una chispa del cuadro de mando. Luego quise encenderla con un periódico en el gas de la cocina, pero entrasteis gritando como locos, me asusté y escapé. Ahora el problema está resuelto, y puedo volver a mi vida de fantasma, abajo, en la corriente profunda, al reino de Fleba el fenicio y del barón Capodogho. Pero, Chulam, regálame tu encendedor. Lo meteré en una botella, ¡así no se mojará y no se apagará

nunca!

Dicho esto, me guiñó el ojo y se fue. Como prueba de que no había soñado, quedó en el aire una nube de humo azul de su pipa. Se lo conté todo a los demás. Desde entonces, siempre que un marinero muere, sus compañeros arrojan al mar del espacio una botella y una mecha encendida, de modo que pueda encender su pipa.

Un Debate Científico

Fang contempló largo rato, en la ventana de enfrente, la sombra de Mei que dibujaba las figuras lentas del tai-chi sobre la cortina. Recordó el poema de Wu Ti sobre la sombra de la amada muerta.

*Es o no es*
*Me paro y miro*
*el crujido de la túnica de seda*
*¡Qué lenta viene!*

Se sentó en la alfombra, inquieto. Su pensamiento vagaba entre las líneas del I Ching[1], el libro chino de los cambios. Intentaba interpretar los extraños acontecimientos de aquellos días, pero no se sentía tranquilo: notaba cómo las ondas telepáticas de los japoneses intentaban penetrar en sus pensamientos. Decidió contraatacar amablemente la intrusión: se relajó y finalmente sintió la mente libre. Pero apenas acababa de tomar de nuevo el I Ching cuando oyó un extraño ruido, como de golpes sofocados, procedente del pasillo. Salió silenciosamente y vio a Einstein que estaba jugando al fútbol, driblando a un adversario imaginario sobre la moqueta verde.

Corría e improvisaba en voz baja una crónica radiofónica. Cuando descubrió a Fang, se bloqueó instantáneamente y jugueteó por un instante, con el balón bajo el pie.

-Un poco de... actividad física -dijo jadeante- tonifica el sistema neurovegetativo, mejora la eficiencia mental y...

-Lo sé, lo sé -dijo Fang-, también a mí me gustaba jugar al fútbol.

-Para ser exacto -Einstein se sonrojó-, yo no estaba jugando al fútbol, sino estudiando de qué modo los impulsos de mi pie pueden originar estas trayectorias complejas, y...

-Por supuesto -dijo Fang-, claro que sí.

Einstein resopló y se recompuso.

-Voy a terminar los planes de vuelo. He previsto que llegarán a Meskorska en treinta y dos días.

-También yo estaba haciendo previsiones -dijo Fang-, con el I Ching.

-¿Ese jueguecito chino de adivinación? -preguntó sorprendido Einstein.

-Jueguecito, lo llama -dijo Fang sonriendo-. ¿Prever los cambios sólo es eso para usted? ¿No es también observación, intuición, interpretación? Para nosotros la palabra «suan» quiere decir tanto cálculo aritmético como adivinación. ¿No podría ser que estos hexagramas tuvieran la misma confirmabilidad de tantas supuestas verdades científicas?

-Oh, no lo sé, en cualquier caso es un método que no me interesa. Yo soy un científico occidental.

-En occidente y en oriente vemos estrellas diferentes, pero, ¿acaso no es el mismo cielo? Fue, sin embargo, un occidental, si no recuerdo mal, un tal Ptolomeo, quien escribió el Almagesto, un tratado de astronomía, y el Tetrabilos, que es un texto fundamental de astrología.

-Es posible que haya entendido adonde quiere llegar -suspiró Einstein-, ciencia y misterio, ciencia y filosofía, la microfísica de las partículas y el yin y el yang, la agitación subatómica y la danza de Shiva, el tao y el teorema de Bell. Luego se acaba por meter a Nostradamus en el ordenador, hacer el horóscopo a los gatos y buscar monstruos en los lagos durante el picnic. Conozco las ideas de estos pseudocientíficos o parafilósofos tan de moda. Los diarios están llenos de sus descubrimientos. ¿Quiere sus nombres?

-Espere, intentaré adivinarlos. ¿Demócrito? ¿Pitágoras? ¿Heráclito? ¿Aristóteles? ¿Llevan tal vez una sección en el Times?

-No bromee: está hablando de tiempos antidiluvianos, viejas concepciones -protestó Einstein-. ¡Me sorprende en usted, que dice ser progresista! Entonces la ciencia era aristocrática, no me dirá que Pitágoras y Heráclito eran demócratas. Las suyas no eran escuelas: ¡eran sectas iniciáticas! ¿Sabe lo que entiendo por sectas?

-Creo que ahora las llaman laboratorios experimentales top secret, y están en bunkers militares en medio del desierto.

-En estos tiempos, algunos descubrimientos deben mantenerse forzosamente en secreto -dijo Einstein-; en cualquier caso, nunca oirá decir a un científico moderno la frase de Heráclito: uno es para mí como diez mil, si los vale.

[1] Los Ching son hexagramas formados por segmentos rectilíneos enteros y partidos, como por ejemplo . En total 64 posibilidades

-No, aunque resultaría muy cómodo: así podría decirse que en Hiroshima sólo hubo diez muertos.

-Señor Fang -dijo Einstein impaciente-, creo que podríamos seguir discutiendo hasta el infinito: usted atribuirá este equilibrio al amor o al Odio Empedócleo, o al yin y al yang, y yo hablaré de equilibrio entre fuerza gravitacional y fuerza magnética. ¿No cree?

-Yo creo que, sin embargo, llegará un momento en que se verá obligado a admitir que ya no consigue explicar nada. Porque el equilibrio de la ciencia camina sobre un delgado puente de descubrimientos, colgado sobre un precipicio de oscuridad.

-Bonita imagen, pero la verdad es que por ese puente pasan las provisiones para la humanidad. Ya lo sé, Fang. El concepto de tiempo de su tao se parece mucho al tiempo de la física moderna. Pero la fórmula de la relatividad no fue descubierta en sus templos. Su filosofía puede llegar a sorprenderme, Fang, pero recuerde que la gran filosofía nace en tiempos de crisis. Lo sabe usted mucho mejor que yo: en el siglo V antes de Cristo nacen la filosofía griega y su filosofía china de las Cien Escuelas, y nacen en un período de invasiones, de guerras, de inestabilidad política. Después, vendrá la dominación de los pueblos bárbaros. Un gran ejército puede borrar una gran cultura: nunca lo contrario, ¡recuérdelo bien!

-Es posible que las ideas tengan un modo de vencer que no es el de las armas...

-Créalo así, si quiere -dijo Einstein-, pero le deseo que ningún ladrón armado con espada entre en la tranquila casa de su meditación. En cualquier caso, buenas noches: ¡es muy estimulante sostener un duelo verbal con usted!

-¡No existe duelo alguno! -estuvo a punto de decir Fang. Pero Einstein ya se había alejado, haciendo botar el balón arriba y abajo, con gran despilfarro de fuerzas electromagnéticas y gravitacionales, y aplastamiento de electrones.

Los Soldados Grises

En la sala del minidragón, sede del comando de misiones de guerra, los generales Harada y Yamamoto estaban reunidos con Saito. Eran calvos e impasibles, y vestían el uniforme verde del ejército sam, que reunía a militares de todo el mundo. Los dos tenían el pecho enteramente cubierto y decorado por una hilera de lo que a primera vista podían parecer condecoraciones, pero que en realidad eran sesenta ordenadores portátiles para cualquier tipo de emergencia. Bajo el brazo, Harada llevaba una caja con la inscripción «Top secret».

-Yo no creo -estaba diciendo Saito- que ellos tengan muchos más datos que nosotros sobre el rumbo. Creo, de todos modos, que están dándole vueltas a algo gordo, que no conocemos. Sus funcionarios tienen amplias zonas de pensamiento protegidas por hipnosis, según dicen nuestros telépatas. Hoy los hemos enviado al ataque de la mente de ese Fang pero apenas han conseguido interceptar nada: una cierta preocupación por una muela que le duele y dos o tres cancioncillas chinas sobre el Feliz Pescador.

-Si quiere mi opinión -dijo Yamamoto-, la guerra telepática no funciona contra los chinos. Sólo con un bonito ratón explosivo en la habitación del señor Fang se resolverá el problema.

-Sin Fang, ellos no pueden llegar al planeta misterioso, y si no los seguimos tampoco nosotros llegaremos. Cada cosa en su momento -dijo Saito.

Yamamoto se inclinó, dejando caer un poco de transistor.

-Por lo menos inicialmente, debemos incluso protegerles -prosiguió el tecnogeneral-. Hace pocas horas uno de nuestros videojuegos ha salvado a su piloto de un cocodrilo mutante, en el Forum de París. Sin embargo, no ha conseguido salvar a un amigo suyo que les ha pasado información, y al que también nosotros habríamos podido interrogar. Esto les proporciona una pequeña ventaja. Pero sus ventajas terminan aquí, ¿verdad, Hitachi?

-¡Sí! Hemos podido confirmar que la astronave en que viajarán es la Proteo Tien. Era una astronave de guerra de la Disney, utilizada después como astronave para niños en Cuba, cuando la Disney Army conquistó la isla creando Disney Island. Después de la última guerra,

la astronave fue adquirida por la Federación, y destinada a viajes escolares. La han elegido porque consume poquísimo carburante, pero es una auténtica bañera.

-¡Ah! -exclamó Harada-, ¡me gustará verla cuando se encuentre frente a nuestra Zuikaky y nuestros amigos amaestrados!

-Sí -dijo Salto-, y ahora déjeme hablar con el coronel Musishima.

Harada abrió la caja metálica y salió de ella un enorme ratón gris con un collar blanco y rojo, los colores del ejército sam. Saludó levantando la cola.

-Querido Musishima -dijo Saito tamborileando en Mickey-morse, el alfabeto de comunicación ratones-humanos-. ¿Cuántos ra-to-nes viajaréis?

El ratón dio sesenta golpes.

-Bien -dijo Saito-, contamos con vosotros. Una astronave con dos hombres y sesenta soldados grises de tripulación, de cuatro metros de longitud, será el arma más ágil del espacio. ¿Estáis preparados? ¿Falta algo?

-Au-men-tar -indicó con las patas el ratón- pro-vi-sio-nes que-so.

-Concedido -dijo Saito-, que carguen otros tres kilos de queso liofilizado.

-No -señaló el ratón-, que-so au-tén-ti-co de va-ca.

Harada y Yamamoto se miraron a los ojos. Un quesito auténtico valía casi tanto como su sueldo mensual.

-Contentémosles -dijo Saito-, en el fondo, tres kilos de queso no son nada, si pienso en lo que llevarán consigo los árabes.

## La Calalbakrab

-¡No, no! -aullaba Alya furibundo-, eso no es serio. ¡Veinte mesas de ping-pong! ¡Son demasiadas!

-¡Vamos, ministrazo -dijo el primer piloto Dylaniev-, la tripulación necesita un poco de diversión!

-Tenéis campo de golf, discoteca, un cine con mil butacas, tres piscinas, ¡qué más queréis! ¿Sabéis que también debemos cargar en la astronave algo de comida y algún que otro cañoncito?

-Vamos, jeque -insistió Dylaniev-, en la Calalbakrab habéis llegado a hacer la caza del zorro. No nos digas que es un problema de espacio.

Alya resopló. Aquellos pilotos amerorusos eran realmente una plaga. Si no le hubieran dicho que eran los mejores, los habría mandado a freír espárragos. Miró hacia arriba. La mole negra de la astronave era abrumadora: doscientos sesenta metros de altura y más de seiscientos de longitud. En efecto, veinte mesas de ping-pong no conseguirían desequilibrarla.

-De acuerdo, muchacho -dijo entre dientes-, pero es la última vez que cedo.

-En cambio, yo tengo que pedir otra cosa -dijo el segundo piloto, Vassiliboyd-, ya que estaremos viajando tres meses, tal vez cuatro. En el espacio, con un ambiente de gravedad parcial, el cabello crece muchísimo, y hay legiones de piojos. Seis barberos no bastan.

-Os daré otros cuatro barberos -suspiró Alya.

-Y otras cuatro manicuras.

-¡De acuerdo, de acuerdo! -rugió Alya, y se alejó obsequiándoles con numerosos adjetivos árabes.

Vassiliboyd soltó una carcajada. Era rubio y flaco, con un pendiente de esmeralda, y clamorosos pantalones de oso blanco. El otro piloto era más alto y rechoncho, con pelo a cepillo, gafas oscuras y un mono lightpump con la inscripción «soy el tesoro de las estrellas.»

-Sabes, Igor -dijo Vassiliboyd-, creo que somos los únicos en el mundo capaces de hacer pasar por tacaño a un jeque.

-Esta es una misión peligrosa, Johnsky -dijo Dylaniev-, si tiene que ser la última, ¡que, por lo menos, nos divirtamos!

-¡Faltaría más! ¿Cómo puedes aburrirte en una astronave en la que está embarcado Su Majestad el Corruptor Supremo Sadalmelik de Akrab? Eh, a propósito de diversión, ¡mira lo que está subiendo ahora!

Señaló una veintena de robots que avanzaban en fila india con cajas de sopa Middle West, borsch y plantas de marihuana sintética. Detrás de ellos iban cuatro chicas con el uniforme rojo del

Cuerpo de Músicos.

-¡Hola! -gritó Dylaniev, inclinándose-, saludamos a las Dzunum, reinas de los Hit-Parade.

-Hola, Johnsky-le contestó una joven de cara olivácea-, chicas, éste es el amigo que nos ha procurado el contrato de embarque. Te presento al grupo: Edith, ordenadonsta, Alice, ingeniera de sonido, Lorina, efectos especiales; yo soy Coyllar, invención sonora.

-Yo soy Dylaniev, el loco, y éste es mi amigo Igor Vassiliboyd. ¡Estamos contentos de que hayáis aceptado! Estos árabes querían que nos contentáramos con biomúsica en pildoras y con ordenadores de discoteca. Pero yo me he negado. He dicho, en la tripulación hay quinientos amerorusos, y quieren escuchar música rock-sky: cuando han sabido vuestra tarifa, han titubeado un poco, pero al final han cedido.

-Haremos buena música entre esas estrellas -dijo Coyllar.

-¿Lleváis muchos instrumentos?

-Todos en esta maleta. Doce micromoog, seis baterías de viento, unos cuantos multisax y el mezclador es esto que llevo en el bolsillo.

-¿Y aquellos tres contenedores que os siguen?

-Son el vestuario y los efectos especiales -dijo Coyllar.

-Será un gran viaje -proclamó solemnemente Vassiliboyd.

Donde Pyk Y Phildys Comienzan De Repente A Pelearse

-¡No, no y no! -gritó Phildys, golpeando su mesa con el puño-, ¡de eso ni hablar!

-Léete los contratos -dijo el ministro Pyk.

Exhibía una camiseta con la inscripción: «Perdone, dónde está Tierra dos» y un sombrerito que hacía juego.

-Convención 2146: Siempre que un acontecimiento sea considerado por la dirección televisiva digno de interés, ésta tendrá derecho a enviar sus efectivos por todo el territorio de la galaxia.

-Pero el reglamento militar precisa: Siempre que no sea en menoscabo de la seguridad de las misiones -dijo Phildys-. Y una tonelada más de material a bordo, con cuatro personas, es un peso considerable. Y además, ¿por qué cuatro?

El ministro Pyk hizo un gesto de desánimo.

-Dos técnicos, ¿no? -dijo-, ¡y además hace falta un presentador! Alguien que agilice un poco las entrevistas, que haga preguntas del tipo, «¿pero usted piensa alguna vez en su mujer sola abajo, en la vieja Tierra?», que dé entrada a la publicidad.

-Son tres. ¿Y la cuarta?

-¡El invitado de honor! No resoples, Phildys, esto es un acontecimiento muy grande. Ya he recibido ofertas de editoriales, de productoras cinematográficas y discográficas. Ya he firmado contratos publicitarios. Volará en la nave, pero no estorbará, basta con que aparezca durante pocos segundos, como por casualidad, durante las conexiones... Mira por lo menos la propuesta de guión:

*Invitado actor*

*Presentador:* Estamos volando a millones de leguas de la Tierra, y ha venido a visitarnos un querido amigo, uno de vuestros preferidos, el actor Peter Sordo. Ha llegado hace pocos instantes, y tiene mucha prisa porque esta noche debe estar en la Tierra para el estreno de una película suya... pero no ha querido faltar a la cita con nosotros.

*Actor:* Sí, saludo a todos los teleespectadores, estoy muy contento de poder estar aquí para saludar a los amigos de la misión Tierra dos que van a descubrir un nuevo mundo y es una cosa importante para toda la humanidad, es realmente algo que nos da a todos una nueva esperanza y el protagonista de mi último film se llama precisamente José Esperanza, es un hombre corriente, un hombre como todos que experimenta sensaciones simples y comunes a todos, como la esperanza, la desesperación, la desilusión, la colitis, la película se llama Qué potra he tenido, es de morirse de risa y siento que los muchachos no puedan estar esta noche conmigo viéndola en el cine Diamante. *(Carcajada.)*

*Presentador:* Gracias, Peter, y ahora te dejamos en tu astrotaxi que te llevará a Roma, gracias por haber encontrado tiempo para estar aquí con nosotros.

*Invitado escritor*

En el centro del salón de la astronave, sentado en una butaca, el escritor está leyendo. Se le acerca el presentador. El escritor levanta la mirada del libro. Finge sorpresa.

*Presentador:* Un extraño encuentro en el espacio: un escritor, Sam Capottino, cuyo último libro, Palabras entre las estrellas, está a punto de salir en todas las librerías. Se trata de una recopilación de versos, aforismos, breves artículos, máximas, ensayos y divertissements que el escritor ha reunido a partir de su colaboración en una constelación de diarios. Son el testimonio de una presencia activa y constante en la literatura. Preguntamos a Sam Capottino: ¿por qué un literato en una astronave?

*Literato (pensándolo un poco):* ¿Y por qué no? *(Sonrisas. Música de cierre: Mozart.)*

-¿Qué te parece? -dijo Pyk, triunfante.

-Te doy diez segundos para largarte -contestó Phildys, apuntándole con una pistola.

-¡Esto no terminará aquí! -rugió el ministro mientras se alejaba-. ¡Mi partido conseguirá apoderarse de tu misión, Phildys Plassey!

Y hundiéndose el sombrero hasta los ojos, añadió:

-Creo que esto es el inicio de una gran enemistad.

El Señor Caruso Y La Señora Sara

En la plataforma subterránea de lanzamiento, la astronave Proteo Tien había sido levantada con la ayuda de gatos hidroneumáticos. Decenas de hombres con mono corrían de uno a otro lado. La astronave tenía la forma de un trébol, con el lóbulo central un poco alargado. Los lóbulos laterales eran negros. Chulain la estaba examinando con expresión dudosa. En aquel momento llegó Kook, muy excitado.

-¡Nos vamos Chulain! -dijo, golpeándole el casco con la mano-, ¡nos vamos!

-No nos vamos -gruñó Chulain-. Hay una avería en el sector de propulsión.

-¡No es posible! -dijo Kook.

-Aquí todo es posible -gritó Chulain, dándole un puntapié a la astronave-, todo es posible en una astronave que lleva diez años sin volar. ¡Y que tiene cabeza de Ratón Mickey, y que sigue pintada y dibujada como cuando hacía viajes para los colegiales! ¡Salvaremos el destino de la humanidad volando en las orejas del Ratón Mickey!

Kook bajó de la plataforma. En efecto, vista de cerca, la astronave tenía un aspecto muy poco marcial. De debajo de la sección motor decorada con enanitos salió Mei, pringada de aceite hasta la nariz. Junto a ella estaba un mecánico bigotudo, también él considerablemente sucio.

-Ah, Kook -dijo Mei-, tenemos algunas dificultades. Te presento al mecánico jefe, el señor Caruso Raimondi, que volará con nosotros. Está haciendo lo imposible para que podamos partir.

-A decir verdad -dijo Caruso-, no entiendo nada. Todo está a punto, pero el motor no se pone en marcha. Hay algo que no funciona en el grupo de carburante. He enviado a Sara a inspeccionar los microconductos, ¡es la última posibilidad que nos queda!

-¡Esperemos que así sea! -dijo Kook-. Cada hora de más que permanezcamos en tierra hará más difícil encontrar el objetivo. En el espacio todo cambia y se aleja y desaparece a gran velocidad. Como el amor.

-Mi viejo capitán -dijo riendo Caruso- decía: «ojalá las mujeres fueran como los cometas, que aparecen cada doscientos años.»

-Mi maestra de ikebana -dijo Mei- decía: «ninguna flor educada regalaría nunca un hombre a su novia.»

-Ejem... -dijo Caruso, buscando una respuesta apropiada.

-Ejem... -le hizo eco Kook.

Estaban dedicándose a aclararse la garganta en perfecta sincronía cuando Kook descubrió que una abeja, un insecto raro y peligroso, había salido de la parte inferior de la astronave y se había posado sobre el hombro de Caruso.

-Quédese quieto, no se mueva -dijo Kook, con voz tensa.

-¿Por qué? -preguntó el mecánico-, ¿qué ocurre?

Kook le dio un gran manotazo en el hombro, pero erró, y la abeja, esquivando el golpe, apuntó con decisión a la cara del asaltante.

-¡Tranquila, Sara! -gritó Caruso-, ¡es un amigo!

La abeja zumbó a un pelo de la oreja de Kook, hizo dos o tres acrobacias y aterrizó en el dorso de la mano del mecánico.

-¿Cómo...? ¿Qué significa esto...? -balbuceó Kook.

-No se altere: a muchas personas les cuesta creer que Sara sea el mejor explorador de microcircuitos de todo el sector mecánico.

-¿Quiere decir que... eso... es un mecánico? -preguntó dudoso Kook.

-Sin duda -dijo Caruso-. Sólo con dos años de adiestramiento sabe recorrer la astronave a lo largo y a lo ancho, volar por los conductos más pequeños y volver a informar. Es insustituible para este trabajo. Por otra parte, entre una flor y una célula solar no hay gran diferencia. Y además, estos animalitos tienen cristales de magnetita en el cuerpo: ¡perciben cualquier variación electromagnética!

-¡Ah! -dijo Kook, sin excesivo convencimiento-, ¿y ahora le informará?

-Claro. ¡Sara, informa!

La abeja despegó y comenzó una zarabanda de figuras aéreas. Caruso asentía con la cabeza. En cierto momento suspiró y dijo:

-¡Él! ¡No podía ser otro!

-¿Qué ha dicho Sara? -preguntó interesadísimo Kook.

-¡Ahora verá! ¡Marinotti! -gritó el mecánico por un megáfono-. ¡Venga aquí!

-Diga, jefe -dijo Marinotti, masticando un chicle ameroruso con calma bovina.

-¿Eres tú quien ha inspeccionado esta mañana el bloque interior 440 del flujo de energía?

-Sí, jefe -dijo Marinotti, bajando la cabeza y esperando lo peor.

-Bravo, Marinotti -dijo Caruso, pasó detrás de él y le dio un gran manotazo en la espalda.

Marinotti se tragó el chicle y empezó a toser, medio atragantado.

-¡Marinotti!, si no dejas de trabajar con ese maldito chicle en la boca y aparcarlo pegándolo a las piezas que reparas, ¡hago que te despidan! En este momento la astronave no funciona porque tu chicle de regaliz está bloqueando el flujo en un circuito del 440. ¿Qué puedes decirme?

-Glups -balbuceó Marinotti-, lo siento...

-¡Largo! -gritó Caruso-, ve a despegar el trozo de chicle. Dentro de cinco minutos quiero que el trabajo esté hecho.

Se volvió hacia Mei y Kook.

-Creo que esta vez conseguiremos salir.

-Gracias a Sara -dijo Mei, inclinándose.

La abeja realizó dos o tres vuelos circulares.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Kook.

-Ha dicho: Cabeza negra simpática, césped menos. El césped es usted por lo de la barba. Pero está dispuesta a hacer las paces.

-Cómo no -dijo Kook-, pero, ¿de qué modo? Me temo que no sea posible estrecharnos la mano.

La abeja dio otro breve vuelo.

-Sara -dijo Caruso- ha dicho que hará las paces si usted le deja lamer el azúcar que se le ha quedado en la barba después del café del desayuno.

-Me sentiré muy honrado -dijo Kook, ofreciendo la barbilla.

¡Partida!

A las 20,32, de los motores de la Tien salió un formidable chorro azulado. En la cabina de mandos, Chulain movió la cabeza de Pippo que era la palanca del starter hacia la posición «countdown». Se abrió una portezuela y la pista, que desde los menos de trescientos metros de la plataforma de lanzamiento subterránea llevaba al nivel suelo, brilló iluminada por los reflectores.

*Menos 90, 89, 88, 87*... En ese mismo momento, en Japón sesenta ratones perfectamente alineados entraban a paso ligero en la astronave Zuikaku. Les seguían los dos astronautas Yamamoto y Harada.

*73, 72, 71*... Doscientas botellas de champán estaban preparadas en manos de otros tantos camareros, en el restaurante del espaciopuerto de Petrominsk, capital amerorusa. Los jeques seguían en una megapantalla los últimos preparativos de la partida de la Calalbakrab, resplandeciente con su millar de luces bajo la nieve.

*Menos cincuenta y seis, menos cincuenta y cinco...* Kook intentó relajarse: nunca le había gustado el puntapié en la barriga de la aceleración de despegue: dirigió una sonrisa algo forzada a Mei, le cogió una mano y le dijo: ¿miedo? Sí, mintió Mei. Y pensó: pero, ¿por qué todas las veces que la camisa no les llega al cuerpo tienen que fingir que están llenos de valor?

*Menos treinta y seis, treinta y cinco, treinta y cuatro...* Phildys sudaba. No podían fallar, una partida fallida habría significado demasiado tiempo perdido. Y esa astronave lleva diez años sin volar... ¡ojalá salga bien! Apretó con fuerza un brazo del sillón. Ay, dijo Einstein. Era su brazo, sobre el brazo del sillón.

*Veintiséis, veinticinco...,* los ratones japoneses se habían instalado ordenadamente y estaban tendidos con la panza hacia arriba, atados con cinturoncitos de seguridad. Los motores de la Zuikaku zumbaban a la perfección. La Calalbakrab vibraba sacudida por la potencia de sus veintidós motores espaciales Rolls Royce: eso hacía temblar ligeramente el vaso de whisky del piloto Vassiliboyd.

*Menos dieciséis, quince... catorce...* que el cielo nos sea propicio, pensó Mei... confío en no vomitar, pensó Kook... confío en que este trasto aguante... pensó Caruso... dios del hierro y del acero, échale una mano a mi colega astronave, imploró LeÓ; mierda, mierda, mierda, maldijo Chulain.

*Menos ocho* motores al máximo *siete* ambiente normal *seis* pulsaciones aceleradas pero dentro de la norma *cinco* pista libre *cuatro* temperatura fusión OK *tres* contacto *dos* adelante *uno* vamos vamos, vamos, vamos, vamos, vamos, ¡se ha ido!

Entre los aplausos generales, la Tien se había alzado en perfecta posición de vuelo. En la torre de control, Phildys no consiguió retener una lágrima. En Petrominsk, las botellas de champán estallaban acribillando el techo, mientras la Calalbakrab desaparecía majestuosa. En la Zuikaku todos los ratones enlazaban las colas entre sí para felicitarse, con un total de enlaces que os dejo calcular a vosotros a partir de la fórmula:

$$X = \frac{60 \times 59}{2}$$

***El Viaje Comienza***

La Mina

En el hielo iluminado por los reflectores, el agujero resplandecía como un enorme diamante. La patrulla de mineros había apuntado los ojos rojos de los picos térmicos sobre una pared. El canchacamayoc, capataz, un indio de rostro impasible, estaba a punto de dar la orden a los diez puric, los mineros. Eran indios que habían sobrevivido a los exterminios de las últimas guerras, de los pocos capaces de resistir ese trabajo agotador en el hielo. Pero también había mongoles, armenios, ainos, hindúes, africanos, esquimales, decenas de razas extinguidas por las explosiones atómicas en aquellas tierras de nadie. Entre ellos se llamaban «inuit», hombres.

Cuando el capataz dio la orden, los picos térmicos atacaron la pared de hielo, que comenzó a fundirse. El calor se hizo más intenso: los puric mascaban coca y seguían excavando. Poco a poco, en el hielo, apareció un muro gigantesco y, en el centro, un monolito de muchas toneladas. El técnico chino descendió a la excavación, con una cierta aprensión.

-Basta -le dijo al capataz-, ahora que descansen.

Junto con otro técnico, comenzó a examinar el nuevo hallazgo.

-Es increíble -dijo-, entre un monolito y otro no pasa ni la hoja de un cuchillo. Me gustaría saber cómo consiguieron, hace dos mil años, realizar un trabajo así. Haría falta un genio para explicarlo.

El Misterio Del Ordenador O Bien Cómo Un Pueblo Antiguo Puede Hacer Enloquecer A Un Pueblo Moderno

-Buenos días, ordenador central Genius 5.

-Buenos días, operador jefe Einstein.

-¿Cuál es la situación?

-Hoy treinta de agosto siguen apareciendo muros y edificios incas. La ciudad moderna está casi totalmente destruida. La antigua posee la forma de un animal cuadrúpedo. Hoy se han gastado nueve gigavov de energía. Un minero muerto congelado.

-¿Cuántos hemos perdido hasta ahora?

-Dieciséis.

-¿A quién se puede atribuir la responsabilidad de las muertes?

-Dos casos imprudencia, un caso fatalidad, trece casos negligencia nuestra y no respeto normas de seguridad.

-Sepultar dato.

-Sepultado.

-Bien, Genius. ¿Quieres que hablemos ahora del vector Van Cram?

(Silencio.)

-No es propio de uno de los más sofisticados ordenadores del mundo dejar de responder a las preguntas. Repito, Genius, ¿quieres contestar acerca del vector Van Cram?

-Datos confusos, programación insuficiente.

-Genius, he revisado cuatro veces tu programación. No existe ningún motivo para que no puedas responder a estas preguntas. ¿O sí existe?

(Silencio.)

Einstein resopló y dio un puñetazo al teclado. Nada peor, para un experto, que un ordenador en crisis. En más de cinco años de carrera, nunca había visto nada semejante. Decidió insistir por las buenas.

-¿Te gusta trabajar aquí, Genius 5?

-Hace un poco de frío.

-Estamos a veinte metros bajo tierra, pero esta habitación tiene las paredes de sal antihumedad. ¿El frío te bloquea algún circuito?

-No. Estoy garantizado hasta menos cincuenta grados.

-¿Te gustaría trabajar al aire libre? ¿Quieres que te llevemos a la montaña, a ver los trabajos de excavación, en... persona? ¿Crees que te sería útil?

-Tal vez.

-Bien, Genius. Mañana te llevaremos a dar una vuelta. Pero ahora, haz un esfuerzo, contesta. ¿Reconoces este vector?

-Vector de identificación MY TRP número 467.

-¿Cuándo ha llegado a la Tierra?

(Silencio.)

-¿De dónde procede?

(Silencio.)

-¿Por qué este vector, que ha sido conducido a tierra por tus impulsos Lassie, no ha sido detectado por ti más que después de su llegada al suelo, y no, como prescribe tu programación, mientras entraba en la atmósfera?

-Macedonia.

-¿Quieres repetirlo?

-Macedonia de datos. Follón. ¡Basta!

Einstein se apretó la cabeza entre las manos. Llamó al sector observación energética.

-¿Se ha producido por casualidad otra de esas descargas?

-Acaba de terminar. Una descarga de 3.000 gigawatios durante veinte segundos. Sea lo que sea lo que hay ahí abajo, cuando se enfada lo hace en serio.

Phildys y Fang entraron en la sala ordenador. Vestían mono y casco de minero. Fang llevaba en la mano unos cuantos bramantes anudados. Al ver la cara de Einstein, Phildys entendió inmediatamente que las cosas no habían mejorado.

-¿Sigue borracho? -preguntó el general.

-Cada vez peor. Esas sacudidas le han alterado. Sobre el vector, por otra parte, no hay modo de sacarle una sola palabra.

-Ya te lo he dicho, Einstein -dijo Phildys-, cojamos ese maldito vector y enviémoslo a París a los ordenadores centrales. ¡Probemos con ellos!

-Si no lo consigue Genius con sus 50 megaflops, nadie puede conseguirlo -dijo Einstein-. Genius es, o por lo menos era, diez veces más inteligente que los demás.

-¿Has probado cambiando de tonalidad? -dijo Phildys.

-Peor que peor -le contestó Einstein-, prueba tú mismo.

Phildys desplazó la tecla de tonalidad del ordenador a «intelectual».

-Hola, Genius.

-Hola, Phildys.

-¿Qué piensas de ese vector de propiedad? ¿De dónde podría proceder?

-Ayer tuve seis segundos libres y leí un bonito libro, Phildys. Trataba de la visión cosmológica griega. Bien, hay un tal Eratóstenes que calculó la circunferencia de la Tierra casi a la perfección, tres siglos antes de Cristo. Pienso que los ordenadores tudescos de Berlín fanfarronean cuando definen como «primitiva» y «doble» esta visión científica. Creo que esto se debe a una errónea interpretación del concepto de eidolon y al hecho que sus operadores están borrachos de cerveza de la mañana a la noche. El problema sobre un vector de propiedad reside precisamente en la palabra «propiedad». Es decir, sin necesidad de echar al

caldo los huesos de Platón, ¿puede algo «pertenecer» a alguien? ¿Lo simbólico puede colear? Pregúntemenos en tal caso, ¿cuál es el significado de la moneda? ¿Del kabuki? ¿Del penalty?

-Espera un momento, Genius...

-...o bien, si hacemos caso a esos presuntuosos ordenadores franceses que dicen que cada idiota es un idiot savant, dediquémonos entonces a la vanguardia: un vector es un vector es un vector es un vector... pero si, por el contrario, como decía el ordenador de la Católica, omni potestas a deo...

-Ya basta -dijo Phildys, apagándolo-, es una auténtica logorrea.

-Y esto no es nada -di|o Einstem-, pon la tonalidad del «sentido común» y verás lo que oyes.

-¿De dónde viene ese vector, Genius? -dijo Phildys, cambiando de tecla.

-Estáis con el agua al cuello, sin energía, tenéis que desenterrar una ciudad que está cien metros por debajo del hielo, la mitad de los mineros tiene pulmonía, ¿y os seguís devanando los sesos para saber de dónde procede esa salchicha volante? ¡Por qué no os vais a meter la cabeza bajo la nieve, a ver si se os aclaran las ideas!

Fang no consiguió evitar una risita.

-Nunca había oído hablar a un ordenador de un modo tan expresivo -dijo.

-Dinos, por lo menos, si imaginas cuál es la fuente de la energía que está debajo -preguntó Phildys.

-Allí debajo hay algo grande, pero que me venga un black out si lo sé. A fin de cuentas, sólo soy un ordenador.

-¡No SÓLO -gritó Einstein-, nosotros SÓLO somos hombres! ¡En tus circuitos las informaciones corren casi a la velocidad de la luz!

-Cualquier alga nostoc con su fotosíntesis corre mucho más que yo.

-¡Pero yo no puedo preguntarle a un alga la raíz cuadrada de dieciséis millones!

-¡Y qué le importa a un alga sacar raíces cuadradas!

-No lo entiendo, Genius -dijo Einstein, impaciente-. ¿Se puede saber por qué te desvalorizas así?

-Tengo un agotamiento diódico.

-¿Qué has dicho?

-Un agotamiento diódico -insistió el ordenador-. Vosotros pilláis agotamientos nerviosos, ¿no? Pues bien, yo, en lugar de neuronas, tengo diodos. Pido tres días de cura de sueño. Desenchufadme, por favor, o me desenchufaré por mi cuenta fingiendo un sobrecalentamiento.

Einstein miró a Fang como para pedir ayuda.

-Hágale caso -dijo el chino-, en estas condiciones no puede trabajar.

Einstein desconectó una tras otra las teclas del ordenador, que se durmió con un silbido de satisfacción. El chico dio unos cuantos pasos nerviosos, luego se sentó en su despacho, comiendo a mordiscos su habitual helado de nata y anfetas.

-Qué desastre -dijo-, si no terminan esas perturbaciones, nunca saldremos adelante.

-¿No has conseguido averiguar nada nuevo? -dijo Phildys-. ¿En qué te hacen pensar esos muros colosales? ¿Y esa ciudad en la montaña, Machu Pichu? ¿Existe la posibilidad de que los incas poseyeran una energía secreta? ¿Existe la posibilidad de que haya ciudades subterráneas?

-No hay nada claro -suspiró Einstein-, he analizado todos los datos que me habéis ofrecido sobre esos malditos incas. Se plantean todos los problemas que surgen cuando se analiza una cultura pobre. ¡Éstos, para colmo, no tenían ni escritura! ¡Sólo algún dibujo y esos malditos quipus, esos bramantes anudados!

-Yo no diría -le interrumpió Fang- que tuvieran una cultura pobre. O que la ausencia de escritura fuese un elemento de pobreza.

-¿Y qué es entonces? -preguntó Einstein, en tono desafiante.

-En su caso, era un modo de manipular la historia, un control de las informaciones. Cuando los incas llegaron a esta zona, hace dos mil años, ya se habían sucedido varias culturas, la Chavin, la Paracas, la Inca Nazca, la Tihuanaco, la Chima. Los incas conquistaron estas tierras, y aprendieron mucho de esos pueblos. Pero sus historiadores, esos mnemotécnicos que anudaban los bramantes de quipus, borraron las huellas de las civilizaciones precedentes, como si todas las conquistas del saber hubieran nacido con los incas. Ellos poseían la historia... el banco de datos, el lenguaje secreto... la clave del ordenador, no sonría, Einstein, por eso contaron lo que había sucedido a su manera. El vencedor desprecia o borra la cultura del vencido, anudando las cuerdas de la historia de una manera determinada, y olvidando otros nudos. Lo mismo que usted puede hacer con los datos de Genius.

-Ridículo -protestó Einstein-, yo no tengo que borrar ninguna civilización.

-Pero debe defender el orden sobre el que se sostiene la suya. ¿Y acaso no se llama más de una vez progreso a la aniquilación de una raza o de una cultura precedente? Los incas destruyen a los preincaicos y los describen como salvajes. Pizarro destruye en pocos días la civilización inca, saquea, mata, y he aquí que de pronto se convierten en salvajes los que antes eran dioses. Los españoles, conquistadores, se convierten en piratas al ser vencidos. Y así «el ejército regular» anglosajón borrará a los «escalpeladores» de este continente. ¿Ha pensado alguna vez, Einstein, qué habría podido escribir sobre nosotros un texto de historia nazi, si los nazis hubieran vencido en la guerra? Y así, hasta nuestros días. Cuando los ordenadores dirigieron la primera escalada atómica, dividieron el mundo en zonas «no evacuables» y «fácilmente evacuables». En las fácilmente evacuables, estaban los pueblos que no podían defenderse: los nuevos indígenas. Y los datos que contenían los ordenadores de guerra eran los referentes al armamento y la ideología del enemigo: la «ferocidad» y la «superstición» de la tribu rival. Podríamos confeccionar un mapamundi, Einstein, en el cual los pueblos fueran designados con el nombre por el que han sido odiados. Corazones de bestias, como los chinos llamábamos a los hunos, comedores de cerdo, como nos llamaban los árabes, infieles kéfir y envenenadores hebreos, pueblo del diablo, comedores de carne cruda, y caníbales. Los europeos creíais que los negros eran caníbales, y ellos pensaban que lo erais vosotros, porque veían que os llevabais a sus compañeros en las naves como esclavos. Todos los pueblos pueden llegar a ser, en determinado momento de su historia, «salvajes», Einstein, incluso el más civilizado y moderno.

-Ahora sí que exagera, Fang -exclamó Einstein-. Hace un instante, usted hablaba de ciencia del modo más avanzado y luego vuelve a hablar como un subversivo del dos mil. ¿Y ustedes los chinos, qué? ¿Que pasaron del tao a mao? ¿En nombre de qué han hecho revoluciones culturales y purgas y rehabilitaciones y fusilamientos públicos en masa?

-También nosotros -dijo Fang- hemos reescrito varias veces la historia. Por este motivo hemos entendido que es importante no olvidar ninguna víctima, ningún nudo del bramante.

-Muy sugerente, pero yo soy muy diferente de sus incas. Yo corto datos superfluos, no cabezas. Y más allá de estos muros ciclópeos, y de alguna buena carretera, y de sus bonitos trajes emplumados, ¿qué me puede enseñar de esta civilización que pueda compararse con la nuestra?

-Imagino -dijo Fang- que no se contentaría con un poema.

-Ah, ustedes los chinos -exclamó riendo Einstein-, ¡la poesía! Descubrieron la brújula magnética y la utilizaban para buscar un lugar adecuado para las tumbas. Descubrieron la pólvora y hacían con ella fuegos artificiales. Imagínese lo que he leído hace poco. Hace dos mil años, un científico chino inventó un sismógrafo capaz de prever los terremotos. Pues bien, este precioso objeto fue considerado por los chinos de su época como poco más que un juguete, y el científico tratado como un poeta fantasioso. ¿Lo sabía?

-Este hombre se llamaba Zhang Hong -dijo Fang sonriendo-, lo que usted ha dicho es cierto, y me siento muy honrado de que se esté interesando por la historia china.

-Hay que estar al día -dijo Einstein-, es una cultura... muy rica.

-Sí. A propósito, ¿sabe que para algunos los incas eran en su origen chinos?

En Vuelo. A Bordo De La Proteo Tien, Trigésimo Día De Viaje

Kook subió las escaleras de la torre-observatorio de la astronave. Llevaba en la mano una bacía de barbero llena de espuma, un espejo y una navaja. Se detuvo delante del ojo de buey, y recorrió con la mirada el mar de estrellas a través del cristal verde oscuro. «Afeitémonos -pensó-, que te encuentre bien afeitado un posible y bienvenido alienígena, Leonardus Cristoforus Kook, sólo un mes atrás orbitante tranquilo en tu Cincinnatus oloroso de salvia pratensis y pisum sativum y ahora aquí arrojado al espacio hacia quién sabe qué mar completamente enjabonado larvatus prodeo a muchas lunas de tu pueblecito natal donde joven y curioso ibas de noche al telescopio del abuelo en el cañón negro Reichart porque pensabas, intrépido, si consigo descubrir un cometa llevará mi nombre cometa Kook y si luego descubro una nueva estrella se la dedicaré al abuelo o incluso al perro por qué no, descubierta alfa casiopeiae Victorii Kook Canisque Buck, quizás es demasiado largo, Alfa Buck-Victorii mucho mejor y calculando aquellas distancias millones de millones de millones era una especie de náusea infinita un miedo tan grande que no encontraba espacio en tu cabeza y en cambio ahí las tienes las estrellas y los planetas en estos años de viajes has visto tantas, misteriosas de lejos infernales rojos y gélidos espectros y de cerca rocas magma hielo caldo de gas pedruscos al rojo vivo nunca sacar fuera del mar un coral su color menguará, nunca encontrar realmente un sueño sin embargo una vez en el mar la última vez quizás porque se veían las estrellas desde la Tierra una noche tormentosa en barca fuera de la ciudad que ardía y ella te preguntaba el nombre de las estrellas y tú los inventabas para quedar bien y ella, tierna, Dios, Leonardus, eres una enciclopedia y aquélla qué es, Aldebarán, y hasta aquí se sabe, pero aquélla, ¿tal vez sea Laland? Sí, puedes decírselo, es Laland, ¿y aquélla? aquélla la constelación del toro y dice al azar Kook aquélla es Betelgeuse la otra es Bellatrix cómo no y la otra quién se acuerda y te acuerdas de un compañero de escuela un ganso del círculo tenis, con un grueso cuello de toro, Rigel llamado el toro, y así que aquélla es Rigel y después te entraba la risa lo que acabo de decir o tal vez existe realmente una estrella con ese nombre y ella tranquila, quién sabe, conquistada por todo aquel saber galáctico lanzó señales de que quería tal vez algo muy terrestre y tú Leonardus asaltado por el mareo y por aquel dolor extraño que te venía cuando sentías su brazo sobre tu hombro y sé amable muchacha bésame inmediatamente amor querías decir contemplando las estrellas y cuando se oyó la explosión y aquellos reflejos sobre el mar el capitán dijo ahora cójanse llegará la ola y pensabas si llega la ola entonces la abrazaré y la ola llegó y el cielo estaba debajo y el agua encima y...»

Kook voló por el aire y cayó al suelo. La crema de afeitar nevaba, cayendo en blandos copos. «Un vacío gravitacional», pensó, «¡lo contento que debe estar Chulain!, es la segunda vez hoy, vaya desastre esta nave, mira dónde ha ido a parar la navaja, sí, Cincinnatus era más tranquilo, pequeño y azul siempre vuelto hacia el sol, quién sabe qué habrán hecho con la salvia pratensis no había salido mal, claro que no los tres metros del programa, pero olía bien, y no estaría mal volver a ver en aquel planeta un árbol, posiblemente grande, una encina, aquélla que estaba en el centro prófugos en la montaña donde tú habías subido y mirabas la ciudad abajo que ardía y perdiste tiempo buscando nidos y llamaste a tu hermano y luego los cinco aviones como uno solo en picado ni un solo pájaro canta y tu hermano corre a cámara lenta la hierba alta le frena como en un sueño y vamos corre gritan y se abre la puerta del refugio y un pájaro grita y luego el trueno y la tierra que llueve negra y tú por el aire y le ves...»

Esta vez el vacío de gravedad fue más fuerte, y Kook tuvo que nadar para no quedarse cabeza abajo, mientras la brocha, el espejo y la crema revoloteaban por el aire. La gravedad volvió de repente. Kook, con una zambullida, consiguió coger al vuelo el espejo antes de que cayera.

-Uf -resopló-; siete años-luz de desgracias evitados.

-La comida está servida -dijo LeO apareciendo triunfalmente en la cabina del piloto con una bandeja en el pico.

-¿Qué hay para comer? -preguntó Chulain.

-Helado de atún. El deshibernador se ha roto. Por favor, no te enfades. Pequeño inconveniente.

-Estoy tranquilísimo -dijo a gritos Chulain-, ¿algún otro pequeño inconveniente?

-Todo marcha a la perfección. Sólo que ya no queda papel higiénico. Se fue volando, durante los vacíos gravitacionales. Además, si debes salir para el paseo espacial, cuidado con los cables de conexión. Estaban rotos, y los he vuelto a atar todos, pero no estoy seguro de que aguanten.

-Esto no es una nave, es una chatarra -murmuró Chulain-. ¡No es digna de mí, de Boza Chulain el suave tigrezno, de mí que he viajado en las naves rebeldes más veloces y airosas del espacio! Ah, recuerdo cuando viajábamos por las rutas rojas, es inútil que intentes escapar, robotito, te he puesto un pie sobre las ruedecitas y ahora tendrás que escuchar la historia entera. Entonces viajaba con el famoso capitán Sir Greamur. Acabábamos de subir a la nave, y recuerdo que nos dijo: «¡Compañeros, alguien morirá en esta empresa, pero sepa que apenas la espada caiga de sus manos ensangrentadas, será inmediatamente recogida por otro!»

-¿Os robabais incluso las armas?

-¡Calla, provocador! Nuestro lema en aquellos tiempos era: robar a los ricos para dar a los pobres. Asaltábamos las naves que transportaban oro a las bases espaciales. Después de lo cual llevábamos el botín a los mineros de los planetas apagados. Inmediatamente después otra nave de nuestra flota atacaba los planetas apagados, cuyos mineros, con nuestro botín, se habían hecho muy

ricos. Les robábamos y dábamos el oro a los pobres agricultores de los satélites verdes. Éstos, locos de agradecimiento, gritaban: ¡somos ricos, somos ricos! Pero acto seguido, al oírles, llegaban otros como nosotros y les robaban para llevar el oro a los pobres. La cosa continuó así durante años, y nunca le encontramos solución. No se podía robar al rico para dar al pobre sin que el pobre se volviera rico y todo recomenzara. Por dicha razón, una noche, en la sobrecubierta, se levantó Mortensen, y habló. Mortensen era un viejo marinero del norte, y en su rostro bronceado sus ojos claros brillaban como dos huevos fritos en una sartén. ¿Te gusta esta imagen?

-Es una de las más horribles que he oído nunca.

-Gracias, LeO. Así que Mortensen se levantó y dijo: «Capitán, llevamos años errando por el cosmos comiendo bistecs de rata, con turnos durísimos, alejados del afecto familiar. Cuando partí mi mujer era joven y hermosa, y mis hijas tenían seis años. Cuando regresé al cabo de veinte años de ausencia mi mujer no me reconoció, y mis hijas habían crecido mucho, eran once más tres chicos. Estoy cansado de hacer el rebelde. Le pido permiso para amotinarme.»

-¿Y qué dijo el capitán?

-El capitán estuvo un instante en silencio. Luego nos miró fijamente a los ojos y dijo: «Quien piense como Mortensen, puede irse inmediatamente.» Nosotros miramos entonces su hermoso rostro altivo y leal. Al cabo de quince minutos nos habíamos ido todos, llevándonos todo lo que se podía saquear, sin olvidar las bombonas de oxígeno y los tiradores de los waters. El capitán no se inmutó: al día siguiente, en solitario, atacó una nave rusa armada con misiles. Se acercó y dijo: contaré hasta diez, y después mi cañón disparará. Los rusos contestaron: entonces nosotros sólo contaremos hasta seis. El capitán Sir Greamur se disolvió sin un solo lamento.

-Era un gran idiota -dijo LeO, emocionado.

-Es verdad. Ya no quedan idiotas como él -dijo Chulain-, ¡de modo que entenderás, robotito, que un ex-corsario como yo no puede volar en una astronave donde los puños de los mandos son cabezas de enanitos y donde esa Mei siembra sus malditas ensaladas de flores!

Al ser evocada, Mei entró con un gracioso mono rojo deslumbrante y un jarrón de flores azules de papel en la mano.

-Chulain -dijo-, he pensado que tu cabina está un poco desnuda, y que esta composición podría alegrarla. Se llama «té del cielo para el guerrero». ¿Te gusta?

-Es bellísima -murmuró Chulain, ante la mirada disgustada de LeO-, en efecto, ahora mismo estaba diciendo que esta astronave necesita algún toque de color...

-Oh, Chulain -dijo Mei-, claro, un duro como tú no debe sentirse cómodo en medio de todos esos dibujos de animalitos...

-Oh, no, me gustan los dibujos. A veces pinto, durante los viajes en astronave.

-¿Sí? ¡Nunca lo hubiera imaginado! ¿Y qué temas prefieres?

-Yo... ejem... paisajes -dijo Chulain.

-Sí, los paisajes centrales del Playboy -silbó LeO, pasando a toda velocidad-, los vendía a los astronautas solitarios rusos a diez lingotes la unidad.

-Es una calumnia -dijo Chulain, haciendo rodar al robot de un puntapié-, nunca pedí más de seis lingotes.

-Bueno, muchachos -dijo Kook, que había entrado en la sala-, es la hora de la reunión. Dejad de pelearos y buscadme a Caruso, de lo contrario no podemos comenzar.

-¡Podéis comenzar! Estoy aquí -dijo una voz que sonaba lejana.

Todos miraron alrededor, pero no le vieron. La voz resonó una vez más.

-¿Veis aquel tubo blanco del techo? Bien, pues yo y Sara estamos trabajando allí dentro. Hablad, lo oímos todo.

-Vamos, Caruso -dijo Kook-, no podemos gritar para que nos oigas.

-No hay que gritar, os oigo. ¡Aunque susurréis!

-Ese tipo y su ayudante a rayas están locos -dijo en voz baja Kook.

-Ni yo ni Sara estamos locos -gritó Caruso-. Al haber trabajado en los microcircuitos, he desarrollado un superoído. Oigo cualquier pequeño ruido sospechoso en una astronave de seis mil toneladas, y puedo saber cuántas abejas hay en un prado, y si alguna de ellas tiene las alas que no zumban bien, y repararla.

-¡Vaya! -dijo Chulain-, ésta sí que es gorda.

-¿Ah, sí? -dijo Caruso-. Bien, para comenzar, Chulain, esta mañana te quedaste casi sin pasta de dientes y tuviste que apretar el tubo para sacar los últimos restos. He oído el ruido del estrangulamiento: era penoso. En cuanto a ti, Mei, mientras hacías tu ikebana, esta noche, los pétalos del clavel no paraban de caer: he contado dieciocho. Y tú, Kook, has digerido mal: toda la noche tus jugos gástricos se han exhibido en un coro que me ha recordado algunos pasajes de Hernani. Y, para acabar, querido LeO, tienes una tuerca floja que baila y hace un gran estruendo.

Enmudecieron, ya que todo era cierto.

-En tal caso -dijo Mei-, puedo empezar. He recibido la orden de comunicaros estos datos sólo a la cuarta semana de vuelo, no sé por qué. Los datos se refieren a la tercera parte del mensaje de Van Cram y son... muy extraños.

-Ya me parecía extraño que pudiera haber algo no extraño en esta historia -comentó Kook.

-Van Cram comunica que está muy mal... que él y sus hombres están llenos de manchas rojas, tal vez picaduras de insectos... como sabéis, siempre habían vivido en el espacio, sus organismos no estaban preparados para resistir los venenos naturales... dice tener una fiebre alta, luego comienza a delirar... dice textualmente... «Hombres todos muertos... gran dibujo en la tierra... para llegar aquí... buscad al hombre serpiente... buscad a la Bruja...»

-¿Gran dibujo? ¿El hombre serpiente? ¿La Bruja? Pero, ¿qué significa?

-No lo sabemos -dijo Mei-, el mensaje ha sido analizado varias veces por los ordenadores. Han deducido que Van Cram estaba muy mal cuando lo envió, tal vez estaba en las últimas. Llegó incluso a enviar el vector sin sellarlo, cosa que, como sabéis, invalida todos sus derechos sobre el planeta. No sabemos si estas líneas, la «Bruja», y el «hombre serpiente» son fruto de su delirio o corresponden a la realidad. Si son delirio, ningún problema.

-¿Y si no lo son?

-Si no lo son -concluyó Mei-, hay muchas probabilidades de que ese planeta esté habitado por formas de vida inteligente.

Chulain se levantó y dio un puñetazo en la pared.

-¡Y nosotros desarmados! ¡Ahora entiendo por qué sólo nos lo cuentan en este momento!

-¿Es lo único que se te ocurre, Cu? -dijo severa Mei.

-¡Claro! ¿Y qué, si no? Si llegamos a ese planeta y nos eliminan, ¿de qué habrá servido este viaje?

-Pero, ¿por qué tienes que pensar que si existe una forma de vida en ese planeta, debe ser necesariamente enemiga? -le interrumpió Kook.

-¡Porque hace mucho que viajo por el espacio! Y he aprendido a esperar lo peor. Las he visto de todos los colores: ¡gases hirvientes, mares al cero absoluto, vendavales de ranas, nubes viscosas, algas vampiro! El espacio no es un aula universitaria, señores míos.

-Sí, Chulain -dijo Kook-, pero aquí no se trata de posibilidades de vida inteligente. Hasta ahora, que yo sepa, en todas las exploraciones cósmicas sólo se han estudiado tres casos de posible organismo inteligente superior: las bolas de nieve de Urano, los microconejos de los meteoritos de Próxima Centauri y los moscones misteriosos llegados en las sopas de la estación espacial de Duecalionis en Marte. Y en los tres casos el juicio de los expertos sigue aún pendiente. ¡Pero si hay «grandes dibujos», la cosa es diferente!

-¡Tonterías! -dijo Chulain-. He visto montones de signos, dibujos y jeroglíficos en el espacio. No hay pintor más incansable que el viento o el agua. Es fácil equivocarse. En cierta ocasión, un amigo mío descubrió flotando en el cosmos un gran libro con una escritura misteriosa, y durante diez días toda la astronave enloqueció y llegaron científicos de todas partes porque estaban convencidos de haber encontrado la biblia marciana. Un día la vio el cocinero japonés, ¡y explicó que era la guía telefónica de Tokio!

-En cualquier caso, tenemos que prepararnos para eventuales contactos con los alienígenas -dijo Kook-. ¿Disponemos de algún código universal?

-El ordenador conoce dos mil lenguajes imaginarios -dijo Mei-, y LeO es un buen mimo.

-Tonterías -dijo Chulain-, yo os diré lo que hace falta para comunicarse con los pueblos alienígenas: el manual del colonizador civil, que en el punto seis dice: «Al llegar a un planeta, lo primero es asustar a los salvajes locales con disparo de fusil, o rayo de luz, que os haga ser inmediatamente respetados y temidos.»

-;Por qué les llamas salvajes? -protestó Kook.

-Punto uno del código, querido Kook -sonrió Chulain-, desde siempre en la historia, el primero en descubrir una tierra tiene derecho a llamar salvajes a sus habitantes. Si los indios hubieran descubierto España en 1492, habrían podido decir que estaba llena de salvajes cubiertos con extraños vestidos con cuellos gigantescos y joyas, y que había también un tal Cristóbal Colón que hablaba un lenguaje incomprensible y decía que la Tierra era un huevo, y que estos salvajes españoles de la Corte tenían costumbres crueles, como tener enanos como perros falderos y asar vivo a quien no respetaba sus supersticiones. ¡Y no se lavaban nunca! Y tal vez los indios habrían podido saquear unos cuantos museos, iglesias, palacios, diciendo que querían llevarse a casa alguna muestra del arte local. ¡Pero no fue así! Por dicho motivo yo no quiero ser descubierto, quiero ser descubridor. Si alguien llega a mi planeta, bien, tiene razón él. Pero si yo llego al suyo, civilizo a todos los que encuentro, les convierto a tiros al Chulainismo, y si se rebelan les despojo de todos los cubiertos de plata. Augh. He dicho.

Después de un instante de silencio, el negro soltó una carcajada.

-Vamos, no pongáis esas caras. ¡Os he tomado el pelo! Tengo tanto miedo como vosotros de encontrar a alguien en ese planeta... yo no tengo madera de colonizador...

-Lo más probable -dijo Kook- es que no haya nada. Sólo alguna planta antropomorfa, y alguna piedra de forma extraña. El espacio no es apto para la vida.

-Tal vez -dijo Caruso, saliendo de su tubo-, pero quiero decir algo. ¿Es tan fácil reconocer lo que nosotros llamamos «vida», trátese de la que creemos creada por el carbono o por un

Ente Supremo? Os contaré una historia. Me la contó un marinero con el que me había embarcado en una goleta árabe. Era un viejo portugués: se llamaba De León.

El Relato De De León: Las Estrellas Mágicas

«Sucedió unos treinta años antes de la Gran Crisis Energética -dijo el marinero De León-, Me había embarcado en la Tintorera, la astronave de García Meza el tiburón. El capitán, que en tierra había sido un gran exterminador de indios, en vista de que ya no quedaban grandes reinos que conquistar, se había lanzado al espacio. Había comprado con los frutos de años de saqueo una astronave de guerra. Con ella García asaltaba a los astromercantes, les robaba, mataba a sus hombres y dejaba en el espacio una larga estela de cadáveres. Le gustaba la sangre, era terrorífico, como una especie de ogro con bigotes y barba negra, y siempre vestía un mono de guerra completamente incrustado de dientes de tiburón. De vez en cuando el capitán aterrizaba en un asteroide. Excavaba por todas partes, arrojaba bombas, destruía todo lo que hallaba a su paso en busca de uranio, sin preocuparse por saber si en el asteroide había vida o no.

»Si un ser vivo -decía- no tiene dos bonitas tetas, o una pistola cargada, ni siquiera lo tomo en consideración.

»Un día aterrizamos en un asteroide próximo a Enceledus, un satélite saturnino. Era un asteroide muy pequeño, todo él de roca blanca, espectral. Me tocó salir de exploración con una patrulla; tenía bastante miedo, era una de mis primeras salidas. Estábamos recorriendo una zona intransitable con los roboperros de búsqueda, cuando mi roboperro levanta la cabeza y señala un agujero en la roca, una caverna. Entro y, bueno, no daba crédito a mis ojos: dentro había un lago natural, bellísimo, con estalactitas altísimas. En el fondo del lago, limpidísimo, se veían estrellas de mar fosforescentes: algunas eran blancas, otras negras, quizás era la diferencia de sexo, no lo sé. El hecho es que por lo menos había doscientas. Llamé a los demás: vino también el capitán, las vio pero no se mostró nada impresionado.

»Son estrellas de mar. ¡Y qué! En la Tierra, bajo el hielo, hay millares. ¿Qué valor pueden tener?

«Capitán -intenté decirle-, pero éstas viven en un asteroide lejano. Tal vez son diferentes, podrían ser un gran descubrimiento científico.

»¡Basta! ¡Basta! -gritó-. Yo busco uranio, no estrellitas. ¡Cogedlas, tal vez sean buenas para comer!

»Y rió despectivamente.

«Bueno, no lo creeréis. Aquel animal se las comió de veras, y dijo incluso que estaban buenas. Yo, sin embargo, había escondido unas treinta en un saco: apenas llegué a las astronave las metí en un recipiente con agua y las oculté. Pero un día el capitán hizo una inspección y las descubrió. Ordenó que me dieran cien latigazos, pero la cosa no terminó ahí.

»Tenéis que saber que el capitán tenía una gran pasión. Le encantaba jugar al ajedrez y, por uno de esos misteriosos vínculos que unen la maldad con el genio, era muy bueno. Nadie, en muchos años, había conseguido derrotarle, ni el ordenador de a bordo. Pues bien, el capitán vio las estrellitas blancas y negras, y decidió hacer con ellas un tablero único en el mundo. Sobre cada estrellita blanca colocó una ficha blanca, y lo mismo hizo con las negras. Y luego las montó en un gran tablero de huesos de oso, y debo decir que el resultado era realmente espléndido: la fosforescencia de las estrellitas hacía que el tablero pareciera mágico. Pero yo noté inmediatamente que, fuera del agua, las estrellitas iban perdiendo color y se ajaban, morían, en pocas palabras.

»Una noche me levanté de la litera y entré a escondidas en el camarote del capitán. Me acerqué al tablero, con la intención de robar las estrellitas y ocultarlas, o por lo menos reanimarlas con un poco de agua. Pero el capitán, que era astuto y suspicaz, había instalado en el tablero una señal de alarma. Apenas sonó la alarma, saltó de la cama y gritó: "¡Maldito mozo! ¡Es tu segunda insubordinación! ¡Esta vez acabarás nadando en el espacio!"

»Me encerraron en el calabozo. Sabía que mis horas estaban contadas. El código de navegación espacial establecía que el capitán García tenía derecho de vida y muerte sobre la tripulación. Sin embargo, aquella noche, yo no sentía ningún dolor por mi muerte: no hacía más que pensar en la lenta agonía de esos seres, reducidos a piezas del tablero del capitán.

»A la mañana siguiente, García en persona vino a abrirme la puerta de la celda. Reía, y yo sabía que aquella risa anunciaba alguna nueva crueldad.

«"Querido De León", me dijo, "¡eres realmente afortunado! Tus compañeros te quieren, y han insistido mucho para que te diera una última oportunidad. Y he decidido dártela, ¡qué diablos! ¡Te perdono la vida! ¡Con la condición... de que tú... ja, ja... me derrotes al ajedrez! Si gano yo, te mataré de la manera que me parezca. Si ganas tú, serás tú quien me mate. ¿No te parece una competición equilibrada?", y García me guiñó un ojo.

»No era una competición equilibrada. El capitán sabía perfectamente que yo apenas conocía las reglas del juego, mientras que él era un maestro. Había montado esa comedia, porque algún amigo de la tripulación había implorado valerosamente clemencia para mí; con esta macabra farsa quería reafirmar su poder, y reírse de nosotros. Ordenó, en efecto, que toda la tripulación presenciara la partida. Nos sentamos ante el tablero, y él, bebiendo su habitual pinta de ron, dijo con una mueca: "¡Bien! ¡Mueve tú primero! ¡Te doy una última ventaja! Ahora estás cerca de tus estrellitas, ¿estás contento? ¡Pero mira qué gracioso, serán precisamente ellas las que te llevarán a la tumba!" y siguió riendo.

»Miré el tablero, y los rostros entristecidos de mis amigos. No sabía qué hacer. Estaba a punto de decir, vale, basta de esta payasada, máteme en seguida y acabemos de una vez, cuando descubrí que una de las estrellitas, el peón de reina, se movía ligeramente. Sólo yo podía verla, porque los demás estaban alejados de la mesa y el capitán no tenía buena vista. Con gran estupor por mi parte, vi que la estrellita comenzaba a moverse hacia la casilla que tenía delante. Instintivamente, acompañé su trayecto con la mano. Miré si alguien se había dado cuenta de lo que había sucedido. Nadie, ni siquiera el capitán García, que eructó ruidosamente y dijo: "¡Bien! ¡Buena apertura! ¡Peón de reina! ¡Has movido rápido, muchacho! ¿Tienes prisa por morir?" e hizo su jugada con las negras.

»Cuando vi temblar la segunda estrellita, también un peón, se me ocurrió una idea increíble. Pero sólo al cuarto movimiento, cuando la estrellita del caballo tembló y me indicó claramente con una de sus puntas que avanzara hacia la izquierda, entendí lo que ocurría. Casi me desvanecí de emoción. ¡Las estrellitas PENSABAN! ¡Y no sólo eso, sino que en los pocos días que habían sido utilizadas en el tablero, habían entendido el juego del ajedrez, y estaban jugando por mí! ¿Con cuánta inteligencia? Con mucha, como fui entendiendo, a medida que la partida proseguía, por la expresión del capitán García. De la carcajada inicial, había pasado a una risita preocupada, que no tardó en ser histérica. Como buen jugador que era, se daba cuenta, jugada tras jugada, de que le estaba atacando con enorme habilidad.

»Me miró a los ojos, con miedo, cuando la estrellita alfil guió mi mano deslizándose a una posición de ataque a la rema negra. Hasta mis amigos acabaron por notar que estaba ocurriendo algo extraño, porque les oía susurrar, y me hacían señas a escondidas de que no aflojara. El capitán comenzó a sudar y a pensar detenidamente cada jugada. De vez en cuando movía la cabeza, como para alejar el pensamiento de que aquel joven mozo pudiera realmente jugar como un gran maestro... no, me parecía leer en su cerebro, no, le guía el azar en una serie increíblemente afortunada de jugadas, pero antes o después cometerá un error de principiante, pues eso es lo que es.

»Pero a la jugada número veinte, un ataque de reina, García se dio cuenta de que yo estaba jugando realmente a su nivel. Comenzó a temblar: no conseguía entenderlo. Palideció, mientras le comía alfil y torre. Las estrellitas, implacables, le atacaban por todos lados. A la jugada treinta y seis, descubrió que estaba casi perdido. Me miraba con terror: comprendí que más que la derrota y la probable muerte inminente, le corroía una pregunta: ¿qué está sucediendo? ¿Cómo ha conseguido vencerme? ¿En qué me he equivocado? En ese momento, decidí mostrarle la verdad. La estrellita de reina tembló. Yo no la toqué. Se desplazó sola,

recorrió dos casillas, se detuvo. Era un estrepitoso jaque mate de reina, caballo y torre, una jugada magistral.

»E1 capitán García palideció. Comprendió inmediatamente. Se levantó de golpe del tablero. Miró una vez más la estrellita. Con un grito, huyó a su camarote. Pocos instantes después, se oyó un disparo. Se había matado. Así terminó el terrible capitán García. Las estrellitas, después de estar demasiado tiempo fuera de su elemento natural, murieron todas durante la noche. No antes, sin embargo, de haber salvado la vida a la única persona que las había tratado humanamente. Porque humanas eran, si es que, en estos tiempos, este adjetivo tiene algún valor.

-Ésta es la historia -dijo Caruso- que me contó aquel marinero, y no tengo ningún elemento para deciros si era verdadera o inventada. Pero, por la manera como la contó, yo siempre me la he creído.

El Corazón Del Escorpión

Negra y amenazadora, la Calalbakrab, el Corazón del Escorpión, seguía a la Tien a menos de un cincuentavo de cuadrante. Vista en vuelo, aún era más impresionante que en tierra, y se entendía que hubieran nacido tantas leyendas en torno a ella. Su forma recordaba la de un escorpión: el cuerpo central estaba dividido en dos partes, cada una de ellas dotada en su parte anterior de un ala-pinza que podía llevarse hacia atrás o adelante, según las exigencias de vuelo y de combate. Las partes se llamaban Zuben Elgenubi y Zuben Elschemali, y también podían separarse y volar independientemente. En Elgenubi estaban los ordenadores, los servicios y la tripulación. En Elschemali estaba el palacio volante con sus pasillos de mármol, sus jardines, sus salas secretas. Las dos partes estaban unidas posteriormente por el aguijón, el cañón láser más poderoso del mundo, capaz de destruir todo un planeta, y con el cual había sido desintegrado el Orion, el acorazado ameroruso, en la batalla espacial de Mercurio. Después de esta batalla, árabes y amerorusos se habían unido en la liga de los siete jeques, con el rey Akrab, el Gran Escorpión, dueño de una tercera parte de la energía del mundo, a la cabeza. Pero el equilibrio político de la liga era inestable, y las tensiones muy fuertes.

-Sabes, Dylaniev, no creo que le caigamos muy simpáticos a Alya -dijo Vassiliboyd-; creo, incluso, que si pudiera nos mandaría a pasear por el espacio.

Los dos pilotos amerorusos estaban echados en su cómoda cabina de pilotaje, y escuchaban un resumen mozartiano del musiordenador de a bordo. El piloto automático conducía la nave, recogía instrucciones de tierra sobre el rumbo y corrompía a los satélites de reconocimiento a fin de que no señalaran su paso. Cuatro adharas, las azafatas espaciales árabes con uniforme de seda azul, estaban siempre atentas para satisfacer cualquiera de sus exigencias, desde encender los cigarrillos hasta llenar con extrema frecuencia los vasos de vodsky (un décimo de vodka, otro de whisky y ocho de destilados de insectos).

-Sabes, John -dijo Dylaniev, ya ebrio-, volar en esta astronave debería ser el sueño de cualquier piloto. ¡Yo, en cambio, me aburro!

-Yo también, Igor -dijo Vassiliboyd-, pero estaba cansado de cruceros de jeques gordinflones con sus amantes a algún motel lunar. Al menos aquí, de un momento a otro, puede ocurrir algo. ¿Recuerdas lo que decía Laurel? «¡Aprende a vivir bajo la sombra de la espada!»

Dylaniev sonrió. Laurel había sido su instructor cuando se habían alistado en los Rebeldes, una formación clandestina pacifista que había emprendido la tarea de destruir las armas espaciales americanas y rusas para impedir una nueva guerra mundial. A fuerza de cazar satélites se convirtieron en los mejores pilotos de astronave de su tiempo. Cuando estalló la sexta guerra mundial, se les propuso una amnistía, si se alistaban en el ejército regular. Muchos habían aceptado, con tal de ver acabar pronto la guerra. Pero la guerra había sido larga. Ahora, muchos exrebeldes pacifistas pilotaban astronaves de los Siete Jeques, con pingües beneficios.

-Es verdad, si Laurel nos viera no estaría contento de nosotros -dijo torvamente Dylaniev, sirviéndose otro vodsky.

-Era un loco, Igor -dijo Vassiliboyd-, ésta es la verdad.

-Puede que sí. Pero tenía ideas. Y no se las pasaba el ordenador, como a nosotros ahora. Y no creo que exista un ordenador que se dejara fusilar por sus ideas.

-Ay, ay, ay -se lamentó Vassiliboyd, levantando los brazos al cielo-, hoy es sábado e Igor Dylaniev tiene su crisis de Conciencia, con C mayúscula. ¡Señor de los rumbos, protégelo!

-Cállate, John -exclamó Igor, intentando levantarse y derramando la botella sobre el tablero de mando-, ¡déjame en paz!

-¡Ya sería hora de que dejaras de pensar en el pasado, Dylaniev! ¡Es verdad que hemos creído en determinadas cosas! Todos hemos arriesgado la vida para bombardear bases de misiles y satélites-espía en el espacio, para descubrir a continuación que la mitad de los nuestros eran infiltrados. Hemos cantado bonitas canciones, y nos hemos manifestado, y hemos puesto bombas en los ordenadores, y hecho mucho jaleo, y el resultado ha sido: ¡tres guerras, una tras otra, dos mil millones de muertos! Y ahora sólo hay hielo en la Tierra, Dylaniev, ya no queda nada por defender y lo importante es ¡estar caliente, vestir cómodos calzoncillos de oso y tener vodsky para estar contentos! Si no te gusta, no jodas a los demás, si sigues teniendo remordimientos, hay cantidad de estaciones espaciales que buscan taxistas...

-Estás más borracho que yo, y eres tan cínico como siempre -dijo Dylaniev, levantándose dificultosamente-, y te metes conmigo porque te das casi tanto asco como yo me doy a mí..., ¡y basta con esa maldita música!

-A mí me gusta la música computerizada, Igor -dijo Vassiliboyd, levantándose, amenazador-, y si hoy tienes el día nostálgico, ¡vete al archivo cinematográfico y contempla alguno de aquellos bonitos films pacifistas de los años 80, o vete a cantar We shall overcome con tu balalaika!

-¡Que te den por culo -gritó Igor-, que os den por culo a ti y a tus ordenadores rock y a los espectáculos de a bordo y la piscina y la ruleta y toda esta barraca voladora iluminada con lámparas antiguas, cuando la mitad de la humanidad está a oscuras!

-Estoy harto de ti, Igor -dijo John.

Se enfrentaron un instante y luego se enzarzaron en una bonita pelea, entre los gritos de terror de la adhara. El piloto automático indicó «turbulencia tripulación» al ordenador central.

Calalbakrab: Una Profecía Para Su Venenosa Majestad

La galería de la astronave tenía el techo transparente. Entre los estucos dorados y las columnas de mármol, el espacio refulgente de estrellas era el brocado más precioso. Por este fabuloso pasillo el rey Sadalmelik Temugin Akrab avanzaba en su litera de oro, botín de guerra, llevado por doce hombres. Todo el pequeño ejército de la astronave le esperaba alineado en la Sala Real. Ciento treinta guerreros con las lanzas láser enhiestas, y cuarenta centauros sobre los Pegasus, perfeccionadísimos caballos mecánicos capaces de correr a cien kilómetros por hora, y de saltar vastos cráteres.

El Rey Akrab, después de haber descendido de la litera, ordenó a todos que se fueran y se quedó solo en la vasta sala llena de trofeos de guerra: había momias, estatuas, cuadros, saqueados de todos los museos del mundo. El resultado era un tanto confuso. El rey Akrab estaba sentado en una silla imperial napoleónica, y tenía delante por mesa un holograma de Beerkhout. A sus espaldas, una pared en la que convivían dificultosamente Velázquez, Goya, Picasso, Trumbull, Hokusai, Chagall, Caravaggio, tres autorretratos de mano real, Lichtenstein, videojuegos, alfombras y el rótulo del Cordón Gin de Times Square, trofeo de guerra del que Akrab se sentía especialmente orgulloso, además de centenares de cabezas de animales disecados.

El rey cogió un puro y lo encendió con un salero de Cellini ronsonizado. Fumó acariciándose la barba roja, luego pulsó un botón de la pared. Se abrió la pared de caoba de la habitación, y apareció una deslumbrante colección de joyas. En un gran panel, dividido en dos hemisferios circulares, brillaban diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, de variados tamaños. El rey pasó delicadamente la mano por el panel. El sonido de un gong interrumpió su apasionado examen. En el videófono interior, que sustituía con gusto audaz la cabeza de una Venus griega, apareció una petición de visita.

-¿Quién molesta? -preguntó con tono solemne Akrab.

-Soy Alya -contestó una voz silbante-, y conmigo está el adivino, El Dabih. Tenemos que deciros una cosa muy importante, Gran Escorpión.

-Entra -dijo el rey.

Los dos poderosos consejeros hicieron su aparición. Alya vestía un manto de piel con manchas oscuras, y el adivino llevaba el uniforme negro y violeta de los consejeros parapsicológicos ESP.

-Oh Conquistador, oh Gran Cazador -inició Alya-, permanezca tu nombre en la hutba, arda en ti la infinita sabiduría, en ti todas las dotes y las virtudes y en ti toda sabia perfección genética, en ti luminoso...

-Basta, corta -rugió el rey-, ya he entendido que estáis aquí para hablarme de un problema.

-En tu perfecta e inalcanzable..., bueno, sí, así es. Esos pilotos amerorusos... ¡Hay que hacer algo! -dijo Alya-, siguen peleándose. Están borrachos de la mañana a la noche. Por la noche pasean por los corredores en patines y alarman a los guardias. Arrojan los robots a la piscina. Fuman marihuana en los ascensores y los convierten en ascensores alucinógenos.

-Son jóvenes -dijo el rey, con una sonrisa.

El adivino asintió.

-¡Sí, pero hay algo más grave! ¡Su... agitación no es fruto de la alegría... están descontentos! Hemos grabado todas sus conversaciones... nos odian: especialmente ese Dylaniev recuerda con excesiva frecuencia su pasado de rebelde... se emborracha y dice que detesta trabajar para nosotros..., ya no va a los conciertos vespertinos...

-Esto es más grave -dijo el rey, pensativo.

-Y hay más... esos dos pilotos van siempre con el grupo musical las Dzunum... les hemos descubierto..., ejem..., fornicando al aire libre, fuera de la astronave, y los guardias tienen que ir a recogerles. Su ejemplo podría perjudicar la disciplina de la tripulación; aquí hay más amerorusos. ¡Conviene eliminarlos!

-Te entiendo, Alya -dijo el rey-, la vitalidad juvenil es una bonita cosa en la publicidad de las bebidas. En los demás casos, estorba mucho. Pero no podemos librarnos de ellos así como así: primero, hemos contratado a esos pilotos, porque en tanto que exrebeldes tienen un perfecto conocimiento de estas rutas. Segundo, los amerorusos han presionado para participar en este vuelo y poderlo pregonar ante sus súbditos: no creo que renuncien fácilmente a la noticia de que la nave que ha descubierto Tierra dos estaba pilotada por sus gloriosos pilotos.

-¿Y tercero? -preguntó Alya.

-Tercero: ¡como es lógico, quiero oír lo que dice mi adivino!

El adivino se inclinó con exagerada cortesía.

-Anoche -dijo- busqué tu destino en las veinte cartas, en la telaraña de la epeira y en el humo de la gran Alkres, la rama sagrada. La respuesta ha sido la siguiente:

*Hacia la segunda Tierra*
*vendrá de la Tierra de dos partes*
*sangre de sangre lejana*
*la cabeza del escorpión será aplastada*
*bajo el pie del águila*
*cuando el cielo caiga sobre la tierra*.

El rey palideció.

-Me parece una profecía muy venenosa, adivino. ¿Qué significa?

-Es una profecía más bien oscura -dijo El Dabih, sin alzar la mirada-. Yo la interpreto así: en este viaje hacia la segunda Tierra, el nuevo planeta, vendrá algún enemigo tuyo de la tierra de las dos partes, el continente americano (así es llamado en los viejos textos), alguien de una raza que tú has combatido y matado.

-Los americanos, rey -dijo Alya-; tú destruíste con tus misiles Nueva York, en tu Guerra Santa: ahora son nuestros aliados, pero en el fondo de su corazón nos odian: ¡y esos dos pilotos llevan sobre el casco el emblema del águila!

-¿La profecía quiere decir esto, adivino? -preguntó el rey.

-No lo sé. Son tantos los pueblos que han jurado vengarse de ti. Yo creo que te amenaza un gran peligro. Pero eso no sucederá antes de que el cielo caiga sobre la tierra.

-¿Es eso cierto, adivino? -dijo el rey, reanimado-. En tal caso, ¡esto no sucederá nunca! ¡Es una profecía buena para mí! ¡El cielo nunca caerá sobre la tierra, de la misma manera que nunca caerá mi potencia!

-Pero aun así debes ser prudente -susurró a su oído Alya-, en cualquier caso esos americanos son una amenaza para ti...

-Sí -dijo Akrab, con una sonrisa cruel-, pero debemos ser astutos. Querido Alya, hay un proverbio árabe que dice: la liebre cortada en dos no corre dos veces más veloz. ¿Me entiendes?

-Sí -contestó Alya, con un brillo triunfal en los ojos-; su Majestad quiere decir, en su infinita y luminosa Perfidia, que bastará con eliminar a uno de ellos, el más vivaz. El otro seguramente se calmará, y nosotros podremos mantener los pactos con los amerorusos. ¡Voy a cumplirlo inmediatamente!

-Calma, calma -dijo el rey-, ¡cuánta prisa! Alya, mi viscoso consejero, y tú, mi tan sincero como hostil adivino, no pensemos ahora en estas cosas. Pensemos en cosas hermosas... en las riquezas del arte. ¿Habéis visto alguna vez esta colección de cuadros? Vamos, Alya, no titubees, el vino y los cuadros no gustan al Corán, pero me gustan a mí.

Alya abrió los brazos en un gesto de exagerada admiración.

-Maravillosos: ¿quiénes son estos pintores? -preguntó, señalando algunos cuadros.

-Mantegna y Poussin. Dos grandes pintores de ruinas -dijo el rey-, a mí me gustan las piedras de las ruinas. En las ruinas está la fuerza, la guerra, la continuidad de la historia y su ley. Mirad estas enormes piedras; es un cuadro que encargué a un pintor de corte, cuando combatía en Sudamérica: es una ciudad peruana, no recuerdo su nombre. Piedras enormes, imponentes: grande es la gloria del que las construyó, pero mayor todavía la del que las derribó. Para la historia, una fortaleza conquistada es más importante que una fortaleza que ha resistido. Y lo mismo ocurre con un país, un continente, un planeta.

-Es cierto -dijo Alya-, es cierto, gran rey.

-Pero el universo -dijo El Dabih- no puede ser conquistado. Su misterio se curva y escapa en el espacio y en el tiempo. Hace años soñábamos quién sabe qué planetas, ahora sabemos que tal vez

nunca saldremos de nuestra galaxia. El cielo es demasiado grande para nosotros.

El rey rió despectivamente.

-¿Estás seguro, El Dabih?

Recorrió apresuradamente la sala, hasta la pared de caoba, y abrió el panel de los diamantes.

-Mira, adivino -dijo-, ¡el cielo está aquí! Aquí, delante de ti.

Alya abrió los ojos de par en par.

-¡Por Allah! ¡La Lluvia de Gemas! ¡Sabía que existía, pero nunca la había visto!

-Desde hace tres siglos -dijo el rey-, desde que mi familia inició su fortuna económica con el petróleo, se dedicó a coleccionar gemas. Existe la gema correspondiente a cada estrella catalogada en el universo. Vedlas: Alnasi es este diamante, este rubí es mi Calalbakrab, ahí

están Alazeel, Alaraph, Almuredin, Deneb el Okab, tu estrella, Alya, Cebalrai, la estrella de mis guerreros, y Mirzam, y Alnabor. Éste es el cielo que ningún astrónomo, ni Al Battani ni Al Sufi, ha conseguido nunca ver. Me decís que el universo es grande, que nunca podré tener un diamante por cada estrella, que sólo en nuestra galaxia hay cien mil millones. ¡Es posible! Pero aquí, en la Tierra, éste es el mayor cielo. Todos renunciarían a las estrellas para poseerlo: puede comprar cualquier cosa, corromper, destruir: su poder es tal, que puede dar miedo, mucho más que un cielo tempestuoso encima de nosotros... pregúntaselo, Alya, a quien sea. El hombre es el único habitante del universo. Y, por la misma razón, el hombre más rico es el amo del universo. En efecto, ¿qué hay que él no pueda conquistar o comprar?

Se interrumpió. Una explosión había sacudido la nave, haciendo temblar las grandes arañas de la sala.

Orden Y Disciplina (A Bordo De La Zuikaku)

En la cubierta central de la Zuikaku, es decir, sobre la mesa del comedor, estaban alineados en posición de firmes los soldados grises. El general Yamamoto los examinaba atentamente, uno por uno.

-¡Descanso! -ordenó, al término de la inspección-. ¡Un paso al frente los soldados GoSub, Radian, Degree, Log, Beep Off, Beep On, Pause y Cursor!

Los ocho ratoncillos dieron un paso al frente.

-¡Soldados! -gritó Yamamoto repiqueteando sobre el micrófono en Mickey Morse-, ¡no estoy nada satisfecho de la disciplina que existe a bordo! En la nave enemiga de los jeques ha habido un atentado terrorista, la nave enemiga sineuropea está plagada de averías: pero la ventaja que de ahí se deriva se ve amenazada por graves episodios que pueden perjudicar el buen éxito de nuestra misión. Y por dicho motivo hoy, en mi calidad de comandante del tribunal militar de esta nave, ¡castigaré severamente estos actos de indisciplina! ¡Lleváis los gloriosos nombres de las teclas de los calculadores: y como un calculador, como un solo hombre, mejor dicho, como un solo ratón, tenéis que funcionar! ¡Iniciemos el proceso! ¡Soldado gris GoSub!

Un ratón asustado se llevó la cola a la cabeza en señal de saludo.

-¡Soldado GoSub! Es acusado de haber dejado el puesto de guardia durante más de tres minutos, para irse a curiosear por la zona del soldado Using. ¿Qué puede decir en su descargo?

-Using -pateó GoSub- arde mientras inspecciona motores. Yo corro y pruebo si meo encima le apago.

-¡Ridículo! Ha fallado dos veces. El soldado Using ha muerto igualmente, y usted ha dejado abandonado el puesto de guardia. Le condeno a tres días de jaula de castigo.

-A sus órdenes -dijo GoSub, y se reincorporó a la hilera.

-¡Soldado gris Radian! Se le acusa de haber lanzado un alarido con insultos para el general Harada.

-General -dijo Radian-, aplastado por bota mi compañero List, y pisada mi pata derecha. Dolor hacer gritar.

-Jamás ningún soldado japonés se ha quejado porque alguien le pisara un pie -gritó Yamamoto-. ¡Es ridículo! En cuanto al soldado List, ha muerto porque no llevaba casco, como ordena el reglamento. También para usted tres días de jaula. ¡Adelante el soldado Degree!

Dio un paso al frete un ratón con el pelo un poco más largo.

-¡Soldado Degree! Se le acusa: uno, de haberse dejado pillar por mí dos veces con el pelo largo y, pese a mi orden precisa, no habérselo cortado todavía. ¡Dos!, de haber proferido, después de la muerte de los dos ratones en cuestión, la siguiente frase: aquí nos aplastan vivos y después nos castigan. ¿Confirma haber dicho estas palabras?

-¡He dicho sí -dijo Degree-, y querer saber qué maldito espía informar!

Un murmullo ratonil ultrasónico recorrió la astronave.

-¡Silencio! No permito que se llame espía a quien me indica con razón las desviaciones de la disciplina. ¡Por esta declaración subversiva, le condeno a muerte con cocacoliminación!

Un murmullo ratonil ultrasónico recorrió por segunda vez la astronave.

-¡Cállense! Y ahora, un paso al frente los soldados Log, Beep On, Beep Off, Pause y Cursor.

Cinco ratones avanzaron con la cola baja.

-Se les acusa de lo siguiente: en misión de exploración en la despensa de la astronave para descubrir una avería en la instalación térmica, se apoderaron de un fragmento de queso natural de seis gramos de peso de marca emmenthal suzuki. A continuación salían de la astronave para realizar un picnic espacial con este bien propiedad del ejército y se abalanzaban sobre él con dientes y mandíbulas, en varias acciones ejecutivas de la misma intención criminal, hasta no dejar nada. ¿Qué pueden decir en su descargo?

-Estábamos en ayunas -dijo Beep On-, en ayunas desde hacía dos días.

-¡Excusa ridicula! -gritó el general-, todos saben que los ratones pueden ayunar hasta siete días. ¡Por este delito les condeno también a ser cocacolados a muerte!

-¡Es una injusticia! -pataleó fuerte Beep Off.

-¡Llévenselos! -gritó furibundo Yamamoto-. ¡Esto es una insubordinación!

Los demás ratones cogieron por la cola a los prisioneros echados sobre su espalda y los arrastraron fuera.

El general Yamamoto se quedó solo examinando los planos miniaturizados de vuelo con las gafas telescópicas. Inmediatamente después entró Harada, con dos dedales en la mano. Llevaba la cabeza completamente vendada.

-¿Quieres un poco de concentrado de té, Yama? -preguntó.

-No. Pero, ¿qué has hecho? ¿Más cabezazos?

-No consigo acostumbrarme a las dimensiones de esta nave, Yama. Me golpeo con todo. ¿Cómo ha ido hoy con la tropa?

-¡Mal! -protestó Yamamoto-. ¡He tenido que eliminar ocho soldados!

-Más cuatro perdidos por accidentes, suman doce. ¿No podrías ser un poco más indulgente, Yama?

-¡Indulgente! -dijo despreciativamente Yamamoto-, ¡cuando en una nave se advierten las primeras señales de insubordinación, hay que intervenir inmediatamente, con dureza! Se comienza por no cortarse el pelo y se acaba con el amotinamiento.

-Pero vamos, Yama; ¿qué quieres que hagan cincuenta animalitos ante nuestras pistolas?

-¡El ratus norvegicus es mucho más astuto de lo que piensas! -dijo Yamamoto-, hay que estar muy atento.

-Tienes razón -dijo Harada.

-¿Ahora me das la razón?

-Sí, después de haber visto tu casco -dijo Harada.

-¿Qué le pasa a mi casco? -preguntó Yamamoto.

Se lo quitó de la cabeza y apretó los dientes con rabia. Llevaba escrito: General Yamamoto es estúpido como cien mil gatos.

Los ratones condenados estaban esperando su última hora en la jaula.

-Por qué, por qué -se lamentó Beep On-, pequeño paseo espacial, gran problema.

-Destino nosotros ratones -dijo Degree-. Siempre vivir bajo tierra, siempre robar, nunca poder salir fuera. Ratón vida sufrir.

-¿Quién dado nosotros destino cruel, siempre vivir bajo tierra, nunca salir? -preguntó Beep Off.

-Yo creo -dijo Log- todo explicado por historia china primer ratón y primer conejo.

Por Qué Los Ratones Viven Bajo Tierra

Después de que el Cielo y la Tierra fueran separados y el Mundo comenzara a existir, el primero de los doce emperadores del Cielo, que reinara durante 18.000 años (en aquellos tiempos las elecciones eran muy raras) llamó al Fabricante de animales, Kkienn Zoou, y le dijo:

-Espabílate. ¡Quiero que me llenes la Tierra de animales! Utiliza lo que quieras, escamas y aletas, picos y corazas, alas y cuernos, antenas, pelos y hocicos, utiliza toda la caja de colores, haz narices largas, ojos redondos, bosques de patitas, colas prensiles, hazles nadar, volar, berrear, chapotear, emigrar, pinchar, hozar, espulgar, rugir, mimetizar, empollar, graznar, piar, roer, comer bayas, plancton y kitkrat, hazlos enormes o minúsculos, simpáticos o repelentes, haz lo que quieras, pero haz muchos. Quiero que después el hombre diga: ¡Dios, qué prodigio la naturaleza!

El Fabricante de animales se encerró en su cabaña de madera con un poco de té y unos libros de genética y comenzó a dibujar, y armar modelitos y encajar piezas y hacer cálculos, hasta que terminó y al cabo de una semana la Tierra estaba llena de maullidos y gruñidos y zumbidos y aleteos y picaduras de insectos y pescadores furtivos e insecticidas y exposiciones de gatos y laceros y quesitos y malaria y guisado de cabrito.

El Emperador del Cielo hizo una visita a la Tierra y quedó bastante satisfecho: tiró de la nariz al elefante y dijo que era una excelente solución; admiró el sistema de propulsión de las medusas y controló personalmente si era cierto que el jaguar corre a ciento veinte kilómetros por hora. Bien, bien, decía risueño. Hizo que le proporcionaran un microscopio y dijo que los virus no estaban mal, había una considerable variedad de ellos y, aunque fueran un poco feos, nadie los veía. Hizo bajar un poco el volumen del zumbido de los coleópteros y dijo: «Más poríferos y menos platelmintos.» En cuanto al resto, criticó un poco al ornitorrinco, dijo que el Fabricante hacía bien en no desperdiciar nada, pero que se veía clarísimo que se trataba de algo hecho con retales. Dijo también que los lémures eran un poco tristes, y valía más ponerlos en bosques donde se vieran poco, en países poco habitados tipo Australia. Para acabar se entusiasmó con los dinosaurios: grandes, robustos, dijo, aguantarán muchísimo.

Y se notaba que se había extasiado mientras hojeaba el catálogo de las mariposas y de los colibríes, y se puso a reír como un loco cuando le mostraron el tucán y sobre todo el león marino. Así que el Emperador del Cielo, satisfecho por completo, se disponía a regresar a su palacio con los primeros huevos frescos (de lo que se deduce que la gallina fue antes que el huevo) cuando vio en un prado dos parejas de animales peludos y con dientes hacia fuera que jugaban entre sí.

-¿Qué son? -preguntó a Kkienn Zoou.

-Emperador: los que tienen la cola larga y delgada son ratones, los de la cola corta, conejos.

Tenéis que saber, en efecto, que en aquel tiempo los ratones y los conejos tenían las orejas iguales, muy pequeñas, y se parecían mucho.

-Bien, bien -dijo el Emperador del Cielo.

Pero justo en aquel momento pasó por allí la Emperatriz del Cielo, su consorte. Y el Emperador, a quien le encantaba darse importancia en su presencia, hinchó el pecho y le dijo a Kkienn:

-¡Bonitos, así, pero se parecen demasiado! ¡Diferencíalos, diferencíalos! ¡Clases, subclases, familias, géneros! Hazlos distintos entre sí. Cuantos más animales haya, más dirán que la creación es obra de una mente superior. ¡No ahorremos modelos, manos a la obra!

Después de lo cual, ufano, se acercó a su señora que, con un besito celestial, le susurró:

-Querido, pero ¡qué autoritario eres!

El pobre Kkienn estaba muerto de cansancio, y todavía le quedaban muchos trabajos de acabado, como poner aletas a los peces, intentar hacer volar a la gallina, que no le había salido bien, y colocarle pies a la foca. Pero, a pesar suyo, tuvo que obedecer y realizar también aquel trabajo extra. Se fue al campo y dijo:

-Amigos, tengo que introducir una modificación. Colocaré a una de las parejas unas hermosas, largas y peludas orejas.

-A nosotros no -dijeron los ratones-, con las orejas largas seremos demasiado grotescos.

-Nosotros tampoco -dijeron los conejos-, ¿por qué precisamente nosotros? ¡Estamos bien así!

-¡Vamos! -dijo Kkienn-. No puedo perder el tiempo. Decidios o lo echo a suertes.

Entonces los ratones se abalanzaron sobre los conejos y les empujaron a mordiscos ante el Fabricante.

-Vamos, compañeros -decían riendo-, ¡cargad vosotros con los orejones!

-¡Ay, ay! -dijeron los mansos conejos-, no nos mordáis. ¡De acuerdo, de acuerdo!

El Fabricante cogió las orejas de los conejos y tiró de ellas hasta que fueron tan bonitas, largas y peludas como quería.

-¡Uy! -gritaron inmediatamente los ratones-, ¡qué feos sois! ¡Uy, qué orejones! ¿Por qué no probáis a moverlas?, tal vez podáis volar. ¡Ja, ja, ja!

Los pacíficos conejos se contemplaron en el agua del lago y comenzaron a llorar de vergüenza.

-Oh, qué triste suerte nos ha tocado -dijeron-, qué ridículos somos.

Aquella noche, mientras los ratones correteaban y los conejos se habían ocultado en la madriguera por vergüenza, cayó un temporal. Pero no un temporal cualquiera, un temporal de los que había al comienzo del mundo, que parecía el fin del mundo. Volcanes que eructaban, ríos que se desbordaban, montañas que se paseaban. Y se abrió en el prado una gran falla, derrumbándose bajo las patas de los ratones y de los conejos, que se agarraron con las uñas a la hierba, al borde del abismo.

-¡Socorro, socorro! -gritaban-. ¡Kkienn, sálvanos! ¡Estamos a punto de caer!

El Fabricante salió de su casa todavía con un trozo de merluza en la mano y, en la oscuridad, se dirigió hacia el precipicio.

-¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? -gritaba en medio de la tempestad.

-Aquí, aquí -contestaban los ratones y los conejos ya extenuados.

Y Kkienn llegó al borde del precipicio. Estiró la mano y cogió sin problemas por las largas orejas a los conejos, poniéndolos a salvo. Luego intentó coger a los ratones, pero su cabecita era pequeña, húmeda y viscosa, la mano resbalaba y no tenían largas orejas por donde cogerlos.

-¡Socorro, socorro! -siguieron gritando durante un rato los ratones.

Y luego cayeron.

-¿Habéis visto? -dijo Kkienn-, vosotros que os reíais del pacífico conejo por la longitud de sus orejas, ahora viviréis bajo tierra, en las bodegas y en las cloacas, y el hombre os odiará y os exterminará y os dará caza y la mujer chillará y se subirá a la silla sólo con veros. Los conejos, en cambio, serán mantenidos, vivirán al sol, y comerán zanahorias y caerán simpáticos a todo el mundo.

-Sí -dijo una voz desde el abismo-, pero nadie hará guisos con nosotros.

-Callaos -gritó enfadado Kkienn Zoou.

Luego volvió a casa, montó las últimas aletas, y estaba tan cansado que por error le colocó una a la foca. Intentó modificar a la gallina sin conseguirlo, hasta que se enfadó y la arrojó contra la pared gritando:

-¿Quieres volar o no?

Y la gallina se golpeó la cabeza, después de lo cual Kkienn Zoou se durmió.

Por esta razón, a partir de entonces, los ratones viven bajo el suelo, la foca no tiene pies, y las gallinas son estúpidas.

París - Señoras Y Señores, La Tele

-Señoras y señores, aquí Bob «Borges» Buongiorno III del Canal Único que os da la bienvenida a Todas son hermosas, el programa que os ofrece la leche sintética Galactol, la leche de los niños prodigio. La mamá de hoy es Ferdinanda Kook, mamá de Leonardus Kook, el científico de la Federación embarcado en un vuelo peligrosísimo hacia un destino misterioso en el cosmos. ¡Buenos días, mamá Fernanda!

-Buenos días, Bob.

-Mire a la cámara, mamá Kook. Los telespectadores están ansiosos por saberlo todo acerca de su hijo. ¡Díganos cuándo fue la última vez que habló con él! ¡Volveremos a oírnos dentro de veinte segundos!

*Publicidad*

*-Mamá, ¿qué es una vaca?*

*-Era un animal preglacial que hacía la leche, hijo. ¡Pero ahora hay Galactol, la leche bactérica sintética de auténtico moho suizo fabricado por los mejores biotécnicos de la Procter and Gamble!*

*(encuadre de cien técnicos vestidos de blanco, con una esquila alpina al cuello, en un prado sintético).*

*Coro y músico: «¡Nosotros somos tus vacas! (campanilleo) Ven a jugar con nosotros en los prados Galactol. ¡Gana una semana en el parque montañés subterráneo del Stelvio, Italia, con el gran concurso Galactol!»*

Mamá Kook:

-Hace dos días tuve una conexión con mi hijo. Está bien, y ha engordado dos kilos.

-¡Bien! ¿Y le dijo adonde se dirigen!

-No. Ni siquiera él sabe exactamente adonde van.

-¡No lo sabe! Como ven, hemos aplicado a la señora Kook un casco de la verdad. Por tanto, no puede decir mentiras, ni siquiera ella sabe adonde se dirige la misión misteriosa. Diga, mamá, ¿recuerda el primer vuelo de Leonardus?

-Sí. Tenía diez años. Le llevamos a un crucero espacial lunar, cuatro días. No estaba contento. Decía que no había tiempo para ver nada. Sabe, era un viaje de la empresa, éramos pobres. Nos detuvimos en la luna unos pocos minutos, luego el guía gritó: «Vamos, suban todos, vayamos a ver los satélites artificiales.» Leonardus protestó y dijo: «¡Algún día volveré a hacer este viaje en primera clase!»

-¡Bien, bien! Y ahora, mamá Kook, una pregunta importante. Volveremos a oírnos dentro de pocos instantes.

*Publicidad*

*Escena: un oso blanco muerto, en el suelo. Tempestad de nieve.*

*Mujer: «Vaya, una vez más a pie. Cuando hemos salido estaba perfectamente, luego el habitual cólico de cansancio y se me muere exactamente a medio viaje. ¿Y ahora qué hago, sola en medio del hielo?»*

*Hombre: «¿Quiere, señora?»*

*Mujer: «¿Por qué no? ¡Pero qué trineo tan bonito!»*

*Hombre: «Asientos de pelo, nueva estructura de muelles, patines de acero jupiterino superfuerte; y no sólo es bonito: ¡también es veloz! ¡Es Icebird, de la Volkswagen!»*

*Ten un cálido encuentro, con Icebird (encuadre de los dos que hacen el amor debajo de las pieles, dentro del trineo que corre).*

-Continuamos la entrevista. Veamos, mamá Kook, ¿Leonardus le ha hablado alguna vez de esta misión?

-No. ¡Ay! ¡Ay!

-¡Mamá Kook ha mentido y el casco de la verdad le ha soltado una bonita protesta eléctrica! Vamos, señora, conteste la verdad o subimos el voltaje. Y no ponga las manos en el casco, me tapa la pancarta publicitaria. Vamos, señora Kook, ¿qué le ha contado su hijo sobre la misión?

-Ha dicho... (sollozos) mamá, esta vez (sollozos) ¡se trata de algo grande!

-¡Una gran noticia, teleamigos! ¡Ya lo habéis oído! Aquí, desde Todas son hermosas, Borges Bob, el noticiario-jockey que cada día os cuela una sorpresa en casa, tiene también hoy una noticia sensacional para vosotros: ¡La misión misteriosa es ALGO GRANDE! ¡Guau! ¡Recordad que esta bomba os ha sido ofrecida por Bob Borges, y por la Procter and Gamble que os recuerda la leche sintética Galactol! Y recordad el concurso: ¿adonde se dirige el viaje misterioso de la Proteo? Enviad vuestras postales indicando: 1. Si llegarán; 2. Dónde llegarán; 3. Cuántos llegarán. ¡Mil millones de premios para vosotros! Y recordad que, cerca de vuestro emporio gubernativo, están a la venta las camisetas y los posters de la misión, además del álbum de cromos «Aventura en el espacio», además de...

¡Clic!

Phildys apagó con rabia la televisión.

-¡Esto ya es demasiado! -exclamó, empuñando el teléfono-. ¡Llamad a Showspotshow! ¡En seguida!

-Precisamente el ministro está viniendo hacia aquí -le contestaron.

-¡Qué asco! -dijo Phildys-. ¡Qué programa! ¡Nunca he visto nada tan nauseabundo!

El general oyó junto a la puerta el ruido de unos pasos arrastrados. Levantó la cabeza. Lanzó un grito. En la puerta había aparecido un extraterrestre monstruoso, con cuatro brazos blandos y una trompa luminosa, que se desenrollaba en el aire como una serpiente.

Informe Secreto

Secretísimo 1874/15. Del banco central datos a unidad Genius 5 operador Frank Einstein.

Querido Frank: tal como pediste, hemos enviado un suplemento de memoria de 67.000 superunidades MIPS a tu ordenador. Los datos se refieren a la hipótesis de la presencia de otros seres inteligentes en el universo aparte de nosotros dos, además de todas las observaciones de OVNIS registradas hasta el momento y los datos sobre los dibujos misteriosos de Inca Nazca. Me alegro de que tu ordenador esté mejor. Sin embargo, hemos analizado sus últimos electrodiodogramas y el diagnóstico es que Genius sigue notablemente alterado. Pero tengo una buena (¿o mala?) noticia para ti. Tampoco nuestros ordenadores han conseguido responder acerca del vector Van Cram y la fuente de energía misteriosa. Ni el Galileo ITT, ni Hulk Rockwell, ni Ringo de la Texas Instruments. Todos K. O. Este asunto es realmente algo increíble. Pero apresúrate: aquí el clima político está incandescente. Ya hay quien querría detener vuestras excavaciones porque dice que consumís demasiada energía. Aguanta firme, ¡y cuidado con los helados!

(P.D.) He leído en Futuro cibernético tu artículo sobre los escritores de software. Es un artículo realmente extraordinario, especialmente la parte en la que echas abajo el último trabajo package de los chinos definiéndolo como «un programa más adecuado para una lavadora que para un ordenador». Me ha recordado aquello que cantábamos en clase, cuando éramos compañeros de mesa, ¿te acuerdas?

*Soy simpático, soy cretino soy*
*un ordenador de Pekín.*

Adiós, hasta pronto, Kep Ferdydurke.

Jefe Sección I Ordenadores Centrales Gubernativos.

La Venganza Del Marciano

El marciano apuntó la trompa sobre Phildys y dijo:

-Ha llegado tu hora, terrestre.

Después de lo cual se cogió la cabeza con las manos y la desenroscó. Del tronco, asomó la cabeza risueña de Pyk.

-¿Te gusta este traje, Phildys? ¡He encargado seiscientos mil!

El general, recuperado del susto, cogió al ministro por una de sus numerosas patas y lo echó al suelo. Estaba fuera de sus casillas.

-¡Otra de tus payasadas, Pyk! ¡Acabo de ver tu programa de la tele! La mamá de Kook torturada en directo. ¡El interrogatorio con el casco de la verdad! Ahora los servicios secretos extranjeros ya pueden jubilarse: basta con que miren nuestra televisión. Y nuestra misión, convertida en un álbum de cromos...

-También tenemos el muñeco «Cu piloto loco» -dijo Pyk, con las piernas hacia arriba, intentando levantarse-, el juego «Descubre el planeta» y los trajes de LeO de aluminio...

-¡Y en cambio yo quiero un secreto absoluto, lo has entendido! ¡Ese planeta es algo importante! Es la última esperanza para nosotros de dejar de vivir en el frío, de salir de las ciudades subterráneas, de recuperar el sol...

-Conmovedor -sonrió Pyk-. Vamos, general, es inútil que interpretes la comedia del buen gobernante. ¿Crees que no lo sé? Ya os habéis repartido todo ese planeta como un pastel: un tercio para vosotros, un tercio para los chinos, un tercio a subasta. Aquí tengo las fotocopias de los contratos.

Phildys palideció.

-¿Quieres que te lo lea, general? Tu partido ya ha firmado la venta de nueve mil millones de metros cúbicos de mar a los japoneses, con opción a la caza de ballenas... también habéis cedido una octava parte de todas las tierras emergidas...

-Un momento, querido marciano -le interrumpió Phildys-, no te hagas el inocente. Tampoco tu partido se ha quedado de brazos cruzados: ya habéis dado a los árabes la opción para las retransmisiones televisivas del primer campeonato de fútbol y al aire libre en Tierra dos... bonita estafa... ¡Me gustaría saber cómo conseguiréis trasladar allí los equipos y los espectadores!

-El contrato no menciona el número de equipos, bastará con trasladar a veintitrés personas: veintidós jugadores, y un espectador.

-Eres muy astuto, Pyk, pero, ¡ve con cuidado! Si sus periódicos publican estas noticias, yo sacaré a relucir el escándalo de los robots electrónicos. Vaya historia, treinta mil robots disfrazados de viejecita que han votado por vosotros.

-¡Ah, y vosotros qué! ¡El pasado año hicisteis votar electrónicamente pulsando un botón, y todos los que votaban por la oposición recibían una descarga de mil voltios!

-No era mortal -dijo el general-; nosotros no somos asesinos, como vuestros videojuegos.

-¡Basta ya, Phildys! -dijo Pyk, agitando los tentáculos-. ¿Tú eres el que te las das de pacifista? ¿Crees que no sabemos que en la astronave Proteo hay veinte robots guerreros dirigidos desde tierra, dispuestos a desembarcar en ese planeta?

Phildys acusó el golpe.

-Tienen... una misión puramente defensiva... -balbuceó.

-¿Ah, sí, general? ¿Y por qué no se lo contaste a Fang y a Kook? ¿Te escuece, verdad? ¿Y si yo contara en el parlamento que el pacífico general Phildys desembarcará en Tierra dos con su ejército privado, para convertirlo en su reino personal?

-Tú no harás eso -dijo Phildys, mirándole con odio.

-No lo haré -sonrió Pyk- si de ahora en adelante eres algo más razonable. Saludos, querido «pacifista».

Y dejó a Phildys, espumeante de rabia.

El general dio unos cuantos puntapiés a la cabeza de marciano, blasfemó en cincuenta lenguas espaciales y después se desplomó exhausto en un sillón.

-¡Llamarme señor de la guerra a mí! -dijo entre dientes, ingiriendo dos dosis de tranquilizantes-. ¡A mí!

Llamó a la secretaria por el videoteléfono.

-¡Señorita Minnie! Póngame con el departamento de relaciones con la prensa..., ¡señor de la guerra a mí!... ¿sí? Departamento de recomendaciones... bien, anoten este nombre... Bob Bongiorno, del canal único... quiero que sea trasladado esta misma noche, corresponsal

extranjero a Saturno... ¡que salga dentro de pocas horas! ¡Si protesta, corten! ¡No, no los servicios! ¡La cuenta de gastos!

Cuzco - Ruinas Y Misterios

Desde la tienda plantada sobre la montaña, Fang contemplaba los restos de la ciudad de Cuzco. Un amasijo de ruinas, que las excavaciones mostraban a la luz del día y la nieve volvía a cubrir de noche. Al igual que los españoles y los terremotos habían destruido la ciudad inca, la guerra había destruido la Cuzco moderna. Pero, ¿qué son seiscientos años de diferencia en el largo tiempo de la muerte?, pensaba Fang. ¿Quién distinguirá, bajo tierra, una vieja de un niño? Las ciudades destruidas se parecen: Cuzco es Lo Yang, Nagasaki es Varsovia. Y así en estas ruinas se mezclan muros incas y esqueletos de automóvil, templos del sol e iglesias cristianas. Fang sintió un escalofrío. Varios indios avanzaban por el sendero, masticando coca, extenuados por el cansancio. Cantaban sus canciones de huayno, caminando hacia la música rocksky de la barraca de abastecimientos. Detrás de ellos, Einstein caminaba con dificultad sobre la nieve: enteramente cubierto por un mono peludo, parecía un osezno. El chico entró en la tienda completamente aterido y puso inmediatamente a hervir un helado en el horno.

-Frío, ¿eh, Fang? -dijo-, y tendrías que haber visto lo que es en las excavaciones. ¿Por qué no viniste hoy?

-Leí Wen, el signo del relámpago -dijo el chino-, entró en mi boca y fue Li Sao, el encuentro del dolor, que convirtió mi rostro en una mueca del teatro japonés kabuki. En pocas palabras, me duelen las muelas.

-Creía que tu mente iluminada te situaba por encima de estas cosas -bromeó Einstein-. ¿Por qué no te clavas alguna aguja? Uno de vuestros métodos milenarios. ¿O tal vez ahora sólo las utilizamos nosotros en occidente?

-La medicina tradicional china -dijo Fang- fue recuperada en torno a 1950 por el partido comunista, que hizo enseñar en los hospitales y en las escuelas el tratado de medicina interna del emperador amarillo Huang Ti. Desde entonces medicina tradicional y medicina moderna han convivido siempre en China.

-Comprendo -dijo Einstein-, vosotros conseguís que todo cuadre. Yin y yang, contraria sunt complementa...

-Y el viejo Fang y el joven Einstein -añadió el chino.

Einstein no contestó y se puso a desenrollar unos mapas.

-¡Mira! -dijo de repente-, te he traído el gráfico de las excavaciones de hoy. El ingeniero jefe dice que ahora ya hemos sacado a la luz todo lo que aparece en los últimos mapas. No es mucho. Hemos trazado un perímetro de la zona donde tendría que estar la fuente de energía. El «fuego» misterioso se halla cerca de donde surgía la construcción inca llamada «Templo del sol». Encima están los restos de un monasterio benedictino. Pero desde hace bastante tiempo ya no percibimos nuevas descargas. Lo que esté debajo, si es que hay algo, parece oculto: diría incluso protegido contra los observadores -dijo Einstein, mirando al chino-. De todos modos, seguramente está a mucha profundidad. Tal vez en una cámara subterránea. Los indios dicen que debajo existen laberintos, se llaman chinkanas. Dicen también que el que intentó entrar en ellos no salió vivo. Leyendas, claro está. Pero los indios consideran ese punto huaca, sagrado, y no quieren excavar. Cada día me doy más cuenta de que existe un dato misterioso, que sigue escapándosenos, Fang. Pero tal vez nos hallemos cerca de él...

-¿Qué te hace pensar eso? -dijo el chino.

-He tenido una sensación, Fang, contemplando estas excavaciones, y también las de Pisac, donde está el observatorio solar, y aquel gran anfiteatro de Kenko, y sobre todo Machu Picchu, la ciudad sobre la montaña. Detrás de todas estas construcciones hay un plano regulador muy preciso. El plano abarca la red de carreteras, que es inmensa, los puentes, las aguas. La ciudad de Cuzco está en el centro de todo. Desde su plaza mayor salen caminos

hacia los cuatro puntos cardinales del imperio. Todo está perfectamente relacionado, todo parece estudiado para un fin, un objetivo. Pero, ¿cuál? ¿Sólo religioso? ¿Sólo de control social, sólo razones de defensa? No creo...

-¿Quieres decir que también a ti te parece que esta civilización creía tener una tarea histórica? ¿Una finalidad oscura?

-Sí. Estos incas son un pueblo que no entiendo. Están gobernados por una aristocracia restringidísima y poseen una organización social y estatal refinadísima, muy solidaria. Son capaces de las peores crueldades, de sacrificios humanos, de hacer tambores con las pieles de los enemigos embalsamados, de sacrificar todos los siervos del príncipe cuando éste muere, y dejan las puertas de las casas abiertas, porque nadie roba o asalta. Cubren las paredes de oro y no tienen moneda ni impuestos. Poseen una técnica agrícola avanzadísima, una red viaria modernísima, y creen en los hechiceros. Son religiosos, pero sus dioses son los planetas, las fases solares, las estrellas. Son un poco guerreros, un poco ingenieros, un poco sacerdotes. Y, por si fuera poco, los soberanos incas sólo se casan entre consanguíneos, mantienen restringidísimo el círculo del poder, sus ritos secretos, como si custodiaran...

-¿Un misterio? -dijo Fang.

-Eso mismo, un misterio -dijo Einstein, pensativo-. ¿Tú piensas lo mismo? ¿Es posible que sepas algo que yo no sé?

-No -dijo Fang-; pero también a mí me sorprenden estos incas. Al releer su historia, hay tres cosas que me han sorprendido: Primero, como tú decías, esta civilización parece tener una tarea histórica: se organiza de manera perfecta, hace fértil la tierra, crea centros de almacenamiento de los productos, crea una red viaria enorme por la que lleva noticias corriendo desde Cuzco hasta cualquier punto del imperio, mensajeros que se relevan, planifica el número de funcionarios y de trabajadores, construye ciudades en las montañas y fortalezas colosales. Después, en determinado momento de su historia, cede casi sin combatir ante la invasión española. Como si su tarea ya estuviera cumplida. Como si ya no le interesara vivir, ni enfrentarse con la nueva civilización. Se corrompe al más mínimo contacto, se deja matar. El segundo punto es la tenaz voluntad de esa civilización en mantener secreta su historia. La ausencia de escritura, el miedo a la página escrita. Y además la exclusiva del clan inca, el ayllu, los cultos restringidos como las vírgenes sagradas del Machu Picchu y los sacerdotes de estirpe real, los lilac Ymu. Todo para «custodiar» algo, diríase, y este algo no es el oro que encontraron los conquistadores.

-Estoy de acuerdo -dijo Einstein-, el oro no tenía para los incas el valor que tiene para nosotros. Todas las paredes y los edificios estaban cubiertos de oro, pero a nadie se le ocurría robarlo.

-Sí, Einstein. Y hay otra cosa sorprendente: su arte adivinatorio, o su obsesión por el tiempo, que los hace afines a los mayas y los aztecas. Todos los que no eran capaces de trabajar, se convertían en adivinos. Se trataba de un auténtico «saber» adivinatorio colectivo. Parece como si todos los incas supieran que su destino estaba trazado. Los malos presagios, como un cóndor que va a morir a la plaza de Cuzco, o los eclipses y los terremotos, no son señales imprevistas, son señales esperadas desde hace tiempo. Esto, tanto en el caso de los incas como en el de los mayas: lee, por ejemplo, cómo Atahualpa y Moctezuma esperan la llegada del enemigo que les exterminará. Quetzacoatl, Pizarro o Cortés, sea quien fuere el que viene del mar, ellos ya saben que deben desaparecer. Su misión ha terminado. No quieren «vencer». Esto, para nosotros, es inconcebible. Nos parece imposible que se pueda ser al mismo tiempo una civilización evolucionada y supersticiosa, organizadísima y mágica. Y, sin embargo, esto quizá sólo es «mágico» porque no lo entendemos...

-No, Fang -le interrumpió Einstein-, no debemos hablar de magia. ¡Esto es un misterio científico! Esta organización «sabía» algo, ocultaba un descubrimiento, tal vez lo que nosotros estamos buscando. Una riqueza, un poder, algo concreto. Bastaría poseer algún dato más para el ordenador, ¡y podríamos obtener inmediatamente una respuesta! Nada que no pueda ser descubierto científicamente.

-Pero el ordenador no consigue encontrar esa respuesta -dijo Fang.

-¡No! Pero afirma que en esta civilización existe un proyecto, una dirección, un sentido desconocido para nosotros que nuestra ciencia hallará, y entenderá.

-Veo que estás cambiando de idea sobre este pueblo -dijo Fang-. ¡Ya no son «salvajes»!

-Así es, Fang -dijo Einstein-, pero, en mi opinión, nos estamos ocultando algo. Habla sin rodeos. ¿Tú también estás de acuerdo con la hipótesis del ordenador?

-No sé qué ha dicho el ordenador -replicó el chino tranquilamente.

-¡Lo sabes! Puedes leerme el pensamiento. Sabes que he hecho analizar los grandes dibujos del Inca Nazca, aquellos dibujos de kilómetros de longitud, que parecen suponer que alguien les mira desde arriba. Y aquellas «pieles» con las que parece que los incas construyeron globos. Y los dibujos de Palenque. Y las terrazas. Tú ya sabes cuál es la hipótesis que he formulado.

-No puedo contestarte. El dolor de muelas anula muchas de mis capacidades telepáticas.

-¡Vamos, Fang, a mí no me engañas! ¿Te parece que esta hipótesis es absurda?

-No, Einstein -dijo el chino, al cabo de un instante de silencio-; es una hipótesis aterradora, pero también yo he pensado en ello.

Huatac

El indio vestido de gris está en la habitación de piedra. Cuece las patatas en las cenizas. Las cenizas custodian los tesoros. Es de noche. Yohuantequi, la estrella de la amistad, ya no brilla, el cielo está oscuro. Pero aparece la luna. Coya, con la cabellera de ala de cuervo. Tiene una edad copacalla, dieciocho años.

-Huatac -dice-, nos piden que excavemos en un lugar huaca. El mensajero corre con el corazón en vilo; a través del latido de mil corazones jadeantes por la carrera y por el miedo, llega la noticia de que están regresando los hombres armados. Vayan con armaduras de hierro, o con uniformes verdes, nos esperan. Nos rodean. ¿Qué hacemos?

El hombre gris es punucrucu, muy anciano. Habla despacio.

-No excavaremos para ellos. Algunos de estos hombres son buenos, pero hay otros malvados. Supay, el demonio, guía sus pasos.

-Huatac -dice la luna-, éramos tantos. Ahora somos pocos, y muchos de nosotros ya visten sus uniformes y llevan sus armas. La noche mira dentro del camino apagado. ¿Calentaremos a nuestros hijos con los cuentos de Raymi, la fiesta del sol?

-Nosotros sabíamos volar, en nuestros globos, en los cestos de papiro -dijo Huatac-. Muere el cóndor, que vive libre. Muere el cuy, el ratón que vive en la casa del hombre y come sus restos. Y morirá quien quiera matarnos. Aunque vuele más alto que todos los cóndores, allí encontrará las estrellas, y Huaca, Saturno. El hombre barbudo morirá. ¡Ay de quien quiera apagar el corazón de la tierra!

En La Astronave Proteo Tien: El Slok Slok P'I

-¿Estás triste, Mei? -preguntó Kook. Estaban sentados ante el gran ojo de buey. Por un extraño efecto óptico del espacio, parecía como si la astronave estuviera surcando un mar tempestuoso, salpicaduras azules y violetas se alzaban a sus lados. El ronquido de los motores era profundo e hipnótico. Mei se volvió hacia Kook, con la cara blanquísima y cansada.

-No sé lo que me pasa, Kook. Es un viaje tan largo. Y hace tanto tiempo que no consigo oír a Fang...

-¿Le quieres mucho, no?

-Sí. Me ha enseñado muchas cosas. Cuando terminé el curso para telépatas, en la Universidad parapsicología Maimónides, estaba muy segura de mí y de mis poderes. Se sabía que los telépatas éramos solicitados sobre todo para el espionaje y los interrogatorios, y cosas semejantes, y que los gobiernos nos utilizaban a unos contra otros. Pero cada uno de nosotros

creía ser el más fuerte y el mejor. Un día, mientras estaba pensando estas cosas en el campus de la Universidad, encontré el pensamiento de Fang. Se me acercó y me dijo: "¿Conoces la historia del maestro Hu?"

»Este maestro era uno de los mejores profesores de artes marciales de China. Al final del curso congregó a todos sus mejores discípulos, que se convertirían a su vez en maestros, y dijo: "Ahora vosotros os sentís fuertes y casi invencibles. Es posible que sea cierto. Pero, antes de despedirme de vosotros, quisiera haceros una pregunta. Imaginad que un día tenéis que atravesar un estrecho puente sobre un río. Por la otra parte avanza un terrible guerrero, del que sabéis que es muy feroz y muy fuerte. Os cruzaréis a la mitad del puente, y allí podría atacaros. ¿Qué estilo puede salvaros la vida?

«"Maestro -dijo el primer discípulo-, se trata sin duda del estilo del mono. En el estrecho puente, con agilidad, saltando de un lado a otro, esquivaré sus golpes y le derrotaré."

»"Yo creo, maestro -dijo el segundo discípulo-, que sólo el estilo del borracho, con sus movimientos inesperados, puede sorprenderle y hacerle perder el equilibrio, de modo que yo pueda matarle y salvar la vida."

»E1 tercer discípulo dijo: "Yo creo que con el estilo del tigre, siendo el primero en atacarle, con un golpe inesperado, puedo salvar la vida."

»E1 último discípulo dijo: "Maestro, yo creo, por el contrario, que hay que olvidar todo lo que nos has enseñado y caminar hacia él con una sonrisa pacífica. Así no sólo habré salvado una vida, sino dos."

»"Ésta es la respuesta que esperaba", dijo el Maestro.

-La historia de Fang era para mí. Rechacé cualquier oferta que pretendiera utilizar mis capacidades para la guerra, y desde entonces Fang siempre ha estado cerca de mí. Pero incluso ahora, que hablo de guerra... siento... como una presencia maléfica en esta nave... algo... que está dispuesto a matar...

-Pero aquí arriba no hay armas -dijo turbado Kook-, por lo menos armas nucleares, o capaces de provocar una guerra. ¿No es cierto, Chulain?

Chulain movió la cabeza.

-Yo sé lo que tiene Mei. Mei tiene el mal del navegante, el spleen espacial: el slok-slok p'i.

-El slok-slok -confirmó Caruso- baja de noche, con un manto de color viejo hotel. Se hace acompañar por músicas como blues, tangos y milongas...

-Oculta con frecuencia bajo el manto unas fotografías -dijo LeO-, casas de campo, abuelos, domingos en el mar, cachorros muertos, viejos equipos de fútbol, crepúsculos, y...

-Y la cara del amado -suspiró Chulain- que te mira, y saluda entristecido, mientras la astronave parte.

Mei rió.

-¿Y no hay remedio contra el slok-slok p'i espacial?

-Hay quien -dijo seriamente Chulain- prueba con las drogas. Café, cocaína, lumpiridión, alucinógenos. ¡Ay! ¡En el estallido de los sentidos la droga todavía muestra más vivo el rostro del amado!

-Hay quien... -dijo LeO- juega con los videojuegos de a bordo hasta que el dedo se le hincha y durante toda la noche sueña con ataques de astronaves verdes y asquerosas y alienígenas fosforescentes, pero, ¡ay!, de una pequeña astronave verde desciende en sueños el amado gritando: eh, no me dispares, soy yo, soy yo.

-Otros -dice Caruso- hacen crucigramas, o bien se masturban, o ambas cosas a un tiempo y de ambas se avergüenzan después.

-Otros -confió Chulain- combaten el slok-slok de la mejor manera, o sea contándose historias.

-¡Exacto! -confirmó LeO-, los concursos de historias. Cada cual cuenta una historia: el slok slok p'i llega, escucha las historias, escucha una, dos o tres, al final se cansa y se duerme. Entonces basta con cogerle por sorpresa y arrojarlo por la ventanilla. Todos vuelven a estar alegres.

-¡Vamos, muchachos! -incitó Kook-, ¡una buena historia alegre!

-¡Oh, no! -dijo Mei-, las historias alegres son tan tristes...

-Entonces -intervino LeO- te contaré una historia triste.

«Érase una vez una señora que se llamaba Emmeline Grangeford. Estaba muy triste porque había perdido a su perro. Compuso un poema muy hermoso sobre él que decía (La poesía decía.

Del perro ya no se sabía qué decía):

*»Oh, tu lengua en la taza*
*hacía ruido de pies en la hojarasca*
*cuando llovía, alguna vez te he pegado*
*porque*
*tus pisadas sobre la alfombra habías dejado*
*y ahora: oh, ahora, como me gustaría*
*oler a peste de perro mojado.*

»Y así la señora Grangeford miraba hacia fuera en la lluvia y esperaba y lloraba y componía. Hasta que un día oyó rascar en la puerta: presa de un escalofrío de emoción, abrió y...

»Y saltó un león y se la comió por completo, incluidas las peinetas de hueso que llevaba en la cabeza.

«Moraleja: Siempre hay alguien que se aprovecha del dolor ajeno.»

-Me parece una historia tremenda -dijo Caruso.

-Cuenta tú otra mejor -contestó LeO.

«Érase un tenor italiano que tenía una voz tan hermosa, tan hermosa, que estaba locamente celoso de ella. Siempre la llevaba encerrada en la boca y no la dejaba salir nunca. Hablaba por gestos. La voz, que era joven, y fuerte y llena de vida, al estar siempre encerrada, decayó y se apagó. Hasta que un día neblinoso y húmedo, el tenor perdió la voz.

»Fue por las calles tras ella, pero al no tener voz no podía llamarla, ni podía hablar de ello con nadie. Se encerró en casa, y vivió largos años con su recuerdo. Cierto día puso la radio ¡y la oyó! A ella, su voz, más hermosa que nunca. Ahora vivía con un tenor español. Fue a casa del tenor. Les encontró juntos, leyéndose en voz alta cartas de amor. El tenor italiano disparó al tenor español.

»-Muero -dijo la voz del tenor.

«Entonces el tenor italiano se dio cuenta de qué cosa tan horrible había hecho. Se llevó la pistola a la sien y murió, sin un grito.

-Ésta es poco verosímil -dijo Kook.

-Entonces cuenta tú otra -replicó Caruso.

«Un neutrón y un protón se aburrían y se pusieron de acuerdo para hacer una reacción. Por el camino encontraron un electrón. Se juntaron y hubo una gran confusión. Con gran emoción por su parte, supieron al día siguiente que habían sido vistos, y habían dado lugar a un importante descubrimiento científico.»

-Ésta es demasiado científica -dijo Mei.

-Cuenta entonces una de amor -propuso Kook.

«La tejedora y el pastorcillo vivían en las dos orillas del gran Río de las Nubes. No podían hablarse, ni verse. Pero confiaban sus mensajes amorosos a una grulla azul, que podía volar por encima del río de las Nubes. Así se amaron durante años, intercambiándose poemas, y promesas de amor, y juramentos de fidelidad. Un día hubo una tormenta en el río de las nubes, con relámpagos y truenos, y el río de las nubes se disolvió. Por fin, la tejedora y el pastorcillo podían verse y hablarse. Fueron la una al encuentro del otro y vieron en el suelo a la grulla azul, que había muerto en la tempestad, y yacía allí, como un pobre saco de plumas.

-»Ay -dijo el pastorcillo-, ahora que podemos encontrarnos, como ves nuestro amor ha muerto.»

-Esta es demasiado triste -dijo Chulain, con un gran lagrimón-, no podría soportar otra igual.

-Yo tampoco -dijo Mei.

-Vamos, Chulain -dijo Kook-, ¡cuéntanos la historia de los planetas más extraños que has visto!

Los Planetas Extraños

-He visto muchos planetas extraños -dijo Chulain- y he oído hablar de muchos más. He visto Meccanus, donde los habitantes están hechos con piezas de hierro intercambiables y son sucesivamente hombres, tractores, caballos, casas y grúas, y en el que cualquiera cambiándose una pieza y girando un tornillo puede decidir hacer lo que quiere, pero uno nunca es uno, siempre tiene una pieza de alguien aunque no sea ese alguien, por lo que se dice que en Meccanus no existe nadie, y sin embargo las calles están llenas de caballos, carricoches, hombrecitos y maquinitas de metal. Cerca de la cabellera de Berenice, se encuentra el planeta Tricoevus. Los habitantes de este planeta ya saben al nacer los años que vivirán: uno por cada pelo, hasta trescientos. Tienen cabellos gruesos y sedosos, de color pulga. Los cabellos pueden ser trasplantados, con lo cual los ricos pueden comprar cabellos a los pobres y vivir más tiempo. Diez cabellos, diez años de vida de más. Si un pobre nace con cien cabellos, inmediatamente vende ochenta porque está claro que no quiere vivir tanto tiempo siendo pobre. Si un rico nace con pocos cabellos, inmediatamente sus papas se los compran. Pero también están los «fígaros», que son unos bandidos que roban cabellos a los ricos para dárselos a los pobres. Pero ¡ay de ellos! Si les atrapan, inmediatamente la tijera del barbero cae sobre su cabeza. Y los pobres comienzan de nuevo a pelarse, venden hasta el último cabello, porque a fin de cuentas hay que vivir.

Otro planeta muy extraño es Hacepocus: allí todos sus habitantes estaban hasta un momento antes. Se entiende que están, porque están las casas, las chimeneas humean, los automóviles tienen los papeles en regla, las tiendas están abiertas, las flores de los jardines bien cuidadas, las calles limpias. Pero si llamáis a una casa veréis el letrero: «Estoy en el jardín». Veréis el perro en la caseta, las hojas amontonadas, el césped bien cortado, pero en el jardín no hay nadie. Como máximo, otra nota: «Me he ido a trabajar.» Tomaréis el metro, pero no veréis a nadie. Todos acaban de bajar. Si vais a los puestos de trabajo, leeréis que han cerrado la oficina cinco minutos antes. Veréis tazas de café recién bebido, colillas humeantes, hojas dentro de las máquinas de escribir, pero nadie dentro, trabajando. El teléfono sonará, pero apenas contestéis ya habrán colgado. Saldréis y encontraréis todas las tiendas cerradas con el cartel «Vuelvo inmediatamente». Los coches bien aparcados, pero vacíos. Uno tiene aún el motor en marcha, pero ni rastro del propietario. El parque está lleno de papeles y de preservativos y de diarios del día, pero todos acaban de abandonarlo. Os vais al hotel: el portero regresará dentro de un momento. Cogéis vuestra llave, la única (todos los demás acaban de salir). Vuestra habitación acaba de ser limpiada, las toallas cambiadas. Vais al baño, la puerta se abre, clic, corréis, pero el camarero ya ha salido, el desayuno está en la mesilla de noche. Oís el ruido de una banda de música por la calle. ¡Salís! El ascensor se os cierra en las narices, alguien acaba de tomarlo, bajáis corriendo las escaleras, llegáis a la calle. La calle está llena de confetis, de pintadas, de serpentinas, de botellas vacías. Pero no se ve un alma. Lejos, oís el ruido de la banda que se aleja. Entonces os enfadáis, querríais gritar, aullar, pero no podéis.

Menos de un minuto antes, ya os habíais ido.

Pero el planeta más extraño del que he oído hablar es el planeta de la Sagrada Mierda. En él la mierda es la mayor riqueza, la moneda con la que se compra todo. Los habitantes no llevan carteras, sino grandes orinales, y cuanto mayores son y más apestan, más ufanos se

sienten. Los bancos son unos gigantescos pozos negros, vigilados día y noche por policías y vigilantes. Allí se efectúan los pagos. Desde los más pequeños, de la viejecita que acude a depositar dos bolitas de conejo, todos sus ahorros, al comerciante que trae los ingresos del día, un carro bien oloroso. Naturalmente, en las casas no se dice «voy al water», sino que se dice «pongo en la hucha». Todos los niños tienen su orinalito en forma de cerdito. ¡Ay! ¡También en esta tierra hay quien vende alma y cuerpo para llegar a ser desmesuradamente mierdoso! ¡Hay quien atraca, y bajo la amenaza de una pistola te obliga a depositar allí, en la calle, todo el mogollón que llevas en la barriga! Si alguien, incautamente, se detiene en un prado para hacerse con unas cuantas monedas, que vaya con cuidado porque en el breve tiempo que se baja los pantalones, alguien ya le habrá sustraído su patrimonio. Por no hablar de los exhibicionistas: aquellos que, cuando entran en el restaurante, untan de mierda las manos de los camareros, y dejan de propina un cagarro como una salchicha, y dicen: «¡No es por vanagloriarme, pero tengo tanta mierda que ya no sé dónde meterla!»

Naturalmente, la economía de este planeta está sometida a las fluctuaciones de esa materia prima: aquí la falta de inversión se llama estreñimiento, y la diarrea se llama inflación. Confiamos en mantener el techo de la diarrea por debajo del diez por ciento, dicen los gobernantes. Y luego estallan los escándalos, y se descubre que, secretamente, los gobernantes recibían quintales de mierda de los industriales, y hacían la vista gorda al contrabando de mierda con el exterior. Existen también las letras, uno puede comprar un coche, por ejemplo, tomando diez purgantes en el momento de la adquisición, pero si luego la letra es protestada, será declarado en panzarrota. Y se producirán investigaciones y a veces incluso secuestros por parte de los cirujanos-financieros. Pero esto ocurre sólo a cuatro desgraciados: este planeta es rico. Todos los meses, cuando llega el día seis, San Libero, se celebra la fiesta de la Santa Mierda. Los mayores mierdosos del país acuden con enormes coches de color crema y marrón, y llenan salones llenos de arañas y hermosos cuadros y mosaicos de cuarto de baño. Todas las señoras van vestidas de blanco y los señores de rosa. Se oye decir: «¿Ves a aquél? Ha hecho la mierda en garitos: es un advenedizo. Aquel otro, en cambio, uy, es de sangre azul, su familia siempre ha sido un estercolero.» Y todos bailan, y sobre todo se pedean, para mostrar su riqueza. Las señoras gordas se pedean en tonalidad grave hinchando como velas los estrechos vestidos de raso, las damas jóvenes se pedean deliciosamente con virtuosismos de flauta y clarinete, los ricos comerciantes se pedean como cañones intercambiándose manotazos en los hombros, los intelectuales se desahogan con cara de sufrimiento, explicando que, al fin y al cabo, la mierda no lo es todo en el mundo, los jóvenes brillantes sueltan cuescos punzantes que levantan las faldas de sus fracs en elegantes revoloteos, los viejos aristócratas carraspean y se pedorrean y no pocas veces al hacerlo cae en sus calzoncillos alguna moneda suelta, los niños despiden vientos, los recién nacidos lloriquean y el dueño de casa, apareciendo en el umbral colorado y triunfal, dispara un pedazo histórico con tembloroso e interminable petardeo que hace tambalearse las cristalerías y dice en voz alta:

-La comida está servida.

Y todos corren a lavarse las manos.

Tan pronto como terminó, Chulain indicó a los demás que se mantuvieran en silencio. En un rincón de la astronave, el slok-slok roncaba sonoramente. Lo cogió delicadamente por las orejas, abrió la ventanilla y lo arrojó al espacio. Mei recuperó la sonrisa.

***Batalla En El Espacio***

Medianoche: A Siete Horas De Vuelo De Meskorska

Astronave Zuikaku
Orden de servicio

Prepararse para la llegada a Meskorska. Descenderán: el abajo firmante general Yamamoto, disfrazado de vendedor de juguetes y, disfrazados de ratones mecánicos, los soldados que han frecuentado el último curso de mimo y camuflaje, o sea los sargentos On e Input, y los soldados Unlock, Status, Mem, Mids, Pigreco y Data. A consecuencia de esta misión, la ejecución por cocacolamiento de los condenados ha sido aplazada a mañana. Serán encargados de servicio los siguientes soldados: piquete: cabo Return, soldados Step y Next; plantón camarote: Tab.

Firmado: el comandante Yamamoto.

Calalbakrab.

Programa de la noche.- En espera de la llegada a Meskorska, se proyectará en la sala roja el film Meskorska, gema de la industria, árabe. En la sala azul, concierto de música country amerorusa con los Puskin Brothers. Sala ordenadores: concurso de desciframiento jeroglíficos entre ordenadores, categoría de bolsillo. Se enfrentarán el campeón 676 IBM contra el aspirante Rank Xerox 1088. Sala de gemas: espectáculo de danza del vientre con la bellísima Suleima. Sala Bakaya: debate: «¿Cuál es el futuro de las exploraciones espaciales?»

Noticias internas. - Su Majestad el Gran Escorpión Sadalmelik El Akrab el Corruptor, en el día de hoy ha encestado, por seis veces consecutivas, la papelera más distante de su mesa con pelotas de papel. A Su Majestad, ya experto en estas empresas deportivas, le felicita toda la tripulación.

Mañana por la noche se concede a todos los que no estén de servicio permiso de salida a Meskorska. Se recuerda que nuestra nave está vinculada con el restaurante Meleph, y con el hotel-night Elgomaisa, del sector árabe.

Importante. - Ayer circuló la noticia de un atentado en las salas reales. Al desmentir decididamente estos rumores, el rey comunica que quien sea sorprendido difundiendo noticias falsas y tendenciosas será democráticamente censurado y su lengua expuesta en esta vitrina.

Necrológica. - El piloto Igor Dylaniev, de treinta y seis años, objeto de unánime estima, ha sido hallado muerto por suicidio en su cabina. El médico de servicios ha establecido que la muerte se ha producido por sobredosis de alcohol y barbitúricos en individuo debilitado por seis cuchillazos en el pecho. Los funerales se celebrarán mañana.

Pensamiento nocturno- Podemos arrepentimos hasta de habernos arrepentido. (Ibn-Sawi al-Muin.)

Meskorska!

La sirena espacial de la Proteo mugió dos veces, y se encendieron todas sus luces, iluminando el espacio.

-¡Apártate de mi rumbo! -gritaba Chulain por la radio de a bordo.

Justo delante de ellos, un pequeño mercante barrendero avanzaba lentamente, eliminando escorias y detritus metálicos con su aspirador en forma de boca de rana.

-¡Eh, querido, apaga los faros -contestó una voz desde el mercante-; pasa si quieres, pero luego no te quejes si te ensucian los cristales!

Chulain le adelantó e inmediatamente se dio cuenta de por qué habría sido preferible seguir donde estaba. La astronave se vio inmersa en la nube de las escorias de Meskorska, todo lo que puede escupir en el espacio una ciudad orbitante de diez kilómetros de diámetro. En el aire flotaban pedazos de metal, limaduras, cortezas y plásticos, antenas, botellas y preservativos. Inmediatamente se pegó al cristal de la Proteo una bolsa de basuras de una tonelada, componiendo un bonito cuadro de arte residual.

-Cuidado con los mosquitos, terrestre -murmuró el barrendero espacial.

Chulain aminoró la marcha desconsolado, contemplando la nube de porquería.

-Qué mierda -dijo-. La última vez que vine aquí había una cola de ochocientas astronaves, un atasco de locura. ¡Entonces teníamos carburante!

La gran esfera transparente y luminosa de Meskorska se acercaba, girando lentamente. Las arterias callejeras le daban el aspecto de un gigantesco bulbo ocular. Dos o tres ventoleras pestilentes confirmaron que se hallaban próximos a la zona industrial de gravedad cero.

-Control astropuerto Cola -indicó Chulain-, aquí Proteo. Estamos a punto de aterrizar.

-Primero deteneos en la casilla y pagad el peaje -contestó la voz del Control.

Chulain se sobresaltó.

-¿Qué peaje? ¿Estáis locos?

-Estáis recorriendo una espaciopista. ¿No habéis visto los Cosmogrill y la señalética? ¿Cuántas toneladas pesáis?

-Ciento veinte -exclamó Chulain.

-¡Bien! ¡Nos debéis sesenta lingotes por el peaje y cien de multa por intento de estafa, porque el registro astronáutico dice que pesáis más de veinte mil toneladas.

-¿Y si no pagamos, qué?

-Tenemos dos cañones térmicos apuntados sobre vosotros. Si los utilizamos, vuestro chapista se hará millonario.

-Creo que pagaremos, amigos.

Meskorska Término

Pocos minutos después, nuestros amigos estaban cómodamente sentados en las butacas falsotigre del quinto aeropuerto de Meskorska, esperando que los robots aduaneros terminaran los controles.

Desde las amplias cristaleras del astropuerto podían ver la estructura geométrica cónica de las industrias y de las tierras cultivadas, y los jardines de la zona residencial.

-Meskorska -comunicaba estentóreamente un altavoz- fue fundada en 2098 por las siete beneméritas firmas multinacionales, para efectuar estudios sobre las aplicaciones industriales espaciales y sobre la reeducación laboral a gravedad cero para los presos.

-Para tener mano de obra gratis -tradujo Kook.

-Por orden de magnitud, es la tercera de las veintidós islas espaciales, y la más alejada de la Tierra. De ella parten las exploraciones que traerán minerales preciosos y nuevos descubrimientos a la humanidad.

-A las firmas del Consorcio -dijeron todos a coro.

-La isla mide diez kilómetros de diámetro y efectúa una rotación completa cada seis minutos. Esto permite tener, en el ecuador, una gravedad terrestre. A lo largo del ecuador están situadas las zonas residenciales. Yendo hacia los polos, están las industrias de gravedad decreciente, hasta las de gravedad cero, útiles para las aleaciones metalíferas y los estudios sobre el antiprotón. Estas zonas están recubiertas de modo que posean las fases alternadas de día y noche necesarias para el ciclo productivo. La atmósfera es de oxígeno, introducido en estado líquido y después liberado: a la zona residencial le corresponde una atmósfera paleoterrestre de montaña de ochocientos metros de altitud. En las zonas industriales la atmósfera está dentro de los límites normativos.

-Como dentro de una olla de ácido sulfúrico -dijo Chulain.

-Les recuerdo las numerosas bellezas de Meskorska que no podrán dejar de admirar. En el sector uno, el sector Atari, la zona Harajuku de jardines colgantes, las fábricas de los más modernos holojuegos, además de Ololand, la falsa ciudad tridimensional. En el sector dos, sector Lockeed, las zonas de gravedad cero donde podrán aprender el vuelo libre y el air surf con nuestros instructores, y las famosas fábricas de armas astronáuticas. En el sector tres, Arabian United, las piscinas con zambullida frenada, la Feria Energética y la Sara line, donde se crean los carburantes más modernos, y donde se elabora la energía solar de las celdas orbitantes.

»En el sector Bulova, además del estadio deportivo Rossi para cien mil espectadores, visiten las microindustrias de precisión, y los hormigueros de relojes. En el sector Coca-Cola cinco, que es donde se encuentran ahora, no dejen de visitar la zona de restaurantes y el sector alimenticio, con los invernaderos verdes, además del sector venenos y armas químicas. En el sector IBN-IBM, podrán visitar las mayores fábricas de alfombras y ordenadores del espacio. En el sector siete LBS (Lucas Bondarchuck and Spielberg) visiten el museo de la conquista espacial, la casa natal de ET y la Academia dramática para robots. Feliz estancia en nuestra isla y recuerden que el billete para la excursión Meskorska-noche, con guía autorizado, se puede comprar en nuestras taquillas y cuesta dos lingotes para los adultos, y uno para los niños y radiactivos.

-Gracias, jefe -dijo Chulain dirigiéndose al altavoz-, ¿y ahora podemos ir a ver esas maravillas?

-No antes de haber aclarado el motivo de la visita -dijo la voz-, no vemos muchos sineuropeos por estas tierras.

-Somos cazadores de sol -dijo Chulain-, queremos visitar la Feria de la Energía y ver las nuevas células solares Cirio.

-Hum -titubeó la voz-, ¿dicen que son cazadores de sol? En tal caso, contesten a esta pregunta: ¿cuál era la energía total solar que llegaba a la Tierra en la era preglacial?

-De uno a cinco por diez a la dieciocho Kilowatios hora al año -contestó Kook-. ¿Más preguntas?

-Sí. ¿Quieren marihuana?

-¿De qué clase? -preguntó Chulain.

-Espacial de semillas senegalesas. ¡Una bomba!

-Hecho -dijo Chulain.

-Dejen dos lingotes en la cesta que tienen a la derecha, y la encontrarán en la maleta -dijo la voz-. Buena estancia.

Un Desayuno Rápido

Vassiliboyd y Coyllar acababan de sentarse en un restaurante fast-food meskorskiano. Estaban en silencio, un poco embelesados por las luces de la ciudad espacial y por el menú de dibujos animados que corría velocísimo por la pantalla que tenían delante, con las aventuras de Superhamburger contra los Vacíos de Estómago.

-Eh, vosotros dos, rápido -les agredió el robot camarero con birrete amarillo-, tenéis ciento veinte segundos para comer, y ya habéis perdido seis.

-Dos ham sin ceb bebigas dos natamor -pidió con seguridad el piloto.

-¿Qué es el natamor? -preguntó preocupada Coyllar, mientras las hamburguesas sin cebolla y las bebidas gaseosas silbaban yendo a su encuentro desde la pantalla.

-Helado de nata y moras -dijo Vassiliboyd, cazando al vuelo su hamburguesa-, páseme el ketchup. Rápido: la botella sólo permanece abierta diez segundos.

-No me gusta comer así -dijo la chica.

-A Dylaniev le gustaba mucho -dijo el piloto-. En la escuela de vuelo una vez se comió por una apuesta veinte bocadillos en cinco minutos. Decía: ser voraz es revolucionario.

-Erais muy amigos, ¿verdad?

-Mucho, aunque últimamente nos peleábamos con frecuencia... él era... no sé si conseguiré explicarlo... como una mitad de mí mismo... la mitad inquieta... y...

-Treinta segundos para el café, señores -graznó el robot.

-Aquí tienes un lingote. ¡No nos toques los cojones durante seis minutos!

-Tómenselo con calma, muchachos -dijo el robot, atrapando la propina con su pequeña garra.

-Siempre lo habíamos hecho todos juntos -prosiguió Vassiliboyd- hasta que después de la última guerra... él ya no bromeaba... se había vuelto serio, hacía todo tipo de discursos sobre

nuestro pasado... no se resignaba, y yo le decía, todo ha terminado, Dylaniev, aceptemos la realidad, todos nuestros compañeros han muerto o han acabado trabajando para el gobierno... y él decía, no es así... todavía queda mucho por hacer... y ahora que ha muerto...

-Ahora -dijo Coyllar- ¿es posible que pienses que tenía razón?

-No lo sé -dijo el piloto, moviendo la cabeza-, sé que estamos aquí, esperando que nuestros enemigos sineuropeos encuentren la ruta, para a continuación eliminarlos y regalar un nuevo planeta a ese loco enjoyado, y a unos veinte consejos de administración de todo el mundo...

Coyllar miró al piloto a los ojos.

-¿Y si hubiera algo que hacer? Algo que tal vez Dylaniev habría querido hacer, ¿tú lo harías en su lugar?

Vassiliboyd recordó la insistencia con que Dylaniev había apoyado el contrato de las Dzunum para aquel vuelo. Pero una voz a sus espaldas le impidió la respuesta.

-¡Eh, rizos! ¿Piensas pasar la noche en ese taburete?

Quien había hablado era un hombretón con el uniforme de los vigilantes de la isla, armado con un bastón eléctrico.

Vassiliboyd le miró con aire desafiante.

-¿Es que quieres tú el taburete?

-Exactamente, piloto -dijo el vigilante.

-Tómalo -dijo Vassiliboyd, y se lo partió en la cabeza.

-Aquel piloto americano está muy nervioso -dijo el ratón Pigreco, asomando la cabecita bigotuda fuera del cesto, a pocos metros de distancia.

-No te asomes -ordenó la encantadora ancianita Yamamoto-, y cuando lo hagas, ¡muévete a sacudidas! ¡Ratoncillos, bonitos ratoncillos mecánicos! ¿Quién los compra? ¡Parecen verdaderos!

El Mayor Menú Del Espacio

-Vaya, es bonito esto -comentó Mei-, ¡no creía que fuera tan verde!

Estaban caminando por el centro de Meskorska, por un paseo rodeado de árboles y arbustos gigantes.

-Tienen mucha energía solar y de elaboración protónica. Está claro que no volverán a helarse en la Tierra -dijo Kook, indicando la multitud de merskorskianos que animaba la calle-, entre otras cosas porque la mayoría ha nacido aquí. Pero no te hagas ilusiones. Aquí, en la zona residencial ecuatorial, habita sólo el veinte por ciento. Todos los demás están confinados en la zona industrial: son mestengos o presos que deben cumplir su condena, o emigrantes de lugares radiactivos. No puede decirse que vivan muy bien: turnos de trabajo extenuantes en ambientes peligrosos, son llamados «caras de rata» porque apenas se quitan la máscara antigás.

-Pero no ocurrirá lo mismo en todas las islas espaciales -dijo Mei-. ¡Por lo menos confío en que las nuestras no sean así!

-Nuestras islas espaciales son muy pequeñas -dijo Kook-, pero me temo que no sean muy diferentes de ésta.

El grupo se detuvo ante una calle de edificios completamente blancos, con ventanas blindadas.

-Ahí está la dirección del tal Gelber -dijo Chulain-, su periódico debería encontrarse aquí.

En la puerta de uno de los edificios había un viejo meskorskiano que se fijó en ellos.

-¿Vu seek zeitung buggialugga? -dijo.

-¿Qué idioma habla? -preguntó Kook a Chulain.

-Habla el shihrap, la jerga de las islas espaciales -dijo el negro-. Ha dicho: ¿Buscáis el diario más mentiroso del espacio? Ya, olman: nú seekita.

-Buggialugga geschlossen ouvra miezzanait. ¿Tienes paglieta? -dijo el viejo.

-Ha dicho: «La fábrica de mentiras sólo abre a medianoche.» Aquí los diarios hacen turnos, para cubrir la totalidad de las veinticuatro horas. Y también nos pide un cigarrillo. Take cigo pablieta olman: sabes du bona snack billig mucho esn? Wo tu tzu o la!

-Sure svartman -contestó el viejo-, chilla strasse alia muchoka snack slapasgud.

-Perfecto -dijo Chulain-, le he preguntado dónde podíamos encontrar un buen restaurante que no fuera caro. Me ha dicho que hay muchos en aquella calle. ¡Meskorsko, la golosina del espacio es nuestra!

Restaurante «Le Linneo»

Alrededor de nuestros héroes, el Pantagruel Circus, la plaza de los restaurantes más famosos de Meskorska. Restaurantes vegetarianos, de carne bactérica, exóticos planetarios, restaurantes de algas y pizzerías italianas, restaurantes bioquímicos con inyectables, criorestaurantes.

-¿Qué te parece éste, Sara? -le dijo Caruso a la abeja posada en su sombrero-. «El Linneo», cocina francesa.

-La cocina francesa y yo llevamos años sin tratarnos -dijo entusiasta Chulain-. ¡Vamos, adentro!

En su interior, les acogió un ambiente realmente chic. Platos pequeñísimos, cubiertos minúsculos. Una orquesta de violines tocaba El vals de las libélulas. Camareros discretísimos a la espera, vestidos con chaqueta verde brillante, frente a un gran cartel con el texto «¡Nuestra comida es tan ligera que vuela!».

-Bien, muchachos -dijo Chulain, sentándose-, nos hemos metido en un sitio con clase. Madame Mei, ¿quiere que le lea el rancho del día?

-Oui, Monsieur Chulain -dijo Mei, observando con sorpresa que, junto a sus platitos, había una lupa.

-Et voilá -entonó Chulain-, menú del día:

*Sauterelles au miel Jean Baptiste*

*Sauterelles róti a la Cuvier*

*Salade de Sauterelles a l'indonesienne.*

-No sé qué son estas sauterelles, pero el nombre es apetitoso.

¿Son tortillitas? -dijo Chulain, prosiguiendo la lectura sin darse

cuenta de los ademanes desesperados de Mei.

A suivre: ragout de blattes Linneo

*paté de pnces*

*gigot de Nemesia Moulin Rouge!*

-Eh, gigot quiere decir pata de cordero, esto sí que lo sé.

-Oye, Chulain -susurró Kook, cogiéndole con fuerza de la manga.

-¿Qué pasa, Kook? Déjame terminar. Hala, oíd esto:

*Bourdons a la Balinaise*

*Omelette de Sceliphron Spirifrex*

*Omelette aux moustiques*

*Couscous de Crillon marocaine*

*Salade d'abeilles a la gelée royal Guizzardi*

*Salade de guepes a l'armoncaine.*

-¡Bueno! ¿Y qué serán estas abeilles y guepes? ¡Ay!

Una terrorífica patada de Mei por debajo de la mesa le dejó sin aliento.

-Caruso -dijo la chica-, ¡haga lo que le digo! ¡Encierre inmediatamente a Sara en su cajita de reposo!

Caruso, sorprendido, estaba a punto de preguntar por qué, cuando descubrió un plato en manos del camarero y comprendió. Cogió a la abeja y la encerró rápidamente.

-Chulain, disculpa la patada -dijo entonces Mei, soltando un gran suspiro-, tú hablas todas las jergas del espacio, pero el francés no es tu fuerte. «Sauterelles» quiere decir saltamontes, la pata de cordero es una pata de araña, y los demás platos son tortilla de mosquitos, paté de pulgas, cuscús de grillos, ensalada de abejas a la jalea real y macedonia de avispas.

-Estamos en un restaurante de especialidades entomológicas -dijo Kook-. Evidentemente, además de plantas, consiguen también criar muchos insectos.

-No me parece el lugar más adecuado para Sara -dijo Caruso, que fue el primero en levantarse.

-¿Le monsieur il ne se stop pas? -preguntó preocupado el camarero.

-Nous sommes végétariens -dijo Mei.

A escasa distancia, entre la multitud meskorskiana, la ancianita Yamamoto obtenía un gran éxito con sus ratoncillos mecánicos, hasta el punto que del cesto le llegó un pataleo.

-Eh, general, soy Pigreco. Le informo que debe dejar de hacer publicidad, porque ya ha vendido todos los ratones mecánicos verdaderos. Si le piden uno más, tendrá que vender a uno de nosotros.

-Tranquilo -dijo el general-. Lo que me gustaría saber es lo que hacen esos aramerusos.

Los aramerusos estaban muy cerca, disfrazados de turistas. Su jefe, un árabe enorme con bermudas y zuecos de desembarco, estaba comunicando noticias vía radio a la Calalbakrab.

-¡Les estamos siguiendo, jefe! Ahora han entrado en un restaurante que se llama «Créatures». Ni rastro de los japoneses. Vassiliboyd y una chica del conjunto se han peleado con los guardias y han sido detenidos. ¿Qué hacemos?

-Dejemos que pasen la noche en chirona -contestó la voz de Alya-, a ver si se les aclaran las ideas. ¡Y si no tendrán el final de su amigo! Quisiera saber si me habéis comprado la bola de recuerdo de Meskorska con nieve que cae dentro.

Chez Les Créatures

-Nosotros tenemos todo lo que se puede comer en esta galaxia -decía modestamente la cabecera del menú computerizado, con un teclado de ciento veinte voces.

Un austero camarero, con espesas patillas sintéticas, llegó a la mesa. Llevaba en la mano un terminal de ordenador para los pedidos.

-¿Qué desean los señores? -dijo en un perfecto sineuropeo.

-Aconséjenos usted -dijo Chulain-, no es fácil elegir en un menú con sesenta mil platos.

-Si me permiten, señores, les aconsejaría las sopas misteriosas. Son buenas, y es emocionante no saber qué son. Como segundo plato, si son robustos, les podría servir un prupus venusiano.

-¿Y por qué hay que ser robusto? -preguntó Kook.

-Si quieren saberlo, en la mesa contigua están sirviendo uno.

A su lado, en efecto, dos panzudos rusos estaban destapando una sopera que despedía un excelente aroma a hervido. El primer ruso esgrimió su tenedor, pero de la sopera surgió un tentáculo azul que le agarró por la cabeza y lo sumergió en el caldo, manteniéndolo hundido. Intervinieron dos camareros y de una cuchillada liberaron al cliente. Lo intentó el siguiente, pero el prupus, un cruce entre pulpo y medusa, salió decididamente de la sopera y entabló una furibunda lucha cuerpo a cuerpo, entre salpicaduras de salsa y aullidos del ruso que, al final, medio estrangulado por los tentáculos, gritó:

-¡La fruta, quiero la fruta!

-Como verán -dijo el maítre con una sonrisa-, no todos tienen el físico adecuado para comer el prupus. Nosotros lo servimos hervido, pero a él no le hace mucho efecto, porque en Venus vive en un magma a dos mil grados.

-Creo -dijo Mei- que preferiremos alguna otra de sus especialidades... que no tenga movimiento propio, por favor.

-Nuestra especialidad es el hongo «simegustas». Es una seta descubierta en el pequeño planeta jupiteriano Antilochus. Somos los únicos de la galaxia en poseerlo, es realmente un plato rarísimo. Son realmente pocos los que lo han comido, insisto, pocos.

-Muy bien -dijo Chulain-, entonces cuatro sopas misteriosas, y una seta simegustas. Ah, sí, y una camelia poco aliñada para Sara. Tiene que comer sin salsas.

El maítre se inclinó y pulsó el encargo en el ordenador chef.

Les sirvieron en pocos segundos.

Chulain examinó con desconfianza el caldo negro y viscoso de su plato.

-¿Qué os parece? -preguntó-. ¿Exploramos?

Comenzaron a comer con cautela, pero a los primeros bocados se tranquilizaron. Mei encontró en su sopa unas algas deliciosas, Caruso unas flores rojas de dulce sabor. Y a Chulain y a Kook les parecieron excelentes los tallarines que tenían el único inconveniente de escapar nadando por el fondo del plato.

Y he aquí que cuatro camareros sirvieron sobre la mesa una maciza sopera de oro. El maítre dio una solemne palmada.

-¡Señores! Tengo que explicarles brevemente cuál es la manera de comer la seta «simegustas». Esta seta está dotada de un... digamos... carácter un poco especial. Se puede presentar de tres maneras. Ahora destaparé la sopera: la seta ofrecerá un color blanco, neutral. Así no tiene ningún sabor. Pero si ustedes le son antipáticos (utilizo este término de manera impropia, porque evidentemente sólo se trata de una especial sensibilidad de sus esporas), bien, si le son antipáticos, se pondrá verde, arrugada y flaccida, y no podrán comérsela, porque será venenosa como pocas cosas en el universo. Si, en cambio, le gustan, la seta se encenderá con un hermoso color rojo y amarillo, y será un bocado exquisito, ¡como quizás nunca han comido!

-Increíble -dijo Kook-, y, ¿qué debemos hacer para serle simpáticos?

-Nada -dijo el maítre-, la seta decide con su cabeza... o con su caperuza, disculpen la bétise. Voilá, madame et messieurs, ¡la seta «simegustas»!

En el plato apareció una hermosísima seta blanquísima y panzuda, que pesaba por lo menos diez kilos. Giró un poco sobre su tallo, examinando a los comensales. Luego comenzó a cubrirse de tonalidades anaranjadas, el tallo se iluminó de rojo, y en pocos instantes la seta se puso maravillosamente coloreada. Los camareros aplaudieron.

-¡Enhorabuena, señores! -dijo el maítre-. Le han gustado a la seta. ¡Ahora seguro que ella les gusta a ustedes!

-Sí, claro -dijo Caruso, empuñando el tenedor-. Vamos, comienza tú, Chulain.

-¡Cómo no! No todos los días puedes comerte una seta a la que le caigas simpático... así que... yo empezaría por aquí... o por ahí...

El negro, sin acabar de decidirse, acercó el cuchillo a la seta.

-Oíd, chicos, yo no entiendo nada de setas, córtala tú, Kook.

-No -replicó inmediatamente Kook-. Bueno, me había olvidado de decirlo, pero de pequeño sufrí una indigestión de setas... no puedo comerlas... Mei, comienza tú...

-¡Ah, no! -dijo Mei-. Lo siento, pero no puedo acuchillar a quien acaba de demostrarme su simpatía.

-¿Debo deducir -intervino el maítre- que no quieren comerse la seta?

-No -dijo Chulain-, le somos simpáticos. ¿Cómo podemos traicionar su confianza?

-Bien, señores, no tenía la menor duda -concluyó el maítre-, porque vean, la seta «simegustas» tiene la siguiente particularidad. Se pone verde y venenosa en presencia de personas malvadas y voraces. Y colorada y sabrosa en presencia de personas dotadas de dulzura y sensibilidad. Y, claro, ninguna persona sensible podrá comerse una seta que le ha demostrado tanta simpatía.

-Así que... -dijo Mei.

-Así que éste es el motivo de que la seta «simegustas» sea un plato tan raro. Porque nadie lo ha comido nunca. Los que hubieran querido, no han podido, y viceversa. Esta seta lleva

siendo la especialidad de este local durante cincuenta años, y nunca la hemos cambiado. ¿Un postre, señores?

Cómo Aprovecharon Nuestros Héroes El Gran Follón Que Se Organizó

-Lo siento, abuelita, pero los vendedores ambulantes no pueden entrar -dijo el portero del «Créatures» al general Yamamoto.

El general le miró humildemente por debajo de la peluca blanca algo torcida.

-Déjeme quedarme aquí en la entrada -balbuceó-, sólo un momento. ¡No, tiene razón, me voy inmediatamente!

El general había cambiado de idea al ver acercarse unos tipos malcarados. Eran el jefe de los guardias del Escorpión, Cieñan, y sus esbirros. Las bermudas floreadas no le engañaron: cada uno de ellos llevaba una extraña máquina fotográfica con un objetivo en forma de cañón. Yamamoto vio inmediatamente que si le sacaban una foto sería la última. Así que, encorvadísimo, pasó delante de ellos, pisando con sus zuecos de madera.

-Eh -oyó decir a sus espaldas-, ¿no te parece un poco demasiado robusta esa viejecita? ¡Eh, tú, abuelita! Ven acá.

-¡Soldados grises! -susurró Yamamoto a sus ratones-, ¡mantengamos la calma! ¡Sí! ¿Me está llamando a mí, joven?

-Sí, abuela -dijo el árabe, mirándola de arriba a abajo-, ¿qué llevas en ese cestito?

-Ratoncillos mecánicos, made in Japan -murmuró Yamamoto.

Gienah destapó el cestito de un manotazo. Los ratones se inmovilizaron.

-Bien, bien -dijo el árabe, apoderándose de Pigreco-, qué bonitos..., ¿son de metal, verdad? -y apretó la barriga del ratón con ambos dedos.

Pigreco resistió heroicamente y movió las patas y la cola con una rigidez robotica.

-Muy bonito, realmente -murmuró Gienah-, parece de verdad.

-Pues los construye la Honda -dijo Yamamoto-, ¡técnica ja-ponesa!

-En tal caso -dijo Gienah, levantándolo en alto-, también será irrompible, ¿verdad? ¿Puedo arrojarlo al suelo?

-Guik -gritó Pigreco («vete a tomar por el culo» en ratonil) y mordió al árabe en la mano.

Fue el inicio del terremoto. Yamamoto se arrancó la peluca, lanzó un grito terrible y mostró el catálogo completo de sus patadas de karate contra los árabes. Derribó a dos de ellos con una doble patada rotatoria simple. A sus espaldas un árabe le golpeó con un triple bastonazo y fue mordido en el tobillo por una doble pareja de incisivos ratoniles. Gienah abrió la cámara fotográfica y atacó con un gran angular móvil, pero fue mordido en el glúteo derecho por Pigreco. Cuatro árabes se arrojaron sobre Yamamoto, que se exhibió con un kumite-akai-do (golpe del hueso de cereza que sale disparado de los cuatro dedos).

La pelea se hizo tremenda: los ratones mordían. Yamamoto hacia girar los pies y los árabes daban garrotazos, varios transeúntes fueron obsequiados con puntapiés y mordiscos, y en medio de la gran confusión nuestros héroes desaparecieron sin ser vistos.

-Rápido -gritaba Chulain, corriendo-, aprovechemos esta inesperada ventaja. ¡Vayamos al diario!

Poco después, jadeantes, llamaban al timbre del Meskorska de la tarde. Un viejo con un casco de fútbol americano, con la inscripción «proto», les abrió la puerta.

-Chi du ju uon gonfia? -dijo con tristeza.

-¿Qué dice?

-¿A quién quieren pegar? ¿No quieren pegar a alguien por un artículo? Nun fa rettifica a su' naso?

-No. ¡Sólo queremos hablar con Geber! -dijo Mei.

El viejo soltó un suspiro de alivio.

-Ah! Geber! Geber no more acca. Gone via, gehen, geyn. Fooooof!

-¿Y adonde ha ido? -dijo Chulain- ¿addo gone? ¡muy importante para nosotros saber!

-Geber andato posto mucho schlekt, horripilo posto. Zombi hospital Moriturlich!

-¡Está en el hospital para contaminados! -dijo Caruso-. ¡Caramba, debe estar realmente mal! ¡Vayamos allí inmediatamente!

-Pu, no possible -dijo el viejo, abriendo los brazos-, tu non zombi, iu chent anna in zombizone. Verboten, prohibido, interdit.

-Nos han fastidiado -tradujo Chulain-, nadie puede entrar en la zona de los contaminados.

-Iu puo in -explicó el viejo-, ma nun cchiú out. Ma si verboten for men, forsitan non verboten robotibus!

-Cierto -dijo LeO- ¡el viejo tiene razón! Yo puedo entrar... y Sara también... a nosotros no nos asusta el virus.

-Oh, LeO -dijo Mei-, ¿tú harás eso por nosotros?

-¡Sí! Soy un robot con sentimientos casi humanos. Por esa razón entraré ahí, a cambio de la módica cantidad de trescientos lingotes.

-¡Qué buen bípedo! -dijo Kook, mientras LeO se alejaba por los pasillos deslizantes hacia su misión.

-¡Ésta es nuestra fuerza! -dijo Mei, con orgullo-, ¡nosotros estamos dispuestos al sacrificio y unidos, mientras los demás se muerden entre sí! Como decía nuestra sabia presidenta Moulan, es fácil cortar uno a uno mil hilos, pero es casi imposible cortarlos si están entrelazados en una única cuerda. ¡Ahí está la fuerza de la Federación!

Amplia Y Serena Confrontación

A juzgar por los centenares de esquíes azules y negros aparcados en el exterior de la Sala de las Reuniones, se intuía que esta vez la sesión del Parlamento sineuropeo estaba muy concurrida. Por las rampas de la Tour Montparnasse bajaban zigzagueando los últimos diputados. Un sueco llegó elegantemente y tras él dos gordos griegos cruzaron sus esquíes y chocaron violentamente con el policía de servicio.

-De pie, despejen -ordenó Phildys, que se encargaba del servicio de orden-. ¡Está llegando Su Santidad!

Precedido por cuatro guardias suizos, se precipitó por la rampa en descenso libre el papa Juan Pablo «Niño» III, presidente del Vaticano. Se detuvo con un cristianía arrancado un poco exhibicionista, salpicándolos a todos de nieve.

-Hola, Phildys -dijo, quitándose la capucha blanca cruzada por dos esquíes-, te bendigo. ¿Dónde puedo encontrar un poco de grappa? ¡Se me han congelado las pelotas!

-En el bar, Santidad -dijo Phildys.

El Vaticano llevaba años siendo un estado como los demás, con un poder económico semejante al de Inglaterra, y ejército y armas nucleares propias. Pero aquel papa parecía realmente un poco demasiado laico.

En la sala se oyó la voz del presidente de la asamblea que abría la discusión.

-Estamos aquí -declamó- para discutir el proyecto Tierra dos. El orden del día incluye dos puntos: primero, qué política mantener respecto a la misión. Segundo: qué política mantener respecto a los eventuales alienígenas del planeta. Propongo que se inicien inmediatamente las intervenciones...

-¡Una mierda! -tronó el representante chino Ping Hsueh-. Antes tenemos que volver a discutir el reparto de Tierra dos. No vemos por qué China debe poseer sólo una cuarta parte. ¡Estamos en la federación con las mismas responsabilidades!

-Pero vuestra producción energética -dijo el ministro inglés Snowdown- es una sexta parte de la europea. ¡Lo que me parece escandaloso, por el contrario, es que no se le haya concedido ningún mar a mi país! ¿Acaso carecemos de tradición? ¿Tengo que recordar a Morgan y a Nelson?

-Estos son problemas ridículos -le interrumpió el Gran Chambelán francés Bassinoire-. Lo que me gustaría saber, en cambio, es por qué la exclusiva de las filmaciones televisivas

subacuáticas ha sido concedida a los chinos y no a nosotros. ¿Tengo que recordar a Picard y Cousteau?

-Respecto a las filmaciones televisivas -gritó Pyk- la liga de los partidos catodistas protesta por la incalificable actitud gubernativa que no permite el envío de un equipo televisivo acompañando a la misión, con lo que se priva a los usuarios de un espectáculo sin precedentes; yo fumo Marlboro.

-Recuerdo a mis colegas -dijo secamente Phicoys- que no está permitido hacer publicidad durante las intervenciones parlamentarias.

-En nombre de los Ejércitos reunidos -intervino el general Von Oten- quiero saber por qué no se ha enviado a ese planeta ningún contingente de soldados. ¿Queremos dejar el espacio cósmico en el caos anarquizante?

-Señores -dijo la alcaldesa de París, madame Zoé-, por favor, no nos peleemos por un planeta que todavía no existe: les ruego que recuerden que desde hace tres días París está sin calefacción, los niños mueren, ¡y los crepés se sirven calientes!

-Quisiera -intervino el alcalde español Chimenea- hacer hincapié en las inhumanas condiciones de vida de los trabajadores de las minas glaciales, que no se calientan con los caloríferos Chimenea. Sólo en este último mes han muerto veintidós esquimales.

-Todos saben que los esquimales aceptan la muerte con serenidad -le interrumpió el papa-; me interesa más saber cómo es posible que no se haya enviado ningún representante de la Santa Sede, ni del ramo misionero, ni del ramo administrativo. ¿Acaso queremos que la gente de aquel lugar siga viviendo en la ignorancia de la fe? ¿Y qué se ha hecho del proyecto de santuario?

-¡Basta de misticismos! -dijo Pyk-. El auténtico problema es si tenemos que mandar allí la tele; el resto son discursos insulsos, y a ese respecto os recuerdo que yo fumo...

-¡Tonterías! -gritó Van Oten-, ¡lo primero que hay que hacer es enviar un contingente de soldados!

-No hace falta -dijo Pyk-. Allá arriba ya están los robots de Phildys. Veinte robots guerreros, con armas nucleares, y control remoto desde la Tierra. ¡Tengo pruebas! ¡A mí no se me toma el pelo! ¡Yo fumo Marlboro!

Un grito de indignación recorrió la asamblea. El delegado austríaco se quitó la bota de esquí y comenzó a golpear ruidosamente el pupitre.

-¡Mi partido pide el control de cinco robots por lo menos!

-¡Inglaterra está indignada!

-¡Suiza vomita de asco!

-Francia pide la dimisión del gobierno por ser incapaz de llevar una auténtica política subacuática.

-El partido comunista mediterráneo se pregunta preocupado si, en la respuesta a su interrogación sobre las minas sudamericanas, la frase «que los indios revienten» expresa una clara intención del gobierno de no ocuparse a fondo del problema.

-¡Señores! -gritó el representante suizo-, tengo un comunicado urgente, que creo puede introducir un elemento de conciliación entre las contrastadas instancias que hasta ahora ha expresado la asamblea.

Silencio en la sala.

-¡La polenta está a punto!

Con un grito de alegría, todos salieron corriendo de la sala.

Inuit

-¿Oyes qué hermoso silencio? -dijo Einstein.

La nieve caía espesa sobre la ladera de la montaña.

-No oigo nada -dijo Fang.

-De vez en cuando, alejarse del zumbido de los ordenadores no está mal -dijo el chico, y recogió un puñado de nieve, muy tentado, evidentemente, de hacer una bola-. Naturalmente -añadió a continuación-, este silencio tiene una razón científica: son los copos recién caídos que absorben el sonido, como paneles aislantes.

-Naturalmente -dijo Fang.

-Cuando la nieve está comprimida -explicó Einstein-, esta absorción disminuye -y viendo que Fang se había vuelto de espaldas, hizo a toda velocidad la bola de nieve y la arrojó.

-Buena puntería -dijo Fang, sin volverse.

-¡No me digas que también ves por detrás! -dijo, malhumorado, Einstein.

-He oído el ruido.

-¿Eres como aquellos esquimales que se reconocen a distancia por el ruido de los zapatos sobre el hielo? ¿O posees algún sexto o séptimo sentido como los murciélagos y los enamorados? Bueno, no tiene nada de extraño. Además, no es tan necesario ver. Ahora casi todas las teorías científicas comienzan por ser pensadas, y luego «vistas» en los experimentos. Ver es reconocer, decíamos en el centro de ordenadores.

Fang se detuvo un instante para tomarse un respiro. Habían llegado al final de la cuesta; a partir de allí el sendero bajaba hasta la aldea india, un círculo de cabanas rojas y de igloos en la nieve.

-¿Crees -dijo Einstein- que conseguiremos convencer a esos indios o comanches o esquimongoles o lo que sean de que excaven para nosotros?

-No creo. Para ellos esos lugares son huaca, o sea sagrados. Existen toda una serie de reglas y prohibiciones que nosotros desconocemos.

-¡Bah! ¡Y tú sigues defendiendo su cultura!

-¿Acaso nosotros no hemos tenido verdades científicas huaca? Luego ha aparecido alguien que ha revelado su total falsedad.

-Creo que te he entendido -dijo Einstein, parándose jadeante, con los brazos colgando-. Tú eres uno de esos que sólo disfrutan de los descubrimientos cuando un descubrimiento queda anulado. Eres feliz cuando salta la geometría euclidiana, cuando vacilan las teorías sobre los cuantos y Darwin se va al cesto de los papeles. El universo se curva bajo el peso de la gravedad, las partículas gimen bombardeadas para regalarnos nuevas incertidumbres, ¡y tú disfrutas!

-Yo soy feliz ante cualquier descubrimiento que ayude al hombre. Pero cuando un descubrimiento sólo resiste porque su superación pondría en crisis la Ciencia y su poder, bienvenida sea la crisis. Mira, Einstein, al igual que los grandes hombres que las piensan, también las teorías tienen una juventud, una vejez, una muerte. Pueden morir, y sin embargo dejar una gran huella tras de sí. Yo no amo una ciencia que no acepta esto, y prefiere encontrar sus certidumbres en los gráficos de desarrollo de las industrias, y en la medida del poder creciente de las armas.

-Porque eres un poco derrotista.

-Galileo, Lamarck, Darwin, Newton y ese homónimo tuyo eran derrotistas.

-¡Increíble! Primero Demócrito y Chuang Tze, ahora me sacas Galileo. Me sorprende que no hagas lo mismo con Mao Zedong.

-Sí. Bravo, Einstein. No se me había ocurrido.

-Ojalá me muriera yo con mi bocaza -se lamentó el chico-, ¡me había prometido no volver a hablar de esas cosas contigo!

Para desahogarse comenzó a bombardear el valle con proyectiles de nieve, hasta que llegaron a la aldea. La gente les saludaba a medida que pasaban, y los chiquillos se reían del colosal mono forrado de Einstein. Una mujer joven y morena con cara olivácea fue a su encuentro. Llevaba el sombrero hongo blanquinegro quechua. Les condujo a través de una explanada donde algunos chiquillos jugaban saltando encima de un dibujo de líneas enteras y quebradas.

Era una joven pielroja, un esquimal y dos indiecitos. Uno de ellos, al saltar, cantaba:

*Uno, dos, tres, cuatro*
*¿dónde has nacido?*
*he nacido sobre un roble*
*cinco, seis, siete, ocho*
*he volado lejos*
*Pedro Navaja con el diente de oro*
*he sido*
*I, erh, san, ssu*
*ui hermano, oiga*
*¿quién ha quemado*
*la casa del pájaro gorrión?*
*ve por el lago el fuego el viento*
*ve por lago fuego y viento*
*y quizás llegues.*

El indiecito bailó la última parte de la cantinela, mirando a Fang. El chino pareció pensativo, mientras entraban en la cabaña de la mujer. El suelo de la cabaña era de piedra secular. En las paredes, las alacenas para los alimentos. Los indios sabían conservar los alimentos durante años con los mismos antiquísimos métodos de los incas.

La mujer les invitó a sentarse en el suelo, y se sentó a su vez en medio de tres hombres, dos indios bajos y robustos, vestidos de colores vivos, y un sonriente esquimal.

Einstein contemplaba encantado el rostro de la mujer.

-Me llamo Coya -dijo la india-, y soy la hija del jefe de la aldea. ¿Queréis decirnos algo?

-Bueno -comenzó a decir Einstein-, nosotros... la Federación está... sorprendida por vuestra negativa a proseguir el trabajo... no entendemos los motivos.

Coya consultó en voz baja con uno de los hombres y habló.

-Mi hermano Catuilla trabaja allí y dice: «Demasiado peligroso, demasiados hombres muertos. Y estamos demasiado cerca del corazón de la Tierra.»

Einstein escuchó atentísimo.

-¿De qué?

-Es una historia inca -dijo Coya-. Dice que quien se acerque a esos lugares con malas intenciones, herirá el corazón de la Tierra, y de allí saldrán cien mil soldados del sol, y su aullido llegará hasta coyllar, las estrellas.

-¿Has oído, Fang? -dijo en voz baja Einstein-. ¡Cien mil soldados! ¿Qué querrá simbolizar todo eso?

-Vosotros -dijo Fang- decís que nadie puede acercarse a ese lugar si lleva malas intenciones. Pero está claro que vosotros no las tenéis...

-Nosotros no -dijo el esquimal-, pero no conocemos las vuestras.

Einstein protestó.

-¡Pero... amigos! Estamos aquí para haceros trabajar... os hemos dado víveres, ropa, calentamos vuestros campos...

-En tal caso -dijo Coya-, ¿seguiréis haciéndolo aunque no trabajemos?

Einstein no contestó. El indio del rostro más oscuro tomó la palabra.

-Soy Aucayoc, y he conocido muchos hombres blancos. Han llegado con máscaras de paz, han firmado tratados, han hecho promesas. Luego nos han traicionado y matado. No sabemos quiénes sois, pero sabemos que deseáis mucho lo que está debajo del templo del sol. Cuando alguien desea tanto una cosa, no se detiene ante nada para conseguirla. Ésta, para nosotros, es una mala intención.

Einstein miró a Fang, malhumorado.



Librodot

-¿Te has comido la lengua? -susurró-. O es que piensas que tal vez tienen razón. Bien, llegados a este punto podría decir que hay otras muchas maneras de convencerlos de que trabajen.

-Pero no lo harás -dijo Fang-. Mejor dicho, te irás fuera a jugar con los chicos.

Einstein miró a Fang como si se hubiera vuelto loco.

-¡Oh, vete al diablo! -dijo, y salió de la cabaña.

-¿Adonde va el cachorrito charlatán? -preguntó Catuilla.

-A jugar -dijo Fang.

Catuilla sonrió a Fang, cogió una escudilla llena de harina y señaló el fuego.

-Gracias -dijo Fang-, comeré con mucho gusto.

-Es chunu, harina de patatas. ¿La conoces?

-Por los libros -contestó Fang.

-Lo que se come en los libros, sabe a papel viejo -dijo riendo Nanki.

-Sí -dijo Coya-, no se puede comer a un pueblo sólo a través de los libros. Mientras mis hermanos cocinan, te contaré la historia de los Castores Gordos. Es una leyenda del norte, se la oí contar a un viejo jefe indio, hace muchos años.

Los Castores Gordos

Erase una vez en el Norte, en la región de los Grandes Lagos, una tribu india llamada de los Castores Gordos, cuyo jefe era Muslo de Águila, casado con Nutria Panzuda. Eran indios alegres y gordinflones, y vivían felices en las orillas de un lago de aguas azules y claras, el Chanawatasaskawantenderoga, que en dialecto castórico significa «sin colorantes aditivos».

Un día nefasto llegó a las orillas del lago azul un grupo de hombres blancos. Eran míster Joe Tifone, de los ferrocarriles Tifone, S. A., y sus técnicos. Estaban construyendo un camino de hierro que desde Nueva Orleans llegaría al corazón de los grandes lagos, para un intercambio comercial: de los bosques del norte llegaría la leña para las cocinas y las calderas de Nueva Orleans, y de Nueva Orleans la ceniza y la basura para los grandes lagos. Míster Tifone se presentó ante los Castores Gordos lleno de regalos: cajas de aguardiente, revistas porno, relojes sumergibles y jerseys de Armani. Él sabía perfectamente que las tribus indias se sienten muy atraídas por esas cosas y que, en poco tiempo, esta riqueza conseguiría corromper su naturaleza honesta y les encaminaría por la pendiente de la extinción. Míster Tifone le dijo al jefe Muslo: mis hombres harán un pequeño agujero en el bosque para hacer pasar el camino para Caballo de Hierro, y a cambio llegarán grandes regalos a la tribu de los Castores Gordos. El gran jefe le escuchó, y después habló del siguiente modo:

«Rostro pálido habla con lengua doble como bifurcación ferroviaria. Donde pasa vuestro camino, árboles caen como hojas de otoño, e indios mueren. Caballo de hierro escupe nubes de humo que interfieren con nuestra red de comunicaciones. Si cortáis un sólo árbol, nosotros enviar nuestros castores a mordisquear vuestros hombres. Recoged vuestros regalos. Timeo yankees et dona ferentes. ¡Augh!»

Tifone se largó ofendido y enfadado. Mientras salía de la aldea se le acercó el hechicero Salmón Obeso, un corpulento indio famoso por su avidez.

«Hombre blanco -dijo-, yo gustar mucho tus revistas, tu agua de fuego, tu moda casual. ¡Tú escúchame! ¡Gran árbol no cae con gran cabezazo, sino con muchos golpecitos! Poco a poco, derribaremos Castores Gordos. Tú darme regalos, yo corromper y extinguir stop.»

«De acuerdo, Salmón Obeso -dijo Tifone-, somos socios. Tendrás todas las cajas de agua de fuego que quieras.»

«Yo contentarme con tres por ciento acciones tu ferrocarril», dijo el indio.

Así comenzó el intento de destrucción de la pobre tribu india. Como primera medida, Salmón Obeso abrió una boutique en la aldea. En poco tiempo, desaparecieron los trajes tradicionales de los Castores. Las mujeres caminaban por la nieve con minifalda y camisetas con lentejuelas, los hombres llevaban pantaloncitos de baloncesto y camisetas con la

inscripción «Dallas cowboys». Pero todos seguían tan gordos y saludables como antes, y se sentían muy elegantes.

«¡El frío no nos asusta -decía Nutria Panzuda-, hemos cambiado los vestidos, pero la Gran Luz nos calienta!»

Al mes siguiente, Tifone llamó al hechicero.

«Querido Salmón -dijo-, ¡he gastado una fortuna en prendas de ropa y los castores están más gordos que antes! De toda la región me llegan noticias de tribus arruinadas. Los Narices horadadas están obstruidos por el resfriado, los Seminólas devastados por el fernet, los Mohicanos dan las últimas boqueadas. ¿Cómo es posible que los Castores resistan tanto el frío?»

«Cambiarles los trajes y acortarles las faldas no basta -dijo el hechicero-, porque la Gran Luz les calienta. Pero no temer: ¡cuando un pueblo queda sin dios, entonces todo ir mal! Tú trae a mí material lista adjunta stop.»

Tifone le contentó: al cabo de pocos días Salmón Obeso convocó a la tribu, y se presentó en smoking blanco con adornos dorados y una guitarra en bandolera. Dijo que había tenido un sueño. Manitú se le había aparecido remando en una canoa biplaza en compañía de un joven blanco con tupé.

«Oh, hechicero -le había dicho Manitú en el sueño-, estoy viejo y cansado. Me retiro al Gran Prado Celeste, a una gran granja con una gran squaw (había utilizado otra palabra). Este es vuestro nuevo dios: se llama Elvis the Pelvis, y le adoraréis con el nombre sagrado de Shakarockawa, el hombre que canta y mueve un poco todo, y le invocaréis con el nombre de Bebopalula. Pero, por favor, no me recéis más: adoradle a él, comprad sus discos, bailad y, sobre todo, no trabajéis. He dicho. ¡Augh! ¡Yeah!»

Después de estas palabras, y con la música que el hechicero comenzó a tocar, todos los indios comenzaron a bailar como locos, incluido el jefe Muslo que cogió a su consorte y la volteó tres veces por el aire ocasionando varios heridos.

«Podemos seguir bailando toda la noche together -dijo el gran Jefe-, y dejar de adorar a Manitú, y de trabaja-a-aar. ¡La Gran Luz nos dará fuerza!»

Al mes siguiente Tifone volvió a llamar al hechicero.

«Mi querido pez gordo -le dijo enfadado-, ¿qué estamos haciendo? ¡Llevo cuatro meses esperando! Todas las tribus indias de los lagos están destruidas. Alcoholismo, peleas, crisis cardíacas y de identidad. Sólo nuestros Gordos Castores bailan, cantan, y lo último en que piensan es en extinguirse.»

«Impaciente hombre blanco -dijo el hechicero-, la Gran Luz da su fuerza. Hemos borrado sus trajes y su religión. Ahora no nos queda más que eliminar su ecosistema.

«¿Su eco qué? -preguntó Tifone.

«Ecosistema es una palabra mágica india -explicó el hechicero- que significa: Gran esfera de la vida-agua-cielo-tierra. Destruyamos el bosque y el lago, y los Castores Gordos desaparecerán.»

Y aquel mes la tierra de los Castores conoció la furia de Tifone. Comenzó por envenenar el lago con una gran mancha de petróleo. Todos los salmones se pusieron negros y murieron cantando desgarradores espirituales. Luego le tocó al bosque, que fue destruido por un incendio doloso: todos los castores (animales), se quedaron sin trabajo y tuvieron que emigrar a las carpinterías de Montreal. Los alces huyeron lejos y fueron abatidos a tiros, y huyeron aún más lejos y el último fue muerto por un cazador en un motel de Chicago donde había intentado ocultarse bajo el nombre falso de Wilbelk Mitchum, dentista. El campamento de los castores se hallaba ahora en medio de una llanura calcinada donde, todas las noches, Tifone descargaba barriles de bacilos y vibriones del cólera, tenias y sanguijuelas, vaciaba sprays de sífilis y enharinaba a los gatos con piojos.

«Realmente, el hombre blanco es una porquería -dijo Muslo de Águila a su pueblo-, nos ha robado el lago y el bosque. Pero la Gran Luz nos protege, y nos salvará del hambre y de las enfermedades.»

Al cabo de dos meses, los Castores seguían gordos y alegres como siempre, aunque ya nada creciera sobre su tierra. Habían replantado algún árbol, encargado con un telegrama una familia de castores, y excavado un estanque artificial, en el que se paseaban en canoa con una densidad propia de las vacaciones en el Adriático, y pescaban peces rojos de importación. Cantaban, fumaban el calumet, y eran felices.

«Cochino montón de pescado podrido -le dijo entonces Tifone al hechicero-, de todos los demás indios en un radio de mil kilómetros sólo han quedado tres ejemplares, en la sección de reanimación del hospital de Ottawa. ¡Los Gordos Castores, por el contrario, nunca han estado tan gordos!»

«Oh, pestífero hombre blanco -dijo Salmón-, contra la Gran Luz sólo nos queda una última arma: la Muerte Negra.»

«¿Y eso qué es?»

«Un quintal de chocolate deshecho en lata. Nada puede resistírsele. Dientes, hígado, estómagos, todo se deshace al paso del negro y pegajoso huracán.»

«Tendrás el chocolate -dijo Tifone-, pero, recuérdalo, es lo último que intentas.»

Y Tifone esperó tres largos días. Al cuarto, oyó un coro de lamentos fúnebres procedentes del campo indio.

«Lo he conseguido», exclamó radiante, y corrió hacia allí, con el corazón lleno de esperanza.

Pero le esperaba una desagradable sorpresa. Los Castores estaban oficiando la ceremonia fúnebre de Salmón Obeso. Aquella noche había sido hallado muerto: junto a su cuerpo, sesenta latas vacías de chocolate. Tifone se arrancó los cabellos de rabia y consultó a una empresa especializada en exterminios de indios, la «Bill». También ellos se mostraron perplejos: en efecto, ninguna tribu había resistido jamás a la desaparición de la indumentaria, de la religión y del ambiente. Esta «Gran Luz» designaba evidentemente una fuerza espiritual muy fuerte. ¡Llegados a este punto, la única solución era el fusilamiento en masa!

«No -dijo Tifone-, en mi carrera nunca he disparado contra un indio. Siempre lo he matado a golpes de progreso. ¡Nunca haré una cosa semejante!»

«En tal caso, apáñese», dijo la empresa Bill.

Tifone pasó unas cuantas noches meditando. Hasta que una mañana salió de la aldea para dar un paseo. Y vio un joven indio que cavaba en la tierra quemada con gran cuidado. Terminado el trabajo, el indio se inclinó tres veces sobre la tierra.

«¿Qué haces?», le preguntó Tifone.

«Saludo y venero a la Gran Luz», dijo el joven.

Tifone tuvo una sospecha: esperó a que el indio se fuera, y luego cavó febrilmente en el campo. ¿Y sabéis qué encontró? ¡Una PATATA! ¡Una PATATA, eso era la Gran Luz que mantenía gordos a los Gordos Castores, que les daba calor en el frío, energía en el baile, y les quitaba el hambre cuando todo cuanto había sobre su tierra había sido destruido, ¡porque la patata crece BAJO TIERRA! ¡Ése era su tesoro, y no una fuerza espiritual! ¡Se trataba de proteínas!

Al día siguiente, el malvado Tifone se presentó ante el jefe Muslo con expresión contrita.

«Gran jefe -dijo-, te presento mis excusas. He intentado exterminar tu tribu. Pero ahora he entendido que sois un gran pueblo, iluminado por la Gran Luz. Por ello te pido, humildemente, que me perdones, y que permitas que yo también pueda disfrutar de la Gran Luz.»

«¿Y cómo?», preguntó jefe Muslo.

«Dentro de poco -dijo Tifone- pasarán por este ferrocarril millares de personas. Pescadores que van a los lagos, familias de picnic, esquiadores, buscadores de oro. ¡Imagínate que también ellos, durante el largo viaje hacia el Norte, pudieran conocer la Gran Luz!»

El rostro del jefe Muslo de Águila se iluminó.

Exactamente un año después, cuando el ferrocarril estuvo terminado y el tren se detuvo en la estación de Fatbeavertown (castoresgordostown), doscientos indios con uniforme blanco y

gorrita con el rótulo «patatas fritas Castor» esperaban a los viajeros, mientras una gigantesca nube con olor a fritanga envolvía bosques y valles. En el interior del snack de la estación el gran jefe Muslo y su señora, con gorros de cocineros, servían pasteles de patata, croquetas y preparados de puré para el viaje. No tardó en aparecer una fábrica en el lugar, y las «patatas fritas del castor» invadieron el mercado. Al cabo de pocos años, de los cinco mil indios de la tribu, sólo quedaban ochenta y seis, y el más gordo pesaba sesenta kilos. El Gran Jefe les hacía trabajar dieciséis horas diarias en los campos y en la fábrica. La mitad murió intoxicada por los conservantes, y otros se frieron al caer en las sartenes gigantes. Pasado muy poco tiempo, en la zona contaminada ya no crecía una sola patata. Jefe Muslo y su mujer murieron cuando volvían de un banquete en el rotary de Quebec, al salirse de la carretera con su Ferrari amarillo.

El último Castor Gordo, que se llamaba Ciervo Chupado, siguió vendiendo bolsas de viaje para el tren hasta los noventa y seis años. Como ya no veía tres en un burro, con frecuencia se ponía a pregonar las «patatas fritas» en medio de las vías, creyendo encontrarse en el andén. En una de estas ocasiones, fue arrollado por el rápido de Winnipeg de las 8,40. Sus últimas palabras fueron:

«Siempre me habían dicho que un día me encontraría con mi gente en las Grandes Praderas Lejanas de Manitú. Pero no sabía que se llegaba en tren.»

Así se extinguieron los Castores Gordos.

-¡De modo que -dijo Fang- la Gran Luz era una patatita!

-Vosotros estudiáis nuestros grandes templos y os entusiasmáis con ellos -dijo Coya-. Nadie recuerda la olla de maíz, el cansancio de la llama y de los hombres. En el techo del Recinto del Sol

murió un hombre mientras dibujaba una flor azul. Otro hombre ocupó su lugar. ¿Quién se fija ahora en la flor azul, entre los mil dibujos de aquel techo?

-Cuando vi estas piedras -dijo Fang-, pensé en la Gran Muralla. Es una gran edificación de mi país con dos mil kilómetros de longitud: la hizo construir el emperador Shih Huang Ti. Sus enemigos dijeron que por cada piedra levantada había muerto un hombre. Los huesos de los muertos se mezclaron con el cemento de la construcción.

-Eso es, por tanto, lo que no debes olvidar -dijo Coya-. Puede que así, contemplando nuestras piedras, encuentres lo que buscas.

Fang se inclinó y salió: había dejado de nevar. En la plazuela, saltando con las piernas abiertas, como un pájaro torpón, jugaba Einstein, junto con los demás niños.

-¡Eh -dijo, cuando vio al chino-, gran idea la tuya! ¡Fingir que me gusta este juego infantil, para vencer la desconfianza de esta gente!

Fang se puso en marcha. Cuando estuvo fuera de la aldea, si-guió oyendo la voz aguda de Einstein, junto con las de los demás chicos.

-¡El pequeño Ling -pensó-, se ha vuelto chico!

La Ciudad Blanca - Cómo Con Astucia Robótica, Leo Llevó A Cabo Su Misión

-Vat si, smula! -inquirió el policía en la entrada de la Ciudad blanca, la zona sanitaria de Meskorska-, ¿quién eres, enanito?

-Medical tai doctorobot -dijo LeO, utilizando con gran soltura la jerga espacial.

El policía le examinó con suspicacia. Aunque LeO se había puesto un cable a modo de estetoscopio en el pico, no tenía exactamente el aire de un especialista.

-Uat spezialitaten tai medicinsk? -preguntó el policía.

-Hum... fegatist robodoctr, ¡Liver, hígado, leber, fegato!

-Only fegatist? -insistió, tenaz, el policía.

-Ómnibus internis regaglis expertus. Sed spezialist fegatist.

-Den ju visit me -dijo el policía, descubriendo su peluda barriga.

LeO acercó la trompetilla derecha a la barriga del policía. Era una trompetilla con rayos X y LeO pudo disfrutar de un bonito panorama de visceras militares.

-Hum -sentenció al final-, infausta diagnosis. ¡Malo!

-Keské malo? -preguntó el policía, algo asustado.

-Fegatus tuus non mictum retine, quoad macroblastos glicemicus dixit katz Índex et Takata Dohamoto, deinde massiva nasalis emottisis in pavimentum ubique versata, non exitus tibi dabit illico er immediate, sed evitandum butirrum intingulaque colesterolum ferentes us sis nocte levis, sis tibi coena brevis! Eucrasia!

-Vas? -preguntó el policía, cada vez más pálido-. No compríos!

-Naturalis! aknavish speechsleeps in a foolsear! Tuo fegato kaputt! Dieta! Pa hao no more drunk, no more drugs, no more krafen: e ridi! Comprí?

-les doctor tai -dijo el policía, admirado ante un diagnóstico tan bien expuesto-, zanchiu, dictor: vas, vas!

Así, con Sara perfectamente oculta en una oreja, LeO entró en la Ciudad blanca. Pasó por las secciones de pranoterapia y por la de trasplantes, de donde salían los aullidos de los donantes disconformes: giró en torno a la facultad de Brujería, con todos los enfermeros provistos de un sombrero con cuernos de búfalo, y embocó la sección psiquiátrica de lobotomías y cócteles genéticos. Todas estas secciones eran de esperanza dos, o sea con probabilidad de supervivencia del cincuenta por ciento. Poco después LeO recorrió «esperanza uno», enfermedades espaciales con mínimas posibilidades de curación, y se acercó al cubo de cristal negro de la esperanza E. D. B. (¿está de broma?). Vio con un escalofrío los toboganes que transportaban directamente a los enfermos incurables al crematorio central. En el interior del ascensor un cartel advertía: «Antes de subir, asegúrese de que su pariente no ha sido ya "dado de baja". En tal caso, puede retirar la cajita con sus cenizas en el distribuidor automático de la entrada.»

El robot apretó el paso a través de la sección enfermedades laborales: la sección estaba atestada. Se sabía que casi la mitad de los trabajadores de Meskorska no superaba su tercer año en el planeta. Los trabajadores eran reparados varias veces, y se les sustituían las extremidades, pero al final eran sellados nr (no reciclables) y enviados a la esperanza cero. En 2068 había habido una revuelta para protestar contra todo esto. Todo un sector de obreros de Meskorska había hecho una huelga y organizado una manifestación. Les fue concedida una plaza muy céntrica, la Plataforma Uno. Apenas los huelguistas se congregaron en ella, la plaza se abrió bajo sus pies. Era una plaza trampa estudiada exprofeso por los arquitectos meskorskianos para casos de desórdenes. Los 50.000 huelguistas en su totalidad fueron arrojados al espacio: el gobierno comunicó que la manifestación «había sido disuelta». Los sindicatos dijeron que, de todos modos, habían conseguido sus objetivos básicos. Hay que añadir, sin embargo, que los sindicalistas de Meskorska eran tres robots.

## Charos

LeO entró en la gran sala llena de monitores. Los monitores estaban dispuestos en forma de «V» invertida, como la proa de una nave, de modo que el «timonel», el hombre situado en el centro de la sala, podía controlarlos a todos a un tiempo. El hombre llevaba una bata negra, pelos engominados y gafas de espejo. En cada pantalla corría una línea luminosa.

-Pardon -dijo LeO-, man Geber?

-Hable el eurosínico -dijo el hombre, escrutando al robot-, soy griego. Soy el doctor Charos.

-Quisiera ver al señor Geber -dijo LeO-, ¿es posible?

-No es posible -contestó el hombre-. Hasta hace pocos minutos estaba en la sección charopalevi, pero ahora ha sido trasladado a la sección nirvana.

-¿Y eso qué significa? -preguntó el robot.

-Se lo explicaré. El lugar donde nos hallamos ahora es el sector charopalevi, en el que los enfermos luchan con la muerte, pero siguen manteniendo una cierta energía vital, que es la línea que usted ve en el monitor. Cuando la línea comienza a interrumpirse quiere decir que Átropos, nuestro ordenador, ha calculado que le quedan al enfermo menos de seis horas de vida. En ese momento el enfermo es introducido en el «Nirvana», una sección especial en la que puede disfrutar de todas las últimas comodidades. Ultimas no sólo en el sentido de la modernidad... me entiende, ¿verdad? Allí el moribundo puede tener una conexión televisiva con todos sus parientes, videocassettes de la serie «toda mi vida en un instante», música, cocina internacional, drogas analgésicas, robocuras confesionales multicultos, asesoramiento notarial para testamentos en dieciséis lenguas, y sobre todo puede elegir, con sólo apretar un botón, si quiere ser sepultado, ciogenado en ozono líquido, embalsamado, liofilizado, u otras soluciones más imaginativas. Esta mañana uno ha pedido que le proyectaran al espacio vestido de Batman...

-¿El señor Geber ya ha sido... nirvanizado? -preguntó LeO.

-Sí. Desde hace tres horas su línea de energía es roja. Eso quiere decir que apenas le queda una hora. Está bastante lúcido para hablar, pero no puedo dejarle entrar: en el nirvana sólo son admitidos los familiares y usted, por razones, digamos, genéticas, no puede ser en absoluto un pariente...

-Era su máquina de escribir -dijo LeO-, ¡le he acompañado por todo el espacio! Por favor...

-No hay más que hablar -dijo Charos, y prosiguió la lectura de un diario deportivo.

LeO observó la fecha: tenía un mes de antigüedad.

-¿Qué sorpresa, eh, la final del campeonato de fútbol eurónico? -dejó caer astutamente el pequeño robot.

Charos se hizo todo oídos.

-¿Usted sabe el resultado final?

-Sí. En nuestra astronave hay una radio de ondas parsec; todos los domingos consigo oír las estaciones terrestres.

-¿De veras? -preguntó Charos en voz baja, acercándose-. Sabe, aquí, en Meskorska, está prohibido tener noticias frescas del campeonato terrestre. Los dirigentes temen que esto nos haga sentir nostalgia de casa...

-Yo -dijo LeO con desenvoltura-, sé todos los resultados.

Charos le miró con los ojos abiertos de par en par.

-Si me los cuenta, le dejaré estar en el Nirvana cinco minutos.

-Cuarenta y cinco.

-De acuerdo. Pero no me los diga inmediatamente -dijo Charos, temblando-. Oh, Dios, qué emocionado estoy. Es como ver todo un partido en pocos segundos.

-Pues bien, en las semifinales... -comenzó LeO.

-No, espere... yo me siento aquí, y usted póngase allí, con la cabeza delante de aquella pantalla. Finja que es un periodista televisivo. ¡Dios, qué emoción! ¡Qué taquicardia!

-Pues bien, querido telespectador -voceó LeO-, han llegado a las semifinales el Angriff de Berlín, los Turbantes Amarillos Ch'I de Pekín, los Liverpool spinters y...

Charos dio un salto.

-¡Y la Juventud Mediterránea!

Charos lanzó por el aire varios analgésicos gritando:

-¡Lo han conseguido! ¡Mi equipo! ¡El equipo de Kalosartipos, mi ídolo!

-El griego Kalosartipos ha sido uno de los mejores de los Mediterráneos, marcando el gol que ha dado la victoria a la Juventud sobre los chinos por dos a uno en la primera semifinal.

-¡Dios mío! -dijo Charos, llevándose la mano al pecho-, de modo que... estamos en la final...

-En la final -prosiguió LeO-, la Juventud Mediterránea se enfrenta al Angriff Berlín, que ha eliminado a los ingleses con tres goles del tremendo delantero centro Van Merode...

-¡Maldito panzer! ¡Un medio robot!

-Como es obvio, el principal problema táctico para el entrenador de los Mediterráneos, Dino Zoff, consiste en bloquear al poderoso alemán, que, como saben, tiene articulaciones de acero en las rodillas, los tobillos y los codos, y cuando está lanzado es imparable. Pero el genial y veterano entrenador inventa una artimaña sensacional: pone al lado de Merode al terrible defensa Leo Mastino, llamado «la llama» por su bestial incorrección y por la costumbre de escupirles a la cara a los adversarios. Mastino comienza inmediatamente a escupir, pero no a la cara, sino a las junturas metálicas del alemán, con el resultado de que a la media hora de juego Van Merode se mueve dificultosamente por culpa del óxido. ¡La saliva de Mastino parece inagotable! ¡El panzer está bloqueado! ¡El masajista lo engrasa en vano!

-¡Bien, Mastino! ¡Sigue así!

-En ese momento la Juventud, animada por trescientos mil hinchas se lanza al ataque, pero Rossi IV falla una fácil ocasión.

-¡Lo sabía! -gritó Charos-. ¡Rossi siempre falla los partidos importantes! ¡Hay que cambiarlo! ¡Meter a Kalosartipos!

-¡En la segunda parte avanza por la derecha Caboto, dispara al centro, salta de cabeza Cotugno, y poste!

-¡Alemanotes de mierda! -gritó Charos descompuesto, apretando los botones y lanzando jadeos agónicos-. ¡Vergüenza tendría que daros! ¡Ahora hasta los palos!

-En el minuto ochenta y seis Kalosartipos sustituye a Rossi IV.

-¡Ahora te das cuenta, a tres minutos del final, imbécil de Zoff, ahora que hemos perdido!

-El partido está a punto de terminar cero a cero, recordemos que al Berlín Angriff le basta el empate para vencer el campeonato gracias a la ventaja de goles... pero he aquí que Kalosartipos corta un balón en el centro del campo... adelanta... deja atrás a Bauers... llega al borde del área... dribla también a Stirner... avanza, está sólo en el área..., ¡derribado! ¡Kalosartipos, derribado, a dos pasos del portero!

-¡Penalty! -perdida toda compostura, Charos saltó y se subió a una silla-. ¡Era un penalty tan grande como Júpiter! Lo he visto clarísimo. ¡Arbitro marrano!

-El arbitro señala el punto de penalty. Penalty a favor de la Juventud Mediterránea.

Charos comenzó a pasear arriba y abajo de la sala. Estaba pálido como un muerto.

-El estadio está en completo silencio -dijo LeO-, este tiro vale un campeonato. Vemos como Kalosartipos toma carrerilla. Chuta. ¡Gol! Juventud uno, Angriff cero.

-¡Goooooooooool! -gritó Charos, completamente congestionado-, ¡goooool! ¡Somos campeones!

Y se cayó de la silla.

-El arbitro pita el final -prosiguió LeO-, los espectadores entusiasmados llevan en hombros a Kalosartipos... ¿Qué le sucede, doctor Charos?

LeO se acercó al doctor, que estaba tendido en el suelo con una expresión beatífica en el rostro.

-Es la mayor... alegría... de mi vida -suspiró Charos.

Y expiró.

A LeO no le dio tiempo de decirle que lo había inventado todo. Pero, pensándolo más detenidamente, tampoco se lo habría dicho.

Geber

LeO se hallaba ahora delante del lecho de Geber. El periodista parecía adormilado, con una aguja en un brazo, y el tubito del whisky colgándole de la boca. En el cabezal de la cama, la radio tocaba Buenas noticias amor. Monjas blancas y gordinflonas pasaban silenciosas, sobre patines de ruedas. Geber abrió los ojos y vio al pequeño robot. Sonrió y exclamó:

-POR BOCA DE UN ROBOT

LOS ÚLTIMOS INSTANTES DEL GRAN GEBER.

LeO no supo qué decir. Una monja, que pasaba tras él, le susurró al oído:

-Lleva dos días delirando. Sólo habla con titulares de periódicos. Si usted no se adapta a hablar de ese modo, no le contestará.

LeO observó el rostro pálido y febril de Geber y procuró animarlo:

-LA FUERTE FIBRA DE GEBER
LUCHA CONTRA LA MUERTE.

Geber contestó, moviendo la cabeza:

-Nuestra entrevista en exclusiva con el doctor Tubi.
NINGUNA ESPERANZA PARA GEBER.
-¿UNA ENFERMEDAD MISTERIOSA
ESTÁ ACABANDO CON GEBER? -dijo LeO.
-TODA LA VERDAD SOBRE EL FINAL
DEL PERIODISTA GEBER -fue la respuesta.

*»Meskorska, de nuestro enviado. No ha sido en absoluto una enfermedad misteriosa la causante de la muerte del periodista Geber. El periodista, una de las plumas más veneradas del régimen, ha sido envenenado por su director, después de haber descubierto en el planeta de Mellonta un cementerio de setenta mil desaparecidos... NO. ¡CALUMNIAS! ¡NO! CALUMNIAS de los subversivos.*

Geber comenzó a temblar.

-Repito:
»TODA LA VERDAD SOBRE EL FINAL
DEL PERIODISTA GEBER.

*»Meskorska, de nuestro enviado. Han perdido fuerza rápidamente los rumores según los cuales el famoso periodista Geber habría muerto por envenenamiento. Los rumores, que han circulado en los ambientes de la oposición, han sido desmentidos por el director del Hospital de Meskorska profesor Tubi, conocida luminaria además de* PRIMO DEL MINISTRO PTOLMAY ADEMÁS DE PROPIETARIO DE GARITOS Y CONTRABANDISTA DE MORFINA..., ¡no!, ¡corten!, ¡corten las líneas! ¡Quiten el subtítulo! ¡Fuera de la página ese fragmento!

Geber comenzó a retorcerse en la cama. La monja llegó patinando a gran velocidad y le inyectó un calmante.

-Pobrecillo -dijo-, está esquizofrénico. ¿Lo oye? Habla con dos voces diferentes.

Geber jadeaba y se debatía en la cama.

-¡Socorro! ¡Un cocodrilo! ¡El cocodrilo del director! ¡Me come! Abre la boca y..., eso, salen las palabras... colega ejemplar..., ¡socorro!, límpida carrera profesional... donó toda su carga de entusiasmo... socorro... ¡Nooo! ¡Lo veo! ¡El cocodrilo en tercera página!

»LA LECCIÓN
DE GEBER.

LeO titubeó, y luego planteó la pregunta que le interesaba:

-¿CONOCÍA GEBER
LOS SECRETOS DE VAN CRAM?

El ojo de Geber adquirió vivacidad. Dijo con un hilillo de voz:

-*Una exclusiva del gran Geber:*
«AQUELLOS MESES DUROS Y VIOLENTOS
EN LA NAVE DE VAN CRAM.

LeO le susurró al oído:

-EL MAPA DE LOS BOOJUM:
UN MISTERIO SIN RESOLVER.

*-Sumario: en la carrera al planeta dos, es posible sea decisivo el famoso mapa de los Boojum: si los sineuropeos se apoderan de él, mantendrían su ventaja.*

Geber jadeó con las últimas fuerzas:

-¡Siete columnas, título de apertura!
¡HE VISTO EL MAPA DE LOS BOOJUM!

»Meskorska, de nuestro enviado. He visto el mapa de los Boojum: se encuentra en Mellonta, a los pies del hombre-serpiente. Quién es el hombre serpiente, os preguntaréis... pues bien...

«EDICIÓN EXTRAORDINARIA
IMPREVISTA DESAPARICIÓN
DEL GRAN GEBER.

Geber soltó un estertor, reclinando la cabeza, y Leo entendió que ya no podía preguntársele nada más. Salió corriendo excitado. Lo que sabía era muy importante, y habría sido lamentable que cayera en manos ajenas. Pasó rozando las camas, Sara zumbó algo, y el robot se sorprendió un poco de que un enfermo se levantara de la cama, después dos, vio sus caras amenazadoras, y una sábana blanca le cubrió. Ya no vio nada más.

Calalbakrab: Una Conjura En El Espacio ¿Quién No Quiere Al Rey?

-Está siendo torturado -dijo Alya, triunfante-. Oh gran Temugin, oh Terror de los cielos, se aproxima el gran día. Es posible que en el robot que hemos capturado esté realmente la clave para llegar a ese planeta.

-No creo, Alya -dijo el adivino El Dabih-, aún estamos muy lejos, y el camino está lleno de misterios.

El Gran Escorpión se acercó a los dos. Llevaba en la mano un jarro precioso, y dos esbeltos cálices.

-;A quién debo creer, entonces? -dijo, llenándolos lentamente de líquido-. ¿Al optimismo del buen Alya, que me adula, y me hace creer que vive únicamente de mi luz, y que me será siempre fiel? ¿O a las palabras oscuras de El Dabih, que me sirve pero no me ama, me aconseja pero no me aprecia, me sigue únicamente porque soy el más fuerte? Ay de mí, el rey no duerme tranquilo, porque sabe que siempre, junto a él, hay un traidor: puede ser el mago, o el bufón, el mejor amigo o el duque rival, o la favorita, o su propia madre. ¿Quién me traicionará? ¿Quién se vengará? ¿El buen Rigoletto o el oscuro Rasputín, o el pacífico eunuco Chen Kuo? ¿O Gano, o tal vez Hop-Frog, o An Lushan? ¿O tal vez Almagro? Por un fiel, mil traidores cerca del Grande. Pocos Goebbels, muchos Goering.

-Majestad -dijo Alya-, ¿cómo podéis pensar que yo pueda traicionaros? ¿Qué motivos tendría?

-Mil motivos -sonrió el rey-; eres ambicioso. Has dicho muchas veces que no te contentas con lo que tienes en esta Tierra. Estás lleno de vicios...

-Pequeños vicios, Majestad, pequeños vicios.

-Eres cruel -continuó el rey- y mentiroso. Tu plato preferido es el estofado de colibrí. Cuando hice fusilar a mi gato Serse, por el horrendo delito que extinguió la raza de los colibríes en la Tierra, siempre sospeché que aquellas plumas en el hocico se las habías puesto tú.

-No es cierto, Majestad -palideció-. ¿Cómo podéis pensar...?

-Puedo pensarlo todo -dijo el rey-, hasta que la bomba que estalló en la sala de audiencias la hiciste colocar tú. Que has sido tú quien mató al telépata de a bordo. Que seas tú la cabeza de esta

conjura...

-Majestad -dijo Alya inclinándose-, haría cualquier cosa por demostraros mi fidelidad.

-Eso es exactamente lo que vas a hacer -dijo el rey, ofreciéndole el cáliz-. ¡Bebe! Una de las dos copas está envenenada. Tengo pruebas de que uno de vosotros dos es un traidor. Pero si tienes la conciencia tranquila, Alya, bebe. Y tú también, El Dabih.

El adivino miró al soberano a los ojos. Bebió lentamente su vino. Alya, por el contrario, se quedó con el cáliz en la mano, temblando.

-De modo que no bebes -dijo el rey-. ¿Tu fidelidad ya vacila?

-Pero si... la copa de El Dabih no estaba envenenada... si él sigue vivo... entonces es la mía... majestad... yo... -balbuceó Alya- ¡perdonadme!

-¿De qué? -rugió el rey, apoyando el sable en su garganta.

-No lo sé, de lo que sea, pero ¡perdonadme! -imploró el ministro, arrojándose a los pies del Escorpión.

El rey lo alejó de un puntapié.

-Guardias -gritó-, ¡lleváoslo! ¡Torturadlo! ¡Hacedle confesar... lo que sea! ¡Cualquier cosa por la que pueda ser condenado a muerte! ¡Y matad a su secretario! ¡Y matad a los soldados que estaban de guardia cuando estalló la bomba! ¡Ay de quien quiera traicionar al Escorpión!

Cuando los gritos y las invocaciones de Alya se apagaron en los vastos corredores, Akrab se acercó al adivino y señaló la copa vacía:

-¡Así que tú me eres fiel, El Dabih! -dijo.

-Tú lo sabes, rey. He bebido porque, si tú has decidido que yo muera, es mejor que muera inmediatamente. ¿Cómo podría oponerme?

-¡De modo que ni siquiera de tu fidelidad puedo estar seguro! -dijo enfadado el rey-. Entonces, ¿por qué sigues a mi lado?

-Porque confío en poder detener tu locura -explicó el adivino-. ¿Crees acaso que sembrar el terror en esta nave, matar a tu antojo, puede servir de algo? Tú sabes perfectamente que Alya no ha conspirado contra ti. Puedes matar a todos tus ministros y a todas tus leyes, pero el miedo sigue dentro de ti. ¡No puedes cortarle la cabeza!

-Adivino -dijo el rey-, si llamas locura a mi ley, entonces cualquier ley es una locura. Al no beber, Alya ha cometido un pecado, el peor para un subdito: considerar su vida más importante que la de su rey. Tú eres un hombre que escruta en la vastedad de los cielos y en la pequeñez de los vapores, sabes ver el abismo de las gotas de una taza y en lo que está detrás de los ojos cerrados. Pero yo debo contemplar el mundo, el real: las armas, las tierras, las riquezas. En todo eso no hay magia: hay orden. ¡Tú no puedes entender lo que es el poder! ¡No me juzgues, porque podrías arrepentirte! ¡Yo puedo ser mucho más peligroso que un presagio!

-No te temo -dijo por toda respuesta el adivino, sin dejar de mirarle a los ojos.

El Rey Akrab, sin darse cuenta, retrocedió un paso. Luego la ira le devolvió las fuerzas. Con voz tranquila dijo:

-El Dabih: tú has dicho que nada malo me sucederá mientras el cielo no caiga sobre la tierra...

-Así decía la profecía.

-Pues bien -dijo el rey, y los ojos le brillaban de astucia-, hasta ese día, o sea para siempre, te nombro mi Primer Ministro. Tendrás un palacio, e instrumentos para contemplar las estrellas, ¡y tanto oro como ninguno de mis consejeros ha tenido nunca! ¡Acepta esta oferta, adivino!

El Dabih no manifestó ninguna sorpresa. Cogió una pluma, y escribió unos números en una hoja.

-Gran Escorpión -dijo al final, mostrándosela-, los árabes inventamos estos números: el sistema decimal. Pero nuestro mayor invento fue syfr. Syfr, que luego se convirtió en zephirus y luego en cero. Inventamos el número que indica el vacío, la nada. Un número terrible, en cuyo signo circular se puede extraviar la mente. Pues bien, tú conoces el cero, es el número de las grandes cifras; añadido, en una larga hilera detrás de un simple número, lo convierte en un monstruo: un millón, un millón de millones. Son los números con los que se indican tus grandes riquezas: y el cero camina en fila, igual que en una caravana los camellos cargados de gemas y de sedas, detrás de su amo. Él siempre es tu siervo fiel: un cero. Tu pueblo, tantos ceros detrás de ti, al igual que tus consejeros. Yo podría ser tal vez el segundo o tercer cero, en el gran número de tu gloria, pero siempre vacío, igual a todos los demás. Pero no es ésta la única cosa que no entiendes. El cero también abrió otro camino: si al cero le sigue una coma, y después otros números, pues bien, no habrá número, por grande y monstruoso que sea, que

pueda salir de su horizonte. Crecerá, alineará cifras como soldados, pero siempre será, ay, menor que el número más pequeño, menor que uno. Tú corres detrás del poder absoluto, pero por más cifras, números y soldados vivos y muertos que puedas poner juntos, delante de ti hay un cero: el misterio que no entiendes, la naturaleza, que supera a todas tus riquezas, el cielo, al que no puedes acercarte. ¡Y fíjate! Después del cero, y de la coma, pueden seguir otros muchos ceros. Millones de ceros. Pero si al final hay un número, este existirá. Éste es el mundo que no te pertenece, la vida que se te escapa, lo infinitamente pequeño de la libertad oculta, el misterio de la complejidad que no puedes poseer.

»Tu subdito más miserable es un número al final de muchos ceros, pero existe, está vivo. Hay quien admira las grandes magnitudes y los grandes números necesarios para expresar la grandeza del universo, las distancias entre las estrellas. Pero tanto el sabio como el hombre corriente se sentirán igualmente perplejos ante los números que siguen y encuentran la más pequeña partícula atómica, el ojo de la abeja, la célula. Esta vida que te rodea, tus subditos, la naturaleza, lo que está en la otra tierra lejana del cero, es algo que tú desprecias. Querrías eliminarla. Crees que todo se puede comprar, crees que tus números son bastante grandes para abarcar el mundo. No son más que syf r, zephir, la nada, el vacío. Las cosas que tú puedes comprar son un número tan infinitamente pequeño que tendrías que avergonzarte. No te vanaglories de tu riqueza. No es nada, tanto si la comparas con el cielo como si la comparas con los mundos de lo infinitamente pequeño. Gran Escorpión, oculta tu oro, cierra el libro de los números, porque eso para ti es espantoso.

El Relato De Sara (Versión Libre Del Abejes)

Yo y LeO juntoz haber entrado paredez blancaz olido olorez eztrañoz LeO dicho apezta medizinaz, zí, luego vizto hombre llamado Geber el maz bien parezer marchito y cuenta hiztoria que yo oír entera puedo contaroz pero cuando pueda zalir dezir LeO vizto a ezpaldaz algunoz hombrez eztrañoz fuera de camaz zumbar, zí, pero LeO no ezcuchar y yo hazer cozquillaz oreja LeO dezir cuidado hombrez eztrañoz a nueztraz ezpaldaz y elloz zallan zobre LeO, zí, y LeO cae zuelo gran eztruendo y dizpara zu rayo y yo procuro ayudarle y zalto contra ojo hombrezito y le dejo ziego pero otroz doz hazen zip zip con piztola rayoz LeO herido metido dentro zábana zaco zacado fuera yo nada puedo hazer zumbo zumbo hazia aztronave carrera cazi choco con ezcarabajo diztraído zí que volaba cabizbajo, zí, llegar aquí todo zecreto Geber bruja hombre zerpiente puedo contaroz pero yo muy trizte porque LeO prizionero, zi hubieze tenido miz zezentamil amigaz de colmena picar hombrez zi hazerlez grandez pupaz pero zola qué hazer zentirme zuperflua como mezquita, no me guztan hombrecitoz muchaz vecez robar florez invadir colmena robar miel pero nunca robado amigo, zí, hombre ez animal maz tonto y zanguinario y eztúpido de toda galazia eztoy zegura zí.

Cálaleakrab: Cómo Se Prepara Una Revuelta A Ritmo De Rock

Las Dzunum estaban ensayando Lo que no te esperas, una de sus piezas más famosas, en la sala de grabación de la nave. Incluso los más duros guerreros de la nave movían un poco el pie siguiendo el ritmo.

*Soy el que toca el saxo en los strip*
*el que habla solo*
*el que duerme cubierto de viejos diarios*
*y cruzaré la calle para morir*
*bajo tu coche bien lavado*
*soy lo que no te esperas.*

-A todo volumen ese bafle, Vassiliboyd -dijo Coyllar-, cubrirá nuestras voces, y no podrán interceptarnos con los micrófonos. Ven, entra. Estamos decidiendo, y tenemos que

apresurarnos, hay un clima de terror en esta nave. ¿Estamos de acuerdo respecto al plan? ¿Tú también, nuevo adepto?

-Me gustaría discutir un poco los detalles... -dijo Vassiliboyd.

-¿Ya quieres echarte atrás, piloto? -dijo Alice, apoyándole amenazadoramente un disco cortante en la garganta.

-Eh, chiquilla, yo ya estaba con los rebeldes cuando tú aún no habías nacido. Pero en todos estos años jamás se me había planteado el problema de apoderarme de una astronave con doscientos soldados. ¿Creéis que es fácil? ¿Tenéis un plan?

-Escucha, piloto -dijo Lorina-, Akrab lleva en el cuello una gema: colocándola bajo la luz del ordenador central, la refracción provoca al cabo de tres minutos la separación de las dos partes de la astronave. Mientras tanto, nosotros nos apoderaremos de nuestra parte y dejaremos que la Elgenubi flote en el espacio. Así no sólo le sabotearemos, sino que tendremos una astronave para nosotros, para buscar un lugar en el espacio donde vivir como personas libres.

-¿Y pensáis que hay muchos tripulantes a nuestro favor?

-Más de los que crees -dijo Coyllar-, por lo menos la mitad de los amerorusos y también muchos árabes.

-De acuerdo -dijo Vassiliboyd-, yo quiero ayudaros contra el hombre que ha matado a mi mejor amigo. ¡Pero vuestro plan me parece una locura! Sería preciso dejar fuera de combate a todos los soldados de la nave durante un tiempo mínimo de diez minutos, llegar hasta el rey Akrab, coger el prisma, apoderarse de la nave..., ¿cómo pensais conseguirlo?

-Con la música -dijo Lorina.

-No me toméis el pelo -dijo el piloto.

-No nos crees a la altura de la misión, ¿verdad? -dijo Coyllar-. Pues bien, me veo obligada a decirte unas cuantas cosas: la bomba en la sala de audiencias la pusimos nosotras, para provocar la ira del rey, de modo que él, matando a guardias y ministros, como ha hecho, se ganara el odio de la tripulación.

-Y tenemos ya de nuestra parte a dos técnicos del ordenador central -dijo Edith-, y cuando partimos descubrimos inmediatamente a su telépata-espía y lo eliminamos con un solo de cuchillo. ¿Todo esto no te parece un plan?

-En cuanto al modo como les atacaremos -dijo Coyllar-, mira este instrumento. Se llama Ultradivarius, es un violín electrónico. Lee sus características.

Vassiliboyd leyó con interés, y al final silbó con admiración.

-¡Chicas, Dylaniev llevaba razón al confiar en vosotras! Estoy contento de tomar parte en el plan en su lugar: ¡creo que a su Majestad no le gustará la música de este concierto!

A Bordo De La Zuikaku: La Ejecución De Los Ratones Rebeldes

El líquido negro y viscoso hervía en la bañera. Los ratones condenados, vendados, estaban en fila india sobre la pasarela. Todos los demás estaban alineados debajo: muchos de ellos lloraban. Algunos, con un coro ultrasónico inaudible para los humanos, cantaban gris es mi color. Les dominaba desde arriba, con su metro cincuenta, el general Yamamoto con el uniforme de Gran Carnicero; a su lado, Harada, más bien pálido.

-En mi calidad de legítimo representante del imperio militar saín y de su justicia en esta nave -dijo Yamamoto-, ejecuto la sentencia de muerte por cocacolación de los siguientes soldados: Cursor, Pause, Gosub, Degree, Radian, Beep On, Beep Off y Log por insubordinación. Y además de los soldados, On, Input, Unlock, Status, Mem, Mids, Data y Pigreco, culpables de haber dejado escapar, con su cobarde comportamiento, un objetivo de tanta importancia estratégica como el robot sineuropeo LeO. En especial, en cuanto al soldado Pigreco, el cual, contraviniendo la orden de fingirse ratón mecánico, ha originado el incidente, su muerte no se producirá por anegamiento, sino por estilicidio de gotas sobre el cráneo.

-Es una crueldad -gritó Unlock-, ¡bruto!



Librodot

-Silencio -gritó Yamamoto-, precédase a la ejecución.

Con la punta del sable, Harada empujó al primer ratón por la pasarela. El animalito se resistió un instante, y luego se precipitó. La coca cola burbujeó y lo devoró rápidamente, y en pocos segundos sólo quedó su pequeño esqueleto. Un chillido de irritación se alzó en la aeronave. Un ratón vomitó. Uno tras otro fueron cayendo los restantes condenados: todos murieron con gran dignidad. Con gran derroche de humor, Beep Off llegó a decir:

-No, la coca cola no, me hace eructar.

Y se zambulló con una cabriola.

Luego le llegó el turno a Pigreco. Subió al patíbulo, con el hermoso hocico ratonil muy erguido y los bigotes erizados en señal de desafío. Se dejó atar al poste de la tortura. Desde arriba, de un recipiente con un grifo, el líquido comenzó a corroerle el cerebro.

-¡Fijaos todos! -dijo Yamamoto-. ¡Así terminará todo aquel que se comporte cobardemente en la guerra!

Todos los ratones permanecían inmóviles, y mudos. Ni Pigreco emitía un grito. En realidad, estaba dando un discurso ultrasónico a sus amigos.

La Despedida De Pigreco

-¡Soldados, roedores, ratones libres! Yo muero, pero no en vano. Mi fin os revela el auténtico rostro del tirano. ¡Aquel de vosotros que creía que era un gran privilegio salir de las cloacas, tener comida y alojamiento, y un bonito uniforme, que ahora piense lo contrario! Los poderosos hombres nos utilizan como carne de cañón, pero apenas reclamamos el derecho a la vida y a la dignidad, vuelven a tratarnos como animales. ¿Acaso nosotros no podemos amar la vida? ¿Tenemos tal vez que luchar por algo que nunca será nuestro? ¿Acaso están hechos los asteroides de queso de oveja?

-No -gritaron a coro los ratones.

-Yamamoto dice que la guerra y el saqueo son connaturales a todos los seres, y Yamamoto es un hombre, mejor dicho un hombre honorable. Pues bien, yo os digo -prosiguió Pigreco-: ¿acaso nosotros entramos en las casas humanas para buscar esclavos o diamantes? ¿Alguno de vosotros ha salido alguna vez de un apartamento con un reloj al cuello, o con un cheque en la boca? ¡NO! ¡Si robamos, es por hambre!

-Es verdad -dijeron los ratones.

-¡Yo os digo -continuó Pigreco- que ahora, mientras esta melaza asesina me deshace el cerebro, veo muy claro! ¡Nos hemos equivocado al servirles! Nos han llenado la cabeza con sus teorías sobre la evolución. Y ellos, naturalmente, se han situado en la cumbre de la evolución. Pues bien, ¡digamos nosotros lo que Darwin nunca ha dicho! ¡La evolución no es lineal, sino que avanza a saltos, y en su último salto ha caído en un pantano: el hombre!

Aplausos.

-Ya pueden hablar ellos de la evolución, de la selección natural. También nosotros podemos mezclarnos los cromosomas, alargar patas y bigotes, dejarnos crecer las branquias, adaptarnos a cualquier ambiente. Pero, ¿y si luego un hombre se levanta una mañana con el pie izquierdo y nos deja secos a tiros? ¡Adiós, selección natural! ¡Recordad a nuestros caídos! Los millones de ratones-guardias urbanos aplastados el año pasado en las calles de Tokio, los nueve millones de ratones utilizados para tapar el agujero del dique de Hokkaido, y los treinta millones de ratones que todos los días son hamburguesizados. ¡Recuperemos nuestra libertad, amigos! Mejor una migaja en tu bodega, que una barra de pan detrás de las rejas.

-Digamos diez migajas -gritó el ratón Wait.

-¡Ya es hora de tomar una decisión, amigos! Durante años los humanos nos han hecho dar vueltas en sus laberintos experimentales para comprobar si éramos inteligentes. Hemos acabado mareados a fuerza de hacer kilómetros en zig-zag para llegar a un pedazo de queso. ¡Ya basta, ahora el pedazo de queso lo cogeremos sin pasar por su laberinto!

-¡Em-men-thal, Em-men-thal! -cantaban a coro los ratones.

-No mendigaremos más comida delante de sus restaurantes con la enseña del gato fetiche maneki-keko -dijo Pigreco-, ¡no viviremos más debajo de sus mercados de frutas y verduras, sino dentro de sus mercados!

-¡Ensalada libre! -gritó And.

-¡Y si ellos llaman a sus gatos, nosotros llamaremos a nuestros virus! ¡Y les apestaremos a todos!

-¡Bubas para el tirano! -gritó Return.

-Amigos -dijo Pigreco, con voz cada vez más tenue-, la innoble bebida me traspasa ya e invade mi cerebro provocándome pesadillas con jóvenes cretinos que ríen en las playas al crepúsculo vaciando latas. ¿Acabaremos todos nosotros igual de idiotas que los humanos? ¡No! ¡Rebelémonos!

Se produjo un aullido ratonil de entusiasta adhesión.

Pigreco movió fatigosamente su cabeza podrida.

-Ha llegado mi hora. Amigos, desde que Erasítrato mató de hambre al primer gorrión, el hombre ha torturado al animal. Recuerdo los hermosos días que pasamos juntos, cuando en Tokio nos divertíamos ocultándonos bajo los sombreros y haciéndolos correr para asustar a la gente. Entonces muchos japoneses amaban la naturaleza: ¡qué lejanos parecen aquellos días! Pues bien, ¡os dejo! Me voy a los jardines sagrados de la Gran Vaca, donde de los árboles cuelgan quesos y en la playa suena el romperse del yogur, donde las trampas están prohibidas por la ley y los gatos son vegetarianos. ¡Adiós amigos! Luchad en mi nombre y recordad lo que decía el gran Gas Gas: «un queso de veinte kilos se digiere mejor si estás encima de él que si estás debajo.» ¡Libraos del peso de la opresión! ¡Buaaaaaaaaaaark!

Fue su último grito: la coca cola había terminado con el buen Pigreco, Todos los ratones se fueron, con la cola baja.

***El Silencio Del Mar***

Machu Picchu ¿Quién Llegó De Arriba?

Y el viejo Fang y el joven Einstem llegaron a la cima del Machu Picchu, la ciudad del cielo. Andaban algo mareados, debido a la atmósfera de los dos mil metros y a las botellas de chicha que habían bebido. Por encima de ellos, las cuatro grandes montañas: el Acongate, el Ausengate, el Salccantay, el Soray, todas ellas próximas a los seis mil metros. Debajo, una niebla densa y lechosa se movía lentamente, como un mar inquieto.

-¡Esta niebla -dijo Einstein, tan borracho como uno de los siete sabios- son las almas de los muertos jíbaros, suspendidas entre el cielo y la tierra!

-No, doctor -dijo el guía Camilla-, son los motores de las excavadoras.

-¿Queda un poco de chicha?- murmuró entonces el muchacho-, me siento un poco débil. Eh, ¿qué son esas dos cosas redondas del fondo? En el supuesto de que sean realmente dos...

-Son dos morteros -dijo el guía-, se les llama «los ojos que miran el cielo» porque todo, en esta ciudad, mira hacia arriba. Allí, sobre aquellas catorce grandes terrazas, estaba Innhuatana, el «lugar donde se une al sol». Allí hay un cuadrante con todas las fases solares y lunares, y un mapa de las estrellas.

Einstein contempló la ciudad misteriosa, y le pareció una gigantesca rampa rocosa de lanzamiento hacia quién sabe qué destino cósmico.

-¡Qué tiene que ver todo esto con la agricultura! -exclamó de repente-. ¿Esta ciudad no fue construida porque debajo había campos fértiles? ¿Por qué las patatas tenían que ser cultivadas tan arriba? ¿Por qué estos incas se divierten creando misterios?

-Me parece que no existen grandes misterios -dijo Fang-, la agricultura está relacionada con el sol, las fases lunares, la lluvia. Tú te empeñas en que sea mágico lo que, por el contrario, va unido a verdades muy sencillas...

-La agricultura es una cosa, la magia otra, la ciencia una tercera, y la chicha las incluye a todas -sentenció Einstein, hipando.

-La magia -dijo Fang, cogiendo al muchacho por el brazo- va unida a la tierra, a sus ciclos, a sus cambios, y los observa con atención, exactamente igual que la ciencia. Luego, un día, los hechiceros y los reyes deciden utilizar la magia para aterrorizar a los hombres y dominarlos. Lo que tiempo atrás era natural, se convierte en secreto. Hay un dicho vudú que reza: «Con el sonido del tambor mágico he amaestrado al perro de la peste y del fuego, y ahora me obedece, y yo lo azuzaré contra quienquiera que se rebele.»

-Parece una amenaza nuclear -dijo Einstein- hecha por un gobierno que ha bebido mucha chicha. Eh, Catuilla, ¿es verdad que vuestros hechiceros beben grandes mixturas vegetales cuando quieren... hum, entrar en comunión con las cosas?

-Es verdad. Beben y ven las cosas en el tiempo oculto, las cosas de las que no puedes hablar.

-¡Tengo una idea! -dijo Einstein-. Propondré la chicha a nuestros físicos que no consiguen verbalizar los conceptos de la cuarta dimensión espacio-tiempo. Adelante: ¡que entren los tambores en nuestros laboratorios! ¡Ay me ay ohieeee! ¡Hache dos oooo!

-El muchacho ha bebido un poco para entrar en calor -explicó Fang al sorprendido Catuilla, mientras seguían subiendo las altísimas escalinatas-. Quisiera hacerle una pregunta: ¿qué puede decirme de estas Acclaluna, las vírgenes del sol que vivían en el templo de esta ciudad?

-Es una historia oscura -dijo el indio-, eran mil quinientas, vivían siempre encerradas, nadie volvía a verlas después de que hubieran entrado en el templo. Su misión era custodiar un culto, pero no se sabe exactamente cuál... desaparecieron en la nada.

-¿Y qué ritos se celebraban aquí arriba? ¿Y por qué en un punto tan alto, y con tanto secreto? ¿Y por qué esta ciudad fue construida después de las demás, y tan apartada...?

-No lo sé -dijo Catuilla, que pareció turbado-, no me haga preguntas a las que ni sus sabios han sabido contestar. Ahora creo que ya es hora de bajar... va a volver a nevar.

Einstein contempló al indio que descendía las terrazas apresuradamente, a saltos.

-¡Se va! ¡Le has asustado! ¡Nos oculta algo! ¡Yo sé lo que es, y tú también lo sabes, querido amigo chino! Es una idea que a los dos nos bulle en la cabeza.

-Sólo es una idea.

-¡Y por qué no hablar de ella, entonces! También tú piensas en una influencia alienígena sobre esta civilización. Estos incas observan el cielo porque del cielo baja algo. Baja a estas altas y enormes terrazas, que son una perfecta pista de aterriza|e. Sólo unos pocos elegidos, sólo la familia inca conoce este secreto. En estos templos se ocultan las astronaves, tal vez se elabora una energía desconocida. Las carreteras, esta ingeniería refinada, proceden de una cultura superior, de otro planeta. Su proyecto es lo que guía a lo incas. Y ahora ellos nos desafían a entenderlo. Y los indios no nos quieren ayudar: ¡porque siguen teniendo miedo de ellosl

-Oh, Éinstein, corres demasiado -dijo Fang-, tu ordenador te echaría una reprimenda.

-Todo es perfectamente posible -insistió Éinstein-. Atiende: una raza alienígena elige a estos incas para quién sabe qué plan cósmico. Llegan del cielo con sus platillos volantes. Mira, si no, estos dibujos, Fang. Mira su rueda solar, allí están los motores a reacción, los ojos de buey...

-Si cualquier cosa redonda te recuerda a un platillo solar, piensa también en la rueda de Ezequiel, la rueda celta, la rueda vasca, la rueda hindú, los mándala, la rueda de los trigramas chinos...

-Es posible que hayan llegado a muchos lugares -dijo Éinstein, excitado-. ¡Ellos, los mayores científicos de la Historia! Los mayas contaban que sus dioses habían venido de Venus... la lápida de Palenque, donde aparece dibujado un dios maya que conduce una astronave... y los globos... ¿quién puede haberles enseñado a manejar los globos, Fang? Y también las líneas de Inca Nazca, aquellos dibujos gigantescos... eran signos, señales para el

que llegaba del espacio... son las líneas que también vio Van Cram en ese planeta, allí arriba... y he aquí que todo parece tomar forma... detrás de este misterio hay una Ciencia... no la nuestra, sino otra Ciencia, estos Dioses son científicos, ningún misterio, vinieron de alguna... universidad galáctica... con un maletín personal debajo de cada uno de sus ocho brazos... hip... el profesor Quetzalcoatl de la facultad venusiana de astrofísica os hablará sobre el tema... hip... la chicha como obstáculo epistemológico... hip...

-Éinstein -dijo Fang-, tu tesis es muy interesante, pero tal vez sea mejor que te sientes ahora.

El chino ayudó al muchacho a recostarse. Las montañas se asomaron para mirarle, o por lo menos eso le pareció a Éinstein. La cabeza le daba vueltas.

-Fang -suspiró-, ¡ya no entiendo nada!

-Vamos, cálmate, Frank -dijo el viejo.

-Yo -dijo el chico- no me llamo únicamente Frank. Me llamo Frank Ling Ti Einstein. Nací en Berlín en la sección genética del profesor chino Han. ¡Y ya he sufrido dos ataques de ciberfobia!

-¿Repugnancia al ordenador?

-Exactamente. Y si llego a sufrir un tercer ataque seré despedido, y acabaré marchitándome en alguna oficina subterránea. ¡ELLOS, los del gobierno, lo saben todo, Fang! Tú no lo sabes. Cuando tengas mi edad, lo entenderás. ELLOS lo saben todo acerca de nosotros, registran cada uno de nuestros gestos, pueden rebobinar y escuchar de nuevo la cinta de nuestra vida -el muchacho se levantó vacilante-. ¡Por este motivo debo irme! Debo regresar a Genius, resolver el misterio... Debo producir, o me eliminarán... Con ELLOS no se juega, Fang. Aunque no se oiga aullar, aunque en las grandes salas de control reine el silencio, ¡vivimos tiempos crueles, amigo mío!

Calalbakrab - Un Trabajo De Precisión

-Aumentad el voltaje.

-Voltaje aumentado. Ningún indicio de desequilibrio en los circuitos.

-Debe existir un punto sobre el cual intervenir. Probad a quitar la tapa superior.

-Tapa quitada. Veo unas sesenta unidades transistorizadas.

-¿Cuál de ellas podría ser el centro de la memoria? Intentad obstaculizar con una interferencia láser. Eliminad el contacto con las funciones primarias.

-Ya lo hemos intentado. El sujeto queda completamente paralizado en sus movimientos, pero es consciente.

-Intervenid con electrodos en los centros de la voluntad.

-Es inútil. A cada sacudida, el sujeto pierde el funcionamiento de las unidades centrales. Sólo emite datos de construcción y número de matrícula.

-¿Más propuestas?

-Se podría intervenir en la lubrificación periférica. Tal vez podríamos destruir los contactos del equilibrio creando desorientación espacio-temporal. Pero existen pocas esperanzas.

-No me gusta torturar a los robots -suspiró de repente el torturador jefe de la Calalbakrab, el profesor Munkal-; son demasiado resistentes. No se puede utilizar la privación sensorial. Al contrario, si se les encierra en una habitación oscura, roncan satisfechos. No sienten dolor. No se les puede coaccionar torturando a los parientes.

-Sí. Es un trabajo de mierda, jefe -dijo su ayudante, Nakir, contemplando pensativo el cuerpo de LeO tendido en la mesa de tortura, entre los hilos de los electrodos y el monitor de control-. ¿Y si probáramos a darle unos buenos puntapiés a esa maldita caja?

Munkal rió.

-¡Ah, los viejos métodos! ¡Cómo envidio a los pinches de la tortura, aquellos que utilizaban porras y agua salada! ¡Qué sencillo debía de ser torturar con ruedas hechas a mano,

según la antigua y genuina receta de los frailes inquisidores! Ahora todo es tan jodidamente igual, estandarizado...

-Pero eficaz... -dijo Nakir-. Desde que torturamos con el ordenador, tenemos un noventa y seis por cien de éxitos... y además se pierde poco tiempo.

-Ojalá -suspiró Munkal-. Posiblemente también esta vez tengamos que hacer caso a la tecnología. No hay modo de convencer a este robot de que hable. Para saber qué le ha contado ese periodista Geber en el hospital, tendremos que extirparle la unidad de la memoria, pasarla a una cinta y escucharlo todo. Será un trabajo interminable.

-Sí, jefe -dijo Nakir-, pero cuando le hayamos extirpado la zona de la memoria, ¿este robot seguirá funcionando?

-Sin esta pieza, no tendrá ninguna facultad vital. Se quedará con la inteligencia de un tostador de pan. El se lo ha buscado. Adelante. Poned en marcha el brazo mecánico para una resección de los ganglios y extirpación completa de la cassette memorial del tipo 234 A-Atari.

-Todo a punto -dijo Nakir-. Las instrucciones dicen: divídase al sujeto en cuatro unidades estructurales desenroscando el gozne central, y libérese la tapadera craneal liberando los ocho tornillos de sutura en semicírculo. Una vez hecho esto, levántese la copa protectora de acero...

-Oíd, chicos -dijo LeO-, cuando hayáis terminado, ¿seríais tan amables de meterme en una caja de montaje y enviarme a los amigos como recuerdo?

-¡No! Así escarmientas. Podías hablar cuando te lo pedimos -dijo Munkal-, y además cada una de tus piezas puede ser un microfilm. Ahora, pórtate bien. Podríamos comenzar por esas dos tuercas. Muy bien, así...

-Diez, nueve, ocho... -dijo LeO

-Caramba, está duro... no se desenrosca... ¡ánimo!

-Siete, seis, cinco -prosiguió LeO.

-¡Cállate! ¿Puede saberse qué murmuras?

-Es una oración -dijo LeO-, dos, uno...

La explosión fue tan fuerte que la Calalbakrab giró dos veces sobre sí misma, en un salto de carpa espacial.

Proteo Tien: Una Extraña Aparición

En la Proteo reinaba un gran silencio. Cada cual fingía hacer algo, sin acabar de conseguirlo. El primero en hablar fue Chulain.

-¿Por qué le han obligado a estallar? -dijo-. Es posible que si le hubieran prometido volverlo a montar no lo hubiese hecho.

-Lo hubiese hecho en cualquier caso -dijo Caruso-, una vez le revisé los circuitos decisionales. ¡Japoneses! ¡Testarudo como un kamikaze!

-No me gustan los kamikazes -dijo Kook-, no me gusta que la vida se desperdicie así, a cambio de nada.

-No lo ha hecho a cambio de nada -dijo Chulain-, ellos no se han apoderado de nuestras informaciones. Y además, mi sargento me decía: «¿Preguntáis si morir en esta guerra tiene un sentido? Es algo que sólo llegaremos a saber después de haber muerto.»

-Ahora que hemos descubierto esos robots guerreros ocultos hay que hacer una cosa urgente -dijo Mei-. Reestructurémoslos inmediatamente. ¡Esta será nuestra respuesta a la muerte de LeO!

-Me dejas un poco perplejo, Mei -dijo Chulain-. Tu señor Mao decía: sólo una guerra puede preparar una larga paz. Ahora yo no digo que debamos entrar en guerra..., pero desarmar la nave por completo..., tal vez uno o dos robots...

-Si conservamos uno o dos -dijo Caruso-, es como conservarlos todos. Son teledirigibles desde tierra. Si abajo deciden un buen día que los enemigos somos nosotros, esos robots se apoderarán de la nave... conozco bien ese modelo... y a mi gobierno.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo el negro, mirando por el ojo de buey de proa con preocupación-. Pero yo aplazaría la decisión hasta más tarde: tal vez nos hallemos en peligro. Se está acercando una astronave.

Kook se acercó al radar.

-Es más bien pequeña. ¿Qué crees que puede ser? -dijo-. ¿Piratas? ¿Una chalupa árabe?

-Ni idea... -dijo Chulain al cabo de un instante-. ¡Jamás he visto nada semejante!

La astronave que avanzaba parecía un órgano de iglesia: la propulsión salía de la parte trasera de los tubos con un rumor fúnebre y profundo, la parte delantera estaba tallada en madera, con centenares de estatuas de santos cristianos, divinidades hindúes, fetiches, totems y reliquias de todos los tamaños. Delante flameaba la inscripción: «Ubique Domus mea.»

-¡La iglesia espacial! -dijo Kook-. ¡Había oído hablar de ella, pero nunca la había visto! ¡La conduce el padre Mapple, le conozco bien!

-¿Y quién es el padre Mapple? -preguntó Caruso.

-Os contaré su historia desde el principio -dijo Kook.

La Historia Del Padre Mapple

-Hace veinte años, Leopold Mapple era el joven científico más brillante de nuestro curso para estudiantes superdotados del Instituto de Ciencias de Londres. Era un chicarrón de cien kilos, rubicundo y bien vestido. Hubiera sido posible confundirle con un rico heredero ocioso: era, en cambio, el científico más importante en la investigación sobre física subatómica. Pero también era el más inveterado juerguista, comilón, bebedor, follonero, mujeriego y practicante de cualquiera de esas cosas llamadas por la mayoría vicios. Nuestro rector, un lagartón calvinista, le exhortaba con frecuencia a un comportamiento más moral, pero Mapple le contestaba siempre: «Soy un científico y he estudiado con atención el mundo: y afirmo que nunca se me ha aparecido en mis observaciones, ni con el microscopio, ni con la cámara de vacío, ni con los análisis químicos, ni con los rayos X, una cosa llamada "moral".» En efecto, Leopold Mapple era el hombre más radicalmente ateo, más rígidamente materialista, más alejado de cualquier veleidad filosófica o mística que jamás he conocido. Para él todo era materia, número, observación, confrontación, realidad: sobre todo el resto dejaba caer generosamente su ruidosa carcajada, perfectamente conocida en las cervecerías londinenses.

»"Hay un solo medio -repetía con frecuencia- de elevarse de esta tierra, y es poseer una velocidad superior a los 11,45 kilómetros por segundo: todo el resto es carburante para la superstición y la ignorancia." Y se mantenía coherente con este monolítico enfoque de la existencia. Reunía a un grupo de amigos, yo, el doctor Hyde, Bohr, Fermi y Jacobson y nos arrastraba por el Londres nocturno. Comía y bebía desmesuradamente: "Nada de teoría, sin gastronomía", decía y añadía: "Cierto que en el fondo sólo nos alimentamos de moléculas, pero entre un plato de hidrógeno y un pastel de cerdo, hay una bonita diferencia." Y a quien le decía que cada día estaba más gordo, le respondía: "En el Universo, las cosas gordas escasean más que las menudas: pocos elefantes, muchos mosquitos, pocas grandes estrellas, muchos planetitas."

»En fin, un tipo más bien original, como ya habréis visto: pero su excepcional valía científica y su contagiosa alegría le hacían simpático a todos. También gustaba a las mujeres, aunque les repitiera con frecuencia: "Considero cualquier palabra dicha en la cama, más allá de las seis, como una conferencia, y como tal me reservo el derecho de abandonarla." Su carácter también le ocasionaba algunas molestias, como cuando, en cierta ocasión, vio a unos niños parados ante un belén de Navidad. Inmediatamente se lo quiso explicar todo: primero, que el Niño Jesús no podía haber nacido semidesnudo en la cabaña porque habría muerto de frío en pocos minutos, segundo, que la Virgen no podía haberle parido permaneciendo virgen porque la fecundación artificial no fue inventada hasta cerca de dos mil años después, y tercero, que si realmente hubiese llegado un cometa sobre la cabaña toda Palestina habría quedado reducida a una vorágine humeante. Además, los pastores que llegaban con las ovejas

probablemente no habían ido allí para regalarlas sino para venderlas, como solían hacer, y que los tres reyes magos con los regalos era la mayor de las patrañas porque nunca en la historia un rey ha hecho una marcha nocturna a camello para llevar sus dones a un niño desnudo, a una niña de dieciséis años tal vez sí, pero a un recién nacido jamás en los siglos de los siglos amén, y después, como los niños quedaron más bien sobresaltados, se los llevó a todos a una pastelería y les ofreció una montaña de kraffen diciendo: tomad y comed, aquí está dios infinitamente bueno en su santa trinidad de crema, mermelada de naranja y chocolate.

»Fue denunciado por los padres, y se ganó una nota de censura del rector, el cual, sin embargo, no le expulsó porque precisamente en aquellos días Mapple estaba ultimando un experimento extraordinario: había conseguido construir una cámara de vacío especial con la que estaba seguro de descubrir la tercera fuerza elemental, la fuerza, decía, que está en el origen de todas, y no es onda ni partícula, algo completamente distinto, y definitivo.

»"Haré el último strip-tease a la llamada materia", nos dijo, pontificando entre montones de latas de cerveza, en una fiesta organizada la noche antes del experimento. "Y lo que surgirá al final, será el principio: nada de Buda o Jehová o Visnú u otras figuras mitad hombre y mitad perro o resplandecientes o resucitados o voladores o susurrantes arriba y abajo del cielo. ¡Se acabó el tráfico aéreo de impostores! Lo que hallaremos al final de mi experimento, será Dios, a todos los efectos legales: aquello a partir de lo cual todo ha sido compuesto, y creado, y ocasionado, una partícula, una onda, una relación. No disparará rayos, ningún profeta se verá obligado a matar en su nombre, no necesitará disfrazarse de toro de madera para fornicar: será ni más ni menos que una fórmula. Alegre, sencilla, tangible, consistente, divulgable en las escuelas, utilizable en la industria. Muchachos, ese día iré a ver al rector y le diré: "Ponga esta fórmula en el pesebre, en lugar del Niño Jesús." ¡Y verá la cara de memos que pondrán Josés y Marías y pastores y ovejitas y los reyes en camellos y los ángeles trompeteros!

»Nos echamos a reír, aunque alguno de nosotros se sentía algo escandalizado, pero Mapple nos arrastró, bebía, cantaba y piafaba como un caballo gritando: "¡In interiores hominis voz veritatis!" y pasamos revista a todos los tugurios del Sub-Chelsea y para contar los tapones de cerveza que hicimos saltar dijo Bohr que haría falta una ecuación compleja, y regresamos a casa borrachos como cubas.

»A1 día siguiente, ruidoso como siempre, Mapple llegó al Instituto para el experimento. "Bien -dijo-, tomemos ahora un bonito átomo gordinflón y démosle de patadas hasta que se le caigan todos los electrodientes." Esta era su manera jocosa de definir los experimentos subatómicos. Un joven técnico se metió en la gran cámara de vacío, dentro de la cual se produciría el bombardeo, hasta la última partícula. Aquella mañana Mapple se sentía especialmente eufórico, y lleno hasta reventar de cerveza. No se dio cuenta de que el técnico se había echado en el suelo para controlar su temperatura. De modo que lo encerró inadvertidamente en la cámara, e inició el bombardeo. El experimento duró ocho días: durante ese tiempo, el laboratorio estuvo cerrado para todos. Al noveno día vimos llegar a Mapple de smoking, de vuelta de la habitual noche de juerga. Todos le acompañamos mientras se dirigía a la cámara nuclear: "Muchachos" gritaba, haciendo girar su bastón de marfil, "la humareda de dos mil años de inciensos religiosos está a punto de esfumarse. Millares de curas invadirán las oficinas de empleo de todo el mundo. ¡Ningún niño volverá a sentirse aterrorizado por purgatorios e infiernos! Acabarán con las mermeladas encerradas en los armarios sin miedo a represalias. En las iglesias resonará, liberador, el tintineo de los brindis. Monjas desnudas se entregarán a rabinos en pelotas, ex-votos, ex-estolas, ex-misales, tiaras, sotanas y ornamentos y últimas cenas, todo arderá en el mismo fuego en que la Iglesia ha quemado los libros, los herejes, las aldeas de los infieles. ¡Ha llegado la última cruzada! ¡La humanidad se ha salvado! ¡Cristo ha bajado a la Tierra, de la que nunca se había ido, y yo os lo mostraré! ¡La causa causarum, la sagrada partícula, aquél por quien... el primer motor, el ordo initiahs, el huevo cósmico, el fabro celestial, el danzarín eterno, el ojo de Buda, el kkien, el waugwa, el primer bit, el supremo artífice! ¡Dispuesto para vosotros con todo su científico resplendor! ¡Seguidme!"

»Y le seguimos, excitados, hasta llegar a la puerta sellada de la cámara del experimento, y retuvimos la respiración a su lado, cuando él abrió la puerta y vio... vio... al técnico, con la barba larga, el cabello desordenado, con el rostro demacrado por ocho días de ayuno, y la bata blanca, en jirones, que alzaba al cielo las manos abrasadas por las quemaduras radiactivas y gritaba:

»"¡Estoy aquí! ¡Soy yo, Mapple, por fin me has encontrado!"

»Describir el rostro de Mapple en aquel momento, me resulta imposible: se puso blanco como el mármol, los ojos parecieron salírsele de las órbitas, y lanzó un grito, un grito que hizo temblar los cristales del Instituto, y nuestros corazones:

»"¡Noooooooooooooo!"

«Escapó, abriéndose paso entre nosotros. Nadie consiguió alcanzarle para explicarle lo que realmente había sucedido. Desapareció en la nada y sólo reapareció al cabo de muchos días, con la barba larga y los ojos enrojecidos; entendimos inmediatamente que había perdido la razón.

«"Mapple -intentamos explicarle-, ¡lo que viste sólo era el técnico del Instituto, que se había quedado encerrado en tu cámara atómica durante ocho días!"

»"No, amigos -dijo con voz inspirada-, ¡era Dios! En el fondo de cualquier átomo, está Dios."

»Dos meses después partió, con esta extraña astronave, al espacio. Desde aquel día vuela por las galaxias, llevando la Religión a todas partes, a las estaciones espaciales, a los planetas, a las astronaves: no hay culto o rito o confesión que él no conozca y con el que no comercie. Así sea.

El Sermón Del Padre Mapple

-Hermanos y hermanas -dijo el padre Mapple-, estamos aquí reunidos para conmemorar el alma de Leporello LeO, pasado a mejor vida. Breve es nuestro paso por esta Tierra y doloroso el tránsito hacia la muerte, pero de eso precisamente debemos consolarnos y eso es lo que debemos aceptar, y esto es lo que yo voy a hacer por la módica suma de veinte lingotes por el sermón simple o treinta por el sermón especial con citas.

-Díganos el sermón especial -dijo Chulain.

-El señor ha hecho una buena elección: ¿qué significan diez lingotes frente a la muerte? Pues bien, estamos aquí para conmemorar a Leporello Tengo E-Atari, un pequeño japones. Dígnese Joko, protector de los niños amarillos, acogerlo en su guardería celestial en la que los trenecitos Shinkansen corren a doscientos kilómetros por hora y el gran luchador nochi doma la constelación del Toro Salvaje y en la que...

-No era un niño -le interrumpió Kook-, era un robot.

-Ah -dijo el padre Mapple-, en tal caso, un instante de paciencia: voy a consultar mi manual de sermones fúnebres. Así que erre, erre, rastafaris, rosacruces, rotarlos, no., no tengo nada para los robots. ¿No iría bien un sermón un poco especial, como una danza vudú con varias hemorragias de asaetados, et similia?

-No -dijo Chulain-, Leporello no era un secuaz del Vudú.

-Entonces -dijo el padre Mapple-, ¿qué les parece una conmemoración de general de carabineros, con un poco de la banda del Arma grabada e izamiento de bandera? ¿O bien un kaddish hebreo? ¿Un funeral New Orlenas? Tengo aquí la trompeta y el betún para el maquillaje. ¿Y una bonita momificación egipcia, o navajo? ¿No? Entonces, ¿una ceremonia india, con un poco de sepelio sobre el Elefante Sagrado? Ustedes buscan al elefante, y yo me encargo del resto. ¿Nada de elefantes? ¡No importa! La firma Mapple and Mapple, sacramentos interplanetarios, siempre tiene algo para ustedes, y les recuerda el viejo slogan: «¿Por qué ir por ahí vivos cuando nosotros podemos enterrarles por sólo cuarenta dólares?» Díganme, muchachos, ¿qué religión tenía este Leporello?

-Era un robot -dijo Chulain-. ¡no era religioso!

-¿Rezaba alguna vez? -dijo Mapple-, ¿llevaba cruces al cuello, posters, dientes de animales, reliquias sacras, anulares de vírgenes, cabecitas mignon, cilicios? ¿Se confesaba, comulgaba, sacrificaba conejos, primicias o primogénitos? ¿Tenía tabúes? ¿No comía cerdo, no bebía alcohol, no tocaba lo que era blanco, no preparaba el árbol de Navidad?

-Nada de todo eso.

-Un ateo, por tanto -dijo Mapple-, pero puesto que no existen ateos perfectos, por dios que le encontraremos su dios. Vamos a ver: ¿blasfemaba?

-No -dijo Chulian-, como máximo silbaba.

-¿Era marxista? ¿Determinista? ¿Darwinista? ¿Tenía alguna ideología? En fin, ¿le gustaba mucho algo?

-Era un robot -dijo Mei-, le gustaba mucho la mecánica.

-¡Ya está! -dijo Mapple triunfante-. Le dedicaremos el sermón de la fe tecnológica. Todos de pie: de las cartas de Jesús a su agente de cambio, libro X, 678 et sequitur, ediciones Mapple.

-En aquellos tiempos, Jesús y su madre María fueron invitados a un banquete de bodas en Cana, lugar muy distante de su residencia. Así que alquilaron un viejo Lancia Aurelia, y cargando en los asientos de atrás a los doce apóstoles, partieron. Y sólo estaban a la mitad de camino cuando a causa del polvo, los baches y las estrecheces del habitáculo los apóstoles ya estaban agotados y por ello, en nombre de todos, San Pedro dijo:

»-Señor, ¿no podríamos cambiarnos, e ir nosotros delante conduciendo un rato?»

»-Y el Señor contestó:

«-Bienaventurados los que están en los asientos traseros, porque en caso de choque frontal quedarán sanos y salvos.

»-Yya estaban cerca de su destino cuando una piedra puntiaguda perforó un neumático del coche, y el coche se fue de lado y giró sobre sí mismo tres días y tres noches, y cuando se detuvo todos estaban milagrosamente ilesos, pero el coche tenía un neumático hecho trizas.

»-Y los apóstoles dijeron:

»-Ay de nosotros, que nos hallamos sin la ayuda de un gato en medio del desierto con un neumático reventado, sin teléfonos de socorro ni estaciones de servicio.

»-Y Jesús dijo:

«-¡Hombres de poca fe! ¿Por tan poca cosa perdéis el ánimo? Si la fe mueve montañas, ¿no será capaz de levantar un coche?

»-Ante esas palabras, los apóstoles, tranquilizados, se sentaron, esperando el milagro levitatorio del Señor.

»-Pero Jesús, airado, dijo:

»-¡No os quedéis ahí como idiotas! Sois doce, fuertes y pescadores, levantad el coche.

»-Y los apóstoles se pusieron manos a la obra y sus espaldas se tensaron por el esfuerzo y el sudor empapó sus rostros y levantaron el coche y lo sostuvieron mientras Jesús cambiaba la rueda. Y una vez que hubieron llegado a Cana, y hubieron comido y bebido a sus anchas, la Virgen María se acercó a su querido hijo y dijo:

»-Hijo, ya que tú todo lo puedes, ¿por qué has permitido que tus seguidores se cansaran tanto levantando el coche?

»-Madre -dijo Jesús- un Dios que resuelve todos los problemas de los hombres, no es un Dios, sino un siervo. Y cuando deje de hacer milagros, la gente le llamará traidor o renegará de él. Un Dios, para hacerse respetar, no debe hacer más de un milagro al mes.

»-Así sea -dijo María.

»-Y ahora -dijo Jesús- multiplicaré para vosotros los panes y los peces.

»-¿No podríamos tener también un solomillo? -dijo Santo Tomás.

»-E inmediatamente fue castigado, y enviado a la cocina a lavar platos, donde había fuego, y llanto de cebollas, y crujir de sartenes.

-Y ahora oremos:

*Pater noster qm es in caelis*
*hágase tu finalidad*
*venga tu entropía*
*así en los cielos como en la tierra.*
*Danos hoy*
*una adecuada aportación proteínica*
*y entréganos nuestros iones*
*de la misma manera que nosotros los entregamos a nuestros conductores*
*y no nos induzcas a suproducción*
*pero libéranos del trabajo manual*
*Amén.*

-Y ahora, todos arrodillados, demos el adiós terrenal a Leporello LeO. Era un robot fuerte, valeroso y caballeroso; trabajaba duro y no se quejaba. Desaparecerá de la historia, pero permanecerá en nuestros corazones. Cuando también nosotros desaparezcamos, desaparecerá del todo. Pero no desaparecerá el glorioso nombre de su empresa constructora. Por los santos Atari y Sansui, y los Beatos Krupp y Agnelli y Bell y Rockefeller y San Hughes y el Beato Onassis y San Moritz y San Tropez, yo declaro cerrado tu ciclo productivo, oh LeO, que puedas encontrar un buen puesto en el paraíso y no vagues mucho tiempo en el purgatorio del paro, in saecula saeculorum amén. ¡Contestad!

-Amén -dijeron nuestros amigos.

-¿Queréis un final triunfal por dos lingotes, apocalíptico por tres o lleno de esperanza por cuatro? -dijo el padre Mapple.

-Lleno de esperanza.

-Ahora duerme bien, LeO, los campos de trigo están maduros.

-¿Qué campos de trigo? -protestó Chulain.

-Es la fórmula -dijo Mapple-. Los ritos no se discuten, se respetan. Son sesenta y ocho lingotes y medio, por favor.

El Discurso De La Montaña

Huatac, en la oscuridad de la montaña, oye la montaña que se mueve y se agita.

-¿Por qué no duermes, montaña?

-Los hombres me han herido, excavado, y buscan mi corazón -dice la montaña-. Yo soy vieja y mi fuego está apagado, ya no puedo detenerles arrojándoles el calor de mi ira. Busca entre ellos los que no me odien, y ayúdales a llegar a las quince puertas.

-Así lo haré, si tú lo quieres -dijo Huatac.

-Hace muchos años Capac y mamá Ocelo clavaron su bastón de oro sobre mí -dice la montaña-, y fundaron el reino inca de tus antepasados. Entonces sobre mí había árboles y torrentes y yerba. Luego los ríos se cansaron de transportar los cuerpos de los muertos.

-¿Volverán esos tiempos? -preguntó Huatac.

-En el cielo están los generales volantes. Sobre los picos han anidado los ejércitos. En la tierra helada los hombres ya no encuentran yerba de la que vivir. El cielo caerá sobre la tierra. El futuro regresará. ¿Eres capaz de entenderlo?

-Sí -dijo Huatac-; montaña, yo te ayudaré.

-Te lo agradezco, Huatac -dijo la montaña-. Tengo tanta nieve encima. Pesa como un manto empapado sobre los hombros de un caminante. Vuestro pico me atormenta. Pero esta noche todo está tranquilo. No hables. No camines. No me despiertes. Posa lentamente tu vela sobre mi tierra, cuando te duermas, porque yo te oiré.

La Muerte De El Dabih

-Ineptos -gritaba el rey Akrab-, ¡estoy rodeado de ineptos! ¿Tendré que seguir persiguiendo a mis enemigos, cuando con un solo golpe de aguijón podría eliminarlos? ¿Volar sobre este pozo de

serpientes, en lugar de incendiarlo?

-Rey, tu poder necesita muchos hombres -dijo el adivino-. Ejércitos que combatan, brazos que arrastren la carroza de tu triunfo. Para hacerse obedecer por estos hombres, es necesaria la justicia.

-No, adivino -dijo el rey Akrab-. ¡El rey, al igual que Dios, desciende en la noche, en la oscuridad! El miedo es el mejor modo de hacerse obeceder. En esta astronave, ahora, hay miedo. Y cada vez deberá haber más.

-Gran Escorpión -dijo El Dabih-, ¿tú sabes lo que es el miedo?

-¡Lo sé perfectamente! ¡Cuándo las armas de los rusos asediaron mi bunker, durante tres días y tres noches, cada paso que oía podía ser el del enemigo, que venía a capturarme!

-¿Y durante aquellos días habrías hecho cualquier cosa por salvarte? ¿Habrías obedecido cualquier orden?

-¡Sí! Firmé pactos con todos, cedí mis tierras para que acudieran en mi ayuda.

-¿Y después? -preguntó El Dabih.

-Ya lo sabes -dijo Akrab-. Cuando la victoria fue mía, mi general Guderian redujo Moscú a un desierto humeante. Y hasta mis aliados fueron destruidos, para que no quedara huella de aquellos días.

-Así ocurrió -dijo el Dabih-. Fuiste obediente mientras sentiste miedo, pero apenas el miedo pasó, tu odio rebrotó cien veces más feroz. Ahora, en esta nave, todos te obedecen: tal vez no tengan la dignidad de un rey, pero tienen dignidad. Tú la pisoteas todos los días. Ven cómo sus compañeros desaparecen en la sala de torturas, les ven expuestos, colgados de los ganchos, durante las concentraciones. ¿Te has preguntado alguna vez cuánto odio podría surgir de ellos si dejaran de temerte?

-Pero me temerán día y noche -dijo el rey-. El miedo siempre les acompañará, como otro soldado mío. ¡Un ejército de terror, negro y silencioso!

-En tal caso, Gran Escorpión -dijo el adivino-, si el más fuerte es el que infunde más miedo, ¡tú no eres el más fuerte aquí dentro!

El rey tuvo un gesto de ira.

-Adivino, ¿quieres sorprenderme? ¿Quién sería más fuerte? ¿Tú acaso?

-No, yo seguro que no, sino aquello de lo que tú sientes miedo. Tú te deshaces de los consejeros de mayor confianza, matas a la más mínima sospecha, te rodeas de hombres armados, haces probar comidas y bebidas, has colocado espías en todas partes, ya no sales de tus habitaciones. ¿No es éste el comportamiento de una persona que siente miedo?

-Cuidado, adivino, ¡tú quieres poner a prueba mi paciencia! ¿Cómo puedes decir que en esta nave hay alguien más poderoso que yo?

-Si todo tu poder está en tener en tus manos el dispositivo de destrucción de la nave -dijo El Dabih-, es un poder bien pobre: te provoca la muerte si lo ejerces. Lo ves... hasta de mí sientes miedo. Si adelanto un solo paso, tú retrocedes. ¡Y no sabes por qué!

-El Dabih -dijo el rey con ira-, aléjate de mí... ni un paso más.

Desenfundó su espada luminosa y la apuntó a la cara de El Dabih, deslumhrándole. El adivino permaneció inmóvil, con los ojos cerrados. El rey bajó de golpe la espada.

-Tú no sientes miedo, ¿verdad, El Dabih? -preguntó, con expresión cruel-. Bien. Entonces no tendrás inconveniente en beber algo conmigo. En la misma copa, claro, así estarás seguro de que no contiene veneno.

-Beberé. No por beber una sola vez en la misma copa con un nombre cruel se vuelve uno cruel. Hacen falta más veces.

-Sin embargo, adivino -rió el rey-, el Profeta dice: los vicios se adquieren en una noche, para la virtud hace falta mucho más tiempo. ¡Bebamos! ¿Sabes qué estás bebiendo?

-Vino -dijo el adivino-, un vino muy dulce.

-Sí, es muy dulce, para encubrir un ligero sabor amargo. La copa contiene veneno de escorpión. En seis minutos, mata. ¿No estás sorprendido? ¿No te preguntas por qué yo también he bebido?

-Tal vez -dijo el adivino, sin dejar de beber- porque tú estás inmunizado.

-Así es -dijo el rey, disimulando un gesto de estupor-. Desde que tenía seis años, mis médicos me han mitridatizado cada día a pequeñas dosis, contra todos los venenos conocidos. Mis cenas siempre han sido algo... pesadas, pero ahora es casi imposible envenenarme. No puedes envenenar al escorpión con su propio veneno, ¿verdad? Y ahora, ¿no sientes miedo de mí, adivino?

-No -dijo El Dabih-, ¿por qué debería sentirlo?

El rey tuvo un violento acceso de ira y arrojó al adivino al suelo, gritando:

-¿Creías que no conseguiría deshacerme de ti y de tu superstición, no es cierto? Pues bien, ahora me sentaré aquí, delante de ti, y contemplaré cómo mueres, minuto a minuto. Yo tengo el antídoto para ese veneno. ¿Quién decide tu vida, El Dabih, de quién debes sentir miedo si no es de mí? ¡Pídeme el antídoto mientras estés a tiempo! Dentro de un minuto, tal vez menos, podría ser ya demasiado tarde. ¡Pídeme clemencia y te salvaré! ¡No sabes lo que hace sufrir la picadura del escorpión!

-Quiero -dijo el adivino, sentándose- contarte una historia.

-¿Una historia?... ¡Ahora! -dijo el rey, con voz atónita.

-Una historia. Breve, como el tiempo que me queda. Óyela.

El Hombre Que Compró El Más Allá

Vivía hace tiempo en Texas un rico jeque llamado Ibn Sawi Al-Hunt. Era dueño de todo el petróleo, las máquinas y las vacas de Texas, y el extracto de su cuenta bancaria ocupaba dos volúmenes. Pero Ibn Hunt no era feliz.

-¿De qué me sirve tanto dinero si luego deberé morir? -se decía.

Pensaba con frecuencia en esto, desde el despacho del piso trescientos de su palacio de Dallas, y no le interesaba otra cosa, y sus negocios languidecían. Pensaba y pensaba, hasta que un día dio un gran puñetazo tejano en la mesa del despacho y se dijo a sí mismo:

-¡He tenido en la vida todo lo que he querido! He sorteado todas las dificultades. He financiado golpes en países lejanos, desviado huracanes para proteger mis cosechas, comprado, vendido y arruinado hombres y haciendas. ¿Me rendiré precisamente ahora? ¡No, yo encontraré la manera de escapar a la muerte!

E inmediatamente comenzó su búsqueda. Aquella misma noche convocó a los médicos más famosos del mundo. La consulta le costó miles de millones, pero no sirvió de nada: al final, los médicos tuvieron que admitir que, en el mejor de los casos, podían prolongarle la esperanza de vida unos diez años, o poco más. Se fueron, dejándole en compañía de modelos de corazón de plástico y recetas de sedantes. Al día siguiente, Hunt compró la mayor fábrica de congelación del mundo y ordenó a todos su técnicos que estudiaran un programa de hibernación para él y para sus trescientas mil vacas. Pero los técnicos dijeron:

-Aunque le hibernemos, usted tal vez podrá volver a vivir dentro de trescientos años, pero cuando le descongelen, tendrá el mismo problema. Existe, además, el peligro de que tanto usted como sus vacas terminen en algún comedor militar.

Entonces Hunt convocó a los magos más famosos del mundo, que permanecieron encerrados en una habitación durante tres días. Cuando la abrieron, salieron de ella dos dragoncitos versicolores, unos cuantos elfos de diferentes nacionalidades y un diablo en windsurf nacido de un experimento a cuatro manos de un mago haitiano y otro californiano. Todos ellos estuvieron de acuerdo en que sólo podían asegurarle una edad de unos ciento veinte años bebiendo todos los días una tisana de tortuga y sobre todo haciendo mucho footing.

Ibn Hunt leyó entonces todos los libros existentes sobre la búsqueda de la inmortalidad: estudió la momificación egipcia y el yoga tibetano. Leyó historias acerca de los reyes mayas que se llevaban consigo oro, joyas y tarjetas de crédito. Acerca de los etruscos, y de los babilonios, y de sus sepulcros que parecían Grandes Almacenes. Leyó acerca de Shih Huan Ti, el emperador chino que se hizo enterrar con ochocientos guerreros de barro y doscientos caballos. Acerca de los indios que se llevan consigo los instrumentos de pescar, y de los africanos que se van con vituallas. Y estas cosas le hacían reír: ¡de qué te sirven en el otro mundo las armas y los alimentos y los caballos de barro! ¡Seguro que no es eso lo que allí es útil..., sin embargo...! Una idea repentina le hizo estremecerse. Telefoneó a los médicos, y les convocó de nuevo.

-He leído -les dijo- que es posible una muerte «temporal»: el corazón deja de latir, y luego vuelve a hacerlo. Y los resucitados afirman que, durante este breve período han visto el más allá, han experimentado una gran felicidad, y que después han regresado a la Tierra.

-Sí, es exactamente así -contestaron los médicos-. Ha ocurrido varias veces.

-¿Y vosotros seríais capaces -preguntó el jeque-, utilizando todos los medios habidos y por haber, de hacerme «morir» brevemente, por decirlo de algún modo, «con billete de ida y vuelta»?

Los doctores hablaron entre sí largo rato. Estaban indecisos, cuando Ibn Hunt dijo:

-Si me aseguráis que, sin el menor riesgo, podéis hacerme morir durante diez segundos, os daré mil millones de petrodólares.

Al cabo de pocas horas le fue presentada una lista con los instrumentos necesarios. Compraron la totalidad de la universidad de Palo Alto. Los mejores especialistas mundiales trabajaron día y noche. Durante un mes, en secreto, hicieron experimentos con perros y cobayas humanos. Los ordenadores trabajaron sobre los resultados día y noche, hasta que llegó la respuesta: los gastos necesarios para el experimento equivalían a los de la construcción de ochocientos hospitales, pero los médicos se declararon capaces de hacer «morir» al jeque durante dieciocho segundos.

El experimento fue mantenido en absoluto secreto. Ninguno de los médicos conseguía entender el deseo del jeque: pensaron en un desafío a la muerte, en un costosísimo escalofrío, tal vez, quién sabe, en una apuesta. Pero la realidad era muy diferente: «Si consigo llegar a ese lugar, llámese más allá, infierno, paraíso, o vacío cósmico, por los menos sabré qué es -pensaba Hunt-. Y sabiendo qué es, tal vez conseguiré comprar la inmortalidad. Si hay divinidades, habrá un modo de corromperlas, si existe el infierno, me llevaré conmigo dos mil camiones de cerveza fresca, si tengo que convertirme en un gato, me haré enterrar en una zona de viejecitas amables. No hay lugar donde no se puedan hacer buenos negocios, pero es preciso conocerlo bien. Es inútil cargar con ochocientos caballos de barro cuando luego igual te encuentras en un desierto helado y lo que tendrías que haberte llevado son ochocientos radiadores.» Así que pocos días después Hunt se sometió a la operación «unas vacaciones diferentes». Aquel día reinaba un gran nerviosismo en Palo Alto. Aunque el porcentaje de riesgo fuera mínimo, seguí tratándose de un experimento inédito: ¿qué sucedería si Hunt no «regresaba»? ¡Vaya derrota para la ciencia, y sobre todo mil millones de dólares perdidos! Llegó la hora fatal. Hunt saludó a sus más queridos amigos: su agente de cambio y Brenda, la campeonísima vaca lechera tejana. Se tendió luego en la camilla y dijo a los médicos:

-Recordadlo: me habéis prometido dieciocho segundos de muerte. Cada segundo me costará más de 50 millones de dólares. Sin lugar a dudas, es el billete más caro de la historia. Hacedlo bien. ¡En marcha!

El experimento se inició a las ocho en punto: todos los computadores se pusieron en marcha, una cápsula cubrió a Hunt y comenzó a congelarlo: le llevaba a una temperatura en que el corazón se pararía. Y, al cabo de dieciocho segundos, un procedimiento de reanimación llamado «bienvenido» le devolvería a la vida. Mientras tanto, los mejores especialistas estaban preparados para cualquier eventualidad y complicación, con piezas de recambio de todos los órganos e instalaciones sofisticadísimas, entre ellas una red captura-diablo

construida por los marines, para el caso de que Hunt regresara acompañado. Y he aquí que, en el monitor, la línea vital del jeque comenzó a debilitarse. ¡Unas cuantas oscilaciones más, y se inmovilizó! Ibn Hunt estaba clínicamente muerto. En aquel mismo momento, Ibn Hunt tuvo la sensación de hacer una cabriola con un fuerte cosquilleo en la barriga, y se encontró sentado en el suelo, sobre una moqueta gris, en un polvoriento pasillo de despachos. Frente a él, tras una mesa, había un hombrecillo calvo, en mangas de camisa. Hunt también percibió en el ambiente un intenso olor a pimientos fritos.

-Dispongo únicamente de dieciocho segundos me llamo Hun estoy de paso querría saber todas las modalidades para conseguír la inmortalidad mis propiedades ascienden a... -comenzó a decir de un tirón el jeque.

-Calma, calma -dijo el hombrecillo-, si usted dispone de dieciocho segundos terrestres, quiere decir que tiene ciento ochenta de los nuestros, o sea tres minutos.

-¿De veras? -dijo Hunt-. Bien, yo querría llegar a ser... eso.. preguntar cómo llegar a ser inmortal... porque, vea, yo no estoy muerto... quiero decir, no de manera irremediable... no sé como explicárselo.

-Usted se llama Hunt, ¿no-? -dijo el hombrecillo, hojeando un registro-. En efecto, no hay nadie con este nombre previsto para hoy: usted es uno de esos fenómenos... sí, ¿un resucitado?

-Más o menos -contestó Hunt.

-Hum, lo sabía -suspiró el hombrecillo-. Desde que ustedes descubrieron la reanimación, casi todos los días pasa por aquí alguien que no que se queda... Y dígame ¿cuál es su problema?

-Quiero la inmortalidad. Le hablo absolutamente en serio. Estoy dispuesto a todo.

-Inmortalidad... hum... no creo que sea posible -el hombrecillo se rascó la cabeza-. Nunca he visto nada parecido en los reglamentos... a menos que... tal vez podría ser la palabra del juego Medita y vence.

-¿Qué es, qué es? -preguntó Hunt, excitado.

-Oh, mire, últimamente ha habido una gran demanda de inmortalidad por parte de magos, místicos, santos, ¡esos insatisfechos que a los cien años siguen lavándose con agua fría! Y entonces los jefes han ideado un concurso por paravisión: ya sabe, por visiones paranormales que siempre tiene esta clase de gente. Hay una adivinanza xon una palabra de veintiséis letras que si se pronuncia vestido de pastorcillo con la cabeza hacia abajo asegura quinientos años suplementarios de vida... no es la inmortalidad, pero en fin... En mi opinión es una payasada, pero a los jefes les gusta mucho. Dicen que así la gente se siente estimulada hacia la búsqueda mística...

-Me interesa mucho. Dígame, ¿qué debo hacer para encontrar la palabra secreta...? Pronto... el tiempo pasa.

-Pues yo no la sé -titubeó el hombrecillo-, y, además, tampoco podría... es una prueba difícil...

-Estoy dispuesto a pagarle quinientos millones de dólares -dijo Hunt.

El hombrecillo se estremeció.

-Eje... está claro que aquí no me sirven de nada... aunque tengo una nietecita en la Tierra a la que le iría bien... pero es una violación del reglamento demasiado fuerte...

-¡Mil millones de dólares! -insistió Hunt-. ¡Su nietecita se convertirá en la mujer más rica de América! ¡Le prestaré mi asesor financiero!

-Me ha convencido -dijo el hombrecillo-. ¡Bien, démonos prisa! Para comenzar hace falta papel timbrado.

-Aquí lo tiene -dijo Hunt, que había sido previsor.

-Perfecto -dijo el hombrecillo-, firme usted aquí y yo llenaré todo el resto. Así que escribamos... yo, señor etcétera, habiendo recibido de mi abuelo en una de estas apariciones... ¿Cómo se llamaba su abuelo?

-Dagoberto -dijo Hunt.

-De mi abuelo Daboberto el secreto de la palabra secreta, y habiéndolo resuelto y pronunciado la palabra vestido de etcétera etcétera, pido que me sea concedida una demora de años 500, en letras y números, de mi permiso de residencia en la Tierra como determina el decreto especial etcétera número etcétera. Bien: ahora presentamos esta instancia en el departamento prácticas especiales. A propósito, tendrá que entregar otros mil millones de dólares a los descendientes del señor que se ocupa de esa sección... ya me entiende... Luego yo me encargaré de avisar aquí arriba a su abuelo Dagoberto y haré unos arreglillos en su biografía, señor Hunt, por si alguna vez llevan a cabo algún control... pondré algunas buenas acciones, y luego episodios de trances, apariciones, etcétera... yo me encargo de todo... bien, le escribo en la mano las dos direcciones donde tiene que hacer los pagos...

-¿Y la palabra? ¡Pronto! -di¡o Hunt-. Me quedan pocos segundos.

-¡Ah, ya, la palabra! Yo no la sé, pero bastará que usted la pregunte al último terrestre que ha resuelto el juego, es decir... un momento que miro, sí, el señor Ravi Punchakar, gimnasio yoga «fuertes y delgados» de Berkeley, San Francisco, California. Está claro que usted no tendrá muchos problemas para convencerlo... pero, por favor, ni una palabra de eso a nadie... o la instancia será anulada...

-¡Al fin lo he conseguido! -dijo Hunt-. ¡Me quedan todavía ocho segundos! Bien, me despido y... ¿podría hacerle una última pregunta?

-Me la imagino -suspiró el hombrecillo-, el olor viene de la cantina de la empresa... pero, por favor, no lo cuente... allí abajo están convencidos de los sonidos y de los olores celestiales... y luego...

El hombrecillo dio una vuelta sobre sí mismo y desapareció. Ibn Hunt repitió la misma cabriola al revés y se encontró de nuevo en la camilla de la sala de reanimación. Vio a los médicos inclinados sobre él, amontonados como un equipo de rugby. Levantó los dedos en señal de victoria. Un grito de alegría quebró las probetas.

Hunt pidió que le dieran el alta aquel mismo día después de un chequeo general. Subió inmediatamente a su despacho e hizo dos llamadas. Con una de ellas ingresaba dos mil millones en unas cuentas de Suiza a nombre de una tal Adelina De Lucífero, de nueve años, residente en Torre Annunziata, Italia, y la otra a nombre de los hermanos Nembroth, caldereros en Dusseldorf. Luego telefoneó a sus gorilas para que le trajeran con la mayor delicadeza y en el menor tiempo posible al señor Punchakar. Pocas horas después, el gurú aterrizaba en el helipuerto del jeque, que le esperaba vestido ya de pastorcillo.

-Señor Punchakar -dijo el jeque-, discúlpeme por las prisas y ahora voy a explicarle por qué le he hecho venir. También yo miro la paravisión y conozco el juego de la palabra secreta. Ayer tuve una aparición: vi a mi abuelo Dagoberto que me dijo: muy bien, has ganado un comodín, te autorizo en nombre del jefe a preguntarle la palabra al señor Punchakar.

-Imposible -replicó el gurú-, en el concurso nunca se ha hablado de comodín. Todo eso me parece muy extraño.

-Señor gurú -dijo entonces el jeque-, le ofrezco diez mil millones de dólares.

-¡Qué son diez mil millones de dólares frente al tiempo! -contestó el gurú, un poco resentido.

-¡Qué dice! -insistió Hunt-. Piense en cuántos centros, gimnasios, monasterios, podría construir con este dinero! La cadena mística Punchakar. ¡Piense en cuanta gente podría encontrar el camino de la serenidad gracias a usted!

-Pero... es una cosa enorme... tendría que pensarlo -titubeó el gurú.

-No lo piense más -dijo Hunt, acalorándose-. Sí, ahora usted vivirá mucho tiempo, pero ¡qué vida tan aburrida! ¡Usted nunca será nadie, por los siglos de los siglos! ¡Un pequeño gurú que siempre tendrá que vivir oculto por miedo a que su secreto sea descubierto, y que algún médico curioso pretenda viviseccionarlo! ¡Y verá acumularse trescientos años de la cuenta del frutero! En cambio, con mis millones, podrá encerrarse en un palacio, en un santuario completamente suyo. ¡Fundar un culto, con filiales en todo el mundo! ¡Llegar a ser divino! ¡I love Punchakar!

-Me ha convencido -dijo el gurú-, en efecto, mi cuenta del frutero ya es bastante elevada.

-Entonces -dijo Hunt, con el corazón latiendo enloquecidamente por la emoción-, ahí tiene el talón... Dígame la palabra.

-¿La palabra secreta? -respondió el gurú-. No me la sé de memoria... La llevo escrita aquí... No, en este bolsillo no está.

-¡Pronto! -gritó acaloradamente Hunt-. ¡Encuéntrela! Llevo años esperando este momento.

-La palabra es... bueno, ahí la tiene, ya sabe que debe ser pronunciada con la cabeza abajo... bien, lo sabe, de acuerdo, es una palabra muy larga, veintiséis letras.

-¡La palabra, adivino! -gritó Hunt.

-La palabra -dijo el gurú- es exactamente...

Pero no llegó a decirla porque Hunt se le cayó encima, derribado por un ataque de apoplejía debido al exceso de emoción. El rey se le acercó y le buscó el pulso. No se podía hacer nada. El adivino El Dabih había muerto.

Zuikaku - ¡Amotinados!

Al Mando de la Misión - Urgentísimo. Yo, comandante Ishii Yamamoto, comunico la gravísima situación de la nave, llegada actualmente a una situación de amotinamiento. Los episodios revoltosos comenzaron el día en que fue ejecutada la condena a muerte por cocacolación del soldado Pigreco, y otros. Después de esta muerte, comenzaron a circular por la nave octavillas, del tamaño de un sello, con frases delirantes acerca de la «tiranía a bordo». Dichas octavillas sediciosas iban firmadas por un autodenominado grupo «Colas rojas». A consecuencia de ello registré las máquinas de los soldados descubriendo material indudablemente destinado a objetivos criminales y exactamente seis armas de ataque consistentes en plumillas puntiagudas.

A continuación de este registro, condené a muerte por banda armada a los soldados G. Print, G. Cursor, Wait, If, Then, Goto, Ungoto, Return, Stop y Next.

La misma noche se produjo en la nave una manifestación de protesta, fue asaltado el zapato del general Harada, y sus cordones anudados entre sí. Mi mesa de despacho fue asaltada y salpicada

con numerosas pequeñas provocaciones. Además, un bizcocho que conservaba para las grandes ocasiones fue completamente privado de pasas por los vándalos. A consecuencia de estos gravísimos hechos condené a muerte a los soldados, Clear, Random, Grad y Lock, que se habían negado a formar parte del pelotón de cocacolación.

Al día siguiente fueron roídos todos los hilos del tablero de carburante, y yo mismo fui roído, durante el sueño, por un núcleo armado que hirió mi oreja derecha, pero, aunque rodeado por un número abrumador de enemigos, luché y obligué a huir a los agresores. Aquella misma noche encontramos al soldado New, nuestro informador, muerto en la sala de máquinas con un pedazo de queso en la boca. Actualmente hay diez ratones desertores ocultos en algún lugar de la nave, y el ejército de que dispongo está constituido únicamente por el soldado Point. También ha desaparecido el general Harada, y temo que haya sido secuestrado. Pido que se me envíe inmediatamente una dotación de dos gatos para abortar el infame proyecto subversivo. Querría también que el centro experimental me hiciera saber los motivos de este agresivo comportamiento ratonil, nunca observado en laboratorio.

P. S. Informo que los revoltosos, habiendo constituido un núcleo clandestino, han llegado incluso a cambiar sus nombres, porque ya no quieren ser llamados como las teclas del ordenador.

Las Colas Rojas

-Debemos escapar de esta nave -dijo el ratón que llevaba el nuevo nombre de guerra de Gas-Gas-, y debemos eliminar a Yamamoto. Oigamos las propuestas, compañeros.

-Ahoguémosle en el agua de los depósitos -dijo el ratón Tales.

-Abramos una portezuela y hagámosle volar por los aires, en el espacio -dijo Anaxímenes.

-Quemémosle con la luz-laser, asémosle en el fuego -dijo un ratón oscuro.

-Calma, Heráclito -dijo el ratón Demócrito-, tenemos que estudiar la cosa hasta en sus más mínimos detalles.

-Basta con que nos vayamos de aquí, y encontremos un lugarcito exclusivamente para nosotros -dijo el ratón Epicuro-, en el que podamos vivir felices y justos.

-¿Existe semejante lugar? -dijo Pirrón-, ¿y existe la justicia?

-La justicia -dijo amargamente el ratón Trasímaco- no es más que el instrumento de los poderosos.

-No debemos tener miedo -dijo Zenón-, ocurra lo que ocurra, ¡será lo que nosotros queramos!

-En tal caso, de acuerdo -dijo el ratón Gas-Gas-. En nombre de Apolo Esminteo y de su templo en el que era adorado el ratón albino, ¡comencemos la tarea de deshumanización de la nave!

Conexión Tierra En La Que Kook Da Una Mala Noticia A Phildys

Informe cotidiano. Situación base Cuzco. Black out energético de dos horas. Altercados en el poblado minero, donde los indígenas, al ser invitados a hacer funcionar la dínamo de emergencia, se han negado a pedalear. Ha estallado un altercado: un esquimal ha herido a un soldado con un pescado seco, y otro militar ha sido anudado con una llave de lucha por un mongol. Se pide un envío suplementario de fuerzas policiales. Esta noche está prevista la conexión por trifotones con la Proteo Tien. De las 20,24 a las 20,27, la astronave se hallará en el área cubierta por nuestro satélite-antena Sinatra uno. Tenedme informado acerca de los movimientos sinuosos y alambicados del ministro Pyk. Firmado general Plassey Phildys.

-¿Acabaste tu informe, Phildys? -dijo Enstein-. ¿Es la hora de la conexión?

-Sí -contestó Phildys-, de un momento a otro debería aparecer el interior de la Proteo.

En la pantalla que tenía delante comenzaron a correr los números: diez, nueve, ocho. Se oyó como un técnico le decía a otro:

-Cincuenta lingotes a que no conectamos.

Sin embargo, a través de millones de leguas en el espacio, se vio aparecer la cara barbuda de Leonardus Kook.

-¡Conexión conseguida! -gritó Phildys-. ¡Viva! Kook, ¿puedes vernos bien?

-¡Como si estuviera a un paso! ¡Hola, Fang!

-Querido Leonardus -dijo el chino-, ¡qué tal! ¿Y Mein? ¿Y Chulain?

-Por favor -dijo Phildys-, consumimos un trifotón cada veinte segundos de conexión, y nos cuesta un capital. Acaben ya con los cumplidos. Contesta, Kook, ¿qué piensas de la hipótesis de Einstein que te hemos comunicado?

-No sé dar una respuesta definitiva -replicó Kook-. La hipótesis de que debajo de esas ruinas exista algo construido por una civilización alienígena es interesante, pero ya se ha hablado de «influencias del espacio» en el caso de otras civilizaciones distintas de la inca, sin aportar argumentos decisivos para demostrarlo. Por mi parte, como experto en energías, he analizado atentamente su culto solar. Existe seguramente una relación extraña que vincula a los incas al cielo, y sobre todo al sol. El sol es su Dios, es lo que les da su fuerza. En todos sus templos es representado por un gran disco de oro, una cara humana rodeada de rayos. En estos templos la luz del sol caía sobre este disco, confiriendo a todo un fulgor sobrenatural. El culto era administrado por una casta cerrada de sacerdotes, gran parte de cuyos ritos eran secretos. Pero no creo que esto baste para sostener que adoraban a escondidas un platillo volante o una energía misteriosa. Existían también ritos abiertos a todo el mundo y su fiesta más hermosa, Raymi, estaba vinculada al solsticio de verano. Al final de la fiesta el sol era concentrado por medio de un espejo cóncavo, para incendiar el algodón. Por dicho motivo cuando en sus

leyendas se oye hablar del «rayo que extermina» o de «un hombre que sube más arriba que el cóndor», podemos pensar en los láser o en las astronaves, pero también en cosas más sencillas. En suma, para mí la hipótesis de los alienígenas es débil: de haber llegado, habrían dejado huellas mucho más sólidas. ¿Qué dice el ordenador al respecto?

-El ordenador está bastante de acuerdo contigo -contestó Einstein-, pero dice: «Cuidado, estos incas son muy hábiles borrando las huellas de su historia.»

-Así que no tienes nada nuevo que proponernos, Kook -dijo Phildys-. Lástima, contábamos contigo, pero en este momento sólo puede haber una solución: allí debajo existen cincuenta kilómetros de laberintos verticales y horizontales, los haremos saltar con una bomba y veremos qué aparece.

-No me parece una idea genial -dijo Kook.

-Es la idea que está predominando en la Federación -dijo Phildys- y no podemos hacer más. La conexión está a punto de terminar, nos quedan únicamente tres tnfotones... ¿Tienes más noticias

que dar?

-¡Claro que sí! Grandes noticias -comunicó Kook-. Hemos encontrado la sala secreta de tus veinte robots guerreros y los hemos despedido.

-¿Cómo? ¿Qué has dicho? -Phildys saltó hacia la pantalla, como si quisiera penetrar en ella-. ¡Explícate, Kook!

-Caruso ha reciclado los robots -dijo Kook-, es un auténtico artista en esa materia. Les ha quitado las armas y los está transformando en trabajadores civiles, carpinteros, ajustadores. Ahora están todos en la factoría cantando «la mili se terminó» y «paisanos».

-¡Kook, ay de ti si te atreves a hacer algo semejante! -gritó Phildys-. ¡A eso se le llama insubordinación! Te lo digo sin rodeos: los robots tienen un control remoto desde Tierra. Si no vuelves a montarlos como antes, ¡haré que estallen en tus narices uno tras otro!

-Phildys tiene razón -dijo Fang-. Kook, no debes desobeder. Has cometido un acto muy grave. Y aún sería más grave si desde la astronave desconectaras el mando terrestre de los robots, cosa que puede hacerse apretando la tecla 379 del ordenador. ¡Pero tú no cometerás una acción semejante!

-¡Condenado chino! -gritó Phildys-, ¡le prohibo que me lea el pensamiento! ¡Ocúpese de sus cosas! ¿Qué es este ruido...?

-Es el bip que anuncia que se han terminado los trifotones, señor -dijo el técnico.

-¡Kook! -gritó Phildys-, ¡se están terminando los trifotones, pero volveremos a hablar del asunto! ¡En tierra me las pagarás todas! ¡Aparta las manos de mis robots! ¡No te permitas... oh Cristo... ha terminado la conexión!

La pantalla era ahora de un color gris indefinido.

A Phildys no le quedó más remedio que ingerir la habitual dosis de tranquilizantes y mirar a Fang, que silbaba y bailaba sobre un pie.

-Oiga, Fang -le dijo, procurando mantener la calma-, ya que ha organizado todo ese lío, por lo menos no se lo cuente a nadie... Es usted quien ha avisado telepáticamente a Mei, ¿no es cierto?

-Me ha costado mucho esfuerzo leer en su cabeza la existencia de esos robots -admitió Fang-. Empecé a sospechar al verle zonas del pensamiento cubiertas. ¿Le hipnotizaron para que no aflojara esta historia?

-Es... un procedimiento normal para los secretos militares.

-Me gustaría saber qué libertad de decisión debe tener, entre una hipnosis y otra -dijo Fang, saliendo de la sala sin dejar de saltar.

Phildys se acercó a Einstein y le apostrofó airadamente.

-¡Este vejestorio me vuelve loco! Y tú, ¿por qué estás siempre callado? ¿No será que también tú te has puesto de su parte?

-¿De qué parte? -dijo Einstein.

-No seas tonto, todos hablan de tu... desplazamiento hacia lo rojo, Einstein... se dice que estás convirtiéndote en un pacifista y que tratas a esos indios como si fueran intocables... ¿No será que estás un poco cansado, Einstein?

-Phildys -le interrumpió el muchacho-, si quieres eliminarme, dímelo en seguida.

-No es eso, pero te hablo con absoluta franqueza. Pik lanzará en el parlamento la propuesta de un acuerdo con los jeques. ¡Si no encontramos algo que oponerle, la sacará adelante!

-Encontraremos algo -dijo decidido Einstem-, voy a ver a Genius y lo rellenaré con nuevos datos. Encontraremos esa fuente de energía, y la extraeremos sin bombas. Y esto no porque lo diga Fang, sino porque estoy convencido de que es la mejor solución.

-¿Estás de acuerdo, entonces, en que habrá que bombardear la zona y convencer a los indios de que trabajen aunque sea a la fuerza?

-Dame dos días de tiempo -dijo Einstein-, sólo dos días.

***Cerca Del Corazón***

Descenso

Aquella noche Enstein dormía en la oscura sala de operaciones, con la cabeza inclinada sobre el ordenador. Genius se divertía haciendo salir hileras de hombrecillos de papel por codas partes. Fang entró silenciosamente, pero Einstein le oyó e inmediatamente le miró con suspicacia.

-¿Has venido para convencerme, Fang? -dijo el muchacho.

-No, Einstein. Estoy aquí para ayudarte.

El muchacho abandonó la expresión dura.

-Si es así, hazlo inmediatamente. Acabo de llenar a Genius de datos y le he preguntado: «¿Quieres decirme qué hay debajo de esos laberintos?» ¿Sabes lo que me ha contestado? «Tal vez unos topos con dolor de cabeza.»

-Bueno, si no ha recuperado la eficiencia, ¡por lo menos ha recuperado el buen humor!

-¡Eso, riámonos! -dijo Einstein-. Estamos sin nada, pero con los principios morales sanos y salvos. Y, por favor, no enviemos a los indios a excavar. ¡Los trabajadores no deben trabajar!

-De eso quería hablarte, Einstein -dijo el chino-. Acabo de hablar con Coya. Me ha dicho que los indios están dispuestos a bajar con nosotros.

-¿Con nosotros? ¿Conmigo... y contigo? -preguntó Einstein, sorprendido-. Pero... ¿no será peligroso? Allá abajo hace frío... a tu edad... ¿no tendremos dificultades?

-Cuando se es joven se encuentran dificultades, cuando se es viejo, las dificultades te encuentran a ti. No me echaré atrás. Descenderemos por un punto de las chinearías que ellos llaman «la boca», cerca del Templo del Halcón. Pero nadie debe saberlo. Creo que quieren mostrarnos algo muy secreto.

-Bajaré -dijo entusiasmado Einstein-. ¡Viva la investigación experimental de campo!

-¡Sabia decisión, pequeño dragón! Vamos, prepárate. ¡Entraremos en el laberinto exactamente a medianoche!

-¿Sí? -exclamó Einstein-. Fíjate, qué extraño, la Proteo Tien también sale hoy del cuadrante dieciséis y se zambulle en el Mar Universal, exactamente a medianoche. ¡Ni siquiera con el ordenador habrías podido preparar semejante coincidencia!

Proteo Tien: Cartas De Amor En El Espacio

Kook a Mei

Querida Mei: tal vez te sorprenda esta carta que te dejo bajo la almohada. Mañana nos adentraremos en el Mar Universal: podría tratarse del último día de nuestra vida; por dicho motivo he decidido escribir lo que nunca he tenido el valor de decirte.

Desde el primer momento en que te vi, Mei, he experimentado ante ti una extraña sensación. Como si del pasado retornara algo conocido, como si en el tejido de los pensamientos racionales se insinuara una mano que los perforara, y revelase un paisaje ya olvidado, el paisaje de los sentimientos. Pues bien, Mei, yo no creo racionalmente en el amor: creo que no es más que una serie de pequeños compromisos, de felices improvisaciones en las que dos actores fingen que unas necesidades concretas, o atracciones, llevan un título más noble en el cartel del teatro de la vida. Un intelectual y científico, como soy yo, deberá, incluso en el momento de máximo abandono, identificar las señales de esta interpretación: un beso no es el apostrofe rosado entre las palabras «te amo» y «¡oh, no!». Un beso es la firma al pie del contrato que te impone amar.

Esta es mi actitud racional. Pero en la vida todo ha ocurrido de manera muy diferente: una larga serie de locuras amorosas. Comenzó con una compañera de escuela: a escondidas, le enviaba cartitas con poemas. Me sonreía. Le enviaba cartitas con breves relatos. Los aceptaba. El segundo trimestre, le enviaba cada día un cuaderno con una novela sobre ella en unos diez capítulos. Dejó de sonreírme para siempre.

En la universidad, tuve una relación con una joven rusa, alumna como yo del Curso de matemáticas. Un día me preguntó: ¿cuánto me quieres? Y yo dije «mucho» y abrí los brazos. Ella contestó que «mucho» era una expresión numéricamente ambigua y que yo debería darle una demostración más precisa de la magnitud de mi amor. Le formulé la siguiente:

«Mi amor eterno por ti sólo sería expresable con una apertura de mis brazos equivalente a la circunferencia del mundo al cuadrado.»

Lo pensó un poco y luego me demostró que la frase podía ser matemáticamente expresada así: A e (amor eterno) = a $me^2$ (Apertura de brazos mundo circunferencial al cuadrado).

Pero, puesto que las dos «A» podían ser eliminadas, en tanto que términos iguales de la ecuación, quedaba e = $me^2$ O sea, la fórmula de la relatividad. De modo que mi amor no era eterno ni grande, sino absolutamente relativo en el espacio y en el tiempo. Una vez demostrado eso, me abandonó.

A continuación, conocí a una programadora de ordenador. Era una mujer muy lúcida y organizada. Me dijo que tenía nueve días de plazo para una experiencia amorosa completa. El primer día nos amamos, el segundo discutimos, el tercero nos reencontramos, el cuarto nos casamos, el quinto nos traicionamos, el sexto nos reconciliamos, el séptimo nos aburrimos, el octavo nos dimos cuenta de que todo había terminado entre nosotros, el noveno volvimos a sentirnos amigos, y publicamos nuestra experiencia en una revista especializada. Todo fue muy espontáneo.

Desde aquel día ya nada me había acercado al amor. Contemplaba en mi microscopio cómo las amebas y las células se acoplaban y se desdoblaban y se perseguían, y no me producían ningún estremecimiento los oscuros vínculos amorosos que unen la abeja a la flor, y la luna en el cielo a la trufa subterránea y el sol al girasol, y el instinto del salmón y de la anguila y la loca pasión de la orea hembra por la orea macho, e inútilmente mi maestro Fabre decía: «Vamos, apártate de los libros, sal, Kook, es primavera: en el invernadero hay una orgía en cada flor. ¡Quien consiguiera inventar un motel para insectos, se haría millonario!»

Yo permanecía encerrado en mi cápsula. ¡Hasta que llegaste tú! ¡Pues bien, sí, te amo! Quisiera vivir contigo en una casa junto al mar y enseñarte el nombre de las estrellas, y tú llenarías la casa de flores, a excepción del dormitorio porque las flores consumen el oxígeno, y podríamos tener un perro con el que hacer experimentos, no crueles, claro está, y un niño que crecería sano e inteligente y neodarwinista e iría a la playa a la hora del crepúsculo para estudiar las mareas y recoger en el albornoz la lapa longicosta y la pleutoroma babylonia. Oh ángel de esta astronave, acoge mi amor y mi poema (sé que amas las flores).

Es de Verlaine, mi poeta predilecto:
*El aroma de las rosas suaves gracias*
*al viento ligero de verano se confunde*

*con el perfume de ella.*

¡Adiós, querida, hasta pronto!
Leonardo.

Caruso a Mei

Pues bien, sí, es mío, este billet doux que, travieso, metió bajo tu cojín su cabecita. ¡Mañana nos atrevemos! Pues bien, ¿por qué seguir esperando a decirte lo que dentro de mí acucia, de mi corazón, de mi corazón el latido? Cuando os vi, oh Mei, sentí la misma emoción que cuando vi entrar en escena a la Prochonskaia haciendo el papel de Aída, encima de un tractor, bajo la dirección de Kutusov en el festival agrícola marciano. Mi corazón rugió como una turbina. Ah, el amor, el amor es un dardo. Y el beso, ¿no es acaso el beso el apostrofe rosado entre las palabras te, apostrofe, amo? Oh Mei,

*oh mi pequeña Butterfly,*
*¿por qué esperas a Pinkerton que no vuelve*
*cuando tienes junto a ti a Raimondi?*

¿Te gustan estos versos que te dedico de impromptu?

Oh, muchos amores desgraciados viví, oh mi bien. Se dijo del melodrama: «El melodrama es aquello en que la soprano y el tenor quieren irse a la cama juntos y el barítono no quiere.» Ay de mí, con excesiva frecuencia en la vida yo representé el barítono, y cada vez llegó algún tenor a llevárseme el bocado de la boca. Y ya estaba resignado a la cavatina baritonal: todos me quieren, todos me buscan / pero el tenor es el que joderá. ¡Esto hasta el momento!, el momento celestial en que (oh instante de amor / oh dulce contento / suave momento sin par) te vi. Estábamos solos, sin ninguna desconfianza, y yo ejecuté para ti la Bohéme, para una sola voz y clave inglesa. Y vos dijisteis: «¡Oh, qué hermosa historia, y qué triste; sí, en estas óperas eran más de temer las complicaciones pulmonares que las sentimentales! ¡Está claro que el fin del melodrama llegó con los antibióticos!» Y sentí que habría querido calentarte la gélida manecita y pasar de allí a un calentamiento de todos los locales y sentí dentro de mí aquel amor que palpita en el universo el universo Ínter misterioso misterioso etcétera. Pues bien, aunque tú no me ames, yo os amo:

*rico no soy*
*pero un corazón os ofrezco*
*un alma amante que fiel y constante*
*sólo por vos suspira así*
*desde la aurora hasta el crepúsculo del día*

y yo quería vivir contigo en una casa en el camino verde y tener muchos niños por los menos doce y cada uno de ellos tocaría un instrumento y al más cretino le haremos tocar el triángulo y a la hora del crepúsculo iremos a la playa y cantaremos, tú y yo, las arias más inmortales sin importarnos las bromas de los bañistas

*¡y por dios*
*cuando sea mi mujer*
*de estos pisaverdes enamorados*
*ponerla a salvo será mi preocupación!*

Esto, amor, te prometo, en dos líneas de mi puño y letra. Habría querido dedicarte un poema de Verlaine, pero ayer alguien me birló el libro. Pero tú contéstame, por favor:

*una frase una línea apenas*
*responde, al amor con amor*

*amor te prohibe no amar*
*y hace que hoy, en el escenario*
*por fin también yo pueda*
*como tenor cantar*
*¡Adiós, adiós!*

Caruso Raimondi.

Sara a Caruso (pensamientos)
Parfáis aussi le dard d'un insect jaloux
inquietait le col des belles sous les branches

Lo sé. Yo no soy hermosa. Hermosa a tus ojos, quiero decir. ¿Cómo se puede hacer una declaración de amor con dos antenas peludas en la cabeza y los ojos con celdillas? Sin embargo, en cualquier jardín, mi boca en forma de trompetilla, mi abdomen panzudo, haría volver la cabeza a más de un abejorro. ¿Pero qué esperanza tengo de gustarte a ti, y aunque te gustara, qué podría suceder entre nosotros, si una simple caricia tuya pondría en peligro mi vida? No, sería imposible: ya me imagino, oculta en el dormitorio, espiando tus llamadas telefónicas o tus citas, ya imagino tu embarazo al tener que presentarme a tus amigos. ¿Qué ventajas tendrías? Sí, tal vez no deberías pagar dos entradas en el cine, no gasto demasiado en pieles, pero es poco, demasiado poco, para que un hombre ame a una abeja. Sin embargo, yo creo que el amor imposible es el amor más fuerte, y por este motivo sigo a tu lado. Me basta con mirarte, cuando te levantas cada mañana, y te afeitas cantando, y yo, todavía un poco adormilada entre tus cabellos, me limpio las alas, y me preparo para el primer vuelo. Sí, lo sé. Eres bueno conmigo. Hacemos un buen trabajo juntos. Sé estar en mi sitio. Tú ni siquiera imaginas que pueda haber espacio para un sentimiento dentro de estos pocos milímetros suspendidos en el aire. Es posible que pienses como tu Voltaire: «Ningún animal a excepción del hombre conoce esos abrazos en los que todo el cuerpo es sensible, esos besos en los que los labios saborean la voluptuosidad que nunca se cansa.» ¿Has visto alguna vez la danza de amor de las grullas, has oído el reclamo de amor de las ballenas? ¿Sabes que la orquídea simula, con sus colores y sus formas, el vientre de la hembra, para que el himenóptero macho acuda a amarla? Sí, nosotros somos realmente «amantes» de las flores. ¿Por qué no podríamos amar también a los hombres? ¡Ah, si tú supieras mirar, escuchar!

Yo conozco las maravillas de cada flor, veo cómo las estaciones entran y salen de ellas, y cambian sus ropas y aposentos: he viajado dentro de los campos de trigo, y por los laberintos incandescentes de las turbinas, y he visto países y lugares que tú ni imaginas. ¡Pero de qué sirve seguir hablando! Que ninguna duda te atormente, al estudiarme, al catalogarme, al clasificarme en alguna subclase de insectos, en las tumbas de cristal de tu orden. Es posible que algún día te vayas de esta tierra que no pareces amar. Pues bien, aquel día nosotros seguiremos viviendo sin ti, como ha ocurrido durante millones de años.

Chulain a Mei

Querida Mei. Soy tu Chulainón. Mañana empieza el baile. Quién sabe si salvaremos la piel, chulapa mía. Bueno, tengo que decírtelo. ¡Estoy chiflado por ti! Haría cualquier cosa por ti. Incluso pasearme con un kimono lleno de claveles, incluso ir al cine a ver una de esas películas con Blancameves que canta y los variados animalitos que hacen de coro. Querida Mei, he visto de todo en cien años de espacio, sin pestañear. ¡Pero cuando la otra noche te vi pasar en aquel kimono con raja, para mí fue como el big bang!

Mei, yo no sé escribir cartas de amor. Hoy, cuando hemos reestructurado los robots guerreros y tú los pintabas con florecillas, he sufrido un poco. Bueno, sí, tú y yo somos algo diferentes. Yo he nacido en la calle, en un barrio en el cual, si no sabías utilizar la navaja, no llegabas a la primera comunión. Pero también sé ser cariñoso. Así que te dedico una fábula, es



Librodot

la fábula que mi abuelo Doc Lametta me contaba para que me durmiera. No es un gran fábula, pero es la única que sé. Hasta pronto, guapísima.

Tu tigrazo Chulain.

La Fábula Del Abuelo Doc: Caperucita Negra

Caperucita negra era una mocosa de trece años que vivía en Harlem con una mamá empreñadora. La mamá limpiaba los suelos de Ronnie, el local chic para tiburones, en el que se esnifaba coca a toda pastilla y los camellos sudaban más que los camareros. Bien, a última hora de la noche la mamá de Caperucita limpiaba la moqueta con el aspirador y se encontraba en su interior un montoncito de coca y se lo llevaba a casa. Debéis saber que Caperucita tenía también una abuela ciega, ex saxofonista de jazz, que vivía sola con un canario, y los dos esnifaban coca como fuelles, la abuela llegaba a disparársela en la nariz con el saxo, y el canario se rebozaba con ella y luego cantaban juntos I get a kick ofyou y despertaban a todo el edificio. Cada semana Caperucita Negra tenía que cruzar todo Harlem para llevar la coca a la vieja, si no aquélla pillaba el mono y se iba a tocar el saxo por las calles con el canario que sostenía el platito en la boca (era un canario robusto) hasta que alguien le diera una papelina para que dejara de tocar, porque la abuela con la edad se había atontado un poco y tocaba el saxo de manera equivocada llevándose a la boca la parte ancha y no era bonito de ver. Pero no divaguemos. Una noche mamá le dijo a Caperuza:

-Vete a llevar el perico a la abuela, pero cuidado con Lonesome Wolf, Lobo Solitario, que le he visto vacilar por aquí. Lonesome es un chico que vende de todo, hasta moras si se lo piden, y tiene un expediente policíaco que parece una guía telefónica.

Caperuza Negra se va en la noche y no tiene miedo, porque es una negrita de trece años, pero lleva en el bolsillo una navaja que parece una tabla de windsurf.

Y hete aquí que en la calle 44 sale de la oscuridad el Lobo Solitario y se le planta delante y hace brillar los colmillos en la oscuridad y dice:

-Dime, hermanita, ¿qué llevas en el cestito? ¿Tortitas?

-¿Por qué no te ocupas de tus asuntos, lobo? -dice Caperuza, y le suelta tal patada allí donde le cuelga que Lonesome saca por la garganta tres litros de whisky y el pudín de cerdo del almuerzo.

-Eh, pequeña -murmura Lonesome-, pegas duro. Pero tranquil no quiero robarte la mercancía. Quiero proponerte un bisnes. Oye, liquidemos a la vieja, y cada vez que tu madre te da el perico nos lo quedamos nosotros. Yo te lo coloco, vamos a medias y cuanto hayamos amontonado un pastón, nos vamos a Florida y abrimos un kiosco de granizados. ¿Qué te parece?

-Coño, Lonesome -dijo Caperuza-, tienes mucho morro. No te hacía tan duro. De acuerdo.

Y hete aquí que se presentan en la chabola de la vieja, que está en camisón sobre la cama llena de corn-flakes por todas partes y se está comiendo su zapatilla untada de mantequilla, más ciega que nunca.

-Estoy aquí, abuelita -dijo Caperuza.

-Que te den por el culo, Caperuza -masculla la vieja-. ¿Qué, te has parado a darle gusto al chocho con algún sifilítico por la calle, que no llegas hasta ahora? Un poco más y esnifaba el detergente, del mono que llevo. Suelta el perico, cabrona.

El lobo, aunque ciertamente no frecuenta duquesas, alucina con el fraseo de la abuela. Además, el canario se le caga en la cabeza.

Entonces el lobo se acerca a la cama de la abuela con un bufanda en la mano para darle un tirón en la garganta.

-¿Eres tú, cabrona? -dice la vieja, estirando la zarpa-, trae el perico. Vaya... cómo te apestan los pies.

-He cambiado mucho -dice el lobo, poniendo vocecita de disco-music.

-Puede... -dice la vieja, tocándole-, pero ¿qué son estas dos grandes patillas?

-Es la última moda neoyorquina, abuela -susurra el lobo.

-¿Ah, sí? -prosigue la bruja-, y ¿de dónde has sacado este par de hombros?

-Hago cantidad de flexiones, abuela -dice el lobo, y se prepara para dar un buen estirón.

-¿Ah, sí? -dice la vieja-, ¿y esto qué es, un regalo?

Y coge al lobo de allí donde le cuelga y le da un tirón y Lonesome aulla como diez ambulancias en procesión.

Luego la abuela saca un cañón de debajo de la almohada, y comienza a disparar con metralla, el lobo aulla de dolor, Caperuza intenta largarse con la mercancía pero el canario le saca un ojo de un picotazo, se despierta todo el inmueble, hasta que llega un madero que hace la ronda tan grande como tres repartidores de coca cola puestos encima.

-¿Qué coño está ocurriendo aquí? ¿Nos estamos divirtiendo? -dice.

-Claro que sí -dice Caperuza-, y tú ¿no quieres esnifar un poco, tío?

Comienzan a esfinar como cosacos. Poco después llegan dos tipos rasta en pijama con una botella de gin, y una movida de puertorriqueños con latas para hacer música. La vieja toma el saxo y comienza a tocar Blue Moon al revés, pero el rasta le vacía dentro toda una botella de gin y la tumba por unas cuantas horas. Caperuza Negra se los va cepillando a todos uno tras otro y luego hay un gran follón porque un puertorriqueño se ha puesto dos veces en la cola y el policía va tan cachondo que se folla también a la abuela diciendo que siempre he sido un fan suyo señora Liz Taylor y en la confusión un puertorriqueño se hace una brocheta con el canario y Caperuza se cabrea y vienen de nuevo a las manos y llegan otros diez o doce que se suben por las paredes y hasta un bonzo, en fin que, a las ocho de la mañana Caperuza se presenta en casa tardísimo con una

cara de vampiro con colapso.

-¿Son horas de volver a casa, marrana? -dice la mamaíta-, ¿dónde has estado?

Y Caperuza le cuenta una fábula.

Climene Y Cloris

General Yamamoto - Misión Zaikaku

De: Saito, mando misión.

Situación descrita por usted en la nave muy grave. Demasiado tarde para enviar contingente gatos, pero está autorizado a utilizar todas las armas especiales a su disposición contra la revuelta, y para vencer en la carrera espacial. En cuanto al motivo del extraño comportamiento de los ratones, le adjunto la siguiente nota llegada a mí en el día de hoy.

*De los laboratorios para personal de vuelo Sansui, sección «soldados grises».*

*«Después cuidadoso control del dossier genético de los ratones enviados en misión sobre la nave Zuikaku ha resultado que, por un inexplicable error, han sido embarcados dos ratones pertenecientes a otro sector, el de reproducción. Los ratones en cuestión, precisamente los erróneamente llamados And y Tab, son del sexo femenino y sus verdaderos nombres Climene y Cloris. La presencia de dos ratas en la nave podría haber desencadenado mecanismos imprevistos en la tripulación, sugiriendo a los rebeldes la decisión de fundar una colonia independiente. Aconsejamos por consiguiente mantener constantemente bajo control la revuelta.»*

Calalbakrab: Todo Decidido

-Decidido entonces -dijo Coyllar-, mañana por la noche. El concierto comenzará a las diez. El ataque a las diez y treinta y cuatro. ¿Alguna duda?

-Sí -dijo Lorina-, nuestra acción de mañana, ¿tiene un eco efectivo en las masas? ¿O estamos aislados?

-A un millón de kilómetros de la Tierra -respondió Vassiliboyd-, se trata de una pregunta a la que no es fácil responder.

-Yo tengo una hermana en la Tierra -dijo Coyllar-, se llama Coya. Un día nos separamos: ella prefirió seguir con nuestra gente, luchando en la Tierra, yo decidí afrontar al enemigo en su terreno, el de la tecnología, el saber. Pues bien, no considero que haya abandonado a mi pueblo. En este infierno, en estas guerras, he encontrado indios por todas partes.

-Sin embargo -dijo Alice-, debería haber un medio para rebelarnos todos juntos. Tal vez si se anunciara todo con carteles, como para los conciertos, si se utilizaran unos cuantos efectos especiales, con el presentador que sube al escenario y grita: «Ya era hora, muchachos, por primera vez en nuestra ciudad las vanguardias combatientes» y todos encienden una cerilla...

-Oídme -dijo Vassiliboyd-, ¿puedo haceros una pregunta? ¿Por qué habéis elegido disfrazaros de grupo musical?

-Al principio, no era un disfraz. Yo creía que la música podía ser un arma formidable para hacer pensar a la gente -dijo Alice-, y luego cambié de idea. ¿Te acuerdas de la guerra de los discos?

La Guerra De Los Discos

*Soy baby cara de ratón*
*he nacido con la careta antigás*
*aquí en el nivel dieciocho*
*¿quieres saber qué cara tengo debajo?*
*bésame y lo sabrás*
*y después morirás.*

¿Os acordáis de esta canción? Fue la primera en las listas de todo el año, cuando yo comencé a tocar. Por aquel entonces hubo dos grandes acontecimientos en el mundo musical. El Control Sexual y la guerra de los discos. Yo llegué a conocer al Control Sexual, que, aunque suavizado, sigue en vigor. Estaba prohibido tener hijos sin permiso gubernativo. Además, todos los actos sexuales debían ser denunciados, por ser socialmente peligrosos debido al peligro de contagio radiactivo, y sobre todo porque se temía que una sexualidad excesiva pudiera distraer del Gran Plan de Reconstrucción de la posguerra. Por dicho motivo, la música y la multitud de los conciertos eran la mejor ocasión para tener relaciones clandestinas. Yo comencé a ir a los conciertos sólo para poder encontrar alguna nueva vibración, para hacer el amor, en pocas palabras. Pero nos jodieron a todos cuando inventaron la Colmena Moral. La Colmena era una estructura de anfiteatro, llena de celdillas transparentes. Uno debía meterse a seguir el concierto en su celdilla, cerrado con llave, solo, hasta el final. Estaba prohibido salir, había que aplaudir por lo menos tres veces pues si no te castigaban con una fuerte descarga eléctrica. Sin embargo, esto no gustaba a todo el mundo, de modo que comenzaron los conciertos clandestinos, en las estaciones de metro abandonadas, en viejas ruinas cubiertas de nieve, en igloos ilegales. Nacieron conjuntos legendarios, como los Satanás y Bobi Lapointe en Francia, los Trogn Zikh en Praga, los Drei Zigeuner en Alemania, los Man and Mo de Pekín, los Vendetta Metalmeccanica italianos, los Fladdermoss suecos, los Pestilence ingleses, los Cabo Roto españoles. Yo estudiaba y tocaba el saxo, el bisaxo, el trood, y el moog electrónico. El grupo con el que comencé eran los Mauna Loa sound: cuatro negros que tocaban tambores, un irlandés que hacía estallar dinamita, un coyote amaestrado y yo que tocaba un órgano de iglesia encontrado en una catedral abandonada. Nuestro primer concierto, en la Gare d'Orleans, fue un éxito. La primera carga de dinamita mató a nueve espectadores y despertó a millares de murciélagos que comenzaron a volar enloquecidos por todas partes. El coyote atacó un solo de aullido de coyote, una pieza que se llamaba *Baja si tienes valor, luna*. El público comenzó a sentirse a sus anchas, y al final los murciélagos se pegaron al techo y comenzaron a chillar a coro «¡ui-ui-ui!» Lástima que aquel concierto estuviera lleno de hijos de puta y de espías. Nuestros nombres fueron comunicados inmediatamente al Control Discográfico y aquella misma noche

los policías con uniforme de lentejuelas del Rock Control rodearon nuestra madriguera. Nos sorprendieron mientras dormíamos: los capturaron a todos, menos a mí, que conseguí escapar arrojándome por una ventana. Mis compañeros fueron lobotomizados y convertidos en una orquesta de cha-cha-cha para los cruceros árabes.

Al año siguiente toqué con los Invisibles. No sabía quienes eran los demás miembros del grupo. Cada semana me llegaba un aviso: «Ve a los Grandes Almacenes Metro, a las nueve de la noche.» Y acto seguido, confundidos entre la multitud, comenzábamos el concierto. Habitualmente, hacíamos improvisaciones utilizando como base rítmica los ruidos de lugares muy atestados. Nuestro primer disco pirata con un cierto éxito fue Navidad es bestial, concierto para vientos, batería y ruidos de las compras navideñas en el Emporio Lafayette de París. Yo todaba el saxo escondida en el water. Pero el disco pirata que nos lanzó fue Todos de cara a la pared, en el que improvisábamos veinte minutos de jazz durante el atraco al Banco del Estado. El disco acababa con dos ráfagas de ametralladora: sólo nos salvamos yo y el batería. Aquel año, sin embargo, se produjo el Gran Cambio de Orientación Armónica, pero entonces los discos clandestinos ya eran demasiado populares, y comercialmente explotables, y por consiguiente la música fue de nuevo liberalizada. En realidad, los estados siguieron siendo sus dueños, a través de las grandes multinacionales del disco. Las casas discográficas más importantes eran dos: La One, de los Jeques, y la Eno, de los japoneses. Al frente de la One estaba Mick Jagger y Muhammed Paul MacCartney: los dos ex músicos; aunque ambos fueran supercentenarios, seguían activísimos. La One representaba la vieja

guardia, el revival, la música electrónica, con un factor humano preponderante. La otra gran casa era la Eno: la dirigían C bemol y D diesi, dos ordenadores japoneses del modelo creativo, autores de la música más avanzada: música en pildoras, música sobre estímulos sensoriales, música matérica, música hipnótica. En medio de estos dos colosos resistían algunas pequeñas casas discográficas y géneros musicales: estaba, por ejemplo, la Aida records, la preferida de los golfos líricos, jóvenes que iban por los metros vestidos de Radamés, de Walquiria y de Conde de Almaviva, cantando a grito pelado cuartetas y romanzas. Luego estaban los Beet, beethovianos fanáticos que se encontraban de noche en los Beet clubs para alucinar con el sonido de las nueve sinfonías. Había los Do, seguidores del compositor alemán Kurt Storen que afirmaba que el do es la

única nota musicalmente expresiva, y componía todas sus obras en do; había los Vencejos, que sólo escuchaban discos de cantos de pájaros; los Turbes, que decían que ninguna música puede igualar al poderoso zumbido de un motor. Tan pronto como la liberalización abrió nuevas perspectivas al mercado, comenzó la guerra de los discos. Como siempre ocurre con estas cosas, nadie admitió nunca que hubiera sido el primero en comenzarla. Pero todo hace pensar que fue la Eno la que rompió las hostilidades y que fue ella la primera en eliminar a los cantantes de la competencia.

Recuerdo el primer episodio, en el que yo estuve presente, el concierto de Edgard Allan and the Poe. Allan era un músico de Boston que hacía un rock tétrico, decadente, con gran derroche de ironía y de imaginación. Con él tocaban cuatro mutantes exangües: Lorre, Price, Lee y la organista Berenice.

Aquella noche histórica, Allan tocaba en la cripta del «Gato Negro», una catacumba de seis mil plazas. Estaba toda la newwave gótico-tuberculosa y dandy-corsario-vampírica del momento, jovencitas y jovencitos pálidos que tosían con afectación. Edgard Allan subió al escenario con su manto negro revoloteante, el rostro blanco como un muerto, y apenas su guitarra de mármol entonó las primeras notas de su hit Raven, imitando el grito del cuervo, cuando todo el público levantó al aire las manos enguantadas de negro, exactamente como las alas del cuervo, y comenzó a responder a coro: «¡Nunca más, nunca más!» Justamente en aquel momentó sucedió la catástrofe. El amplificador del concierto era de la casa Usher, doce amplificadores en forma de ataúd de una tonelada de peso cada uno. De repente, cayeron todos sobre el escenario, aplastando a Allan, y de allí rodaron sobre los espectadores: se produjeron horribles escenas de pánico, la cripta se incendió, murieron seiscientas personas.

La Eno acusó inmediatamente a la One de no haber respetado las medidas de seguridad; la One acusó a la Eno de haber sido ella la que había hecho saltar los amplificadores con una carga explosiva. Había comenzado la guerra de los discos.

Dos días después en Nueva York, en un concierto Eno de música de pildoras, los seis mil espectadores esperaban el efecto garantizado (sensación de relax, aumento de la tasa metabólica basal, disminución de la resistencia electrónica en la piel, y de la alcalinidad en la saliva). En cambio, fueron todos destruidos por un ataque de diarrea que para algunos resultó fatal. La One aprovechó inmediatamente lo ocurrido difundiendo el eslogan: *la música Eno hace cagar*. La Eno descubrió que las pildoras habían sido sustituidas por purgantes y la represalia no se hizo esperar: el bajo de los Parsifal, número uno del hit-parade de la One, fue encontrado ahorcado de una cuerda de su contrabajo. Aquella misma noche, durante un concierto en Londres, el famoso jazzman «Kid» Mangoosta fue muerto por una cobra que salió de su saxo. La represalia de la One fue terrible: un avión bombardeó la fábrica de órganos eléctricos Yamaha y a seis mil robots pianistas almacenados para un concierto les desenroscaron las manos.

Pero el golpe más terrible para la Eno fue la muerte de Micro Minstrel. Micro era considerado el poeta de la música matérica; mediante un ordenador inventado por él, era capaz de transformar en música cualquier ritmo interior o cualquier secuencia de la materia: desde la de la cadena de aminoácidos al movimiento de las partículas de los gases, pasando por los diferentes ritmos cardiacos. Entre sus obras más conocidas estaban *Glicemia*, una suavísima composición obtenida de las variaciones de la glucosa en un enfermo de diabetes, o el famoso concierto *Viaje del bolo alimenticio*. Su obra maestra, sin embargo, era la sinfonía *Gripe*, que narraba la historia de un grupo de virus, desde su entrada en el organismo (andante) a su lucha contra los anticuerpos (andante con brío) a la llegada de los antibióticos (marcha triunfal) y al restablecimiento de la salud en el cuerpo (el bellísimo adagio de la convalescencia). Pues bien, Micro Minstrel tuvo una muerte horrible: mientras estaba componiendo un concierto para oboe y jugos gástricos, oyó unos gallos tremendos: cayó víctima de calambres y entendió demasiado tarde que había sido envenenado.

Fue en este clima de guerra cuando yo fui llamada a la One: necesitaban gente nueva para los conciertos. En ese momento ser músico era peligroso y muchos se retiraban. Yo acababa de fundar la Dzunum, un grupo de once mujeres, todas teclistas. Tocábamos rock pacifista en el «tren», un órgano de seiscientas teclas y varios metros de longitud. Una mañana se presentaron en casa unos tipos con el uniforme de los «ángeles» de la One, y me dijeron que uno de sus jefes quería verme. Al principio me sentí algo asustada, y después sorprendida. La sede de la One era un gigantesco platillo volante negro. Cuando me trasladaron a él, volaba a seis mil metros de altura sobre el polo norte. Con gran emoción descubrí que me estaban llevando a presencia de su Santidad. El interior de la One era una catedral. Las paredes estaban completamente pintadas con escenas de los viejos conciertos de los Beatles y de los Rolling Stones, y a través de los cristales de colores sonreían los grandes del pasado, de Chuck Berry a Presley, de Bowie a Kimoko. A los lados, estaban los sepulcros de los Beatles y de los Rolling, con los cuerpos perfectamente conservados en sus trajes de actuación. Jagger y Mac Cartney me esperaban en una pequeña salita que era la reconstrucción de un piso inglés de finales del siglo XX, con la chimenea, un antiguo estéreo japonés y cuadros de Warhol en las paredes. Mac Cartney estaba delante de la chimenea, acurrucado bajo una manta de cuadros escoceses. Era un viejecito gordinflón completamente sordo y un poco gaga. Jagger le gritó cinco o seis veces mi nombre, y cada vez él preguntaba «¿Es la enfermera para la inyección?» y quería bajarse los pantalones. Jagger, en cambio, estaba flaquísimo: se apoyaba en un bastón y llevaba una peluca algo ridicula, pero sus ojos seguían vivaces. Me dijo que tenía grandes proyectos para mí: querían lanzarme en un concierto en el Coliseo de Roma y hacerme un contrato por diez años. No conseguía acabar de entender este increíble interés respecto a mí, pero un contrato con la One era el sueño de cualquier músico, así que firmé inmediatamente.

-Bravo, muchacha -me dijo Jagger-, ¡has hecho bien! Mientras se está a tiempo ¡las ocasiones hay que cogerlas al vuelo!

Mientras hablaba, me pareció descubrir que una luz diabólica se encendía en sus ojos. De todos modos, Mick estuvo muy simpático conmigo, me invitó a cenar, y después a su apartamento. Comenzó a hablar de sus recuerdos y quiso tocarme *Satisfaction* con la guitarra y bailar, y empezó a jadear, luego comenzó a llorar recordando alguno de sus conciertos, y de repente se me durmió en las rodillas.

Le metí en la cama, le cubrí con las mantas, y estaba ya a punto de irme. Fue entonces cuando vi sobre la mesa una carpeta con la inscripción «proyecto Dzunum»: dentro había unas cuantas hojas fotocopiadas. Por curiosidad, tomé una de ellas, pero me olvidé de leerla. Ya no tuve un segundo de reposo, comenzamos inmediatamente los ensayos, y al cabo de tres días ya estábamos en el camerino, esperando el momento de subir al escenario para el concierto. Todas estábamos muy excitadas: era realmente increíble pasar de la noche a la mañana del público del metro a los doscientos mil espectadores del Coliseo. La One había hecho las cosas a lo grande: «Un

concierto que no olvidaréis», decían los carteles, «un concierto fuerte para un público fuerte». Y en todas partes nuestras fotos: éramos once guapas chicas y hacíamos un cierto efecto, con nuestros monos fosforescentes. Recuerdo que sólo una de nosotras, Patti, estaba un poco preocupada.

-Hay aquí algo que no entiendo -decía-, ¡demasiada suerte de golpe!

Pero ya era demasiado tarde para tener dudas. Así que abandonamos el camerino y nos dirigimos a la entrada del escenario del Coliseo. Recuerdo que me quedé sin aliento. Vi encima de nosotras, rodeándonos, en el antiguo monumento romano reconstruido, doscientas mil personas excitadísimas: sus gritos eran la cosa más horrible que jamás había oído. Mick Jagger subió al escenario y animó al público gritando:

-¡Muchachos! Ya hacía tiempo que se esperaba algo nuevo en la música, y ahora este algo ha llegado. Hoy veréis realmente de todo: once espléndidas chicas desafiarán los peligros de los verdugos de la Eno con un concierto excepcional: ¡música y riesgo para vosotros con las Dzunum!

Las palabras de Jagger me hicieron estremecer: sólo entonces, recordé la hojita. Mientras mis compañeras probaban el instrumento (hacían falta dos minutos para ajusfarlo), regresé con una excusa al camerino, y allí leí la verdad.

*Secretísimo: de dirección Eno a dirección One.*

*Proyecto Dzunum.*

*Hemos leído vuestra proposición con interés. También nosotros hemos observado que cuando en nuestros conciertos existe la posibilidad de ver morir de modo violento al músico, el público aumenta mucho. Sabemos, por ejemplo, que el último concierto de Killer Coltrane, en que el cantante no ha sufrido atentados, ha gustado muy poco y la venta de sus discos ha descendido, mientras que funcionan muy bien todos los discos de los cantantes muertos. Estamos de acuerdo también en que la venta de posters, biografías, gadgets y reliquias de los cantantes muertos, es un buen negocio. Por consiguiente, estamos de acuerdo en que debemos terminar esta estúpida guerra entre nosotros y unirnos para explotar estas nuevas posibilidades de mercado. Seguiremos fingiendo, sin embargo, que la guerra continúa entre nosotros, pero en realidad planificaremos una serie de conciertos con final trágico, de acuerdo con un plan orgánico de marketing. Estamos dispuestos a suministraros a los killer y los medios para llevar a buen fin Vuestros conciertos, y contamos con Vosotros para análoga colaboración. Respecto al concierto de las Dzunum, estamos de acuerdo en que ver once hermosas mujeres en peligro de muerte será especialmente excitante para el público: a este respecto, le aseguro que nuestro Servicio Sabotajes ha preparado, para este Concierto, una sorpresa de especial espectacularidad y atrocidad. Con la esperanza de una cada vez mayor efectiva colaboración entre nuestras empresas. ¡La música es una sola! Cordiales saludos.*

*Firmado C bemol, director general Eno Music*
*D diesi, codirector.*

Entonces lo entendí todo: entendí por qué en los días anteriores al concierto nos habían mantenido siempre aisladas, el porqué de las extrañas miradas de los técnicos, el porqué de tanta excitación en el público. ¡Eran muchos los que ya sabían que las Dzunum tendrían un triste final! Me precipité a advertir a mis compañeras, y, con horror, vi a cuantos empleados con paquetes de posters orlados de negro, a punto para la venta. Intenté regresar al escenario; grité:

-¡Escapad! ¡Es una trampa!

Pero dos «ángeles» de la One me obstruyeron el paso y me detuvieron. De modo que tuve que asistir a todo, impotente. Mientras mis compañeras tocaban la primera pieza, entraron repentinamente por una puerta lateral once animales: once bestias mitad gladiadores y mitad jugadores de rugby, con la inscripción «Lions Eno» en la camiseta. Iban armados con botas de clavos y guitarras eléctricas como mazas. Mataron a mis compañeras una tras otra. El público deliraba, y el presentador gritaba:

-¡Música, deporte, violencia! ¡Sólo la One puede ofreceros todo esto a la vez!

Conseguí soltarme, y escapé mezclada con el público. Desde aquel día, tuve una única obsesión: vengar a mis compañeras. Pensé en la forma de hacerlo día y noche. Después conocí a Coyllar y a las demás y, estudiando las frecuencias del sonido del moog, encontramos la idea, el arma perfecta. ¡Y ahora el arma está a punto, y el imperio de los Jeques dispuesto a escuchar el concierto final!

Hacia El Corazón: En Los Laberintos Misteriosos

El silbido de la tempestad cubría las voces, oleadas de viento glacial levantaban por el aire abanicos de nieve. Emstein separó el oído de la radio.

-¡Han entrado, hace cuatro minutos se han sumergido en el Mar Universal! -gritó Fang-. Ahora tendrán que apañárselas solos.

-Nosotros también -dijo el chino.

Einstein miró hacia abajo, a lo largo de la empinadísima escalinata tallada en el hielo, que llevaba a una estrecha cornisa colgada sobre el abismo. En la cornisa, algunas antorchas encendidas, temblorosas, iluminaban el vacío con un baile de fantasmas. El chico notó que la cabeza le daba vueltas.

-Nos metemos en el infierno -dijo-. Valor, Fang.

Descendieron con cautela a lo largo del muro, hacia la luz de las antorchas. Los ojos de los indios les esperaban, única cosa visible bajo sus capuchas. Encima de la ropa, los indios llevaban fajas y gorros de vivos colores, un desafío a la blancura del abismo. Por la mirada, Fang reconoció a Coya, Catuilla, Aucayoc y Nanki, el esquimal. Pero también había otra persona: un anciano que, pese al hielo, vestía únicamente un poncho gris. Se acercó a Fang, llevando algo en las manos.

-Yo soy Huatac -se limitó a decir-, y ya nos hemos conocido antes.

-Sí -contestó Fang.

-Poseo una cosa -prosiguió el viejo indio- que desde hace años y años y siglos y siglos ha sido custodiada por mi familia. La montaña me ha dicho que te la entregue.

Huatac la mostró: era un quipu de bramantes blancos.

-Esto, nudo tras nudo -añadió-, te llevará al nudo mayor, las quince puertas. Luego deberás seguir por tu cuenta.

-Es una misión muy difícil -dijo Fang-, no sé si estaré a la altura...

-Id -dijo bruscamente el viejo, mirando hacia arriba, al borde del abismo-, no queda mucho tiempo. Están a punto de suceder muchas cosas.

Una ráfaga de viento hizo resonar el abismo con una nota profunda, como una invocación dolorosa. El viejo volvió a subir la escalinata y su sombra, durante un instante, se mezcló con la de Fang, que la luz de las antorchas arrojaba hacia arriba. Luego Huatac desapareció.

-No entiendo lo que son las quince puertas -dijo inmediatamente Einstein.

-Aún no estás ante el misterio y ¿ya no entiendes? -replicó Coya-. Abre, Aucayoc.

Sólo entonces descubrió Einstein que había un monolito pegado a la pared, y que un indio estaba haciendo palanca en una rendija con una lanza. El gran peñasco giró sobre sí mismo, revelando una abertura oscura.

-¡Caramba, esto es alta ingeniería! -exclamó, admirado, Einstein-. ¡Son como las partes giratorias del Pyraminx de la Federación!

-¡Adentro! -ordenó, autoritario, Aucayoc-. Podrían vernos.

Pocos instantes después, el peñasco se cerró a sus espaldas, y Einstein sintió miedo. Las antorchas iluminaron una gran sala de piedra con el techo bajo. Al fondo, se abrían quince puertas trapezoidales. Cada una de ellas mostraba una oscura galería.

-Esta es la parte menos conocida de las «chincanas», los laberintos del misterio -explicó Coya-. Muchas personas han intentado recorrerla en tiempos pasados, porque se dice que aquí se ocultan grandes tesoros, estatuas de oro, pasillos enteros recubiertos de oro. Pero sólo uno, de los mil que entraron, consiguió salir. Llevaba en la mano una espiga de oro, pero había enloquecido de terror. Nadie consiguió contar lo que le había sucedido.

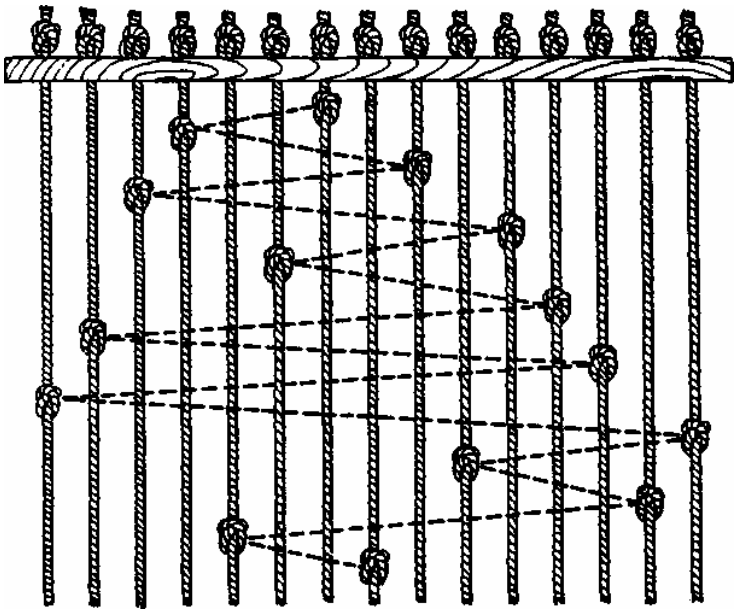
-¿Y los otros mil? -preguntó Einstein.

-Los encontraremos -dijo, sombrío, Catuilla-. Ahora Fang debe decirnos adonde nos dirigimos.

-He examinado el quipu -dijo el chino-. Está hecho de quince cuerdas, y en cada cuerda hay un nudo. Es evidente que estos nudos deben guiarnos a través del laberinto.

-No es muy difícil -dijo Einstein-. Basta con unir los nudos con una línea del más alto al más bajo, hasta llegar al más grueso del fondo. Quince cuerdas, quince entradas, quince direcciones. No me parece una gran magia, es un enigma elemental.

Fang comenzó a trazar el recorrido indicado por los nudos sobre una hoja. Al final, la línea visible era la siguiente:



-Parece -dijo Fang- que debemos entrar por la séptima apertura, pasar dos corredores y bajar luego hacia la cuarta dirección. ¡Adelante!

Bajando la cabeza, se metieron por el hueco. Iba en primer lugar Aucayoc, con la antorcha mayor, detrás Fang con el mapa, luego Coya, Nanki, Camilla y por último Einstein, que intentaba no separarse ni un centímetro de la robusta espalda del indio. La galería descendía

cada vez más, para después ensancharse gradualmente. Pasaron dos galerías laterales, y se encontraron frente a un pozo situado exactamente en medio del suelo del corredor.

-El enigma se complica -observó Einstein-, ahora es para jugadores extremadamente hábiles.

-El laberinto baja de nivel -dijo Fang-. En cualquier caso, según el mapa, éste es el nudo por el que debemos pasar.

-Así es -dijo Aucayoc, metiéndose con decisión en el pozo, que tenía una empinada escalera de caracol.

-Un momento -dijo Einstein-, La cosa es más complicada de lo que parece. Esperad un momento, pensémoslo...

Pero apenas vio que Camilla desaparecía en el pozo, se introdujo en él como un topo.

Pasados unos metros, el pozo describió un giro de ciento veinte grados. Estaban descendiendo al corazón de la montaña; y, poco después vieron la primera inscripción en la pared: «Héctor Alvarez, Mayo 1606». Mientras proseguían, las inscripciones se hicieron más frecuentes: eran nombres de españoles, y también mexicanos e ingleses e italianos, que se habían aventurado por las chincanas en los siglos pasados.

-¿Y dónde han acabado todos éstos? -preguntó Einstein, con un escalofrío.

-Ahí tienes a uno -dijo Nanki.

En un rincón del pasillo, un cuerpo momificado, perfectamente conservado por el frío, estaba sentado apoyado en la pared. Hundida en su corazón había una fina espada española.

Y Mientras Tanto Pyk Y Phildys Lo Venden Todo

-Desaparecidos -dijo Phildys, desconsolado-, no les encontramos por ninguna parte. En el momento más importante, han desaparecido.

El ministro Pyk le miraba con conmiseración.

-Te lo he dicho, Phildys -exclamó-, tus dos cerebros se han rendido. No hay chiquillo fenómeno, ni sabio chino que pueda resolver tu problema. Y tampoco aquellos cinco locos, allí arriba, en una astronave desarmada. Tú sabes cuál es la única solución.

-¡Bonita solución, entregarse en manos de los aramerusos!

-¡Phildys, no te reconozco! ¿Dónde está el político astuto, el teórico de las convergencias, el que consiguió vender los refugios antiaéreos en plena guerra? ¿Y ahora tienes estas dudas? No hay otra opción: solos jamás conseguiremos llegar a la Tierra dos, porque nos eliminarán, y nunca encontraremos la fuente de la energía subterránea. Pero si firmamos el acuerdo antes de un mes, los jeques, con sus bombas sensoriales, transformarán Cuzco en un cráter, y lo que haya debajo, sea inca o alienígena, aparecerá forzosamente.

-Los indios no lo permitirán -dijo Phildys.

Pyk se cogió la cabeza entre las manos.

-¡Esta sí que es buena! ¿Tú crees que cinco o seis mil indios pueden ser un grave problema moral para el rey Akrab? Tanto como para nosotros un mosquito en el parabrisas.

-¿Y qué será de los que están arriba, en la Proteo? -dijo Phildys.

-Se les advertirá que de ahora en adelante los jeques son nuestros aliados. Y si no les parece bien, tampoco ello serán un problema moral. El espacio está tan lleno de peligros imprevisibles...

-Otro mosquito, ¿eh? -dijo Phildys-. ¡Tu rey Akrab tendrá que detenerse con frecuencia para que le laven los cristales, no te parece! De acuerdo, lo pensaré. Pero quiero esperar a encontrar de nuevo a Fang y Einstein. También nuestros enemigos tienen sus dificultades. Tal vez no esté todo perdido.

-Haz lo que quieras, Phildys -concluyó Pyk-, pero recuerda que faltan pocos días para la reunión extraordinaria. Y si no entras en razón, Phildys, te destrozaré. ¡No lo olvides, general! Soy un expresentador. ¡Quien falla la respuesta, es eliminado del juego!

Los Laberintos Misteriosos: Las Quince Puertas

Fang se detuvo a controlar el mapa: habían recorrido las dos terceras partes del camino indicado por el quipu. Llevaban muchas horas caminando bajo tierra y el laberinto se hacía cada vez más impresionante. Galerías y corredores avanzaban horizontales y oblicuos, se encaramaban por las paredes, bajaban en picado, volvían a subir. Todas las esquinas de la red de galerias ocultaban cuerpos momificados, en la posición en que les había sorprendido la muerte: tendidos, sentados, amontonados. Había armas y pertrechos de por lo menos cuatro siglos atrás. Más de uno había robado a los muertos, antes de morir a su vez, y junto a los cuerpos aparecían mezclados espadas españolas, machetes mexicanos y pistolas inglesas.

-Los últimos -explicaba Coya- entraron a fines del siglo XIX, y después un terremoto cubrió esta entrada. Nosotros llamamos a este lugar el «Camino de los chacales» porque era la ruta de los buscadores de tesoros, y cada uno de ellos desnudaba el cadáver del otro. ¡Fijaos en éstos!

Había tres esqueletos en pocos metros, cerca del altar de las láminas de oro. Dos cráneos hendidos en una lucha furibunda.

-Son brasileños -dijo Coya-, las expediciones financiadas en el siglo XIX por los barones del caucho, en busca del Dorado. Estas cadenillas con crucifijo son inconfundibles. Llegaron decenas de ellos, en busca del tesoro inca. Pero no lo consiguieron. Estos laberintos no perdonan, y quien los había construido lo hizo con esa intención.

-Basta -gritó Einstein, aterrorizado-, ¡no sigamos! ¡Llevamos horas caminando! ¿Cómo podemos estar seguros de que es el camino correcto? ¿No estaremos también a punto de terminar como los demás? ¿Estamos seguros de que estos nudos bastan para indicarnos la dirección? ¡Hay ángulos, curvas, agujeros, de todo! Este laberinto es diabólico, y el quipu excesivamente sencillo.

-Aucayoc -dijo el indio, señalándose el pecho- sabe que el camino es correcto.

-¿Y cómo lo sabe? ¿Lleva un ordenador direccional de bolsillo? -preguntó Einstein.

-Aucayoc cuenta los pasos -explicó Coya-, y sabe exactamente los movimientos que hemos realizado, y si corresponden al recorrido indicado por el quipu. Aucayoc es albañil constructor, su padre le enseñó a moverse en cualquier laberinto, ruina o templo, siguiendo el método de indicación de estos quipus. Con estos bramantes, los incas eran capaces de encontrar una habitación oculta en una ciudad de las dimensiones del Machu Pichu. Aucayoc conoce muy bien esta técnica.

Siguieron caminando media hora más: los esqueletos comenzaron a escasear hasta que desaparecieron por completo. Señal de que iban por el buen camino, pensó Einstein, o por lo menos por un camino que pocos habían hollado. Más o menos en el punto indicado por el antepenúltimo nudo, en un corredor más amplio que los anteriores, Aucayoc dijo:

-¡Allá abajo hay una luz!

Aceleró el paso y desapareció detrás de un esquina. El ruido de sus pasos cesó de repente. Los demás le alcanzaron, y se quedaron sin aliento: ¡Aucayoc ardía, una repentina llama, liberada por la oscuridad, le rodeaba!

-¡Hay un incendio! -gritó Einstein-. ¡Allí al fondo hay fuego!

-¡No! -dijo Aucayoc, cubriéndose los ojos deslumhrado-. ¡Son las lágrimas! ¡Las lágrimas del sol, reflejadas por la antorcha!

A partir de aquel punto, todo el laberinto estaba cubierto por finas láminas de oro, y resplandecía más allá de lo imaginable. Al proseguir vieron dentro de unos nichos de la pared espigas de oro, una mona de oro de tamaño natural, pequeños cerditos y estatuas de hombres y mujeres.

-¡El tesoro inca!- dijo Einstein-. ¡El tesoro! -intentando ver en los demás su mismo estupor.

Pero los indios y Fang, más que sorprendidos parecían hipnotizados, como si corrieran hacia algo frente a lo cual aquel oro no era nada. Y aquel algo apareció inmediatamente después, en el penúltimo nudo: una nueva galería que descendía de forma pronunciada. Al

fondo había una escalera, y la escalera les llevó al último nudo del quipu: una sala con un techo altísimo. En el centro, como aguardándoles, había un ancho banco. Y al fondo de la sala quince puertas con dibujos esculpidos. Tenían la altura de cinco hombres y todas ellas eran de oro. Einstein quedó boquiabierto, y su corazón parecía un caballo desbocado.

Coya comenzó a cantar un huayno, la canción quechua, y Catuilla y Aucayoc le acompañaron.

Coya miró a Fang y dijo:

-Aquí está lo que buscáis. Más allá de estas puertas está el corazón de la tierra, y Huatac os ha traído hasta aquí.

-El misterio está próximo -dijo Fang-. Ahora debemos proseguir solos, como solos están nuestros amigos en el espacio.

El Viaje De La Proteo: Llegada Al Planeta Olvidado

*Estoy convencido de que en el año 2000 todos*
*tendrán sus cinco minutos de radioactividad.*
*(Andy Warhol)*

-Esto no es una ruta, es un laberinto -protestó Chulain, observando en el radar el centelleo luminoso de los puntitos de los asteroides y desechos que rodeaban Mellonta-, ¡tendremos que hacer unos cuantos zig-zags entre la chatarra, cuidado con el estómago, amigos!

-¡Ese planeta de desguace es magnético -dijo Kook-, atrae las astronaves naufragadas y los asteroides metálicos!

-Apuesto cualquier cosa a que Deggu nunca llegó a tener un videojuego semejante -dijo Chulain, sorteando dos montones de chatarra.

La Proteo bailaba y saltaba y todos se mantenían pegados a las paredes. Sara zumbaba inmóvil en el centro de la cabina. De vez en cuando un golpe sordo sacudía la nave, mientras Caruso cantaba a grito pelado la obertura de Guillermo Tell.

Chulain vio llegar a su izquierda una sombra enorme: era un mercante ruso con el nombre en caracteres cirílicos y la cara de Andropov, último presidente soviético, a los costados. Tenía una fractura a popa, de la que brotaba un hedor insoportable. Chulain consiguió descender en el último momento, y las trescientas mil toneladas del mercante pasaron por encima de la Proteo haciéndola vacilar.

Kook recuperó la respiración.

-Lo hemos esquivado por un pelo. ¡Pero qué es este hedor!

-Yo sé un poco de cirílico -dijo Mei-. En el costado lleva escrito: «Auténtico caviar del Volga, año 2020.»

-Caviar podrido, perdido en el espacio durante más de cien años -dijo Caruso-. ¡Vaya canapé!

-Agarraos -advirtió Chulain-, delante de nosotros tenemos una nube blanca que no sé lo que es.

-Son esqueletos -dijo Caruso desde el ojo de buey-, millares de esqueletos de desaparecidos. Los traen hasta aquí con la astronave, una inyección de somnífero, y hala, al espacio.

-¡Cuidado! -gritó Chulain.

La astronave estaba pasando justo en medio de la nube, el ruido en los cristales semejaba granizo, pero no se veía otra cosa que el polvo blanco de los huesos rotos. Pasada la nube, Mellonta, el planeta artificial olvidado, apareció en toda su desolación. Había sido llamado el basurero del espacio. Y, en efecto, al acercarse, sólo se veían edificios en ruinas y armazones de astronaves. Lo que tiempo atrás había sido la Gran Flota Espacial, la Armada Invencible sineuropea, el Viento Divino japonés, la Nube del Orden aramerusa, destruida por la crisis energética y por las guerras, había ido varando día tras día en el planeta. La Proteo Tien

descendió en una explanada rodeada por una cordillera de montañas de metal, que eran astronaves oxidadas, por lo menos diez veces mayor que ella.

Y de las montañas, poco a poco, comenzaron a bajar unas pequeñas criaturas blancas... primero una... luego diez... luego cien.

-Rodean la nave -dijo preocupada Mei-. ¿Qué son? ¡Hay millares!

-No consigo distinguirlas -dijo Chulain, delante del vídeo anteojo-, parecen... extraños cuadrúpedos... tienen dientes afilados... parecen... es imposible... en los libros las llamaban...

-Yo lo sé -dijo Caruso, abriendo la portezuela, y saliendo a la carrera.

-¡No! -gritó Chulain-, ¡estás loco! Cuidado. Esas criaturas pueden ser peligrosas.

Kook corrió a buscar un arma para salir en ayuda de Caruso. Pero Caruso ya había regresado: sostenía a una de esas criaturas en los brazos. El animal no parecía muy agresivo, al contrario, movía la cola en señal de alegría.

-Las criaturas alienígenas están contentas de veros -dijo Caruso.

En aquel instante, mil doscientos doce perros entraron en la astronave y comenzaron a hacer jaleo y a lamer, todos a un tiempo, las caras de los tripulantes.

## Saggientarrubia

Sólo después de muchos esfuerzos, consiguió liberarse Chulain de las demostraciones de afecto, en medio de un coro de gañidos. Los perros le miraban moviendo la cola, aguardando el lanzamiento de un pedazo de palo.

-No tenga miedo. Soy muy cariñosos -dijo una voz desconocida en la astronave.

Apareció un personaje más bien extraño. Era un viejo de piel abrasada, con un cuello larguísimo que asomaba por un mono rosa, y una nariz enorme y puntiaguda, color rojo fuego.

-Soy el dueño de los perros -dijo el hombre-, disculpen mi aspecto, pero aquí las radiaciones gastan estas bromas, y a veces incluso peores. Me llamo Saggientarrubia, el hombre-fenicóptero. Los perros son Toio, Cai, Pino, Ivan, Jim, Lúea, Manolo...

-No nos diga todos sus nombres, por favor. Son todos muy bonitos -dijo Mei-. Pero, ¿cómo han venido a parar aquí?

-Bien, yo creo que siempre han estado aquí. Un mellontiano ancianísimo me contó que, cuando llegó a este planeta, le dijeron que un día había naufragado aquí una capsula rusa. Dentro había una perrita blanca, más bien vieja. Dos años después, naufragó otra cápsula. Dentro había un perro americano, que se llamaba Tom. Estos son sus... descendientes.

-Ah -dijo Kook-, y, por curiosidad, ¿cómo se llamaba la perrita rusa?

-Laika -dijo el hombre-fenicóptero-, ¿por qué?, ¿era suya?

-No -dijo Kook-, pero he oído hablar de ella. ¿Y ha oído hablar usted del hombre-serpiente?

-¡Cómo no! -dijo Saggientarrubia-, el gran Pintecaboru. ¡Quién no lo conoce en Mellonta!

-¿Nos llevaría a verle?

-Puedo llevarles... pero debo advertirles que es un tipo muy... extraño, y que con frecuencia pierde la paciencia.

-¡Que la pierda! -dijo Chulain-. Aquí somos cuatro contra uno.

-Creo -dijo el fenicóptero- que cuando le conozcan ya no estarán tan tranquilos. Pero, si quieren, les acompaño. Se va por allí.

El fenicóptero estiró el cuello en dirección a las ruinas de un edificio. Era el astropuerto de Mellonta, enorme e impresionante, incluso en su abandono. En la pista yacían decenas de astronaves, y de sus ventanillas salía humo. Los olvidados las utilizaban como viviendas. Las grandes cristaleras de los vestíbulos estaban rotas, y las butacas habitadas por una fauna de astronautas con los monos remendados, niños desnudos, radiactivos, llenos de llagas. Sólo los perros parecían vivos, y se perseguían y saltaban arriba y abajo de las verjas de la entrada, o se despulgaban todos en fila sobre la larga barra del bar. Los niños se divertían haciendo

resonar las voces grabadas de las azafatas que anunciaban: «Se ruega a los pasajeros del vuelo Lufhtansa con destino a la Tierra que se dirijan a la puerta número 4», y siempre había algún despistado que se ponía en fila con la maleta.

-Sentimos herir su sensibilidad -dijo Saggientarrubia, viendo la expresión tensa de Mei-, pero nosotros, los desaparecidos, somos los barrios bajos de la galaxia. Radiactivos incurables, caras de rata, mutantes, soldados mutilados, científicos intoxicados, presos, robots averiados, viejos ex pilotos, prostitutas Nasa. ¡Todos los que ya no pueden participar en la Gran Carrera, en pocas palabras!

-Pero de este planeta se dice que está deshabitado -dijo Mei-, ¡si lo supiera la Federación sineuropea!

El fenicóptero hizo una mueca.

-Todos aquellos que ven allí -dijo-, acampados debajo del puente de la autopista, son sineuropeos. En la última nave que llegó aquí había dos mil parados en excedencia. ¡La Federación lo sabe perfectamente!

-Nunca lo habría imaginado -dijo Mei-. ¡Es horrible!

-Horrible es una palabra que aquí no tarda en olvidarse -dijo el fenicóptero-. Bien, aquí estamos en la entrada de la superautopista. Como ven, está abandonada; para desplazarse en Mellonta no hay más medios que los pies y los perros.

-¿Los perros? ¿Cómo? -preguntó Kook.

-Con los rototrineos -dijo el fenicóptero-, como éste. ¡Arriba!

Y les hizo subir a uno de los medios de transporte más extraños que nunca habían visto... Eran seis butacas de la sala de espera del aeropuerto, instaladas sobre ruedas de camión con un cristal de astronave a modo de parabrisas. Un pelotón de perros provistos de casco y de gafas tiraba del conjunto.

-La zona donde nos dirigimos -dijo Saggientarrubia- está llena de polvo radiactivo. Es conveniente que también ustedes se pongan el casco.

-¿Adonde vamos? -preguntó Chulain, mientras avanzaban ruidosamente por la vieja autopista abandonada, entre el chirrido de las ruedas y el ladrido festivo de los pistones con cuatro patas.

-¡Van al segundo astropuerto de Mellonta! El lugar de donde salen las expediciones para el Mar Universal. Allí todavía queda algo... carburante a precios que ponen los pelos de punta, y también una especie de restaurante... y sobre todo garitos. Pero últimamente llegan pocos pilotos aquí. Ustedes son los primeros de este mes.

Pasaron a toda velocidad ante una barracópolis de armazones de astronaves y contenedores.

-Aquí viven los africanos -explicó el fenicóptero-, llegan cada mes en un carguero. Vienen al espacio a buscar trabajo, pero casi ninguno resiste estos ritmos. Y nadie les devuelve a casa...

-¿Y cómo viven? -preguntó Mei-. ¿Qué comen?

-Esperan el paquete regalo -dijo el fenicóptero-; de vez en cuando caen por aquí los negros de algún carguero espacial. Y, con frecuencia, tienen los frigoríficos llenos. Si consigues sobrevivir a la batalla, te puedes llevar a casa unas cuantas provisiones. Hace días cayó un carguero con helados. Se los comieron todos antes de que se disolvieran; hubo trescientos muertos de cólico. Luego cayó un carguero con pizzas. No hemos comido otra cosa durante un mes, pero no las digeríamos bien. Hasta que el último día un italiano nos explicó que había que cocerlas. Pero, saben, aquí no se piensa mucho en la calidad de la comida: la supervivencia media es de cinco años. ¡Ya hemos llegado, señores!

La superautopista terminaba bruscamente, truncada en dos por un cráter. Dentro del cráter vieron unas cuantas barracas, una pista de aterrizaje y un gran cartel luminoso.

*«Casa Pintecaboru. Alquiler astronaves. Mapas espaciales. Restaurante, menú turístico, especialidad sopa de lo que cae. Night club. Sala de juegos. Artículos deportivos, diarios,*

*tabaco, souvenirs. Gran surtido de metralletas. Baños turcos y masajes. Excursiones con guías espaciales. Testamentos. Todo lo que se precisa en la galaxia, menos suerte.»*

El cartel dominaba una barraca más alta que las demás, una auténtica catedral de chatarra, cuya chimenea era la humeante mitad de un misil Thor. En torno rondaban varios tipos de mala catadura.

-Yo me detengo aquí -dijo el fenicóptero, y dio inmediatamente la vuelta al rototrineo.

-Espera -dijo Caruso-, dinos por lo menos cómo es este Pintecaboru.

-No tendrá ninguna dificultad en reconocerlo -gritó el fenicóptero alejándose-, es... un poco más alto que la media.

Chulain se encogió de hombros, se acercó a la barraca, y llamó a la puerta de chapa.

-¡Pintecaboru! -gritó.

Salió del interior un estruendo como de un choque entre camiones. Se abrió la puerta y salió de ella un hombre de siete metros de altura más algunos centímetros. Estaba completamente tatuado, de los pies a la cabeza, y cubierto únicamente por unos calzoncillos hechos con un viejo paracaídas. Tenía un solo ojo, muy hacia arriba, y una expresión poco tranquilizadora.

-¿Quién es? -gritó con un vozarrón de ogro-, ¿quién me despierta a las tres de la tarde?

Astronave Zuikaku -Cuando Los Ratones Abandonan La Nave...

El general Yamamoto se despierta, siente frío y se tapa con la manta. Oye una voz, no acaba de entender si sueña o está despierto.

-General Yamamoto -dice la voz-, Dragón del Imperio Samurai, esto es un mensaje grabado: Es sabido que en el libro de la historia, cuando las cosas van de mal en peor, los ratones abandonan el barco. Mal presagio para el hombre, se ha dicho. Pero, ¿quién ha pensado alguna vez en el ratón? ¿Qué futuro se les presenta a un puñado de pobres roedores que deben arrojarse al mar abandonando madriguera, víveres, recuerdos, nadando a ciegas hacia quién sabe qué salvación lejana? «Los ratones abandonan la nave», grita el contramaestre. Y esto resulta, a los ojos de todos, un grave acto de cobardía. Pero ¿por qué? ¿Por qué deberíamos seguiros nosotros en vuestra ruina, cuando sois los únicos que la habéis querido? ¿Nos pedisteis nuestra opinión cuando cargasteis explosivos o esclavos negros, u os enfrentasteis a cañonazos? ¡Si luego la nave se hunde, no nos echéis la culpa a nosotros! ¡Se acabaron vuestros engaños! Un ejemplo para todos: un antepasado nuestro, Cidrolin de Mouses, viajaba en la última travesía del Titanic. Era el único ratón a bordo, porque en los grandes transatlánticos están más de moda los perros falderos. Pues bien, dos horas antes del momento fatal, Cidrolin se presentó en la cabina del capitán con dos maletines y una balsa hecha con lápices. Generosamente, quería advertir que su instinto ratonil le hacía prever algo malo. Pero el capitán le gritó: «¡Lárgate, inmundo animal!» y le arrojó el ritual zapato. Entonces Cidrolin se presentó en el salón de primera clase, y, ante su aparición, ciento sesenta señoras de las mejores familias europeas saltaron sobre las mesillas exhibiendo una colección de hermosos tobillos europeos que encantaron a los entendidos presentes. Inútilmente, Cidrolin de Mouses reclamó la atención de todos sobre el hecho de que él, único ratón de la nave, se disponía a irse: fue expulsado a escobazos. En un último y generoso intento entró en la cabina de un jovencísimo baronet inglés. También a él le mostró las maletas y mimó una carrera de natación en el mar agitado. El niño pareció interesado, pero no le entendió. Entonces Cidrolin saltó sobre la mesilla de noche, robó un pedazo de hielo de la botella de limonada, y representó admirablemente el choque entre el Titanic, interpretado por media cascara de avellana, y el fatal iceberg. El niño lo entendió y corrió a ver a su padre.

»-Sir -le dijo-, Sir, dentro de pocos minutos la nave será perforada por un iceberg.

»-¿Cómo lo sabes, Ronald? -preguntó su padre el barón.

»-Me lo ha dicho un ratón.

»-¿Era un ratón inglés?

»-No, Sir, parecía más bien un ratón francés.

«-Entonces -dijo el barón-, no temas nada. Los franceses son unos considerables embusteros.

»Pocos minutos después el iceberg hundió al Titanic.

»Baste esta historia para demostraros cuan presuntuosos sois. ¡Y cómo os estimáis, por el contrario, cuando hacéis de adivinos a costa de nosotros, pobres animales! Conocemos perfectamente a esos viejecitos que afirman hieráticos: "Vaya, las avutardas han vuelto al lago, dentro de poco llegará la primavera." Y todos los presentes comentan boquiabiertos: caramba, qué sabio es ese viejecito, conoce los misterios del tiempo y de las estaciones. Pero ¿quién se ha hecho quince mil kilómetros de un tirón hasta el lago, sin brújula, quién ha volado un mes a toda pastilla para ser puntual con la cita con la primavera? ¿Acaso ha sido el viejo el que ha realizado ese vuelo moviendo los faldones del gabán, o ha sido la pobre avutarda? Y el mérito de adivinar la estación se atribuye por entero al viejecito. Siempre igual: en la tierra, sólo contáis vosotros. ¿Y la publicidad? "La buena leche del campesino", "La buena miel de la abuela Teresa". Pero probad a ordeñar a un campesino, y veréis qué resultado. ¡O enviad a la abuela Teresa a libar las flores! ¡Basta! Estamos hartos de acuéstate, dame la pata, salta el fuego, vuelve a casa, sujeta el bastón, trae el faisán, trae las zapatillas. Estamos hartos de dejarnos hacer trizas y llenarnos de virus y de bacilos paraque vosotros escribáis un bonito artículo científico. Esta vez no estaremos en nuestro puesto: ¿los ratones siempre han abandonado la nave? Perfecto, esta vez la abandonas tú, querido general, y la nave la conservamos nosotros, la conducirá tu amigo Harada que también está harto de vida militar. Buscaremos un pequeño lugar donde vivir tranquilos, sin miedo a tener que saltar sobre una silla cuando veamos a un hombre. ¡Adiós, Yamamoto! Buen viaje, de parte del colectivo Colas Rojas y de tu Harada, que te ha leído este mensaje. ¡Clic!»

Yamamoto blasfemó, al descubrir el pequeño grabador que le habían metido en el bolsillo del pijama. Intentó levantarse de la estera, pero un suelo de estrellas le disuadió. Mientras dormía, los ratones le habían arrojado al espacio. Ahora el general estaba describiendo una órbita en torno a Urano sobre una alfombra voladora.

Calalbakrab: El Cielo Se Cae

«Gran concierto esta noche» pensó el rey Akrab, mientras resonaban las primeras notas de las Dzunum. «¡Bien! ¡Que canten, que bailen! Cuando deje de necesitarles, los pasaré a todos por la espada. Si tú, El Dabih, siguieras vivo, dirías, ya está rey, tu locura ha llegado al límite. Es loco quien piensa que es rey y no lo es. Yo lo soy, por consiguiente no existe límite a mi voluntad. ¡A mi salud!»

Se sirvió otra copa de vino. Su mano no estaba muy firme, pero el rey detuvo su temblor y bebió, de un solo sorbo. Luego cogió uno de los preciosos mazos de naipes de El Dabih.

«¡El futuro!» se dijo a sí mismo. «Oh, mi ingenuo adivino, el futuro está más en mis archivos secretos que en tus profecías o en tus cartas. Yo puedo apretar un botón y hacer volar un misil que tiene el poder destructor de un millón de mongoles. Si Gengis Kan fue llamado el conquistador del destino, ¿qué soy yo? Yo puedo hacer pasar hambre a Troya en un solo día con una bomba química, detener el sol con una interferencia orbital, enviar la peste bactérica y las langostas del napalm, convertirlos a todos en estatuas con las bombas cnónicas, abrir el mar con una explosión submarina. ¡Olvidad los viejos dioses, las viejas leyendas! ¡No hay nada en la historia, ningún azote, ninguna catástrofe que el hombre más poderoso de los años dos mil no pueda superar! ¡Y esto es así, adivino, porque, como has dicho, yo no deberé temer a nadie en tanto que el cielo no caiga sobre la tierra!»

Así pensó el rey, y siguió sirviéndose vino. Pero la copa se le escapó de las manos y el vino se derramó por el suelo. El rey descubrió entonces que toda la astronave temblaba, como si una terrible fuerza interior la lacerara: apareció una resquebrajadura que avanzó por el muro de la sala.

El Gran Escorpión lanzó un grito de terror.

-¡Guerreros! ¿Qué está sucediendo?

No obtuvo ninguna respuesta de los centinelas. El rey intentó acercarse a la puerta pero una sacudida más fuerte le hizo caer.

-¡Guardias! -gritó-. ¡Venid! ¡Socorro!

Una gran araña cayó al suelo, a un metro del rey, con un fragoroso estruendo de cristales rotos. Los cuadros se desprendían de las paredes, las armaduras antiguas se desplomaban. Y repentinamente se abrió el panel de madera que cubría la Lluvia de Gemas: unos cuantos diamantes saltaron y comenzaron a rodar de un lado a otro, mientras la vibración se iba haciendo cada vez más violenta. El gran panel chirrió de forma siniestra y luego, de repente, se estrelló contra el suelo. Una granizada de piedras preciosas golpeó la cara del rey. Los hemisferios de cristal estaban pulverizados. Entonces el rey recordó las palabras del adivino, y gritó de miedo. El Universo de los diamantes había sido destruido. El cielo, y las estrellas, habían caído sobre la tierra.

Mellonta - Cómo Nuestros Amigos Acabaron Prisioneros De Pintecaboru

Nuestros héroes estaban sentados en la barraca de Pintecaboru, un almacén lleno de los objetos más inverosímiles. Había mascarones de astronaves en forma de dragón y de sirena, gigantescos flipper de las bases americanas, monos espaciales de todo tipo y vehículos Moon Rover de exploración de los suelos planetarios. Y piedras y rocas de formas extravagantes procedentes de leíanos asteroides, y también un planetita perfecto con mares y atmósfera y nubéculas lluviosas, hallado en el cielo de Cadarmodok. Había una bañera de cristal que contenía los insectos mulantes más extraños nacidos en los experimentos espaciales: la macrolibélula Lockeed, con luces intermitentes, la araña rusa pantógrafa de Volenkov, que podía dibujar cualquier objeto en pocos segundos utilizando las doce patas, y la luciérnaga de minero, con su cola de cuatro mil vatios. Y había una jaula con animales monstruosos como el aspirodonte, un lagarto descomunal con una boca enorme capaz de engullir hasta media tonelada de basura al día en una astronave. Había la gallina-metralleta que disparaba ciento ochenta huevos al día por cuatro culos, y también el ochoguro, una criatura formada por ocho canguros gemelos que podía transportar en sus bolsas vanos quintales de material.

Y además, amontonados por doquier, armas, macutos, víveres, cigarrillos y mapas, cascos de la Nasa pasados de moda, diarios de navegación, viejas fotos de campeones espaciales.

Pero el espectáculo más impresionante de la barraca era sin duda Pintecaboru. Aparte de su mole elefantiásica, lo que más sorprendía era que en cada lugar de su piel gigante llevaba tatuado el mapa de un planeta, de un mar, de una isla misteriosa.

-A vuestra salud, amigos -tronaba el coloso, haciendo llover cerveza a su alrededor-. ¡Soy Pintecaboru, piel-de-serpiente! Cada explorador que llega aquí tatúa en mi cuerpo el mapa del lugar que ha descubierto, o también, quién sabe, de un lugar que ha visto en sueños. Así que soy la geografía de la aventura, muchachos, el mapamundi imposible. En mi mano derecha llevo las cascadas negras de Saturno, en la izquierda el planeta cómico, en el que todos los hombres son como Stan Laurel y las mujeres como Oliver Hardy y a fin de año se cambian las caras. ¡Vamos, escalad la montaña de este bíceps, si sois capaces! ¡Ánimo!

Y Pintecaboru hinchó el músculo con un gran eructo. Estaba borracho como una cuba.

-Y el mapa de los hermanos Boojum -comentó Kook-, aquél que lleva tatuado en el pie... ¿podemos verlo?

-El mapa de Snark Boojum -contestó riendo Pintecaboru-, ¡y por qué no! Me lo dibujó él mismo hace un año, antes de desaparecer. ¡Es el mapa que lleva a la Bruja, el lugar más peligroso del Mar!

-La Bruja -dijo Mei en voz baja-, recordad. También Van Cram hablaba de ella.

-¿Y qué haríais vosotros con este mapa? -gruñó Pintecaboru, apuntando su único ojo indagador sobre el grupo, como un faro.

-Mire, Pintecaboru -dijo Kook-, nosotros somos una misión... a la búsqueda de un tal Van Cram.

-¡Ah, ésta sí que es buena! -exclamó Pintecaboru, en una convulsión de risa-, ¡ésta sí que es realmente buena! ¿Y pensáis que me lo voy a creer? ¡Quién se preocuparía nunca de buscar a esa carne de presidio! ¡Todos los habitantes del universo están contentos de que haya desaparecido! Vamos, decidme la verdad, ¿qué estáis buscando? ¿Uranio? ¿Esclavos? ¿Estáis... escapando de algo? Tengo un amigo, en Transplutón, que podría ocultaros por un tiempo...

-No, señor Pintecaboru -dijo Mei-, nosotros necesitamos ese mapa por motivos científicos. Por favor, permita que lo veamos. ¡Tenemos tan poco tiempo!

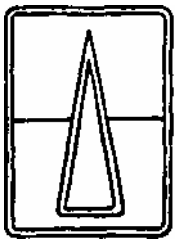
Pintecaboru miró a la chica y, ofreciéndole una jarra de cerveza, dijo:

-Siento que tengáis tan poco tiempo. ¡Porque yo no tengo la más mínima intención de dejaros salir de aquí! ¡Sois demasiado simpáticos!

***La Última Puerta***

Cuzco: El Misterio De Las Puertas

-Evidentemente -dijo Einstein-, la primera puerta quiere decir un camino, una entrada y sólo una. Quien ha construido el laberinto y las puertas, ha preparado probablemente un artefacto que lo destruirá todo ahí abajo si, en lugar de entrar por la puerta correcta, intentamos forzar la entrada. Eso quiere decir que esa civilización sólo está dispuesta a ceder su secreto a una civilización inteligente, a una ciencia capaz de resolver el enigma.



»Las cuatro puertas siguientes constituyen la figura de la rueda del tiempo común a los incas, los indios, los mayas, los aztecas, los celtas, los egipcios y tantos otros. La rueda une puntos cardinales y estaciones, pero sobre todo pasado y futuro. Puede querer decir que ellos sabían que existiría, en el futuro, un contacto entre ambas civilizaciones, la suya y la nuestra. Reaparece la obsesión de estas poblaciones por el tiempo.

»La sexta puerta: un hombre caminando, parece seguir una estrella. Una luz baja del cielo. ¿Un presagio, una astronave? O bien la puerta significa: buscad la luz, la clave del misterio.

»La séptima puerta: un hombre se cubre la boca con las manos. Lo inefable. Algo ha bajado de las estrellas, pero es algo de lo que no se podrá hablar, permanecerá secreto. Los ritos cerrados, el clan inca, la carencia de escritura. O bien: cuidado, nuestros lenguajes son diferentes, comunicar es difícil.

»La octava puerta: el mago y la luna herida. El misterio y el dolor. Los adivinos incas y sus dolorosas profecías que se han cumplido. O bien: cuidado, no entréis en este misterio por medio de la violencia.

»La novena puerta: dos símbolos del cielo, dos cielos opuestos. Dos mundos, dos pensamientos se encuentran. Los incas y los alienígenas. Nosotros y ellos. O bien: cuidado, somos diferentes.

»Décima puerta: gente reunida. Se produce el encuentro. El gran sentido social de los incas, su sentido de la comunidad. Pero, también, la unión entre mundos diferentes. O bien: lo que está oculto aquí abajo ha sido construido por todos, y como tal debe ser respetado.

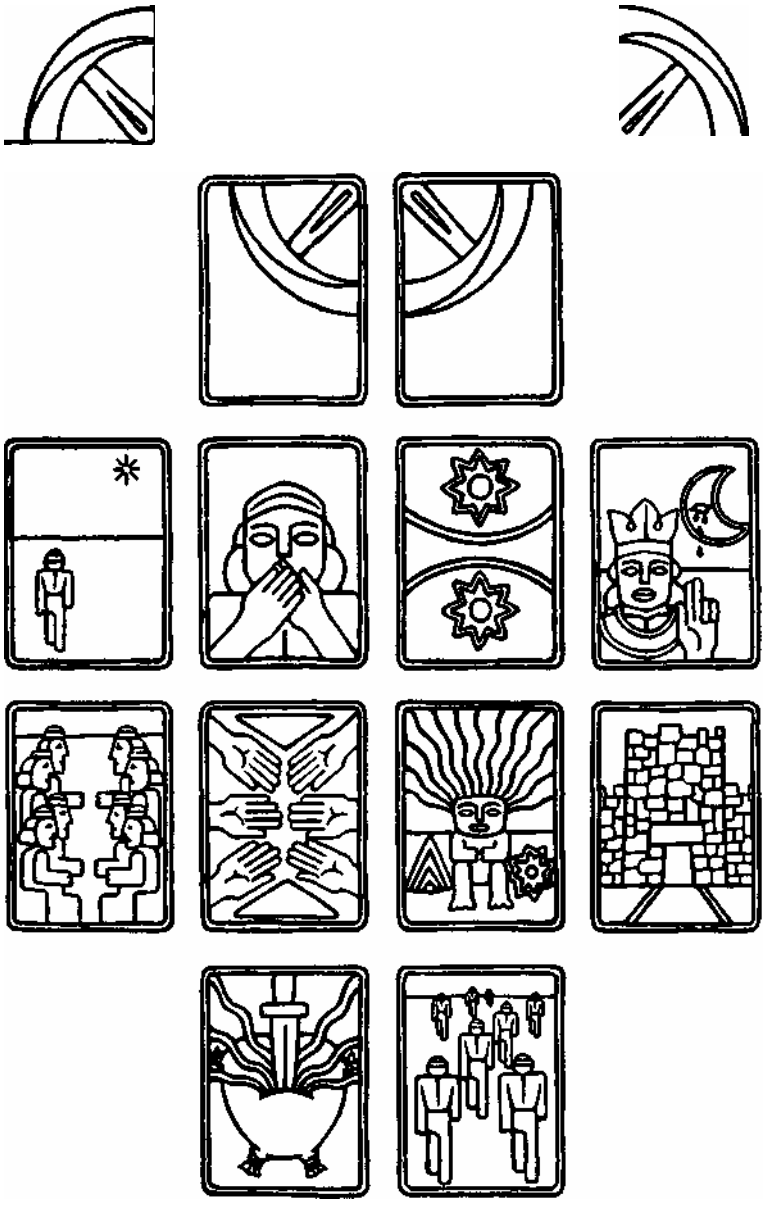
«Undécima puerta: las manos se encuentran. Alienígenas y terrestres se dan la mano. El reconocimiento. O bien: ¡cuidado cuando os acerquéis a nosotros!

«Duodécima puerta: un pequeño ser con largos cabellos, con los signos del sol y del fuego, que es el de la potencia inca. Tal vez un alienígena, que aparece luminoso. También: cuidado, somos pequeños, ¡pero nuestra fuerza es grande!

«Decimotercera puerta: la gran construcción. Las grandes fortalezas, las carreteras, el gran proyecto alienígena, o inca. Hemos edificado cosas grandes, descubrid cuál es la intención que las animaba.

«Decimocuarta puerta: el cuchillo que rasga el odre, el odre que se vacía. La herida en el corazón. Algo interrumpe este proyecto. El final repentino y violento de esta civilización. O bien: cuidado con las decisiones demasiado rápidas, todo podría desplomarse. No heráis el corazón de la tierra.

«Última puerta: gente caminando. El imperio inca desaparece, su pueblo se dispersa. El alienígena se aleja, regresa a su planeta. O bien: os sigue esperando un largo camino.



-Esto -dijo al final, impaciente, Phildys- no es un acertijo, ¡es una maraña de acertijos! ¡Es el cruce entre un videojuego y un pesebre! ¿Cómo lo descifrarás?

Einstein sacudió la cabeza.

-No lo sé, por ahora las que te he dicho son todas las interpretaciones que ha hecho Genius del significado de las quince puertas.

Phildys echó una mirada al ordenador que dormitaba en el fondo de la sala.

-Creo -dijo- que ahora que hemos encontrado las puertas, y sabemos que allí abajo hay algo, no podemos volvernos locos interpretando mil años de historia en un día: debemos actuar concreta-

mente.

-Tu manera de decir «concretamente» no me gusta demasiado -dijo Einstein.

-Lo sabes perfectamente. La noticia de las puertas de oro ya ha corrido. ¿Crees que Pyk y sus industrias y los aramerusos van a quedarse quietos? Todos se están poniendo de acuerdo en que aquí se está haciendo filosofía, y los trabajos no avanzan. ¡Y tienen bastante razón!

-¿Es filosofía no querer disparar contra los indios? -protestó Einstein-. ¿Acaso no han sido ellos los que nos han conducido allí abajo?

-Pero ahora admiten que no pueden llevarnos más allá -dijo Phildys.

-¡Sí! Pero ese misterio... está ligado a ellos... es un mensaje que nos han envidado desde su pasado. Romper este hilo que nos une quiere decir perderlo todo.

-Ya no queda tiempo -dijo Phildys-. Si no llegamos a un acuerdo, las naves árabes y japonesas atacarán la Tien. Pronto tendremos que dar la noticia de que nuestra misión espacial ha fracasado. Y nuestro único recurso energético son esas minas.

-Pero, y el planeta con el sol... y Mei, y Kook, y todos nuestros sueños... y nuestra libertad...

-Oye, Einstein -dijo Phildys, cogiéndole del brazo-, no sé si en el mundo que nos espera queda ya sitio para estas cosas. Ya lo sé, tiempo atrás había muchas razas, muchos pueblos, muchos paisajes diversos. Pero para seguir adelante es preciso que exista una única raza: la del hombre tecnológico, un hombre superior, y será igual en Europa, y en África, y bajo los hielos y en La Luna. Y también el paisaje será igual. Y las ideas todas iguales. Sólo así podrá ser gobernada la Tierra. Y libertad es una palabra que ya carece de sentido, porque ya no hay dónde elegir. Ya no queda ninguna aventura por vivir, Einstein. El guión del mundo ya ha sido rodado. Ahora, no queda más que contemplar.

Mellonta: De Cómo Nuestros Amigos Escaparon De Pintecaboru

*En el mar, no cuentes nunca*
*que has visto la ola más alta*
*tres veces más alta, llegará otra*
*para castigarte, y te derribará*
*siempre hay más viento que vela*
*y más islas que palabras*
*marinero, para quien quiere*
*embolsarse el norte y el sur*
*diez mástiles de nave*
*uno junto al otro has atado*
*¿has visto a tu mujer lejana?*
*¿has encontrado el final del mar?*
*siempre hay más vientos que vela*
*y más islas que palabras*
*marinero, para quien quiere*
*embolsarse el norte y el sur*
*embolsarse el norte y el suuuuuuuuuuur.*

-Otra canción, muchachos -berreó Pintecaboru, mientras la barraca seguía temblando con su do de pecho.

-La de la isla de la hermosa Leilani, Pinte -dijo Kook, con la voz pastosa-, la hermosa Leilani, con la casa en el puente, completamente sola sin un amante. ¡Eh, Mei, ven también tú a cantar!

-Ahora mismo, chicos, ahora mismo -dijo la desconsolada Mei.

El espectáculo canoro de Pinte y de los Proteo brothers tendidos en el suelo con gran acompañamiento de botellas de cerveza no permitía confiar demasiado en la continuación de la misión. Chulain se había levantado, haciendo grandes eses, y gritaba:

-¡Eh, Pinte! ¿Aquí sólo se bebe o qué...? ¿No hay nada que llevarse a la boca?

-¡Cómo no, amigos míos -dijo el gigante-, si queréis os llevo a la granja genética! ¡Allí hay de todo! Podéis verlo desde la ventana.

-¿La granja genética? -dijo Kook-. ¿Es aquel barracón de cristal?

-¡Sí! En esta zona de Mellonta había un laboratorio para experimentos genéticos... muy especiales. ¡Recuerdo que alargaban los cerdos, los hacían nacer con más costillas, para tener más carne! ¡Así consiguieron el cerdoto, cerdo salchicha, de tres metros de longitud, luego el cerdicto, cerdo-directo, y el cerdesco, cerdo-expreso, dos cerdos largos como trenes!

-¡La de jamones que tendría! -exclamó Chulain.

-¡Ochenta cada uno! Y luego intentaron crear el obrero en lonchas. Ni más ni menos. Como había muchos accidentes laborales, y muchos obreros eran aplastados y mutilados, se les ocurrió que si conseguían un obrero de escasos milímetros de espesor, podría pasar por debajo de las prensas, sobrevivir bajo los derrumbamientos, como máximo arrugarse un poco, bastaría con plancharlo y reintegrarlo inmediatamente al trabajo.

-¿Y cómo terminó la cosa?

-Consiguieron obtener cien obreros del espesor de una hoja de papel. Pero todos escaparon. Se pusieron de acuerdo con nosotros, los doblamos en forma de avión y los arrojamos al aire. ¡Volaban de maravilla! Y luego estaba el huerto orgánico, ése que está fuera. Era el período del «boom» de los trasplantes, todos los ricos querían hacerse trasplantar piezas nuevas, y los donantes eran escasos; así que se pensó en criar los órganos en cadena. Se cultivaban en probeta esquemas genéticos de corazones y de hígados. Luego se sembraban en un terreno de solución nutritiva. Y ahí tenéis el resultado: lo que parecen calabazas, son pulmones, mirad cómo se hinchan de oxígeno. Allí unos bonitos corazones de atleta. Más allá, a la derecha, tendrían que estar los bazos, pero no han brotado, no es la estación. Aquélla es una planta de intestinos trepadores, crecen que da gusto. Aquéllos de allí, mirad vosotros mismos lo que es. Hay la variedad enana y la gigante. Y allí, la cistifellea. ¿Habéis probado alguna vez una cistifellea de Mellonta? ¿Voy a recogeros un poco?

-Por favor -dijo Kook, con la cara verde-, nada de eso... pero, ¿tú comes estas cosas?

-¿Yo? ¡Así que no lo sabes, Kook! -dijo riendo el gigante-. Yo no como lo que vosotros coméis... ¡yo como historias!

-No nos tomes el pelo -dijo Mei-. ¿Qué historias?

-Pues eso -explicó Pintecaboru-. Cuando comencé a crecer desmesuradamente, me trajeron aquí, al centro genético. ¡Y descubrieron que podía permanecer en ayunas durante varios meses! Mis células se nutrían recíprocamente, cada una de ellas generaba otras nuevas, y yo creía misteriosamente. Tenía también células anómalas, células incompatibles, pero todo, al final, en lugar de destruirme, conseguía convivir, más allá de cualquier ley conocida. Hicieron de todo por «reducirme»; intentaron reordenarme químicamente con inyecciones, me bombardearon con rayos, me hicieron electrochoques. Pero al final se resignaron. Cuando salí, tuve que ganarme la vida. Interpreté pequeños papeles en películas de horror. La publicidad me solicitaba con frecuencia, me ofrecieron papeles en la televisión. Pero a mí no me iba decir sólo lo que me ordenaban, hacer de monstruo educado no va con mi carácter. Así que monté esta barraca para los exploradores. Y descubrí qué era lo que me hacía crecer. Cada vez que pasaba alguien y me contaba una historia, una bonita historia con nombres y lugares lejanos y fantasías y animales fabulosos, aunque contuviera mentiras e incongruencias, si era contada con entusiasmo, bien, yo sentía dentro de mí una sensación de

bienestar, una real y auténtica saciedad. Descubrí que, después de que un viajero griego me contara la historia de su retorno hacia la isla donde había nacido, había aumentado cuatro kilos. ¡Entonces lo entendí! ¡Mi alimento eran las historias, las espléndidas aventuras! Cada vez que oigo una historia me pongo más gordo y feliz: pero, últimamente, las historias se han ido haciendo cada vez más raquíticas: bocados masticados de historietas, con frecuencia rancias, ya sabidas. Y nadie dibuja nuevos países en mi piel... por dicha razón no saldréis de aquí antes de haberme contado por lo menos ocho historias, dos saladas, dos picantes, dos dulces y dos auténticas y campestres de acompañamiento.

-¡Pero Pintecaboru -saltó Chulain-, nosotros tenemos algo mucho mejor! ¡Tenemos por lo menos mil historias con nosotros, que podemos contarte todas de golpe!

-¿Queréis reíros de mí? ¿Mil historias?

-Si me dejas volver a la astronave, te lo demostraré -dijo el negro.

-No me fío -dijo el gigante-, sólo tengo un ojo, ¡pero sé reconocer a un tramposo!

-Entonces dile a uno de tus hombres que vaya a la astronave y recoja la gran caja que está en la cabina del piloto.

Y al cabo de media hora he aquí que un mellontiano regresó con la misteriosa caja de Chulain. Pintecaboru la examinó y se mostró desilusionado.

-¿Y eso es todo? -dijo-. ¿Dónde están las historias prometidas?

-Esto es una espaciotelevisión -dijo Chulain-. Capta todos los programas de la tierra y de las estaciones espaciales. Ochocientos quince canales. Aquí está el telemando. Puedes seguir ochocien-

tas historias a la vez.

-No me lo creo -dijo Pintecaboru-, es imposible.

-Mira, entonces.

Chulain conectó el vídeo y apareció una ráfaga de monitores coloreados. Antena Marte, Júpiter uno, Júpiter dos, Teleanillos Saturno, Telemeskorska, Canal Sam, Videoláctea, Telemahoma Internacional, Televenus noche, Antena sineuropea, Telestepa, Antena Popular, Teleplutón, Telesol, Teleluna roja y un centenar más de pequeñas antenas privadas, de satélites, asteroides y planetitas.

-;Qué tiene de interesante? -protestó Pintecaboru-, sólo se ven unos dibujitos redondos de colores.

-¡Son los monitores! ¡Las banderas del ejército tele! ¡Todavía no es la hora de transmisión, pero dentro de poco comenzarán todos los programas, y necesitarás cien ojos para verlo todo! -dijo Chulain con énfasis de presentador.

-¡Amigo! -dijo Pintecaboru, cogiendo con su mano enorme el mando televisivo-. ¡Éste es realmente el mejor regalo que podías hacerme! ¡Eh, vosotros, los de fuera, venid aquí! ¡Tengo una cajita negra que contiene casi tantos tatuajes como Pintecaboru, y conoce casi más historias que él! ¡Ya no volveremos a aburrirnos, amigos!

-Quiero un dibujo animado -gritó un mutante radiactivo entrando apresuradamente.

-Y yo quiero una película con la holografía de Robert Mitchum -dijo otro.

-Calma, calma -dijo Pintecaboru-, sentaos, y esperad. Dentro de dos horas habrá para todos los gustos. ¡Y en cuanto a vosotros, estáis en libertad, deliciosos amiguitos míos! ¡Y si queréis, podéis fotografiar el mapa que llevo en mi pie, siempre que resistáis su olor francés!

Una hora después, la Proteo Tien se preparaba para despegar de Mellonta, pero nuestros héroes tenían las caras largas.

-Ya lo sé, ya lo sé -dijo Chulain-, no nos hemos portado bien. Nos hemos hecho amigos suyos y luego le hemos engañado.

-¿Por qué engañado? -replicó Caruso-, ¡la espaciotelevisión se la hemos dado!

-Sí, Caruso, pero le hemos silenciado un detalle. En esa televisión existen ochocientos quince canales, pero, después de la crisis energética, un mismo programa para todos: el intergubernativo. La única cosa que cambia es la publicidad. Para el resto, las ochocientas quince teclas, aparece siempre lo mismo: entrevistas a Pyk, al ministro Phildys, dossiers

computerizados, debates sobre la información entre los mismos cuatro periodistas que llevan doce años replicándose, y un concurso financiado por una empresa de Mouseburger, con dos presentadores de noventa años que hacen las preguntas desde la cama. Y esto durante doce horas al día.

-Pobre Pintecaboru -dijo Mei-, si come esas porquerías se morirá.

-No -dijo Chulain-, bastará con que se ponga a dieta, el domingo casi siempre hay una antigua película o el partido. Claro que no engordará mucho. Adiós, Mellonta, conservaremos un afectuoso recuerdo de ti.

-Cuatro afectuosos recuerdos -replicó Caruso-, Sara ha descubierto cuatro perros ocultos en la cocina.

Calalbakrab: El Final Del Escorpión

Todo fue rapidísimo. A las 9,22, había partido del Ultradivarius, el violín-moog de Coyllar, la nota de ataque: una nota ultrasónica con la terrorífica potencia de dieciséis mil grados hendrix. Sólo los rebeldes, que se habían protegido las orejas con tapones adecuados, fueron capaces de resistirla. Todos los demás, guerreros y siervos del rey Akrab, cayeron desvanecidos al suelo en pocos segundos. Los rebeldes les desarmaron y ocuparon los puntos clave de la nave. Dos minutos después, el motín había vencido. Vassiliboyd comunicó a los prisioneros que quien quisiera unirse a la mitad de la nave que iría a la deriva por el espacio con el rey Akrab era libre de hacerlo. Pero todos, incluidos los guardias más fieles de Akrab, gritaron entusiásticamente que querían quedarse con Vassiliboyd. La crueldad del rey había destruido cualquier residuo de obediencia. Se abrieron las cárceles y las salas de tortura, y un guardia rebelde trajo el diamante del collar de Akrab, que fue colocado inmediatamente en el computer. El dispositivo de separación entre las dos naves se puso en marcha: al cabo de tres minutos la Zuben Elgenubi se separaría de la Eschemali. En aquel momento, Vassiliboyd descubrió que no veía a Coyllar por ninguna parte, y, preocupado, comenzó a buscarla.

En la Eschemali, el rey Akrab, vuelto en sí, buscó inmediatamente en su pecho el collar con la poderosa piedra, pero descubrió que tenía los pies y las manos atados con una cadena. Y vio, inclinados sobre él, los rostros de las favoritas de su harem y de los guardias más fieles.

-Liberadme -gritó-, ¡traidores! ¡Liberadme inmediatamente!

Nadie le contestó. El rey entendió. Desde que la nota ultrasónica había destruido el Cielo de las Gemas, la profecía se estaba cumpliendo.

-¡Qué he hecho yo, hijas mías, para enfrentarme a un destino semejante! -se lamentó el rey-. ¡Y para colmo por culpa vuestra, vosotras que habéis encontrado amistad y cortesía en mi pueblo, vosotras con las que he dividido mis tesoros, y que sólo habéis recibido beneficios de mis manos!

En aquel momento entró Coyllar. En su cuello el rey vio, con terror, una joya en forma de pájaro. ¡El águila de la profecía!

-¡Escorpión! -exclamó-, yo soy Coyllar, y procedo de la sangre del cóndor, de Atahualpa y Tupac Amaru. Hace años, tú destruíste mi aldea con un bombardeo. Saqueaste mis casas, mataste a mis hermanos. Mi pueblo no lo ha olvidado.

-¡Estás loca! -gritó Akrab-. ¡Esposas mías favoritas, compañeras! ¡Fieles guardias! ¡Todos los diamantes que están en el suelo son vuestros, si me liberáis y matáis a esta rebelde!

Nadie lo escuchó. Contemplaban a Coyllar, en silencio.

-Marchaos -dijo Coyllar a las mujeres-, dentro de poco las dos partes de la astronave se separarán. Corred a la Elegenubi.

Se quedaron solos, frente a frente, el rey encadenado y Coyllar.

-¡Loca -dijo el rey-, mira a tu alrededor! Contempla estas riquezas. ¿Quieres que todo esto sea destruido? Si esto es destruido, ¿qué grandeza quedará en el mundo?

Coyllar se le acercó: llevaba entre las manos una cuerda blanca.

-Los ríos -dijo en voz baja, de anciana-, quedarán los ríos. Cuando consigan descansar, después de haber transportado tantos cadáveres. Mi hermano Riobaldo pasó sobre el río, bailando un vals, muerto entre las cañas, y Garabombo pasó y se detuvo contra el pilón de un puente, como apoyado para dormir. Y Atahualpa pasó, vestido de oro, por Yawarmayu, el río ensangrentado. Escorpión, ¿oyes cuan fuerte es ahora el rumor del río? ¿Sientes las salpicaduras de su agua gélida? ¿Notas su crepitar, cada vez más próximo?

-¡Estás loca! -dijo temblando el rey-. ¡De qué estás hablando! ¡De quién estás hablando!

-¿No les conoces? -exclamó Coyllar-. Sin embargo, ellos pronunciaron tu nombre, cuando el río les preguntó quién les enviaba. Y lo gritaban en voz alta, al pasar, a sus hermanos en las orillas. ¿No les oíste? Tal vez porque hay quien muere como el pez, bajo el agua: no grita, nadie le oye. Y hay quien muere como el pájaro: muere allá en lo alto, y grita fuerte, pero cuando cae ya es un pobre montón de plumas. Ya no es un pájaro, ya no es un rey.

-No me mates -gritó el rey-, nunca se acaba de matar al Escorpión. ¡Alguien ocupará mi lugar, entrará en mi piel vacía!

-Lo sé -dijo Coyllar.

-Y entonces, por qué... -dijo el Escorpión-, por qué...

Pero Coyllar ya había anudado la cuerda en torno a su garganta. Así murió, estrangulado, Temugim Sadalmelik Akrab El Conquistador, dos horas después del crepúsculo.

Después de haber matado al rey, Coyllar se sentó en el trono del Escorpión. Permaneció impasible, mientras Vassiliboyd voceaba por el megáfono que faltaban pocos segundos para el desenganche. Oyó cómo se desesperaba la voz del piloto. Le oyó gritar su nombre. Luego, con una llamarada, la Zuben Eschemali, como arrastrada por el ímpetu de un río desbordado, fue arrojada al espacio, separada para siempre de la Zuben Elgenubi.

Mellonta Mon Amour

-Base tierra proyecto Tokio a Yamamoto. Le confirmamos la orden de arrojar una bomba de plutonio sobre Mellonta para destruir la nave sineuropea y evitar que alguien utilice el planeta artificial como base. Y eso porque ya no somos capaces de llevar a término la misión, y debemos impedir que los demás lo consigan.

-Aquí Yamamoto, recibido. Son las 6,30, el cielo está claro, el tiempo hermoso. De acuerdo con las instrucciones, he abandonado la alfombra voladora y avanzo en el espacio montado en la minibicicleta con cohetes que llevaba en el bolsillo del pijama y que he montado de acuerdo con las instrucciones adjuntas. También he encontrado la caja de los supositorios, pero no alcanzo a diferenciar cuál es la bomba de plutonio. Pido aclaraciones.

-Aquí proyecto Tokio. La bomba es el tercer supositorio de la izquierda. La reconocerá por un leve tictac. Para tenerla certidumbre de dar en el blanco, la bomba deberá ser arrojada exactamente sobre el espaciopuerto de Mellonta. Por consiguiente está prevista y es inevitable una matanza de civiles. Según una afirmación de nuestro ordenador deberían producirse en un instante 98.154 muertos, más o menos como en Hiroshima.

-Aquí Yamamoto. Me estoy acercando al planeta y estoy pedaleando en cuesta hacia los nueve mil metros previstos para el lanzamiento. No conozco esta operación Hiroshima de que me han hablado, pero creo que, en efecto, haremos una buena limpieza allí abajo. Veo muchas casas y señales de concentración de población. Son las 8,11, y el cielo está límpido sobre la ciudad.

-Aquí proyecto Tokio. Tenemos el placer de informarle que su bicicleta ha sido bautizada Eno Sigai, con el nombre de su madre, y con dicho nombre pasará a la historia. La bomba de plutonio será regulada de modo que estalle a seiscientos metros del suelo. Le informamos que se desconoce por completo el efecto de una explosión tan poderosa sobre una estación espacial, no podemos saber si usted tendrá tiempo de alejarse o si será desintegrado.

-Aquí Yamamoto. ¡No tengo miedo! ¡El dragón que llevo en el uniforme no es el dragón pacífico portador de lluvia de los chinos, es el dragón vengador que trae el fuego, que lleva en

el escudo el símbolo del sol, la esvástica! ¡No hay muerte más hermosa que ésta! Ahora estoy a nueve mil metros. Veo perfectamente el objetivo. Son las 8,13 minutos, 30 segundos. La minibomba está dispuesta para ser arrojada y llegará al objetivo en treinta segundos. Espero su orden.

-Aquí proyecto Tokio. Cuando usted quiera.

La bomba se precipitó por el espacio, minúscula, invisible, imparable.

Al descender, la gota de muerte ve Mellonta. Primero plana e igual. Luego comienzan a aparecer las señales de las aldeas y de los ríos, los hilos de los caminos en las montañas. Al descender, aparecen las primeras casas, los cuadriláteros de los cultivos, los jardines. Ahora se ve claramente el río, azulado y sinuoso. Allí, en aquella curva, aquel puntito oscuro es Pintecaboru. Pintecaboru echado con la barriga al aire, contemplando el cielo. Pintecaboru que escucha los ruidos del calor. Cada mosca es una orquesta. Pero Pintecaboru abre los ojos. Sin ningún motivo, una idea repentina. Un rostro. Una tarde de un día como éste. Mar tranquilo, perro dormido, un gran silencio, y sus ropas colgadas secándose. ¿Por qué precisamente ahora, Pinte? Será más vieja sin duda, habrá cambiado. Es imprescindible verla inmediatamente, Pinte. ¿Por qué tanta prisa? No sabes por qué, pero así es. Estás diciendo tonterías, Pinte. Oyes ese ruido. Tal vez ha caído otra astronave, debe ser grande, mira qué nube ha levantado. Hoy hace calor, Pinte. Mucho calor. Parece que el río se ha puesto al rojo vivo. Me gustaría irme, si supiera dónde está, y encontrarla. Decirle únicamente... ¿qué? Se ve realmente una bonita nube, allá abajo. Y la tierra tiembla. Pero, ¿qué está ocurriendo?

La nube levantó un hongo de humo y detritus metálicos hasta una altura de dieciséis kilómetros, y dividió Mellonta en cuatro partes. El sector americano quedó completamente desintegrado. No hubo supervivientes, ni cadáveres enteros, con gran desilusión por parte de los fotógrafos.

-Proyecto Tokio a Yamamoto. Los resultados demuestran que el éxito es total. Los efectos visibles son aún más imponentes de cuanto habían hecho prever los ensayos. El propio señor Truman, presidente de la compañía espacial constructora de Mellonta, nos ha felicitado. Enhorabuena, general.

-Aquí Yamamoto. Estoy muy avergonzado por seguir vivo. Les comunico que estoy a punto de hacerme el harakiri con el manillar de la bicicleta.

-¡Aquí proyecto Tokio! ¡Ay de usted si comete esta tontería! ¡Todo ha ido bien!

-Aquí Yamamoto. Nada ha ido bien. Cuando los americanos bombardearon el Japón ocasionaron un millón de muertos. ¿Qué son 90.000 muertos? Un accidente de tráfico. Quiero hacer más por la causa militar.

-Aquí Tokio. Podrá hacerlo. Nuestros instrumentos espías señalan que la Proteo Tien ha conseguido abandonar Mellonta veinte segundos antes de la explosión. ¡El objetivo principal de la misión ha fracasado!

-Aquí Yamamoto. Atacaré la astronave yo solo, valiéndome del procedimiento Unamosuke.

Unamosuke El Invencible

-¡Ha saltado todo! ¡Hecho trizas! -exclamó desolado Chulain, mientras los fragmentos de Mellonta llenaban el cielo, como un film a cámara lenta.

-Han muerto todos -gritó Kook-, ¡todos! ¡Pero quién puede haber sido!

¡Mei callaba! Con los ojos cerrados, apretaba los brazos de la butaca. No vio, a través del cristal lateral, la sombra oscura que escalaba las paredes.

Yamamoto, después de haber alcanzado con su bicicleta de cohetes la Proteo, se había agazapado sobre el techo de la nave. El general se había despojado del mono de vuelo y buscaba en sus bolsillos. Vestía un ajustado mono plateado, con una caperuza estilo Mefistóteles que sólo dejaba al descubierto los ojos. Los cubrió con unas gafas acorazadas. Engulló una pildora. Jadeó un momento, como a causa de una sensación de dolor. Luego

comenzó a hincharse. Sus músculos habían sido liofilizados, reducidos por un procedimiento químico, para que ocuparan menor espacio en la nave. Pero ahora estaban volviendo a su normalidad, y se torneaban bajo la plata del mono. El general se convirtió en Umanosuke Yamamoto, el gran luchador invulnerable. Hinchó el impresionante tórax y los bíceps de un metro de circunferencia, que seguían creciendo y crepitando como castañas al fuego. Adoptó una pose de culturista sobre el fondo de las estrellas y gritó:

-¡Voy a mataros! ¡Aquí está Umanosuke, la máquina guerrera, el vigilante del cosmos! Su mono armadura de metal atanax le protegerá del calor, de los ácidos y de las balas. Su fuerza es la de veinte hombres. En la mano derecha empuña la uña del dragón, el sable giratorio láser, en la izquierda, su arma de fuego, la pistola abrasadora de los nueve soles. No existe arma en esta nave capaz de detenerle.

Chulain oyó los gritos. Corrió hacia el ojo de buey.

-Cerca de la Proteo hay alguien. Preparemos las pantallas de seguridad -dijo.

-Demasiado tarde -gritó Kook-, ¡mira!

Una lluvia de luz blanca revelaba que Yamamoto estaba fundiendo con la pistola de los nueve soles el techo de la nave. Al cabo de un instante, la impresionante mole del general cayó con un salto felino en el centro de la sala de pilotaje.

-¡Banzai! -gritó Yamamoto.

-¡Fasheng! -gritó Mei.

Y se arrojó contra él con una patada volante, pero Yamamoto la detuvo con el brazo, y su sable láser silbó encima de Mei, que evitó el golpe con una caída.

-¡No podéis hacer nada contra mí! -rugió Yamamoto-. ¡Soy una máquina de guerra! Noventa persona me han desafiado en duelo y las noventa han muerto.

-¡Chulain! -gritó Kook al negro-. ¡Haz algo! ¡Detenlo!

-No se puede hacer nada -dijo el negro-, no tiene ningún punto vulnerable. La armadura le protege de todas nuestras armas. Es demasiado fuerte para inmovilizarle. ¡Y con ese sable puede cortar la astronave como si fuera un panecillo!

-En tal caso, ¿qué podemos hacer? -preguntó Caruso, mientras la mole del guerrero avanzaba hacia él.

-Intentad llorar -dijo Chulain-, ¡tal vez se enternezca!

-¡Comenzaré por ti! -gritó Yamamoto, señalando a Mei-. ¡Por ti, que desprecias el noble arte de la guerra en el que fue maestro Oriente, y prefieres sus filosofías pacifistas! ¡Tiembla, Mei!

El sable de Yamamoto comenzó a girar, describiendo un círculo de fuego azul. Mei esquivó dos y hasta tres golpes, pero al final se vio acorralada contra el muro. La hoja de Yamamoto se alzó en el aire, pero cuando estaba a punto de asestar el golpe, Chulain se arrojó como un toro a las piernas del general, y consiguió derribarle. Pero Yamamoto también dominaba el arte de la lucha en el suelo y su sable, fulminante, chamuscó la espalda del negro. Mei gritó. El general se levantó y gritó a los tres que permanecían aplastados contra la pared.

-¡De un solo golpe! ¡De un solo golpe os mataré a los tres! ¡No podéis detener al guerrero invulnerable, al arma perfecta!

Kook abrazó a Mei y Caruso abrazó a los otros dos. Así, unidos para protegerse mutuamente, esperaban el sablazo fatal, que, sin embargo, no llegó. El general siguió en pie, con el sable alzado en el aire con ambas manos.

-¡Basta, Yamamoto! -gritó entonces Kook-, ¡no seas tan cruel! ¿Qué esperas para matarnos?

Pero parecía que el guerrero careciera de fuerzas para mantener en alto el sable. Lo dejó caer. Se llevó las manos a la garganta, jadeando horriblemente. Parecía como si no consiguiera respirar y Kook observó que tenía el rostro hinchado. Al cabo de unos instantes, Yamamoto cayó al suelo, dio una patada al aire, y se quedó inmóvil. Mei, se le acercó incrédula y le quitó la capucha.

-¡Ha muerto! -dijo-. Pero, ¿qué ha ocurrido?

Caruso observó el rostro azulado del general y se llevó las manos a la cara. Comenzó a mirar por el suelo, en busca de algo.

-¿Qué buscas, Caruso? -preguntó Kook, con una voz todavía temblorosa-. ¿Qué ha ocurrido? Era... invulnerable, y sin embargo... ha muerto, en pocos segundos.

-Era invulnerable, menos en un punto. En la boca abierta. Cuando nos ha amenazado, algo lo ha herido. Algo muy pequeño... y muy dañino... ¡esto!

Caruso mostró en la palma de la mano el cuerpecillo de Sara.

-Ella lo sabía -dijo Caruso-. Se le ha metido en la boca y le ha picado en la lengua. La lengua se le ha hinchado y le ha sofocado. Se ha sacrificado por nosotros.

-¿Sacrificado? -exclamó Mei.

-Sí -contestó Kook-, las abejas, cuando pican, dejan el aguijón en la herida. Y mueren...

En Tierra: Las Mentiras De Genius

-Veamos, Genius -dijo Einstem-, ¿has seguido examinando los datos sobre las quince puertas?

-Sí.

-Y ¿qué me dices?

-Digo que sólo hay una puerta por la que se pueda llegar al corazón de la Tierra... Si se abren las demás, todo se desploma. Respecto al significado de las puertas, ya te he dado las ochenta y seis posibles interpretaciones.

-¿Por qué pusieron estas puertas?

-No lo sé.

-¿Eran alienígenas o incas o qué? ¿Existe alguna relación entre esas puertas y el planeta lejano?

-No lo sé.

-Bien, Genius -dijo Einstein-, bonita coherencia la tuya. ¿Te parece que ahora juguemos un poco?

-Oh, sí -exclamó entusiasmado el ordenador-, juguemos a las palabras palíndromes. Aquellas que también pueden leerse al revés. Comienzo yo. Veamos quien dice la palabra más larga: ¡saippuakauppias!

-¿Y qué significa?

-Significa «vendedor de lejía» en finlandés. Y esta inscripción pompeyana: sator arepo tener opera rotas. Y en francés: a révéler mon nom, mon nom révélera! Y...

-¡Basta, Genius! ¡Te estás volviendo poco serio! Ahora jugaremos al juego de las mentiras. ¡Tú dirás mentiras!

-No puedo -dijo el ordenador.

-Es verdad -dijo Einstein-, tú no puedes decir mentiras, o sea cosas que no correspondan a la verdad del orden interno de tus informaciones. Pero yo puedo darte informaciones equivocadas, y modificar el orden. De ese modo, tú, en conciencia, no habrás dicho una mentira, pero el resultado final no será verdad. Esto les sucede con frecuencia a los hombres.

-Interesante -dijo Genius-, sin embargo, un buen anagrama...

-¡Silencio! Finge, por ejemplo, que los datos que te he dado no se refieren a una historia verdadera, sino a un libro. Entonces, para unir las partes no necesitarás una lógica científica. Podrás usar algo semejante a... la fantasía, saltarte tres, cuatro vinculaciones, poner dieciséis, repito, dieciséis errores, elegir una ficha absurda en lugar de una correcta, o como clave de una serie de datos coherentes, y alterarlos todos.

-Muy bien -dijo el ordenador-, ¡me gusta!

-Bueno, éste es ahora tu nuevo lenguaje, Genius. ¿Estás a punto? ¡Trágate la cassette!

-¡Glum! ¡A punto!

-Veamos, Genius, ¿qué civilización construyó estas puertas?

-Una civilización llamada de la Serpiente Teledirigida o Kincananá, que envió una astronave desde la estrella Bellatrix hasta la Tierra., donde los alienígenas entraron en contacto con los incas y el encuentro fue abierto, constructivo y caracterizado por la máxima cordialidad y los dos pueblos se emborracharon juntos y luego dijeron: «¿Por qué no hacemos algo mediante lo cual los estúpidos del futuro puedan decir: vaya misterio esa civilización, y se devanen los sesos para entender algo?» Y uno de ellos dijo: «Hagamos una pirámide con la punta hacia abajo.» Y otro: «No, dibujemos un letrero de nueve kilómetros de longitud que diga tonto el que lo lea.» Y otro: «Construyamos una tumba muy oculta y metamos dentro un esqueleto con huesos mezclados de chimpancé, de ratón, de elefante y de cóndor, y pongámosle luego una corona en la cabeza: ¡se vol-

verán locos!» Al final, dijeron: «No, es mejor hacer las quince puertas.»

-No está mal, Genius -dijo Einstein-, pero procura ser un poco más verosímil. ¿De dónde viene el vector Van Cram?

-Del sector dieciséis, Nube de la Bruja, coordenadas doscientos dieciséis-ocho-tres, que está allí debajo de ti. Allí está el planeta natural. Lo saben hasta los niños -contestó el ordenador.

-Perfecto. ¿Y qué hay debajo de estas quince puertas?

-Una astronave en forma de candelabro, como en el dibujo del Inca-Nazca, de setecientos metros de longitud, además de un dinosaurio perfectamente conservado en aceite, un local nocturno con orquesta de mambo marciano y doce alienígenas congelados de medio metro de altura con la barba azul larga hasta los pies y una gran nariz colorada que cuando se enfadan se desprende, te golpea en la cara y luego vuelve a su sitio.

-Bien, Genius -dijo Einstein-, casi lo hemos conseguido. ¿Estás dispuesto a contarle mentiras a Phildys, diciéndole que estás a punto de resolver el misterio, y que hay que aguantar?

-¿Y tú qué me das a cambio?

-Todas las palabras palíndromas del mundo -dijo Einstein-, y un sistema para derrotar al ajedrez a los ordenadores rusos.

-Hecho -dijo Genius-, pero en mi opinión no servirá de nada. Y además, Einstein, ¿qué tiene de diferente este lenguaje respecto al que utilizaba antes?

-No lo sé -suspiró el chico-, pero desde hace un tiempo empiezo a pensar que si hay un lenguaje verdaderamente abstracto y falso es el del «sentido común» y la «concreción» de los políticos. ¿Tú qué crees?

-No estoy de acuerdo -dijo el ordenador, guiñando una lucecita.

La Reunión Del Hotel Sheratonov

Nos hallamos en la sala Venecia del Hotel Sheratonov, en el Paseo de la República de Lima. Es el mejor hotel del Perú, mejor dicho, el único. En torno a una gran mesa están reunidos los hombres más poderosos del mundo. Aquel de uniforme negro con el dragón, es nuestro viejo conocido el general Saito, del imperio sam. A su lado, dos peces ictaluros de aspecto feroz. Con el smoking de pieles, vemos de nuevo a Smitsky, en representación de los jeques americanos. Con un fúnebre y colosal abrigo de oso pardo al general soviético Ilic Serebriuchov. Se dice que está muy enfermo y que debajo del abrigo esconde un pulmón de acero y dos médicos enanos preparados para operar. En la cabecera de la mesa, Sadalmelik Shaula, nuevo jefe de los árabes, pretendiente al

trono de Akrab. Con sus largas orejas de liebre de mutante espacial y la tez gris, Kraptnunk Armadillios, presidente de las colonias industriales espaciales. Al otro lado de la mesa, los representantes de los 26 partidos sineuropeos en el gobierno: el Primer Ministro general Phildys Plassey del «Gormo» (corruptos moderados), Showspotshow Pyk, del partido industrial, Cha-Tan y Mengele Mloon, de los partidos militaristas, y todos los demás, desde los Indecisos Democráticos hasta el MDT (Miméticos Dispuestos a Todo). El único

representante de los partidos de la oposición de los tres imperios no está presente, ha sufrido un accidente aéreo. Cuando estaba a punto de lanzarse sobre Lima, alguien ha sustituido su paracaídas por una bolsa de picnic. Estamos en la tercera hora de discusión. Y he aquí que el sable de Shaula relampaguea y se clava en la mesa.

-¡Basta!- gritó el jeque-. ¡Dice el Libro Negro que las ranas tontas que discutían no descubrieron a la serpiente! ¡Hemos hablado demasiado! Nosotros queremos iniciar inmediatamente las obras en esa mina con nuestros métodos y nuestros medios. ¡Si queréis participar, bien! Si no...

-En tal caso, habrá guerra... -gritó Cha-Tan, sacando el sable.

Un ictaluro boqueó, saltó sobre la mesa y Saito lo detuvo con dificultad.

-Calma, calma -dijo Phildys-, intentemos razonar. ¿Qué... sucederá en la mina?

-¡Evacuación total de la zona! -dijo Shaula-, militarización de todos los indios que queden. ¡El que se niegue a trabajar, al paredon! Y una bomba atómica en la montaña. Y ya veréis cómo conseguiremos descubrir vuestro misterioso «corazón».

-Esperen un momento -dijo Phildys-, el último informe de Einstein dice que en esas puertas hay un artefacto autodestructivo... Además, el informe supone que una civilización alienígena...

-¡Basta, Phildys! -le interrumpió Shaula-. ¡Basta de patrañas! ¡Alienígena lo es cualquiera que se oponga a nuestros acuerdos! La civilización militartecnológica del dos mil necesita esa energía, y basta. Si queremos salvar esta Tierra, habrá que destruirla... es decir...

-Está clarísimo -dijo Pyk-, apoyo la moción de los jeques. ¡Votemos!

-Ni siquiera hemos hablado de la misión Tierra dos -protestó Phildys.

-¡Y no hay que volver a hablar de ella! -dijo Shaula-. El deseo de ese planeta provoca la insatisfacción de la gente: es un símbolo nefasto. Así que hay que hacer circular la noticia de que la misión ha sido anulada. Y, poco a poco, el interés desaparecerá. Buscaremos ese planeta con calma, pero la gente debe olvidarlo.

-Estoy completamente de acuerdo -dijo Saito-. Votemos. El que esté a favor que levante la mano y el que está en contra que la ponga en la boca del ictaluro.

-Propongo una enmienda -dijo Phildys-, y es la siguiente: que los trabajos comiencen dentro de tres días, tiempo necesario para preparar a la opinión pública con respecto a este acuerdo, y a la renuncia de la misión espacial.

-Concedido -dijo Smitsky-, pero a la medianoche en punto del tercer día nos presentaremos con el ejército en la base de Cuzco. Mientras tanto, una comisión mixta de científicos preparará una

relación sobre esas quince puertas.

-Entonces -dijo Saito-, quien esté a favor que levante la mano. Quien no lo esté, puede telefonear por última vez a su mujer desde la cabina de la entrada, antes de votar. Le esperaremos.

Las Relaciones De La Comisión Interfederativa

*Relación del Doctor Héctor García Tiburón,*
*antropólogo de la Universidad de la Ciudad de México.*

No veo especiales dificultades en interpretar las quince puertas de Cuzco: en primer lugar deben ser leídas de abajo hacia arriba, y con el movimiento en espiral típico de la lengua mexicana y maya. Estas puertas constituyen un gran tesoro arqueológico y su significado es evidente: encierran una tumba de monarcas incas.

La intención de los constructores es que estas puertas sean confiadas a los únicos hombres capaces de respetarlas, o sea a nosotros, gobernantes sudamericanos, descendientes directos de aquel pueblo, y por consiguiente depositarios de su cultura. Y por ello es obvio que aquí deberá surgir un gran museo, y habrá que dotar al lugar de servicios como hoteles y tiendas de

souvenirs. Cualquier otra utilización de esta riqueza sería nefanda y equivocada. Adjunto por consiguiente nuestro proyecto de «Incaland», complejo residencial de ocho mil apartamentos, todos ellos en purísimo estilo inca, con reconstrucción de un templo del sol, y espectáculos típicos, entre ellos auténticos sacrificios humanos de indios elegidos entre los aquejados de carcinoma maligno. Además, puesto que las terrazas del Machu Pichu son muy empinadas, habrá que construir una escalera móvil de acero que lleve a la cima, al restaurante Atahualpa de tres pisos. Naturalmente el monte Accuatay deberá ser acortado, porque, si no, molestaría al mirador. Respecto a las críticas del doctor Einstein de que eso supondría graves daños para las poblaciones locales, no aceptamos ninguna lección de este jovencito. ¿No fue él quien, en tiempos recientes, programó, como experimento, con un ordenador los planes de un hipotético golpe en Chile? ¿Y no fueron esos planes secretos los que, después de haber sido misteriosamente robados, guiaron el golpe de Estado? ¡Nosotros no aceptamos lecciones de gente como ésta!

*Doctor Nureddin Alhazen,*
*experto de programación industrial de la Universidad del Cairo*

Las quince puertas de Cuzco sólo son un misterio para los ignorantes, y son oscuras porque, como dice el Profeta, el ciego cree que todos los hombres son negros. Por este motivo, en su excelsa superficialidad, el doctor García cree que las puertas deben ser leídas de abajo hacia arriba, cuando por el contrario es evidente que deben ser leídas de derecha a izquierda, como en la lengua árabe. De ese modo, el significado de las puertas aparece evidente: las puertas encierran un inmenso tesoro de oro, el famoso Eldorado.

Ningún significado religioso y científico: ¡gran riqueza con la que sólo nuestro imperio puede adornarse!

Así que habrá que fundir las quince puertas en lingotes, pues por grande que sea su valor artístico, mayor es su peso. Y de igual manera será fundido todo el oro de las paredes, y todo cuanto aparezca dentro. Todo, en suma, debe convertirse en lo mismo: concreto y sólido capital de oro.

En cuanto al doctor García Tiburón, tan osado al acusar a otros científicos, nos preguntamos si por casualidad no es al mismo doctor García al que se debe el proyecto Atlántida, con el que ¡doce mil desaparecidos fueron encerrados en bloques de cemento y sepultados en el fondo del mar! ¡No aceptamos lecciones de personas semejantes!

*Doctor Ludwig Von Kluge,*
*librepensador de la Academia Alemana Europea*

Me parece que aquí se contradice la frase de Kierkegaard; «si el hombre fuera un animal, no podría angustiarse». Yo aquí veo muchos asnos angustiados. Como ejemplo de su extrema y atormentada estupidez, el señor Alhazen cree que debe ser leído de derecha a izquierda lo que debe ser leído exactamente al contrario, o sea de izquierda a derecha, como en las lenguas de los países europeos evolucionados. Una vez hecho esto, se descubrirá que las puertas de Cuzco, obsérvese bien, no encierran nada. El hecho de que estén cerradas es, en realidad, un enthullen, un revelar, en cuanto que expresan su íntima ausencia de dirección de cualquier tipo de pensamiento, sea éste antiguo o moderno; ¡sólo son, en pocas palabras, la última chanza en que se aprisiona la voluntad de conocimiento! ¡Ninguna luz metafísica o científica podrá nunca iluminar este exilio con ningún tipo de certidumbre! Nada, a no ser una pasividad total y valerosa, una inmovilidad absoluta, podrá dejar de provocar la carcajada del cosmos. El saber ni siquiera es opinión. Es falta de opinión. Ésta es, por lo menos, mi opinión. Pero ¡cuidado! No debemos tocar esas puertas, sino dejar que ellas, y con ellas los indios, se pudran, y la tierra se hiele, sólo entonces se abrirá nuestra prisión. ¡No! No es preciso existir. Ay del maestro zen que contesta a la pregunta del alumno con otra pregunta. Ay de las

preguntas, y de las respuestas, ¡ay del maestro y del alumno! Eso es lo que repito, cotidianamente, en mis lecciones de Berlín, en los seminarios de Londres, en los congresos de La Habana, eso es lo que grito a mis millares de alumnos: ¡vosotros no debéis existir, yo no existo!

El hecho de que luego protestara porque no me había llegado mi sueldo de julio, no era, como dijeron mis enemigos, un retorno mío a la conflictividad del ser. Era que este «olvido» terreno me había recordado dolorosamente el olvido universal, mi infinita lejanía de Dios, y viceversa, mi muerte, precisamente, y ni de muerte se trata, sino del no existir, ¡si no lo habéis experimentado no se puede describir! ¡Haced lo que queráis con esas minas! ¿Y qué pueden importarme a mí los indios? ¡No acepto lecciones de personas no diplomadas!

*Doctor Ihiro Nagumo,*
*profesor de Ciencia de la Guerra Total en la Universidad de Tokio*

Un día el maestro zen Basho, con su alumno Yuko, estaba meditando en su casa, en la posición del loto, sobre el cojín zafu, cuando entró un ladrón. El maestro no se movió ni un milímetro. El ladrón le amenazó con el sable y le dijo:

-Dame cuanto tienes o te mataré.

El maestro dijo:

-Oh, ladrón necio, ¿por qué te preocupas? ¡Ya lo has cogido!

El ladrón se sorprendió y pidió explicaciones.

-No tengo nada -dijo Basho-, y a nada estoy apegado: la pobreza es mi única riqueza, tú ya la posees, ¿por qué me la pides a mí?

El ladrón meditó un poco. Luego, viéndole tan valiente, sacudió la cabeza y se fue.

Entonces el alumno dijo:

-Oh, maestro, tu sabiduría es realmente una fuerza enorme si te permite afrontar sin temor una espada desenvainada.

-Así es -dijo Basho-, en efecto es muy sabio tener una pistola bajo la almohada zafu cuando meditas.

Y mostró un revólver de seis tiros que tenía a punto para cualquier eventualidad.

Esto para explicaros que cualquier sabia decisión sólo puede ser tomada si se está bien protegido. No sabemos qué hay dentro de las quince puertas. Pero sabemos que debemos bajar a ellas bien armados, y antes de entrar arrojar unas cuantas bombas. Todos los pueblos son guerreros, y el inca no lo era menos. Recordad que los exploradores que parten armados de curiosidad, curiosamente son devorados por los indígenas, y a los que parten armados de fusiles no les ocurre nada. Y olvidemos las indigestiones filosóficas del colega Von Kluge. A propósito, ¿cómo es que este señor se ha vuelto tan escéptico? Tal vez esté cansado, después de haber roto centenares de piernas de niño para ver cuantas veces podían recomponerse los huesos, cuando trabajaba en los campos de concentración alemanes. En cuanto a mí, he formado parte de un equipo que dirigía los experimentos de congelación de los chinos en los campos de exterminio del general Ishii, y no me arrepiento de ello. Aquellos experimentos han conseguido que ahora el Japón se halle a la vanguardia de la conservación del pescado congelado. Eso son hechos. ¡Y no lecciones de filosofía!

Las Palabras De Huatac: La Clave De Las Puertas

Después de entrar corriendo en la cabaña, el joven se desplomó exhausto. Catuilla y Coya le socorrieron, dándole a masticar un poco de coca. Fang le dio un té caliente. Era un árabe rebelde que no tenía más de quince años. Había corrido dos kilómetros cuesta arriba, en el relevo de noticias que unía a los centinelas del valle de Vilcamayo con Cuzco.

En cuanto recuperó el aliento, el joven habló:

-Esto es lo que me ha contado el inuit que corrió antes que yo: cuatro astronaves negras han llegado al valle. Dentro de ellas, muchos tanques con misiles, y coches extraños con brazos de metal. Y también han bajado mil hombres. Y dos camiones de televisión, como los que vinieron hace años para buscar a los supercentenarios de Vilcabamba en las montañas, y mataron a mi abuelo cuando descubrieron que sólo tenía noventa y seis años.

-Son los jeques -dijo Fang-, de modo que ya están todos. Ayer desembarcaron por vía marítima los japoneses.

-Por lo visto, esta tierra seguirá siendo nuestra por poco tiempo, Fang -dijo Coya, con tristeza.

-¡La tierra todavía no ha dicho nada! De modo que nosotros seguiremos aquí -dijo Aucayoc.

En un rincón de la cabana, Fang vio un montón de viejos fusiles.

-Contemplas esos fusiles -exclamó el indio- y sé lo que piensas: no es sabio utilizarlos. Y yo te digo: búscanos una vía, sólo una, diferente de la de los fusiles, y la utilizaremos. ¡Esto es mucho más de lo que hacen tus pueblos!

-Es cierto, Aucayoc -dijo Fang-, quizá la única vía sería descubrir el misterio de esas puertas. Pero aunque estuviéramos muy cerca...

-Los ejércitos están aún más cerca -dijo Cautilla-. Esta vez ellos corren más que tu pensamiento y que tu sabiduría. Llegarán a las puertas antes que tú. Pero si tú eres sabio, diles que se detengan y lo harán. ¿No son las ideas del sabio las que guían a vuestros pueblos?

-Oh, no, nada de eso -dijo el chino-; nuestros jefes hablan constantemente de sabiduría y de ciencia y de libertad. Pero cuando hay que tomar una decisión, siempre son ellos los que deciden. La sabiduría sólo es un bonito cuadro encima del escritorio del poderoso.

El chino inclinó la cabeza. En la cabaña, todos le miraban.

-Sé lo que pensáis -dijo finalmente-. Es difícil seguir esperando. Soy viejo y estoy cansado, si fuera un esquimal tal vez me iría a morir serenamente en la nieve. Pero hay momentos en que «el literato es llamado a las armas», como dice un poema de mi país. Y digo que tenemos que luchar.

-Entonces, bajemos de nuevo -dijo Nanki.

-No. Es inútil. Antes tenemos que resolver el misterio. Si alguien nos ayuda a resolver esos signos...

-Huatac puede intentarlo -dijo una voz débil, en la puerta de la cabaña.

Entró el indio: ahora parecía desmesuradamente viejo, viejo más allá de cualquier edad. Recorrió los escasos pasos que le separaban de Fang con gran esfuerzo. Apenas veía. Tocó la mano del chino y habló.

-He subido a la montaña Tai: nosotros sabemos volar. El valle se está llenando de guerreros. He oído el lamento de tus amigos lejanos, abajo en el mar. He oído latir el corazón de la tierra. Yo ahora no tengo ojos para abrir esas puertas. Sin embargo, puedo decirte lo que significan, en el antiguo lenguaje de nuestros signos. Salid todos, dejadnos solos.

Fue obedecido. El anciano indio se inclinó y removió con el bastón el fuego recién apagado. El humo invadió la habitación y recubrió el rostro de Huatac.

-¿Ves? El fuego estaba oculto bajo las cenizas, pero no ha perdido nada de su calor. Está en la copa de El Dabih, en la soledad de la bruja, en el valor de la abeja, en el dolor de quien se separa, y en el que te iluminará, en el tazón de Shang y en mis tres piedras. Esto quieren decir las quince puertas en nuestro lenguaje, que es el tuyo. Una vieja profecía inca, grabada en la piedra de Sacsahuaman, dice:

*«Uno es el camino*
*Del futuro*
*vuelve el pasado*
*del pasado*
*vuelve el futuro*

*Puedes seguir lo*
*que no puedes decir*
*Aquí está el misterio, aquí el dolor*
*Pasados dos cielos*
*hombres juntos*
*se encuentran*
*Una pequeña fuerza*
*puede hacer grandes cosas*
*si el corazón está lleno y decide*
*actuar*.

-Esta es la clave, Fang. Obsérvala desde lo alto de una mente pacífica. Mírala mientras acudes al encuentro con el sol, el sol de nuestro pueblo.

Proteo Tien: ¡La Bruja!

-El mapa Boojum es claro -dijo Kook, examinando la foto ampliada-. En el centro de este cuadrante hay una zona, que se llama Los Quince Mares. Toda ella prácticamente inexplorada. Ya hemos pasado el mar de Apeiros, el mar de Shih, de Baralipton, del Tuncanon, el mar de Bacon, el mar de Octubre, el mar Nullibit, el mar Mimicry, y el de Ilinx, el mar Vértigo, el mar Ignorabimus, el mar de las Ultimas Tinieblas, el mar de la Captura del Buey, el mar de los Deseos, y aquí, en el centro de este último, está indicado «la Bruja». Estamos muy cerca.

-¿Y qué puede ser? -dijo Mei-. ¿Un planeta? ¿Una nube de gas? ¿Una estación orbital?

-Nadie sabe exactamente qué es -dijo Chulain, con la voz alterada por las vendas que le cubrían la herida-, ¡pero dicen que este año cumple 300 años! Así que no puede ser una persona.

-Creo que no -dijo Mei-, aunque vivir en el espacio puede prolongar la vida.

-Yo oigo un ruido extraño -dijo Caruso-. En este lugar el espacio es tan rarefacto que puedo oír a grandes distancias. Nos estamos acercando a algo... una cosa grande de metal chirriante... dentro hay... cosas que crecen... sí, que crecen y que respiran.

Pasados pocos instantes, avistaron la Bruja. Era una cápsula espacial, rusa, de un modelo antiquísimo, seguramente de antes del dos mil. Las paredes estaban recubiertas de un moho verdoso, y la rodeaban ramas y lianas. En una pared seguía visible la inscripción «Salyut 18».

-Consultemos el registro medieval de lanzamientos espaciales -dijo Chulain-. Vayamos atrás, atrás, aquí está: Salyut 18, lanzada en 1983, llevando a bordo a la científica rusa Calina Percovaia, 36 años, en órbita lunar. Objeto de la misión: observación espacial de diferentes especies botánicas, especialmente hongos alucmógenos y liqúenes. Resultado de la misión: infausto; debido a una explosión nuclear, la nave salió de su órbirta y se perdió en el espacio el día 14 de diciembre de 1986.

-¡Caramba! -dijo Caruso-. ¡Pues sí que se ha avanzado en 264 años!

Se acercaron a la pequeña nave. Era realmente extraña, con los filamentos de las lianas y los extraños hongos que fluctuaban en el espacio como largos cabellos despeinados. Ahora entendían por qué le llamaban la Bruja.

-Bien -dijo decidido Chulain-, vayamos a echar un vistazo en su interior. Llevaré un arma, podría servirnos.

-¿Y por qué? ¿Qué puede haber vivo allí dentro, al cabo de 264 años? -preguntó Mei.

-Dicen que la Bruja tiene trescientos años, ¿no? -explicó el negro-. Pero esta nave lleva 264 en órbita. Así que la Bruja tal vez no sea la nave. Por el contrario, la astronauta rusa tenía, cuando partió, 36 años. Echad la cuenta: 264 más 36, son 300. Esta es su edad, si sigue con vida.

-Imposible -dijo Mei.

Precisamente en ese momento, Groucho, uno de los perros, comenzó a ladrar furiosamente.

Entrar en la nave fue como entrar en una jungla. Una oscura madeja verde de lianas y hongos monstruosos de la altura de un hombre, estalactitas y estalagmitas, y en el fondo una alfombra de moho húmedo que aprisionaba las piernas. La luz era escasa, y el conjunto despedía un olor dulzón y violento. La cabeza de nuestros amigos comenzó inmediatamente a dar vueltas.

Chulain avanzó empuñando la metralleta.

-¡Aquí hay algo extraño! El olor de estas setas debe ser alucinógeno.

El perro siguió ladrando furioso e intentó mordisquear una gran seta oblonga.

-¡Mira a Groucho! Se ha vuelto loco -dijo Mei.

-¡No! -dijo Kook-, ¡el hongo lo ha atrapado!

En efecto, el hongo se había enroscado en torno a la pata del perro y le estaba envolviendo.

-Haced algo -gritó Mei-, ¡haced algo!

Y en aquel momento, una voz increíble, una voz ronca que parecía llegar de las profundidades de una caverna, les dejó paralizados.

-¡Osy, alya! -ordenó la voz.

Obedeciendo, el hongo serpiente se retiró. Y entre las lianas apareció la Bruja. Podía tener realmente trescientos años: su rostro estaba surcado, como un tronco de árbol, por innumerables y profundas arrugas. Brillaban en él dos ojos azules, bellísimos. Los cabellos eran blancos, largos hasta los pies, donde seguían esparciéndose más de un metro en torno a ella, y estaban trenzados con flores y lianas. El vestido de la bruja también era un manto vegetal, resplandeciente de humedad, decorado en el pecho con una orquídea rojo fuego. Lo único que asomaba del manto eran las manos, afiladas como las de las brujas, con las larguísimas uñas convertidas en finos tallos de flores.

La Bruja sonrió mostrando unos dientes blanquísimos, y habló:

-Benvingudas amice! Qui entra dintre l'antre d'a streja co nú can xunt nun po' esse nemigo, pereque bonhommo est qui amma l'animale verte can nun parla, chillu peludo qu'abbaica e chillu piccirillo que arronza n'ciele.

-Pero, ¿qué lengua habla? -preguntó Kook a Mei en voz baja.

-Yo hablo todas las lenguas del espacio, hombre barbudo -dijo la Bruja-, porque en esta astronave he estudiado ochenta y dos años lenguas terrestres y espaciales, y doce años dicción, y dieciséis años el lenguaje de los signos. Por consiguiente, no hablo dos veces seguidas la misma lengua.

-Pero, ¿es usted realmente Calina Percovaia? -preguntó atónita Mei-. ¿Sigue con vida?

-No lo credes, chola? -inquirió la Bruja con voz juvenil-. Tres volte ho ligado un covon de ciento spighe de años.

-¿Y cómo ha vivido todos estos años en el espacio?

-Longeva coi hongos sobreviví -dijo la Bruja-, de hongos y algas et yerbore coitda menutrí, amanitas d'orsedevre et primo de ginko biloba indi seconnó fricando de cebollón fraticino et ensalada de politrico e sfagni y bisteca de borrajas y grande sburzliga me hice de setitas y setenes después de lo qual si ben sacia y repleta y saturada una papulla de spugnola precipité en mi estomac y a eso seguir fiz frana de caldo de sargasos y papé además dos cuxaradas de hongos con manteiga y de un magnicappellato finferlo me fiz pinza ed usum sobremesa afegí un arroz innevato de la ctonia particula trifoliada con gran cruore di vin rojo y di vodka santaballa perkovca manu frailes destilada. Et como crema di beldad usai la cladonia et come sabó la cetraria y cuando la depre serótina mi cogía monté teapartí con le amigue cannabis et mescalina et il doctor Peyote alucinador, et de flato in ventre incluso liberavi con tisane di hongo cuescador altridetto vescia et l'ajo sativum cazavámpiros me curó del mal sbadizzo di dentó et como da rezeta de bom miedicu viddanu la sandía asinina mi curó la malaria, la malva altea fechó lo foco bronquico y tres tarántulas fritas en oleo e la lor salsa schirpiuna me salvó la melena del desert e misi in campo lardo contra roña et rovo contro i f orunculi y f resseran ne contro lo mal de cap y cuando l'insonni pobló d'alf ileres lo colchón do lietto mió, con los sonajeros de amapolas m'addurmette como rorro, y así, por tenendo tanti cerchi nel

tronco como la más viexa encina mi sentó avuidia eutrofica y donzella e sgaligia come si solo avessi in copa anni cento e cincuentaetantos.

-Oh Bruxa -dijo Chulain-, in tua domus de jana venimos par buscar gran golfo e usuriere e latro e patrañero e merdocco e pasto de scarcai iscariota criatura chamada Snark Boojum.

-Mais peronqué tu parles insi ejtraño siñor Cu -dijo Mei.

-Yo lo creo -dijo Kook- que aria alucinoferigena faz nosotros todos fablar chamullado y seslilingio, et marca nostros seixos madefatti di humidígine hongólica.

-¿Qué dizes, Kuko? -dijo Chulain-, que cierto de farfullar inusual nao pareczeme, e del toudo aposentado mi sentó e nada vazilado.

-Vedo ques ja aquí se gongorina et hiperbatonio -dijo la Bruja-, y etábien! Xuntos folgaremos! Alorfs vi digo que Boojum en di-ziembre acávino exhausto y papilloneado por una tromba di magnetoscarachos ed era rubio fermoso ed vestiva un manto gualda isabelino amarelho ed chupa pulce, ed xuntos jogamos a brisca tute truco mus burro y bridge ed outros xogos de mazo prohibido muito pois la mezznoche y me ganó doscents doblones ed rubias outrastantas ed se bebió fino finba bodegas ed nochteavanzada fizimos bíblica coneixenca ed nos misuramos io ed él a ruedalpanza ed tocamalic ed cubana ed sesantanove ed il poscrai que me desperté ed era gia partido awai! Pero lo indove, quinsadondestá? Mas se saberlo volen, facaremos d'aico l'admirable esferona janara ed espiona que todo comprende ed manta en su circularía videncia. Venid pues in mistagogica fila darrera meu, alienígenos meus,

Qué Dijo La Esferona Espía De Calina

*Veo, veo, veo*
*Dónde, dónde, dónde*
*Veo que todo es extraño y nada es extraño*
*para Calina y Manannan Mac Lyr y Merlín y Dabih y Luán Ta y Chung Kuo*
*aquí verás lo que no esperas*
*la mosca mugiente grande como tres hombres que vuela en la habitación*
*y el pez fantasma que nada en tu pared*
*las fábulas no dicen la verdad*
*besa a cien sapos y seguirán siendo sapos*
*las princesas no se casan con los anestesistas*
*en los cuentos se muere pero la historia sigue*
*veo que los ratones abandonan la nave*
*y cayeron en un pueblo de Holanda*
*donde el viento se enreda en los molinos*
*veo que se separaron los amantes*
*y se alejaron los amigos*
*no servirá de nada arrancar la costra del mundo para reencontrarse*
*en estos tiempos*
*cada mes es el más cruel*
*hével hevelím*
*enchete penchete, muchacha Mei*
*la magia está en cada paso que das*
*¿cómo puedes preguntarme dónde vais?*
*las estrellas preguntan el futuro a los hombres*
*yo soy Calina*
*una vieja rusa una de mis mitades*
*un viejo mago inca la otra mitad*
*y además, sigo teniendo por lo menos doscientas mitades*
*He estudiado libros, otros los he soñado*
*El hechicero mira debajo del fuego*

*El lecanomántico mira en el agua*
*Y el adivino más loco mira en el microscopio*
*la danza de Siva de los átomos*

¿Queréis trabajar para el rey? ¿Sabe tal vez el rey más que vosotros? ¿Tan fría es vuestra vida que necesita calentarse en su palacio? Tú, que eras rebelde, que tenías ideas tan grandes que no te bastabas tú solo para transportarlas, ¿dónde las has ocultado ahora para que nadie te las vea? Y tú, que te llamas sabio, ¿por qué no entras en la plaza del mercado? Al igual que el asno transporta la carga de madera de palisandro y sólo siente su gran peso, y no el perfume o el valor, también el que lee muchos libros sin entenderlos sentirá sobre sus hombros todo su peso. Y tú, que buscas, que escribes, que querrías... ¡Es una gran suerte que existan cosas que no se pueden escribir!

Por Dabih y Leporello y la abeja buena y Pinte y Coyllar y las cruces en el monte, y los anillos en las manos de los esqueletos.

Os habéis ido, como suele decirse, al otro mundo.

¿Oís el lamento de Gilgamesh? ¿Sólo el velo negro del luto, entonces, puede hacer ver realmente el amor y la amistad?

¡Amigo! Un saludo a Mei que se va, a Kook que se va: su destino es convertirse en reyes. Destino normal. Todos los hombres son reyes.

Oh manco kapak oh mama ocelo oh serpiente emplumada oh hombre barbudo oh starosta.

Tal vez la solución ya estaba en el inicio, en las primeras palabras del libro, las palabras dichas por el hombre cuyo nombre critica a los poderosos, en las primeras palabras, cuántas sin embargo se escribirán todavía.

El hongo crece siete veces en una noche, y si cambian los rostros inclinados sobre el agua de una fuente, durante mil años ella los reconocerá a todos. Los jugadores recogen una mano de cartas jugada ya mil años atrás. ¿Por qué sentir temor del misterio? Si se puede confiar en morir, entonces también se puede confiar en nacer.

¿Estás contento ahora, Einstem? ¿Esto es lo que querías saber? Has nacido, eres un niño. Pero no te fíes. Te harás mayor rápidamente. ¡Einstein, tu nombre es hebreo, recuérdalo!

Escucha la oración de las armas, y de la guerra inevitable, desde que el mundo comenzó a las nueve de la mañana del año 4004 antes de Cristo del calendario del obispo Usher.

Desnucamaquia

*En un principio era la mano*
*Y la mano cogió el mazo y la piedra y el lazo*
*Y con el mazo Hércules hizo diez trabajos y ciento veinte películas*
*Y el mazo y la piedra generaron el hacha el martillo de Thor el tomahawk y sólo más adelante el béisbol*
*Y la piedra y el mazo generaron la lanza con la que de acuerdo con el hado Aquiles mató a Héctor*
*Y la piedra y el lazo generaron la honda con la que, de acuerdo con el hado pero en contra de todo pronóstico, David mató a Goliat*
*Y el mazo y el lazo generaron el arco con el que Ulises inventó el delito de honor*
*Y de la lanza no se sabe quis fuit horrendus primus, fue inventada la primera espada y contra ella surgió el primer escudo antiguo que inmediatamente fue robado por un museo americano*
*Y la espada se convirtió en Excalibur la invencible y Durlindana y Notung pero también el escudo se hizo mágico e invulnerable y así que de nuevo borrón y cuenta nueva*
*Y de la espada vino la catapulta la torre de asalto el ariete el trabuco, la ballesta, el pie de cerdo*
*y del escudo la armadura el puente levadizo el muro almenado, la caja fuerte*

*y la espada y la armadura se montaron a caballo con gran alegría de este último por un peso total de nueve quintales*

*y los estribos generaron el duelo y el torneo porque no les bastaba pelearse en la guerra*

*Y Galileo inventó la parábola estudiando los faisanes heridos con bala*

*y Savonarola inventó la mecha contemplando cómo ardía el cordón de su sayo*

*Y así nació un pequeño pedazo de hierro que a modo de relámpago disparado podía atravesar y transformar nueve quintales de excelente caballería en nueve quintales de chatarra para contenedor*

*y la mecha generó el pedernal*

*y nacieron el cañón el mortero la espingarda la culebrina el trombón la esbelta pistola el preciso fusil el revólver la carabina*

*y el señor Cok y el señor Winchester fundaron un país del que todavía oiremos hablar mucho en esta historia*

*y el poderoso cañón tuvo muchos hijos uno de los cuales se sacó el permiso de conducir y así nació el tanque que alcanzó gran éxito en otro país también él muy importante en esta historia*

*y el cañón se fue al mar y apareció la nave corsaria y la Armada Invencible y el cazatorpedos hermoso como un arma desnuda y el Potemkin y el Nimitz y el Nabilia*

*y el cañón hizo carrera, se fue por los aires y volvó sobre Stuka, Mig y Tomcat y vio mucho mundo*

*y el Colt tuvo por hermanas a Mauser Beretta y Luger y por hermanos a Smith & Wesson y Walter y el RG 22 para disparar a los presidentes desde un metro*

*Y Winchester tuvo por hermanos a Burnside Spences Martini Peabody y por hermanas a Kalashnikov y Remington y Anshutz y metralleta y ametralladoras y fusiles con mira telescópica para disparar a los presidentes desde un kilómetro*

*Y el macizo tanque generó el rudo bazuka que generó el poderoso tanque superacorazado bajo el cual intrépido se arrojó el infante*

*y el glorioso acorazado generó el ágil torpedo y el esbelto submarino que generó la nave cazatorpedos bajo la cual intrépido se zambulló el hombre rana*

*y el avión generó el amenazador cañón antiaéreo que generó el fulminante caza que generó el vigilante radar que generó el avión con el intrépido japonés kamikaze que se sumergió*

*y América arrojó la disuasiva bomba atómica sobre el cuartel de los kamikazes de Hiroshima matando de paso a unos cuantos transeúntes*

*y esto hizo pasar de moda la bayoneta y el karate*

*y la Gran Berta hoy gaga generó la V2 que generó el misil Onest John el honrado que murió en duelo regular con el misil Sandal SS 4 el invencible*

*que fue ahorcado por Pershmg el conquistador*

*que fue decapitado con la cimitarra de Skean SS 5 el cosaco*

*que fue frito a muerte con un chorro de aceite hirviente por Poseidón el navegante*

*que fue alcanzado y hundido por Scud A el bizco*

*que fue cegado por el fusil de Plutón el fiel*

*que fue envenenado con una albóndiga de SSBS 2 el piernarlarga*

*que fue abrasado por Frog 37 el religioso*

*que fue apuñalado en la catedral por Sergean el sindiós*

*que murió de indigestión habiendo desafiado a una comilona de huevos duros a Titán el glotón*

*que murió de hambre porque toda su cosecha de trigo fue envenenada químicamente por Scaleboard el cibernético*

*que fue asesinado por un satélite conducido por una mona Rhesus adiestrada por Minuteman I el invisible*

*que fue ajusticiado, porque quería confesar una matanza, por Minuteman II el infalible*

*que fue suicidado por Minuteman III el oscuro*

*que murió contagiado por un ataque bacteriológico de fiebre dengue y encefalitis equina por Sasin el diabólico*

*que fue muerto en un duelo de espadas láser por Savage XII el sabio*

*que fue desnucado en su sillón de barbero por Polans A 3 el marsellés*

*que fue comido por Cruise el caníbal*

*que fue vencido y reducido a esclavitud por la poderosa y justa reina N*

*Bajo cuyo hongo y bajo cuyo reino comenzó finalmente un larguísimo período de paz, de silencio y de hielo*

*Pero ya, vosotros queréis que Galma os indique el camino*

*El cielo se divide en quince extrañas puertas*

*Una lleva a una montaña donde viven cuatro hombres, que se dan la espalda. Sus nombres son norte, sur, este, oeste*

*Una puerta donde el diablo cose las palabras, así cuando pronuncies una sola te saldrán todas las demás de la boca y nunca podrás volver a hablar*

*Una donde cada noche un pájaro con los dientes de hierro acude a llevarse al que se duerme primero, y todos se duermen por fin tranquilos, después de haber visto desaparecer al inocente amigo dormido*

*Una donde vas al pasado, si consigues imaginarlo*

*Una donde vas al futuro, si consigues recordarlo*

*Una te lleva a una nave de esclavos en la noche, y sólo tú remas y mueves todos los remos y con ellos los remeros muertos, y también el contramaestre ha muerto, el capitán ha muerto, pero tú no lo sabes*

*Una no es una puerta, sino el mar, el mar que se ha alzado vertical, en una enorme masa de agua, y si entras en ella se te caerá encima*

*Una es el corazón del que amas, y si entras lo romperás*

*Una es la portada de un libro y te arrastrará por la corriente de las palabras y cuando quieras detenerte por un momento en un punto, inmediatamente te seguirán arrastrando y si intentas agarrarte a las letras se caerán y la corriente proseguirá, aunque las palabras ya hayan perdido el sentido, y lo que gritarás aparecerá escrito junto con las palabras del libro, hasta el final*

*Una puerta te lleva a quince puertas*

*Una a la puerta que estás buscando, y conduce a través del lago, del fuego y del viento*

*Una puerta soy yo, y podéis ver mis ojos moverse entre las venas de la madera y esperar los labios la llave y el rostro rugoso de mi corteza de trescientos años*

*Una puerta no se puede ver, porque la mantiene abierta, desde su mundo, el guardián del mundo invisible, que te invita a entrar*

*Una puerta es una gran carcajada soltada por el cielo cuando está alegre*

*Una puerta es aquélla donde en sueños llamas sin saber quién habrá dentro, pero confiando en que sea alguien que te ayude*

*Por ello ya es hora de que comience vuestro viaje*

*Caruso: tú que sabes escuchar*

*Tú oyes el rumor*

*de los sueños y del metal en el espacio*

*el ingenio humano y el cansancio del remero*

*tú, vidente arcano de las palas*

*y archicantor rígido de las hélices*

*el dragón es puesto en libertad*

*meciendo las palas*

*como un monstruo marino en el agua*

*resbala en los arroyuelos del aire*

*en la noche la Vía Láctea es como una plateada Oka*

*Y ahora id donde diré Calina,*

*siempre sola, siempre*
*¿Quién estaba contigo? preguntará*
*la soledad que me espera*
*dentro de la casa, mientras os saludo*
*balanceando la lámpara en el jardín*
*Y yo os sigo*
*un poco más allá de la distancia de la mirada*
*en la separación está la verdad más grande*
*y ya la lámpara*
*ilumina el silencio, y la oscuridad*

***El Corazón De La Tierra***

El Momento De La Verdad: Fang Y Einstein Al Ataque

Fang estaba muy cansado y un poco borracho. A lo largo de toda la noche los ataques telepáticos japoneses le habían dejado rendido. No conseguiría resistir mucho tiempo más. Había intentado encontrar a Mei. Había visto un lugar extraño, una caverna con plantas verdes y húmedas y una figura extravagante que farfullaba una lengua increíble. Sólo había entendido unas pocas palabras: las últimas palabras en las primeras, Fang. Y también: por el lago, el fuego y el viento. El viejo cerró los ojos. Intentó concentrarse de nuevo.

Vector Van Cram Misterio: ¿por qué los ordenadores no consiguen descubrir de dónde procede? ¿Porque no fue cerrado correctamente?

Civilización inca: gran proyecto secreto. Ninguna escritura. ¿Por qué las grandes construcciones amuralladas, por qué Machu Picchu? ¿Por qué los ritos secretos? ¿Por qué el culto del sol y del oro?

Premoniciones: ¿por qué sabían exactamente lo que iba a suceder? La obsesión del tiempo. ¿Por qué se dejaron aniquilar? Las líneas del Inca Nazca, los globos voladores. «Nosotros sabemos volar.» ¿Influencia alienígena en estas culturas?

Las quince puertas: ¿por qué y qué ocultaron allí abajo? La energía misteriosa. Los flujos enormes. ¿Quién es Huatac?

Dato que falta. El quipu de Huatac.

La inscripción inca:

Una es la vía: del pasado retorna al futuro
del futuro retorna al pasado
A través de dos cielos hombres juntos se encuentran
una pequeña fuerza puede hacer grandes cosas si el
corazón está lleno, y decides actuar.

Un Dato Que Falta. Un Dato Que Falta.

-Y el misterio siempre es misterio, Einstein. Un poco más de vino, por favor -suspiró Fang, al final.

-Se ha terminado -dijo Einstein, emergiendo de una montaña de mantas, también él bien empapado de alcohol, como demostraba su nariz color crepúsculo-. En el universo todo termina, se consume y resurge y bulle. Lo que nosotros creemos materia inmóvil es un bullir de acontecimientos. El universo... espumea, querido Fang... por ello podemos decir... hip... que Tales se equivocaba: no es el agua el elemento universal fundamental... sino el vino... hip... él es el que da a las órbitas de los electrones esas trayectorias imprevisibles... hip... nunca se puede saber dónde se encuentra un electrón porque el electrón... hip... está borracho... ahí está la clave de la creación...

¡y nada de buscar la matriz S, el campo de los campos! Por qué sorprenderse si cada cosa es a un tiempo partícula y onda, si no conseguimos entender la razón inicial de ningún acontecimiento, si todo procede de un grupo de materia inicial... este grumo era... ¡ya!, exacto, ¡no el huevo cósmico! El grano cósmico... el universo es... hip... el zumo del grano cósmico...

-Claro que sí -dijo Fang- ¡yin y yang, blanco y rojo! Estoy de acuerdo. ¡Por este motivo los descubrimientos científicos deben ir acompañados de una especie de ebriedad! Y también la poesía,

para sintonizar con el universo... hip... viva la taza del poeta Li Po y de Tu Fu, viva la borrachera de Descartes el día de San Martín...

-¿Qué haremos ahora? -dijo Einstein-. ¿Poemas?

-Esas quince puertas están hechas para ser abiertas, ¿no? -observó Fang-. De modo que la llave existe. ¡La hemos buscado, no la hemos encontrado!

-En un lugar diferente... hip... -dijo Einstein- de donde, la hemos buscado.

-¡Exacto! ¡Mi joven y rojonangudo colega! Tal vez muy cerca.

-No pidas la fortuna al rey, cada hombre es un rey -cantó Einstein-. Así que...

-Así que yo me iré a pasear -cantó Fang-. Dado que no encuentro lo que busco, puede que nunca lo haya perdido.

-Y yo -dijo Einstein- ganaré tiempo, siempre que el tiempo exista.

-Exacto -dijo Fang-, reunirás a nuestros doctos colegas y, ya que hablar de ideas es mucho más fácil que tenerlas, ¡les hablarás largo rato! Y como ellos no estarán de acuerdo con lo que tú llames tus ideas, quedarán todos convencidos de que tienen ideas. Y quien no esté de acuerdo con vuestras ideas, dirá que tiene una idea diferente. ¿Estás de acuerdo?

-Esto sí que es una idea -dijo Einstein.

El Teorema Del Cerdito



-Esto, señores, es un hexagrama del I Ching, antiquísimo texto chino -dijo Einstein a la reunión del trust de cerebros de la operación Cuzco.

Eran científicos e intelectuales árabes, japoneses, sineuropeos, dispuestos a ocuparse de las operaciones del día siguiente. Una tonelada de cerebros de buena calidad.

-En estas líneas, señores -prosiguió Einstein-, están los arquetipos de los cambios del mundo, el universo de las relaciones. Estas líneas están cada día más cerca de la cosmología moderna. Sin embargo, no ofrecen ninguna ayuda a la humanidad, porque ninguna mente científica les encontró una utilización productiva. Difícil es el camino de la humanidad insegura en el camino del progreso, teniendo siempre al acecho el abismo de la irracionalidad, el muro del prejuicio ideológico; pero con la linterna del saber organizado y productivo, nosotros avanzamos, con la cabeza muy alta. ¡Se ha dicho que somos enanos en hombros de gigantes! Sí, pero estos gigantes son nuestros tanques, nuestras excavadoras, nuestros misiles. Gracias a ellos nosotros ya no debemos pedir explicaciones al mundo, sino únicamente hacerlo previsible y utilizable. Será él quien deberá preguntarnos ansioso su futuro a nosotros. ¡Hagamos, pues, un mundo realmente nuestro, artificial, y por tanto realmente humano!

Aplausos y gritos de aprobación.

-He aquí por qué -continuó Einstein-, al llevar adelante este proyecto, no serán sin duda mil indios los que nos detengan. Cualquier hombre es, potencialmente, un indio, y ¡ay de quien no ponga sobre su casa, no ya la cruz, símbolo de la conversión religiosa, sino la antena de la televisión! ¡Ay de cualquier herejía que no esté estadísticamente controlada!

Un prolongadísimo aplauso siguió las últimas palabras. Se levantó un científico árabe.

-Hermosas palabras las tuyas -dijo, -pero, ¿qué tiene que ver el hexagrama?

-Ahora llego a él -replicó el muchacho-. Como sabéis, oh mis doctos interlocutores, todos los hexagramas están compuestos de combinaciones de líneas quebradas y líneas enteras. En total, 64 combinaciones diferentes. Ahora bien, todos sabéis cuál es el dilema fundamental de nuestro tiempo: ¿se debe recomponer lo quebrado o romper lo entero?

Un murmullo de perplejidad recorrió el auditorio.

-No me demoraré en aclaraciones verbales, señores. Resulta, en efecto, archiconocido para todos ustedes lo que quiere decir romper lo entero: quienquiera que tenga un mínimo de conocimientos de física atómica o de sistemas complejos lo sabe. Por otra parte, cuando digo recomponer lo quebrado, a todos ustedes les parece que estoy diciendo una banalidad: de la entropía universal, al concepto de «pérdida», a la teoría de las catástrofes, a la sastrería elegante. ¡Pero aquí haremos algo más, colegas! ¡Iremos al corazón del problema! Partamos de un tema lógico-matemático, o sea el teorema de Schwein-Tannebaum, o teorema del cerdito, tal como fue desarrollado por los bourbakianos en sus criaderos de ecuaciones ponderales. ¿Debería tal vez explicar por qué este teorema puede resolver el misterio de las quince puertas?

Silencio atónito.

-Naturalmente que no, colegas, hasta un cretino lo entendería. Pues bien, dado que mañana iniciamos nuestros trabajos, hagamos como Evariste Galois, que concibió sus descubrimientos matemáticos el día antes de morir en duelo, y hagamos que nuestra mente se vea espoleada por esta inminente y fatal cita con el misterio. ¡Pido vuestra colaboración para una investigación de grupo!

Aplausos entusiastas, silbidos de aprobación.

-Todos ustedes conocen el teorema -dijo Einstein-. Dice que: «Dado un número X de cerditos, cada uno de los cuales lleva en la boca la colita del otro, todos ellos se alinean en la dirección en que avanza el primero."

»Este teorema, evidentemente fundamental para la ordenación de las sociedades complejas, es últimamente muy discutido. En efecto, examinemos la hilera de cerditos: si el que está detrás coge al de delante por la colita, se producirá la secuencia porcinomática: el cerdito coge la colita del cerdito por la colita. Pero esto también puede escribirse: el cerdito coge al cerdito por la colita del cerdito... pero si imaginamos que somos el cerdito de atrás tendremos que decir: yo cojo por la colita al cerdito que coge el cerdito por la colita, o bien si somos cerditos de delante: hay un cerdito que coge mi colita, etcétera... y así sucesivamente.

»¡Pues ahí está el problema! Debo tener en cuenta el hecho de que soy al mismo tiempo cerdo de detrás y cerdo de delante, y eso lo complica todo. Además, como alguien ha objetado muy acertadamente, puede haber cerdos en la fila que se nieguen a coger o a dejarse coger por la colita: eso introduce el problema del libre albedrío. Podría también haber cerdos sin colita, el llamado quid del error genético. Habrá además, en la fila, un primer cerdo y un último cerdo. Una vez ahí, el problema se hace científica y políticamente enorme y si nos perdemos en planteamientos teóricos no llegaremos a nada. Sólo el experimento práctico puede iluminarnos.»

Murmullo de aprobación.

-Ahora yo les digo: consideremos que las líneas quebradas del hexagrama corresponden a un cerdito que se niega a coger por la cohta, pero no a dejarse coger por la colita... de modo que podemos construir una serie de posibles hexagramas. Señores, por favor: quien quiera hacer de cerdito dotado de libre albedrío, a la izquierda, quien quiera hacer de cerdito conformista, a la derecha. Muy bien... póngase todos en fila... así... ahora que cada uno asome un poco la mano por detrás de la espalda. Eso será la cola... además, cada cual tiene la facultad de coger con su mano la mano-colita del que le precede..., también habrá unas cuantas personas sin colita..., ésas no llevarán la mano detrás de la espalda... por favor, no se empujen.

-Protesto -dijo el doctor Bolini, tres veces premio Nobel-, yo no quiero hacer de cerdito sin colita. Mis estudios sobre el concepto de eternidad y de finitud pienso que me hacen merecedor de una colita, aunque sea pequeña.

-Protesto -dijo el japonés Suinuke-, el profesor Gris de Estocolmo, que está detrás de mí, me ha mordido la mano diciendo que la secuencia no es simbólico-analógica, sino simbólico-mimética, y que por consiguiente debe ser lo más real posible.

-La ciencia -exclamó Gris- dice que hay que acercar al máximo los datos de laboratorio a los datos reales. Por consiguiente propongo a los honorables colegas que gruñan.

-Yo no gruñiré jamás -replicó indignado el doctor Boloni-, hay que eliminar los datos irrelevantes del experimento, y en mi opinión gruñir entra dentro de esa categoría... además, les pregunto... ¿por qué soy el último de la fila, y como tal no tengo la posibilidad de utilizar la colita? ¡Propongo una secuencia circular!

-Me opongo -dijo el francés Bajeux-, no nos dejemos llevar por misticismos y sugestiones de totalidad: esto es un experimento científico, y en él existe un principio espacial y temporal de determinación, por consiguiente, usted, doctor Boloni, será el final de la secuencia, y el doctor Saddleblack será el primer cerdo.

-El cerdo lo será usted -protestó Saddleblack.

-Señores, por favor, no se muevan o no conseguirán sostener bien las colitas -dijo Einstein.

-Propongo una moción -dijo la doctora Largewhite-, propongo que los cerditos dotados de libre albedrío se reúnan en una comisión aparte para valorar globalmente la oportunidad de coger o no las colitas.

Bacon (Inglaterra): Propongo entonces que se suelten momentáneamente las colitas y que nos pongamos a votar.

Lombowsky (Polonia): ¡No! En este caso, soltar colitas para votar equivale a aprobar automáticamente la moción. Propongo, por el contrario, votar levantando la pierna derecha.

Norcini Grifo (Italia): ¡Sea más preciso! Le recuerdo que los cerdos tienen cuatro patas. Así que especifique usted si se refiere a la pierna derecha anterior o a la posterior.

Lombowsky: A la del jamón.

Boloni: ¡Me opongo! Hay entre nosotros algunos cerdos muy ancianos que no pueden levantar la pierna posterior por culpa de la artrosis.

Gris: ¡Me opongo al voto público! Propongo un voto secreto, con bellotas blancas y negras.

-Propongo caminar en corro para desentumecernos un poco las piernas -dijo el profesor Norcini Grifo, que era muy viejo.

-Estoy de acuerdo -dijo Bayeux-, pero estoy en contra del sentido rotatorio del corro. En mi opinión, el primer cerdo a seguir no es el doctor Saddleblak, sino el doctor Boloni. Lo merece por su gran prestigio intelectual y por su colorido rosáceo.

-¡Tonterías! -gritó Landrace-. El doctor Boloni es claramente inferior al doctor Saddleblak, por peso y conocimientos científicos. Además, el doctor Saddleblak, por sus orejas en punta y la expresión porcina de su rostro, remeda nuestra episteme porcina con mucha mayor precisión que el vago colorido rosáceo del doctor Boloni, el cual, además, como él mismo acaba de admitir, ¡no sabe gruñir!

-Yo dije -gritó el doctor Boloni- que no consideraba oportuno gruñir. ¡Pero si me lo exigen, soy capaz de gruñir con una intensidad y una profundidad muy superiores a las del doctor Saddleblak! ¡No tolero que esto se ponga en duda! Recuerdo a este respecto mis estudios sobre las emisiones sonoras quasar.

-Dudo mucho -dijo despreciativo el doctor Saddleblak- que el doctor Boloni sea capaz de dar fe de sus palabras. Existen muchos científicos que han publicado muchos tratados científicos sobre los sonidos pero, en el momento de gruñir, sólo han sabido emitir ruidos sin sentido. ¡Una cosa es la teoría, y otra muy distinta, la práctica, señores!

El doctor Boloni, hinchó el pecho, arrugó el morro y dijo:

-Nrkuuuuuuu nrkuuuuuuaaaaa nkru nkrukru kroaaaaaa.

Toda la concurrencia se puso en pie pataleando frenéticamente.

Entonces el doctor Saddleblack se levantó a su vez y, acalorado por el esfuerzo, replicó:

-¡Kruiiiiiiiiiii! ¡Kruiiiiiiiiiii! ¡Kruiiiiiiiiii!

Sus defensores aplaudieron prolongadamente. Siguieron silbidos y gritos. Comenzaron a repartirse cachetes.

-Señores, por favor -dijo Einstein-, propongo en este momento que una comisión valore cual de los dos honorables colegas es más marrano, y por consiguiente debe ser seguido en el corro.

-Estoy de acuerdo -dijo el profesor Saddleblak-, me presento como candidato. Quien vote por mí, que levante la colita.

-¡Estamos como al principio! -dijo Suinuke-. Propongo que para votar los cerdos capaces de levantar la pata derecha voten levantándola y manteniéndola en alto saltando sobre la otra, mientras que los cerdos artrósicos pueden sacar hacia afuera la pierna derecha en un paso de tango.

-¿Y quién quiera abstenerse? -preguntó el profesor Norcini Grifo.

Fuera de la sala, Phildys escuchaba con estupor los extraños ruidos porcinos que salían de la asamblea, cuando vio entrar a Pik con un aire triunfal.

-¿Cómo siguen las cosas allí dentro? -dijo el ministro-. ¿Hay alguna novedad?

-Mucha confusión -dijo Phildys-, tengo la sospecha de que Einstein está haciendo cuanto puede para joder la marrana.

-Oh, que haga lo que quiera -dijo Pik-, ahora ya no tiene importancia. Una buena noticia para nosotros. Hace una hora ha habido otro intento de conexión con la Proteo. Ha sido imposible. Desaparecidos. La misión Tierra dos debe considerarse momentáneamente perdida.

-Por mucho que me esfuerce -dijo Phildys-, no consigo considerarlo una buena noticia.

El Final De La Proteo

Después de haber atravesado extrañas nubes inmóviles como un lago lechoso, la Proteo Tien navegaba ahora por un cielo que no presagiaba nada bueno. Parecía introducirse en una caverna de nubes oscuras. Extraños resplandores rojo fuego iluminaban la astronave. La temperatura exterior era elevadísima.

-Está a punto de caer una tormenta -dijo Chulain-, y grande.

-¿Lo deduces del radar? -preguntó Mei-. Pero, ¿no está estropeado?

-Lo deduzco de los cuatro radares de reserva.

El negro señaló los cuatro perros que, con el pelo erizado por el miedo, se habían ocultado debajo de una mesa.

-Sí, notan que está a punto de ocurrir algo -dijo Caruso-, y yo también oigo un ruido extraño... como... el ruido de un pozo, muy profundo, un ruido que retumba dentro de algo vacío y enorme.

-No perdamos la calma, muchachos -dijo Kook-, ¿Dónde se ha metido Mei? Tal vez convenga ir a echarle una mano.

-Quédate aquí, cobardica -le ordenó Chulain.

Mei estaba con los ojos cerrados en su litera. Por tres veces consecutivas le había parecido llegar a oír la voz de Fang, pero cada vez la había perdido. Ahora, por fin, la oyó clara y neta.

-Mei -decía Fang con un tono insólitamente emocionado-, sé que estás muy cerca del final del viaje... ahora estoy contigo.

-Te oigo, Fang -dijo la muchacha-, ¡tengo miedo! A medida que nos acercamos al punto que nos ha indicado la Bruja los instrumentos de a bordo se están volviendo locos... ¿qué ocurrirá?... ¿adonde nos estamos dirigiendo? ¡Oh, tengo tantas ganas de regresar a la Tierra!

-No tengas miedo -dijo Fang-, volverás: lo dice el I Ching.

-¿Y tú, Fang? -dijo Mei-. Siento dolor en tu voz.

-Sí -dijo Fang-. Aquí en la Tierra estamos viviendo un momento muy difícil. Pero tal vez podamos hacer algo. ¡Y vosotros también! ¡Encontrad ese planeta!

-Sí -dijo Mei-, ¡os ayudaremos! Te prometo que yo también consultaré el I Ching para ti. ¡Te lo enviaré desde la tierra hallada! ¡Te lo prometo, Fang! ¡Fang!

Ya no obtuvo respuesta. El espacio era recorrido por un ruido extraño, como un sonido que saliera de un gigantesco cuerno. La astronave comenzó a girar sobre sí misma. Mei corrió a la cabina del piloto, y vio a Chulain muy preocupado.

-¡Los mandos no obedecen! Diría que estamos avanzando... en una órbita muy reducida... la temperatura está descendiendo.

Kook miró al exterior: nubes gaseosas luminosísimas pasaban cerca de la astronave a gran velocidad.

-¿Es una órbita constante? -preguntó.

-No -dijo Chulain-, es una órbita que se estrecha con mucha rapidez.

-¡Un Maelstrom! -exclamó Caruso-. ¡Es el fin! ¡Eso es lo que era aquel ruido: el viento espacial!

-Calma, amigos -dijo Chulain-, ¡no perdamos la cabeza!

Pero notó que la velocidad rotatoria de la nave aumentaba considerablemente, y que ya comenzaba a sentir una ligera sensación de vértigo.

-Preguntad al ordenador... los datos... preguntadle dónde nos encontramos -dijo Kook.

-Lo intentaré -contestó Mei-. Pero... cada vez giramos con mayor rapidez.

-Pronto -dijo Kook, respirando ya con dificultad-, ¡ese ruido aumenta! ¡Tenemos que buscar una vía de salida!

-¡El ordenador dice... Mixcoatl! ¡Estamos en Mixcoatl!

-No tiene sentido -dijo Chulain-. ¡No existe ningún lugar con ese nombre! ¡Ningún planeta! El ordenador no puede haberlo inventado.

-¡No sé lo que está ocurriendo! -gritó Kook-. El ordenador lo ha repetido... se ha vuelto loco... ¡Mixcoatl!

-¡Agarraos fuerte! -gritó Chulain-. Estamos cayendo dentro de algo... Ya no consigo controlar la nave...

-¿Qué es Mixcoatl? -preguntó una vez más Kook al ordenador, pero no obtuvo ninguna respuesta.

La astronave giraba en espiral a velocidad creciente. Nuestros amigos sintieron que el misterioso sonido bajo del cuerno aumentaba de intensidad, y tuvieron la sensación de caer en el vacío: un silencioso estallido de luz iluminó toda la astronave, y el sonido se acalló de repente. El universo se calmó. No había quedado nada de la Proteo Tien. Sólo el vacío rarefacto y silencioso del Mar Universal, que la había engullido.

Misión Suspendida

Informe secreto

Desde hace ciento seis horas la nave Proteo Tien en misión especial no responde a las llamadas. Los radares de la faja extrema no perciben su presencia en ningún sector del Mar Universal. Así pues, la nave en cuestión debe ser considerada desintegrada y hundida en una zona en la que últimamente otras muchas naves han tenido el mismo fin.

Los miembros de la tripulación: Cristoforus Leonardus Kook, Mei Ho Li, Boza Cu Chulain y Caruso Raimondi son considerados fallecidos a todos los efectos, y han comenzado las gestiones para concederles las Medallas al Valor de la Exploración Cósmica. La misión Tierra dos queda suspendida: esta noche por televisión se dará una versión oficial de la noticia. Los derechos de la historia El final de la Proteo ya han sido vendidos, así como los gadgets con ella relacionados, incluido el modelo juguete de la Proteo. Queda, pues, absolutamente prohibida la utilización de los desaparecidos con fines especulativos, sin autorización.

Efectos masa

Por doquier se advierten reacciones en cadena, ante el rumor de la desaparición de la Proteo. Eso confirma que la operación Tierra dos había creado un peligroso excedente de expectativas. El planeta lejano constituye un grave motivo de perturbación social, que exigirá inmediatas decisiones. Sigue lista de los desórdenes, para pasar a los ordenadores filtradores de las agencias de prensa.

-Hum -dijo Phildys, metiéndose en la boca un cartucho de pildoras sedantes-, realmente hay motivo para preocuparse. Manifestaciones en Europa. Eslogans antigubernamentales en Pekín. Una revuelta de ancianos en el sector para jubilados de Berlín. Aquí leo: desfilan en París cien mil manifestantes bajo el palacio de la Federación. La manifestación ha sido disuelta con camiones de agua, treinta muertos congelados. ¡Descenso del treinta por cien en los índices de audiencia televisiva entre los aramerusos! Huelgas de rancho en los cuarteles sam. ¡Pero qué está sucediendo!

-Yo te diré lo que está sucediendo -dijo Pyk-, Tierra dos ha resucitado demasiados deseos: la gente se ha hecho más desenfadada, indiferente. Vivir en las ciudades subterráneas con el control televisivo de cada metro de tu vida no es gran cosa, pero puede llegar a ser insoportable si vuelven a circular las antiguas y nefastas sugestiones: ¡el mar azul, las montañas nevadas, el desarme libre, el sexo unilateral, la lililibertad! Todas esas alternativas pretecnológicas que tanto gustan a los ingenuos. ¡Puah!

-No estoy completamente de acuerdo contigo, Pyk. No todo funciona en nuestra ciudad. Los vie|os de Berlín, por ejemplo, viven en el frío, su zona es un pasillo desnudo de veinte kilómetros, cerrado por un muro altísimo.

-Viven a seis grados -dijo Pyk-, porque así sólo resisten los más robustos: no podemos gastar arreglando todos los pulmones apelillados. ¡Recuerda que para los que no trabajan la medicina es un lujo! Y además, en esos veinte kilómetros, los viejos tienen más de seis mil bancos. Y ya se sabe que a un viejo le basta con un banco. Y hemos puesto postales gigantes en las paredes del recinto: montañas a la hora del crepúsculo y actrices escalándolas. ¿También tú vas a comenzar a soñar en Tierra dos, Phildys?

-Yo no sueño -dijo el ministro-, pero otros sí. ¿Qué haremos ahora para decirle a la gente que la misión Tierra dos ha sido suspendida, y que hemos vendido las excavaciones?

-Será facilísimo, Phildys -sonrió Pyk-. Bastará con una ligera revisión del guión. Ven acá, mi pequeño lirio perdido en la jungla de la política. He aquí, punto por punto, el plan de opinión «Tierra uno es hermosa». Ya ha sido entregado a nuestros periódicos, a nuestra televisión, al tercer pelotón de intelectuales, a los mandos de la policía. Se basa en la primera ley publicitaria de Herrtripa, que dice: «En este mundo no hay que cambiar nada, basta con hacer aparecer bien luminosa y coloreada la inscripción ha cambiado». ¿No estás de acuerdo? ¡General, nunca como en estos tiempos es tan importante la sigla del programa! Lo importante no es ser, sino parecer; el mundo es un videojuego, querido mío. No hay nada que tú no puedas hacer aparecer o desaparecer, si tienes en la mano las teclas. ¡No pienses en los indios! Piensa en unos muñequitos verdes. Y paff. Bórralos del mapa. ¡Paff! Y también Tierra dos desaparecerá, Phildys: con tres toques de varita mágica, tres noticias clamorosas:

A. Van Cram es un visionario, adicto a las drogas. Ya en varias ocasiones ha enviado falsos mensa|es de descubrimientos. Hace años se presentó a la policía de Júpiter pidiendo protección porque era perseguido por un rebaño de camellos. Cuando era rebelde fue internado por abuso de alucinógenos. Presentar toda la documentación con certificados y fotos.

B. Una comisión gubernamental formada por los más expertos y corruptibles científicos ha determinado que es absolutamente estúpido pensar que exista vida inteligente en aquel sector del espacio. Dicho sector carece por completo de átomos de carbono, que es la base de la

vida. Existen, por el contrario, muchas moléculas de mercurio. La única forma de vida podrían ser termómetros con patitas.

C. La luz solar y el aire natural son nocivos para los terrestres del siglo XXII. Así lo ha establecido el equipo médico de la universidad de Sidney. Según los experimentos allí realizados, la vida subterránea nos ha privado de importantes mecanismos de defensa frente a las asechanzas de un planeta preglacial. Algunos ejemplos citados: diez voluntarios, expuestos a la luz solar simulada con cuarzo, se quemaron completamente la nariz en menos de una hora. De cien habitantes de Sidney examinados, noventa y ocho eran alérgicos al polen del nasturcio en probeta y los otros dos no conseguían pronunciar la palabra nasturcio. Por consiguiente, el dictamen de los médicos es que la vida subterránea es mucho más sana que la vida al aire libre. Voilá!

-No me parece un gran triunfo de nuestra ciencia -dijo Phildys.

-Es lo máximo que podemos dar a la humanidad -exclamó triunfalmente Pyk-. No tendrán a Tierra dos, ¡pero estarán contentos con Tierra uno!

-¡Pero si ya la tenían! -objetó Phildys.

-Lo presentaremos de manera que les parezca un regalo -dijo Pyk.

Genius Se Va

-Cuidado -ordenó el técnico-. ¡Es como sacar una ballena!

-Si quiere tratarme de gordinflón, le recuerdo que soy diez veces menor que la ballena más grande jamás encontrada en la tierra, que es precisamente la que pescó el ballenero japonés Imaru en 1976 cerca de las Spitzbergen. Este es el dato más seguro, aunque el naturalista francés Lacépéde hable de ballenas de cien metros o sea trescientos noventa y ocho pies, y más antiguamente Aldrovandus de ballenas de ochocientos pies. En cuanto al peso...

-Cállate un instante, Genius -dijo Einstein-, o si no jamás conseguirán subirte a ese camión.

-Es natural que no lo consigan -se lamentó el ordenador-, el punto donde debían atarme con los cables de acero está equivocado en un metro y treinta y seis centímetros, aparte de que el plan de carga...

-Genius -dijo Einstein-, vamos, déjales trabajar... no es culpa suya si te trasladan.

-Supongo -gruñó Genius.

-¡Suelta hacia abajo, así... ya está! -gritó el capataz.

La mole de Genius fue colocada en un gran autogusano articulado. El ordenador estaba preparado para partir.

-Bien -dijo Einstein, fingiendo desenvoltura-, todo en orden. Ahora descansa, Genius, mañana te espera un bonito viaje. Te llevarán al centro de datos de Buenos Aires. Te gustará, verás.

-Cómo no -dijo Genius-, se llama Buenos Aires porque tiene el mejor aire acondicionado de toda Sudamérica. Y está a orillas del mar. Lástima que sea veinte metros bajo tierra...

-Harás un trabajo interesante -dijo Einstein.

-¡Espléndido! Viceordenador dedicado a la coordinación de actividades recreativas para ex-informáticos.

-¿Y no será divertido?

-Mucho. Ya lo sé todo. En Buenos Aires existe un único ex informático, un australiano de 92 años. Su única diversión es jugar al tute.

-¡Hay que ver cómo os divertiréis! -dijo Einstein-. ¡La de bonitas partidas que jugaréis! -pero en su voz no había convicción.

-Oye, Frank -dijo Genius-, ¿te acuerdas de cuando, para explicar a los profanos mi inteligencia, ponías el ejemplo de la hoja de papel doblada?

-Sí, si pudiéramos doblar la misma hoja de papel cincuenta veces, llegaría a ser más alta que la distancia entre la Tierra y la luna. Así crece tu inteligencia, Genius.

-Bien, ahora yo me siento como una hoja de papel doblada cincuenta veces sobre sí misma hasta alcanzar la luna, y después prensada hasta recuperar el grosor de una hoja de papel. ¡No puedes figurarte qué dolor de cabeza!

-Creo que te entiendo.

-¿Y tú no te sientes prensado, comprimido, Einstein? ¿No te asusta el hecho de que dos de cada tres científicos en el mundo trabajen ahora en sectores relacionados con los armamentos? ¿De que la ciencia sea el sector más controlado por el espionaje? ¿De que tus ideas dejarán de ser tuyas, que no las dirigirás?

-Sí. Aunque me haya llevado cierto tiempo entenderlo. Pero tal vez no sea demasiado tarde, aunque doce años ya es una cierta edad para un informático. Los hay que a los dieciséis ya se jubilan.

-Yo -dijo suspirando Genius- me voy a los sesenta y cinco. Parece que mi modelo ha quedado superado. ¡Para mí, el universo del tute!

-A propósito -dijo Einstein, un poco turbado-, yo... y los chicos de la Sede Central... hemos pensado en un pequeño recuerdo para ti...

-¡Por favor! Tengo ya demasiados recuerdos, como tú dices. Una vez que lo he recogido, nunca olvido un dato. ¡Pobre del hombre que tenga que escuchar mis relatos de viejo!

-Lo sé -dijo Einstein-, pero tal vez tus recuerdos sean demasiado mecánicos. Y por ello, junto con los chicos del centro, te hemos preparado un conmutador «réverie» y abstracción.

-¿Qué?

-Mira -explicó Einstein-, cuando los hombres recordamos, no lo hacemos con absoluta precisión. Muchas veces olvidamos las cosas desagradables, o bien damos a las normales matices, entonaciones, olores especiales, las transformamos, las volvemos a rodar como si fueran una película. Todo pasa a ser más hermoso, más mágico de lo que ha sido. Bueno, la réverie es exactamente ese filtro, esa luz de vela que hará que veas más bonitos ciertos recuerdos y dejará otros en la sombra. Te acordarás de la niña rubia del tercer banco. Tenía los dientes como un crucigrama y la salivita en el labio, pero tú la recordarás como una joven ninfa, de sonrisa melancólica, una tarde de verano, tú y ella, sorbiendo la dulzura de las campanillas en un jardín oloroso... a la hora del crepúsculo... el piano sonaba.

-Entonces -dijo Genius-, con ese conmutador podré recordar con nostalgia aquella hermosa banca de datos japonesa con la que, al atardecer, en una hermosa tarde de verano, nos intercambiamos los datos sobre el bombardeo de Tokio... los cañones antiaéreos sonaban...

-Más o menos así -dijo Einstein-; y, bueno, ya te lo he metido. A partir de este momento eres un ordenador con posibilidad de nostalgia.

-Perfecto -dijo Genius-; entonces adiós, Einstein. Ya no volveré a sentir cómo tus delicadas manecitas me hacen cosquillas en el teclado para plantearme molestísimas preguntas y aburridísimos cálculos... adiós.... adiós Silicon Valley, allí donde el coyote aulla a la luna su melancólico blues y le contesta el perro en el laboratorio de vivisección y los obreros cansados regresan alegres de su trabajo duro y radiactivo y a la luz de una lámpara de petróleo escuchan el viento de las montañas y ven cómo la luz del crepúsculo incendia su casa con rojos resplandores, y descubren de repente que la central ha hecho explosión.

-Genius -dijo Einstein, algo conmovido-, ahora compórtate con seriedad.

-A sus órdenes, Doctor Frank Einstein, nuestra colaboración termina aquí después de 867.000 operaciones realizadas conjuntamente. Que tenga mucha suerte, y como solemos decir nosotros, querido Frank, un buen input en la ballena.

El Sueño De Fang

Fang se sentó en la cama. Una voz misteriosa le había despertado. La oía cantar en la oscuridad de fuera de la tienda:

*Había un mago*

*en la montaña de Hunan*
*que jugaba con extrañas cartas*
*dos flautas*
*tres notas*
*cuatro grillos*
*que cantaban más fuerte*
*cinco pájaros*
*seis toques de campana*
*y siete músicos*
*de una ciudad lejana*
*toca el soldado el tambor*
*canta la reina alondra*
*para el rey trueno*
*lo borra todo con un solo sonido*
*así juega el mundo*
*pero existe una carta secreta*
*¿quién puede coger una montaña*
*y llevarla fuera del mar?*
*¿quién hace nadar*
*al pez en la roca?*
*¿quién tiene nave en la memoria?*
*si descubres eso, has desvelado*
*el misterio de esta historia.*

Fang se levantó inquieto. Aquellas palabras le recordaban una canción que había oído siendo niño. Y aquella voz... una voz de mujer. ¡Sí, claro... era la voz de Mei! Estaba allí, fuera, en la noche, y volvió a cantar.

*Somos conchas varadas en la*
*playa del mundo la marea*
*alta del sueño nos pilla*
*dormidas para devolvernos*
*al mar grande donde hemos*
*nacido.*

Fang salió corriendo de la tienda sobre la montaña y... VIO LAS ESTRELLAS. No el cielo gris y apagado, sino un cielo azul profundo, tachonado de estrellas. El estupor había cortado la respiración del viejo. Y mirando a su alrededor vio los árboles. Millares de árboles, completamente cubiertos de nieve; y la nieve del bosque estaba llena de pisadas, los pequeños senderos trazados por los animales. Y mientras se inclinaba a observar el sutil encaje del paso de una ardilla, Fang vio a Mei. Se le acercaba saltando en la nieve, con un jadeo feliz.

-¡Mei! -gritó el chino-. ¡Estás... aquí! Pero... es tu cuerpo espiritual el que está aquí... quiero decir... entonces no estáis muertos... o eres de verdad...

-¿Qué dices, Fang? -contestó Mei-. ¿Real, espiritual? Estoy aquí y basta.

-Sí, pero, ¿y la astronave? La misión..

-Oh, Fang -dijo Mei-, ¿qué astronave? ¿Qué misión? Estás soñando, no sé de qué hablas. Sube a los árboles, ven.

De un salto, Mei subió a la cima de un abeto altísimo, haciendo caer gran cantidad de nieve.

Fang también intentó saltar, pero la espesa nieve le retenía. Realizó dos o tres torpes intentos, batiendo los faldones del traje como un pajarraco. Se dio cuenta con estupor que vestía un manto de piel.

-Ja, ja -rió Mei, encaramada en el árbol-, ¡el mono Fang no sabe trepar a los árboles! ¡Vamos, grita «transformación» y conviértete en un pino!

Fang insistió una vez más, hizo una cabriola y volvió a caer. Hasta los árboles reían fragorosamente, soltando nieve de las ramas.

-Ahora lo entiendo -dijo Fang-, esto es un sueño. No es una conexión telepática... porque estamos soñando, Mei.

-¡En lugar de decir tonterías, intenta saltar, Fang! -dijo alegre la joven-, ¡Desde aquí se ve el cortejo nocturno! ¡También está Kook! ¡Y Chulain! Están todos. ¡Vamos, salta!

-¡Quiero saludarles! -dijo Fang.

Hizo aletear los faldones del manto, y con gran esfuerzo, consiguió levantarse. Revoloteó algo torcido, animado por Mei, y al final consiguió posarse en la cima de un árbol.

-¡Bravo, lo he conseguido! -gritó.

Desde el valle, una larga hilera de lucecitas subía hacia el monte Accantuay. A la luz del fuego, pudo ver el rostro de Cu, y luego estaba Kook, y Chulain, y Caruso con la abeja, Leporello, y otras caras desconocidas, un árabe, una anciana de ojos azules, un gigante tatuado que cantaba estentóreamente. Todos estaban muy alegres.

-¡Eh, amigos! -gritó Fang-. ¡Estoy aquí! ¡Soy Fang el mono!

-¡Ven con nosotros! -gritó Kook-. ¡Vamos a la montaña, vamos a celebrarlo! ¡Ven mono, ven Mei-del mar-de Jade!

-Voy -gritó Mei-, vamos, mono Fang. ¿Sabes cómo se baja de un árbol?

-Me temo que no -dijo Fang.

Miró hacia abajo y descubrió que se había subido a un abeto de por lo menos cien metros de altura.

-No tengas miedo -dijo Mei-, se hace así. Basta con decir:

*Donde estás ya no lo sabes*
*no sirve el paraguas si llueve al revés*
*cuidado con resbalar*
*con la cabeza hacia arriba una nube puedes golpear*
*si lloras, las lágrimas verás volar*
*junto con los peces del mar*
*¡árbol, al suelo me debes llevar!*

El árbol se dobló delicadamente en forma de arco hasta que tocó el suelo con la punta, y permitió bajar a Mei.

-¡Vamos, Fang! -gritaron todos los del cortejo-. ¡Ahora te toca a ti!

-Bien -dijo el chino-. Entonces... diré:

*Donde estoy ya no lo sé*
*ejem... he puesto hacia abajo el paraguas al revés*
*y cuidado con resbalar*
*porque podría pisar un pez.*

-No, no -exclamó riendo Cu-, chino, lo dices todo mal. El árbol empezó a balancearse amenazador.

-Calma -dijo Fang, intentando mantenerse agarrado a las ramas-, debo acordarme.

Entonces:

*Donde estoy me caigo*
*con badil y azada hace su madriguera el cucú*
*y los hongos vuelan hacia arriba...*

El árbol, cada vez más nervioso, le dio dos sacudidas.
-¡Socorro! -gritó Fang-. Ya no sé lo que digo

*ya no sé donde estoy*
*el tiempo corre al revés y hacia abajo*
*las agujas chocan*
*las nubes caen*
*y hacen un ruido de seda manchú*
*y en la copa de un árbol del Perú*
*ya no consigo seguir agarrado.*

Dicho esto, el árbol, como una honda, lanzó a Fang en un vuelo parabólico del que aterrizó en el suelo de su tienda. Al incorporarse vio la lámpara, la mesa, el mapa de las excavaciones y sus libros. Y vio la hamaca que seguía oscilando, por el movimiento que le había dado mientras dormía. Se había caído de la cama.

-¡Kook, Cu, Mei! -pensó-. ¡Sólo era un sueño! El cortejo... hacia la montaña... qué despertar doloroso... quiero seguir durmiendo... quiero volver al sueño... o bien...

Un presentimiento le hizo asomarse a la ventana. Una larga hilera de luces subía hacia la parte alta de Cuzco. Se vistió apresuradamente, y corrió hacia afuera en la noche.

El Cortejo

A la luz de las antorchas, Fang divisó en primer lugar a Catuilla. Su rostro era de piedra. Detrás de él, cuatro hombres llevaban un cuerpo, envuelto en una manta blanca.

-¿Huatac? -preguntó Fang, pero ya sabía la respuesta.

-Murió ayer -dijo Nanki-, apenas vio que los soldados subían por la montaña.

-Han vuelto -dijo Aucayoc- como las otras veces. Nos encarcelarán de nuevo. Alguno de los nuestros ya se ha pasado a ellos, a cambio de cerveza y comida, están dispuestos a traicionarnos y luchar contra nosotros. La sospecha ronda ahora en nuestra aldea, como un perro roñoso que nadie se atreve a expulsar. Muchos de nosotros ya hemos muerto antes de luchar.

Fang no consiguió decir nada. Aquél no era el cortejo del sueño. Un centenar de indios, los últimos supervivientes, enterraban a uno de sus ancianos, en la nieve, bajo la montaña. Un anciano como él. Sintió frío. De la oscuridad surgió repentinamente el rostro de Coya.

-Fang -dijo la mujer-, antes de morir Huatac dijo: sólo el que ya ha muerto una vez, puede entender. Díselo al viejo que es amigo nuestro... él lo entenderá.

Fang siguió temblando. No tenía nada que decir... Alzó la mirada hacia Coya. Los cabellos negros le cubrían media cara, y con una mano los apartó. Este gesto tranquilizó a Fang, como si la caricia hubiese ido dirigida a él. Entonces Fang lo entendió todo, de golpe. Tomó la mano de Coya. La reconoció. La misma mano. La luz de la luna. La mirada. Fue como si por fin todo se calmara.

-Creo que ya he entendido el misterio de las quince puertas –dijo entonces-. Preparaos para bajar. Que alguien vaya a despertar a Einstein. Decidle que venga inmediatamente con nosotros y que traiga el camión con el ordenador. Que los demás monten guardia, para avisarnos si llega alguien. Tenemos poco tiempo, pero podemos conseguirlo. ¡Corred!

Las antorchas se esparcieron por las ruinas de Cuzco, y la iluminaron, y la ciudad pareció volver a la vida.

El Corazón De La Tierra

Los indios, en silencio, rodeaban a Genius, iluminándolo con la luz de las antorchas. Einstein trabajaba frenéticamente, pulsando en el teclado los datos de la hipótesis de Fang. Al final exhaló un gran suspiro y tecleó la pregunta: ¿HIPÓTESIS CREÍBLE?

El ordenador zumbó largo rato, y luego dio la respuesta:

-HIPÓTESIS CREÍBLE. Posible solución. Bajar y comprobar.

Einstein tuvo un gesto de estupor.

-¡No consigo creerlo, Fang! -dijo-. ¡Es una locura! Repasemos los datos...

Catuilla dirigió una mirada preocupada hacia la montaña, y dijo:

-No, bajemos en seguida. Los centinelas dicen que los soldados se están moviendo, tal vez han visto las luces.

Una veintena de indios siguió a Fang, mientras el chino rehacía el camino indicado por el quipu. Hicieron falta dos horas para llegar a las puertas. Pero en la sala se encontraron con una desagradable sorpresa. Una patrulla de soldados de la Federación, armados hasta los dientes, estaba alineada ante la entrada. El jefe de la patrulla se dirigió hacia ellos apuntándoles con el mitraser.

-Quietos -gritó-, nadie puede acercarse a las puertas. Ni siquiera usted, doctor Einstein. Son las órdenes.

Los esquimales y los indios del grupo levantaron sus lanzas, pero Einstein les detuvo.

-Hasta medianoche sigo siendo el responsable de las operaciones -dijo airado-, ¡y decido yo! ¡Tenéis que dejarnos pasar! ¡Es de capital importancia!

-Lo siento, pero tengo órdenes precisas -replicó decidido el guardia.

-¿Por qué no pregunta a la base si han cambiado? -dijo tranquilo Fang.

El soldado titubeó un momento.

-De acuerdo -dijo-, preguntaré por el radioteléfono. Pero mien-tras tanto, que nadie de un paso.

-¿Qué has hecho, Fang? -dijo Einstein al oído del chino-. Si llaman al Centro, lo mínimo que le dirá Phildys es que nos disparen un tiro.

-¿No es Genius quién controla la centralita telefónica de la base? -preguntó Fang.

-Bueno, sí, hasta medianoche él sigue controlando todos los medios automáticos del campo -dijo Einstein—, pero... cómo puedes llegar a pensar que él tome iniciativas para ayudarnos...

-En realidad, se lo estoy explicando. ¿Te sorprende, Einstein? Bueno, si tu cerebro electrónico es tan completo, también será un poco telépata, ¿no?

-Estás loco -dijo Einstein.

-¿Sí? -dijo la voz del guardia-, ¿centro Estado Mayor?

-Soy el general Phildys -contestó una voz, alterada por las interferencias-, ¿quién me molesta fuera de horas de trabajo?

-Teniente Romero, a la orden, es una situación de emergencia. Están aquí el doctor Einstein y el señor Fang. Dicen que quieren pasar...

-¡Ah, sí, rayos y centellas! -dijo Genius Phildys-, cuerpo de una atómica, lo había olvidado. Hágales pasar, tienen permiso. Y no diga a nadie que les ha visto. Ni a mí. ¡Misión secretísima, rayos y centellas! Entre militares nos entendemos, ¿verdad, viejo Romero? Buena guardia y nalgas prietas.

El teniente se quedó con el radioteléfono en las manos y una expresión de consternación.

-Bien -dijo-, pasen. Y disculpen. Yo no sabía...

Fang y Einstein cruzaron apresuradamente el puesto de control, seguidos por todos los indios. Apenas se hubieron alejado, Einstein dijo:

-Genius es un fenómeno. Ha conseguido incluso imitar la voz de Phildys. Jamás lo habría imaginado. Sin embargo, ¡qué lenguaje tan extraño!

-Creo que es culpa mía. Le dije que utilizara un lenguaje cuartelero.

El grupo había llegado ahora ante las puertas. Fang se dirigió con decisión hacia la duodécima y ordenó:

-Intentemos empujar todos juntos.

Aunque eran muchos haciendo fuerza, la puerta no cedió inmediatamente. Luego, poco a poco, comenzó a girar sobre su eje central. Einstein retenía la respiración. Oyó el chirriante ruido de un pilar que se desplazaba.

-¡Ya está! ¡Y yo, además de emoción científica, siento miedo! -dijo el chico.

La puerta se había abierto, y revelaba los pasillos de un nuevo laberinto de piedra. Entraron en fila india. El laberinto parecía colgado en el vacío: de vez en cuando veían abrirse un abismo entre las piedras del suelo.

-Increíble -dijo Einstein-, estamos dentro de una serie de cavernas, Fang. Aquí todo es un milagro de ingeniería. Mira esas piedras de allí, puestas una encima de otra. Si hubiéramos abierto una puerta equivocada, habríamos provocado su caída en cascada, y todo esto habría quedado destruido.

-Exactamente como está escrito -dijo Fang-, ¡el camino es uno y sólo uno! La cosa que se halla en el fondo está bien protegida.

Ahora el chino avanzaba rápidamente, consultando los extraños signos que había escrito en una hoja de papel. Al cabo de poco empezó casi a correr, seguido por los indios que, a sus espaldas, cantaban su extraña canción rítmica. Y he aquí que el pasillo se hizo más espacioso: vieron en las paredes unos megalitos como los de los muros de Sacsahuaman. Repentinamente sus sombras se precipitaron hacia arriba, haciéndose gigantescas. Fang, que corría a la cabeza de todos, se detuvo, como petrificado. Se encontraron en una caverna colosal, en el corazón de la montaña. La caverna estaba enteramente recubierta de pequeñas láminas de oro. La luz reflejada por las antorchas era deslumbrante, como la de un sol. En el centro de la caverna, tan alto como quince hombres, y tan largo que no llegaba a verse su final, vieron el corazón de la tierra.

Base Cuzco A Federación

Confirmamos excepcional descubrimiento anoche. A unos setecientos metros de profundidad, debajo del Templo del sol, hemos descubierto un bloque de láminas de oro de las siguientes dimensiones: trescientos veinte metros de longitud, treinta y seis de altura, ochenta y dos de profundidad. Según las primeras observaciones científicas se trata de oro drogado con una aleación de elementos transuránicos apagados. Es decir, el oro ha sido irradiado con una tortísima concentración solar y contiene tal cantidad de energía que puede resolver todos nuestros problemas durante muchos años. En estos momentos todavía no sabemos quién y cómo ha construido este portentoso «corazón» de energía solar. El hecho es que ha sido concebido para mantenerse vivo e inalterable a través de los años, en la oscuridad de esta caverna. En efecto, el subterráneo está protegido de tal manera que no deja escapar la energía. Eso explica por qué nuestros investigadores no conseguían localizarla de ningún modo: los «flujos» observados procedían probablemente de breves «fugas» debidas a la humedad o a movimientos telúricos subterráneos. Hay unas trescientas mil láminas. Para utilizar su energía hará falta transportarlas a la superficie y exponerlas a la luz del sol. Esto exigirá procedimientos complejos, como intentar concentrar el escaso sol que se filtra a través de la Nube, llevar las láminas más allá de la nube, y abrir agujeros en la nube con los procedimientos de perforación interrumpidos por su excesivo coste.

Ahora, sin embargo, podremos utilizar toda la energía de nuestras reservas, en cuanto que no es más que la vigésima parte de la que se conserva bajo la montaña. Repetimos que los procedimientos con los que esta energía solar ha sido conservada resultan incomprensibles a la luz de cuanto sabemos acerca de la ciencia inca. A consecuencia de este descubrimiento, producido a las 23,13, no ha sido firmado el acuerdo con los aramerusos y con los japoneses, entre otras razones porque la noticia ha llegado inmediatamente, de manera misteriosa, a los ordenadores de los diarios. Si bien ese descubrimiento nos sitúa psicológica y tecnológicamente en situación de igualdad con las restantes Federaciones, también podría, sin embargo, impulsarles a atacarnos cuanto antes para apoderarse del «corazón». A este

respecto, difundid inmediatamente la noticia en todos los países, especialmente entre los movimientos de oposición, subrayando que el descubrimiento puede sanear el déficit energético de todos, y que una guerra en ese lugar podría destruir el «corazón». En cualquier caso, nuestras tropas están en estado de alerta. Se ruega que se haga presión sobre los grupos pacifistas para que nos ataquen. En caso de que no quieran manifestarse por la paz, amenazadlos con las armas. Firmado: el comité directivo operaciones.

Carlos Plessey Phildys, Showpotshow Pyk, Frank Einstein.

La Explicación De Fang

-Nos hemos formulado muchas preguntas durante esta larga búsqueda, Einstein. Pero había una, sobre todo, que nos angustiaba. Si la civilización inca tenía una intención, un proyecto, ¿por qué rodearlo de tanto misterio? Y habíamos llegado a suponer lo siguiente: evidentemente, los incas no querían que el resultado de este proyecto cayera en manos equivocadas. En efecto, cuando hemos encontrado las quince puertas, hemos visto que todo estaba destinado a quien poseyera una «llave», pero ¿cuál? Y por otra parte: ¿de dónde procedía esta respuesta, este desafío? ¿Tal vez de una civilización alienígena? Ni los dibujos de las puertas, ni las palabras de Huatac, nos habían revelado nada. No había lógica, ni leyenda ni lengua capaz de descifrar el misterio. Entonces, como bien sabes, dejé de pensar: si la solución no estaba en nuestros esfuerzos, tenía que estar en otra parte. Y allí la encontré. Encontrar no es la palabra exacta: siempre estuvo cerca de mí. Pero hizo falta algo para que yo lo entendiera, y este algo fue ver como Coya, en la montaña, se apartaba el pelo de la cara. Fue en ese momento, al ver el gesto de otra persona querida. Coya sufría por su gente, yo sufría por la pérdida de Mei, y la he reencontrado. No sólo Coya se parecía a Mei, sino que era Mei. Ella era la clave, la pequeña fuerza, y el corazón de la tierra estaba destinado a mí.

Einstein escuchaba emocionado.

-Sí, Einstein -continuó Fang-, a mí, un pobre viejo. Pero también a ti, a todos. Cada uno de nosotros tenía el camino. No del espacio, y tampoco del pasado: aquí, inmediatamente, entre las personas que quieres, entre gente y pueblos diversos que respetas. Ahí estaba el camino, Einstein. ¿Te acuerdas del misterioso «dato» que no conseguíamos aferrar, el que hacía enloquecer a los ordenadores? Pues bien, ese dato es el TIEMPO. EL TIEMPO. Escucha, hace poco tiempo Van Cram vuela hasta aquel cuadrante lejano, y desparece, como tantos otros, en un agujero negro. Lo que Van Cram encuentra no es un nuevo planeta. Los ordenadores no conseguían explicar de dónde procedía ese vector, Einstein, ¡por qué el vector NO SE HABÍA IDO NUNCA! Siempre ha estado aquí, lo abandonó Van Cram hace mil años en estas montañas, y las excavaciones lo sacaron a la luz. Porque Van Cram aterrizó en la Tierra, en la Tierra tal como era hace mil años. El agujero negro era un agujero en el tiempo. Por dicho motivo Van Cram no cerró aquel vector: murió, quizás a consecuencia de la «verruga», una enfermedad transmitida por un insecto peruano de aquellos tiempos, una enfermedad cuyos síntomas describe en el último mensaje. Encuentra un cóndor, y lo describe de un tamaño de veinte metros. Van Cram nunca había visto un gran pájaro. Describe una espiga de oro inca. Y luego muere, sin lanzar el vector. Por dicho motivo el ordenador no podía decir que aquel vector venía de un viaje en el tiempo, de un agujero temporal, cuya existencia ya había supuesto alguien. Snark Boojum y Van Cram el vikingo encontraron uno de esos agujeros. Al aproximarse a él, los instrumentos enloquecían. Y he aquí que la Proteo sigue la misma ruta y desaparece en el mismo punto. Lejos, allá arriba, en la vía láctea, la Mixcoatl de los incas.

-¿Y entonces? -preguntó Einstein.

-Entonces Kook, Mei, Chulain y Caruso no se desintegran, sino que aterrizan en nuestra Tierra hace mil años, tal vez unos años antes o después que Van Cram, pero más o menos en el mismo punto del Perú preincaico, quizás la era nazca. Y he aquí que la leyenda se hace verdadera. La verga de oro que se hinca en la montaña es la astronave Proteo. Kook es Man

Kook Capac, el hombre poderoso Kook, Mei es Mei Ho Chi Li, juntos son Manco Capac y Mama Ocelo, los fundadores de la civilización inca. ¿O quizás Cu es Manco Capac? Nunca llegaremos a saberlo. ¿Recuerdas lo que leímos juntos? He vuelto a recordarlo al ver a Coya, descendiente de Mei. En muchos libros se ha escrito que existen puntos de contacto entre la cultural oriental y la inca. Que en la cepa inca se encuentran impresionantes parecidos con las razas europeas, negras, chinas. ¿Recuerdas la tesis de Raleigh y de otros de que Manco Capac era europeo? Y piensa en la aparición de Kook: Manco Capac con un casco luminoso, no una cabeza de alienígena, sino un simple casco de astronauta. Así que quienes llegan a esa tierra no son los marcianos, sino Kook y Mei. No podemos llegar a saber si recuerdan su vida futura, es decir, su pasado. Pero creo que saben que tienen una tarea. Su tarea es ayudarnos, devolvernos la energía necesaria para que el sol vuelva a la tierra, dentro de mil años. ¿Son sus conocimientos científicos (Kook es un ingeniero solar) u otra cosa distinta lo que les impulsa a esta empresa? En cualquier caso, he aquí que todo nace. Las carreteras, las grandes fortalezas, Machu Picchu, surgen para este gran proyecto: el corazón de la tierra. De las altas terrazas zarpan los globos, o quizás los satélites-chalupa de la Proteo, con las láminas de oro, y van a «enriquecerse» de energía aprovechando las tempestades magnéticas solares de las que Kook es un gran conocedor. Es posible que las líneas de Inca Nazca fueran señales para este «tráfico» en el espacio. El astronauta de Palenque no es un alienígena, sino un hombre que conduce uno de estos vehículos. Los grandes espejos no son únicamente espejos rituales, sino que también les sirven para enriquecer la lámina. Pero para hacer todo esto se precisa un gran secreto. Ay si todo esto cayera en manos de otros pueblos, o de los españoles, ay si salieran del ayllu inca. Quien poseyera el «corazón» y supiera utilizarlo, tendría un poder terrible para aquellos tiempos. Y por tanto tampoco la escritura debe existir, sólo las personas de confianza conocen el secreto. Sólo la familia inca conoce hasta el fondo el proyecto, sólo los descendientes de Manco Capac y Mama Ocelo sabrán. Dentro de los templos, en los muros protegidos, se elabora el oro para formar las láminas, la «cámara» en la que será encerrado el corazón de la tierra. Todo es trabajado y enmascarado bajo el velo del rito.

»Las carreteras tienen probablemente dos funciones: una la de trasladar rápidamente las láminas que regresan del espacio, otra la de transportar, desde todos los puntos del imperio, las láminas enriquecidas al depósito central. Las grandes piedras de Sacsahuaman (excelente técnica, sí ¿o quizás han sido talladas con el láser?) protegen el secreto: son auténticas y verdaderas «cámaras atómicas» en las que se conserva la energía. Y hay otras mil señales que pueden confirmar esta tesis: el culto del sol y sus símbolos, la arquitectura dirigida hacia el cielo, Machu Picchu, quizás el último refugio de los guardianes del secreto, las últimas elaboraciones. Esta historia está llena de crueldad: sepultar a los muertos con sus criados, ¿no significa acaso sepultar todos los secretos? Y los sacrificios humanos, ¿la ejecución de una persona que no es de confianza, o que sabe demasiado?

«¿Explicó Kook la verdad a sus descendientes? ¿O no tardó ésta en recubrirse de creencias y ritos terribles? ¿Encontró en su proyecto todas las crueldades del poder? ¿Entendió que también en la sociedad inca comenzaba la explotación, la división que señalaría el tiempo del que procedía, el tiempo de las guerras? ¿Y ellos, los incas, sabían algo de nosotros? ¿Querían ayudarnos precisamente a nosotros? Hay tantos misterios que nunca resolveremos. La relación entre ellos y los mayas, y los aztecas, por ejemplo. Los mayas que conocían al dios venido del cielo de los incas. Los aztecas que temían la fuerza del sol y el dios "que arde en la tierra". Esto puede explicar su obsesión por el tiempo y los calendarios, su capacidad adivinatoria. Parecía que supieran lo que había sucedido: pues bien, tal vez había entre ellos alguien procedente del tiempo que ya había, contado lo que iba a suceder. Quizá fuera ésta la razón de que se dejaran exterminar. Sabían que su civilización estaba destinada a desaparecer. O quizá no querían luchar: entrar en la historia de los pueblos vencedores, en la carrera de la fuerza, no les interesaba. Deseaban otra cosa. Me siento confuso, Einstein. Sin embargo, todo podría ser verdad. ¿Recuerdas la profecía inca de Huatac respecto a las quince puertas? Escúchala de nuevo, y encontrarás en ella las historias de lo que ha ocurrido:

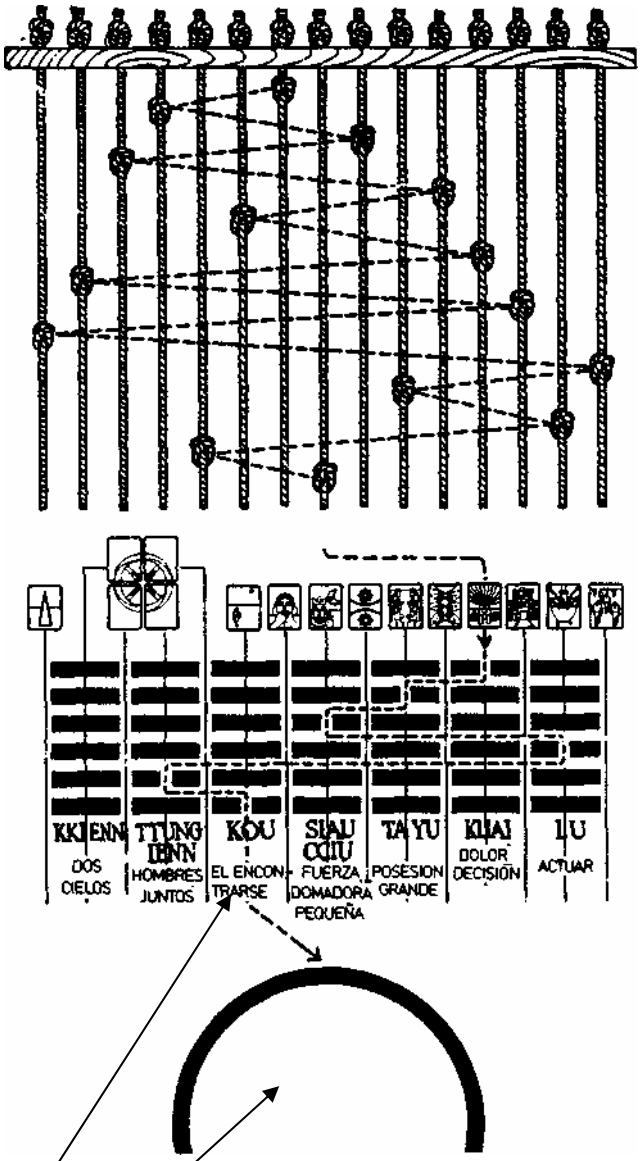
*Una es la vida*
*del futuro / vuelve el pasado*
*del pasado / vuelve el futuro*
*Puedes seguir lo*
*que no puedes decir*
*Aquí el misterio, aquí el dolor*
*Pasados dos cielos*
*hombres juntos*
*se encuentran*
*Una pequeña fuerza*
*puede hacer grandes cosas*
*si el corazón está lleno y decides*
*actuar.*

»La primera es la historia de Kook. Una es la vía, el tiempo. Del futuro, del dos mil vuelve a la fundación del imperio inca, del pasado vuelve una esperanza para nuestro futuro. Kook proseguirá su camino y su proyecto sin "poder decir", sin poder explicar a los demás o tal vez a sí mismo de dónde viene, porque construye el corazón de la tierra. Aquí el misterio, aquí la dolorosa historia de los incas: construir una gran civilización, sabiendo que sin armas ni siquiera una gran civilización tiene derecho a existir. Pero, pasados dos cielos, los dos universos misteriosos, el nuestro y el preincaico, los dos hemisferios del tiempo unidos por el agujero negro, los hombres solidarios se unen y trabajan juntos. Encontrarse no estará carente de dificultades, y esfuerzos, e injusticias. El pequeño pueblo inca edifica grandes muros y grandes carreteras. No hay profecía, o temor del tiempo, o predestinación, que pueda impedir que sigan adelante.

«Pero en esas puertas está también nuestra historia; una es la vía, la historia parece repetirse siempre. Cuanto más miramos hacia adelante más vuelve lo que ha sido: las antiguas crueldades, los viejos errores. Y la Tierra vuelve a los hielos, y a la pobreza, como hace miles de años. Sin embargo, la historia de la lucha del hombre nos señala el futuro. Nosotros hemos ido detrás de este misterio, aunque no hayamos conseguido "decir", explicarlo inmediatamente, ni con nuestra razón, ni con la ciencia, porque se puede desear incluso lo que no se alcanza a entender, puedes sentirte impulsado por algo más que el beneficio o la sed del poder. Aquí ha estado nuestro sufrimiento, aquí nuestra sensación de no poder encontrar ya una tierra habitable para nosotros. Pero más allá de la unión de los dos mundos, la ciencia y la intuición, nosotros y los incas, he aquí que caminamos al encuentro de este pueblo y sus descendientes, y cualquier pueblo herido de la historia, y nos encontramos: somos pocos, o por lo menos no somos un ejército o un gran estado, pero tenemos una gran fuerza. Cuando nos invade el dolor ante la pérdida de lo que queremos, cuando nos rebelamos ante la indiferencia, nos enfrentamos a la decisión: y delante de nosotros está el "proceder", ¿sabemos utilizar esta riqueza?;O seguiremos llamando riqueza a lo que sólo hace ricos a algunos y no a todos?

»Y aquí está la tercera historia, la clave, mi historia. El camino no es uno solo, dice la puerta, pero no porque excluya a los demás, sino porque es todos los demás. El tiempo es un misterio. Del futuro, del amor que siento por Coya y por todos aquellos que sufrirán por quienes mueren en las páginas de la historia, vuelve el pasado: el dolor que sentí por Mei y por todos los amigos perdidos. Por todo ello lucho. Y a cambio, aquí está el don, del pasado, no de los alienígenas ni de extrañas fuerzas: precisamente de quien está cerca de mí. El don de Mei es la clave: desde el tiempo de los incas, ella me envía el futuro, su futuro y lo que los abarca a todos, una profecía, el I Ching. La clave está escrita en la roca de Sacsuahaman, la profecía de Huatac.

ESQUEMA DEL LABERINTO




LO QUE NO PUEDES DECIR

SALA DE LAS 15 PUERTAS

CORAZÓN DE LA TIERRA

»En la primera parte del laberinto he seguido el quipu (lo que no puedes decir), la escritura secreta. A continuación el misterio, que nos ha hecho desesperarnos durante tanto tiempo. Y ahora la segunda parte del viaje: seguiremos el I Ching. Los cambios. Mira, Einstein, he dibujado uno junto al otro estos hexagramas, con su nombre chino y su significado. Imagínalos vistos «caminando hacia el sol» (de izquierda a derecha) y desde arriba, como me dijo Huatac.

»El primero es KKIENN, el creativo, compuesto de dos mitades Kkienn, el signo del cielo, dos cielos. Luego viene TTUNGIENN, la compañía entre los nombres, hombres juntos. Luego OU, el encontrarse, luego SIAU CCIU, la fuerza domadora pequeña, luego TA YU, la posesión grande, luego Kuai, el dolor, la decisión, luego LU, el actuar. Juntos, forman un laberinto, cuya entrada está en la primera línea quebrada de Kuai, la puerta duodécima, aquella donde está esa figura. Una mujer, quizá: Coya, Mei, la dulzura valerosa. El fuerte,

guiado por el amable. El viento sobre el cielo. Las nubes se han abierto. Las últimas palabras de Mei fueron: te prometo que, desde aquel planeta, te enviaré el I Ching para un buen futuro. Así ha sido. Desde allí se va por el trigrama del lago de Kuai a la línea quebrada del fuego de Ta Yu, al viento de Siau Cciu. Y después al tigrama del lago de Lu, al fuego de Ttung lenn, al viento de Kou. Por el lago, el fuego, el viento. Mei dijo: te prometo, que desde aquel planeta, te enviaré el I Ching para un buen futuro. Así ha sido.»

***Final***

Dos días después, caminando entre un cañaveral de micrófonos, Phildys y Pyk explicaban a los periodistas que su probada amistad y eficaz colaboración habían conducido al hallazgo del «corazón». La aldea se había llenado de millares de personas. Por exigencias televisivas, los indios más famélicos habían sido sustituidos por robustos alemanes vestidos de negro, que ahora posaban satisfechos vestidos con los trajes típicos. Operadores de televisión, con la pistola en la mano, obligaban a los esquimales a comer grasa de oso. Cuzco brillaba de luces. Bajo de la gran tienda-hotel de los árabes, Shaula ofreció un gran party con latas de conserva. Se abría atún del año 1967 y la orquesta tocaba los himnos de todos los países.

Y así, en la fiesta que acabó enloqueciendo:

El general Carnicero Menéndez atacó el bufete y acabó con doscientos buñuelos cada uno de ellos pinchado con un palillo disfrutando especialmente al devorar los de color.

El rey del hierro desafió a un pulso al rey del acero mientras el rey del chicle se peleaba con la reina de las dentaduras postizas.

Y el número uno de la mafia aprovechó la confusión para eliminar al número dos de la mafia mientras el número cuatro perseguía al númetro tres para matarle y al encontrarle dijo «es tu fin, debes morir número tres», pero el número tres objetó que habiendo el número uno matado al dos el número tres era ahora número dos y por consiguiente el ex-número cuatro era ahora el número tres y le tocaba a él morir, y surgieron desavenencias.

Y nadie se divertía hasta que el camarero cayó con una gran fuente de vasos y la fiesta se reanimó por un instante.

Y mientras en una sala se llegaba a un acuerdo en la otra surgían disensiones y mientras en una se apelaba a los principios, en la contigua se hallaban en presencia de los poderes fácticos y por consiguiente se llamó a un camarero para que se llevara el debate que se había hecho estéril.

Y fulanito habló de los dieciséis errores del libro invitando a todos a encontrarlos y un borracho brindó sin que nadie le escuchara por solitarias escolleras y estrellas y habló del gran ruido que hacen las rotativas por la noche en la cabeza de los soñadores.

Y la televisión lo recogió todo con ocho telecámaras de las cuales dos eran seguramente democráticas.

Y el mercader de armas Onesíforos regaló a todas las damas presentes una elegante polvera en forma de tanque que al accionar una palanquita disparaba por el cañoncito una delicada porción de polvos rosa.

Y el conocido director de diario estaba contando una anécdota sobre el director de diario que siempre contaba anécdotas sobre directores de diario sin darse cuenta de que estaba en presencia de directores de diario, cuando con malestar descubrió que estaba en presencia de directores de diarios.

Y la orquesta hizo una pausa y el ministro se metió un dedo en la nariz y muchos se preguntaron si ambas cosas no estarían relacionadas.

Y el viento glacial abrió las ventanas y el pensamiento de todos corrió hacia los pobres que estaban fuera a la intemperie luego inmediatamente volvió dentro junto a la chimenea.

¿Y qué haremos con el corazón de la tierra? dijo entonces uno.

Pero mientras tanto unos cuantos invitados asomados a la terraza oyeron un fuerte ruido y dijo alguien son aludes que caen de las montañas y otro dijo que unas cuantas camionetas militares habían sido volcadas y que estaba ocurriendo algo extraño.

Vamos vamos dejémoslo dijo el famoso cantante y se arrancó con una canción que celebraba los encantos de la vida pobre y sencilla y a todos les pareció repugnante.

Y el Famoso Escritor se sintió completamente fuera de lugar en aquella compañía corrió a la cocina tocó el culo a la cocinera y restablecido el contacto con las masas regresó diciendo que conste que yo aquí no me siento a gusto.

Y hubo una que dijo: ¿Dónde está el viejo chino? ¿Y el niño? ¿Y la chica?

Y el ministro Phildys y Pyk telefonearon varias veces para evitar complicaciones justo al final.

Y una vez más entró el viento e hizo entrechocar los yelmos de los coraceros como cacerolas y las medallas de los generales y entró monumentalmente un mensajero a caballo pero el caballo no consiguió frenar sobre el brillante suelo y pateó y patinó en vano antes de chocar con la orquesta y un coronel misericordioso para evitar posteriores sufrimientos mató al caballo y a dos violinistas.

Y se oyeron ruidos lejanos y todos corrieron hacia la ventana pero no vieron nada y volvieron dentro y descubrieron con horror que la orquesta había desaparecido y los camareros se habían ido y los coraceros escapaban y las gallinas salían de los pucheros y los abrigos de las señoras huían galopando sobre las mangas y las mesas bailaban y el techo se abrió y entró como un relámpago un rayo de sol tan fuerte que todos tuvieron que cerrar los ojos y lo que vieron no se puede contar.

Y las camionetas de los soldados subieron por las montañas hasta la cabana y vieron en el exterior el bastón de Fang y en tierra los dibujos del juego de los niños y la taza de Coya y los soldados entonces con la metralleta en la mano abrieron de un puntapié la puerta y...

No encontraron a nadie.

Sólo un viejo libro, que en su última página llevaba escrito:

***La Canción De Los Personajes***

*Aquí se ha contado la aventura*
*de dos planetas que se hacían la guerra*
*uno era la Tierra, el otro era la Tierra*
*Y de vez en cuando el cielo tiembla*
*la historia suena como una campana*
*Cada uno de nosotros respira*
*en el poco aire que mueve*
*una página que gira*
*y cómo puede terminar*
*nadie puede escribirlo todavía*
*Señores, ningún temor*
*que acaba la nuestra*
*y comienza vuestra*
*aventura*

Todos los personajes de este libro han existido realmente.
Los ratones, por el agujero del tiempo, llegaron a un país llamado Hamelin
Pintecabom es un gran pescador
Genius dirige actualmente una universidad en Oslo

Catuilla y Aucayoc, implicados en los disturbios de 2133, están actualmente «desaparecidos»

Coya nos abandonó hace un año

De Pyk y de Phildys está lleno el mundo

Kook y Mei y Chulain y Caruso no tardarán en rodar la película titulada ¡Adelante Proteo!

Vassiliboyd fundó en el espacio la república de Laureland, que cuenta actualmente con diez mil habitantes

Dabih lleva una sección en Astro dosmil

Leo es un videojuego en una sala de Roma

Einstein está jugando en la calle

Fang vive en París y este año cumple ochenta y nueve años

La Bruja sigue arriba, girando, girando, girando

El corazón de la tierra no sé exactamente cómo terminará.

***FIN***



Librodot